
Gerald
Durrell
Mi familia
y otros animales
Lectulandia

El original estilo narrativo de Gerald Durrell, combinación de varios géneros, como el retrato de gentes y lugares, la autobiografía y el relato humorístico, explica el gran éxito obtenido desde el día de su publicación por «Mi familia y otros animales».

Primera parte de su divertida *trilogía de Corfú*, proseguida con «Bichos y demás parientes» y «El jardín de los dioses», presenta una ágil y graciosa galería de personajes: Larry —el futuro autor del «Cuarteto de Alejandría»— y sus estrafalarias amistades, mamá Durrell y su inagotable sentido común, Spiro —el corfuano angloparlante— y toda una serie de animales retratados como sólo puede hacerlo quien a lo largo de toda una vida los ha tratado con inteligencia y ternura.

Lectulandia

Gerald Durrell

Mi familia y otros animales

Trilogía de Corfú 1

ePub r1.1
Fénix 08.06.13

Título original: *My Family and Other Animals*
Gerald Durrell, 1956
Prólogo: Lawrence Durrell
Traducción: María Luisa Balseiro
Retoque de portada: orhi

Editor digital: Fénix
ePub base r1.0

A mi madre.

Es una melancolía mía propia, compuesta de muchos elementos, extraída de muchos objetos, mera y diversa contemplación de mis viajes, que, al rumiarla a menudo, me envuelve en una tristeza muy humorística.

Shakespeare, *Como gustéis*, Acto IV

Prólogo

La heroína de este libro, la madre del autor, ha muerto a finales del mes de enero de este año. Ya no está, pues, entre nosotros para testimoniar de la gracia y la fidelidad con que está trazado su retrato en estas páginas. Ellas, en cambio, permanecen. Un vasto público de Inglaterra y América las lleva en el corazón: jóvenes y no tan jóvenes aprecian por igual sus felices ocurrencias, su vigor narrativo y su poesía.

El autor ha logrado el prodigio de reencarnarse en el naturalista de doce años que era entonces, describiendo con humor tan chispeante como cáustico los disparates y las peripecias de la familia DURRELL durante sus años de estancia en la más encantadora de las islas: Corfú.

Pero si nuestra madre desempeña en el relato el papel de honor, es a mí a quien ha correspondido el más detestable: mi desprecio hacia la ciencia y la irritación con que acojo todos los esfuerzos del joven genio constituyen el lado sombrío del cuadro. ¿Era yo así de desagradable a los veinte años? Probablemente sí (era la época en que escribía The Black Book). Pero ¡con cuánta habilidad ha sabido el autor reconstruir la polaridad de sus sentimientos en aquella tierna edad suya! Podemos afirmar que ha enriquecido la literatura con el más raro presente: un libro verdaderamente cómico.

Una observación nos queda por hacer sobre la poesía de esta obra: su descripción de la isla de Corfú tal como era en aquella época es un modelo de agudeza en la observación y fidelidad en la composición. Para quien conozca Grecia, lo más notable es que el autor (a los doce años) la haya visto como realmente es, no a través de la bruma de su pasado arqueológico. La Grecia antigua no existe para él: por eso el decorado que evoca tiene tanta lozanía.

Nos promete para más adelante una segunda parte que pondría al descubierto, bajo un prisma todavía más burlón, la estupidez y futilidad de la existencia de los adultos, comparada con esa vida más rica y plena que es posible vivir junto a la culebra, el ciempiés y la pulga. Si es capaz de lograr otra obra maestra de humor, alegría y poesía, todos habremos ganado con ello.

Lawrence Durrell

Discurso para la Defensa

Algunas veces he creído hasta seis cosas imposibles antes del desayuno.

La Reina Blanca, *Alicia a través del espejo*

Ésta es la historia de cinco años que mi familia y yo pasamos en la isla griega de Corfú. En principio estaba destinada a ser una descripción levemente nostálgica de la historia natural de la isla, pero al introducir a mi familia en las primeras páginas del libro cometí un grave error. Una vez sobre el papel, procedieron de inmediato a tomar posesión de los restantes capítulos, invitando además a sus amigos. Sólo a través de enormes dificultades, y ejercitando considerable astucia, logré reservar aquí y allí alguna página que poder dedicar exclusivamente a los animales.

En el texto que sigue he intentado dibujar un retrato de mi familia preciso y ajustado a la realidad; aparecen tal como yo los veía. Para explicar, empero, algunos de sus rasgos más curiosos, debo señalar que cuando fuimos a Corfú todos éramos aún bastante jóvenes: Larry, el hermano mayor, tenía veintitrés años; Leslie, diecinueve; Margo, dieciocho; y yo, el benjamín, me hallaba en la tierna e impresionable edad de los diez años. De la de mi madre no hemos estado nunca muy seguros, por la sencilla razón de que no recuerda su fecha de nacimiento; todo lo que sé decir es que era lo bastante mayor como para tener cuatro hijos. Mi madre también insiste en que explique que es viuda, porque, según su sagaz observación, nunca se sabe lo que puede pensar la gente.

La tarea de condensar cinco años de incidentes, observaciones y grato vivir en algo un poco menos voluminoso que la Enciclopedia Británica me ha obligado a comprimir, podar e injertar, de modo que apenas subsiste algo de la continuidad original de los hechos, y a renunciar también a la descripción de muchos sucesos y personajes.

Dudo que este libro hubiera sido posible sin la colaboración y el entusiasmo de las siguientes personas, cosa que menciono para que no caigan las culpas sobre parte inocente. Mi sincero agradecimiento, pues, para:

El doctor Teodoro Stefanides. Con su habitual generosidad, me ha facilitado material procedente de su obra inédita sobre Corfú, y me ha proporcionado bastantes chistes horribles, algunos de los cuales he empleado.

Mi familia. Ellos, al fin y al cabo, me surtieron involuntariamente de mucha materia y me ayudaron considerablemente durante la redacción del libro, discutiendo con ferocidad y raras veces coincidiendo acerca de cualquier suceso que les

consultara.

Mi esposa, cuyas sonoras carcajadas al leer el manuscrito tanto me halagaron, aunque después confesase que lo que le hacía gracia era mi ortografía.

Sophie, mi secretaria, responsable de la inserción de comas y de la implacable supresión del infinitivo partido.

Quiero rendir un tributo especial a mi madre, a quien va dedicado este libro. Como un Noé cariñoso, entusiasta y comprensivo, ha guiado hábilmente su navío lleno de extraña prole por los tempestuosos mares de la vida, siempre enfrentada a la posibilidad de un motín, siempre sorteando los peligrosos escollos del despilfarro y la falta de fondos, sin esperar nunca que la tripulación aprobase su manera de navegar, pero segura de cargar con toda la culpa en caso de contrariedades. Que sobreviviese al viaje fue un milagro, pero logró sobrevivir, y lo que es aún mejor, con la cabeza más o menos indemne. Como señala con razón mi hermano Larry, podemos estar orgullosos de cómo la hemos educado; ello nos honra. Que ha alcanzado ese feliz nirvana en donde ya nada escandaliza ni sorprende lo demuestra el siguiente hecho: hace poco, estando sola en casa durante un fin de semana, se vio agraciada con la llegada súbita de una serie de jaulones portadores de dos pelícanos, un ibis escarlata, un buitre y ocho monos. Otro mortal de menor talla habría desfallecido ante el panorama, pero Mamá no. El lunes por la mañana la encontré en el garaje perseguida por un iracundo pelícano al que intentaba dar sardinas de una lata.

—Cuánto me alegro de verte, hijo —jadeó—; este pelícano tuyo es un poquito difícil de manejar.

Al preguntarle cómo sabía que los animales me pertenecían, replicó:

—Claro que supe que eran tuyos, hijo; ¿a qué otra persona se le ocurriría enviarme pelícanos?

Donde se ve lo bien que conoce al menos a un miembro de la familia.

Finalmente, quisiera dejar bien sentado que todas las anécdotas sobre la isla y los isleños son absolutamente verídicas. Vivir en Corfú era como vivir en medio de la más desaforada y disparatada ópera cómica. Creo que toda la atmósfera y el encanto del lugar quedaban pulcramente resumidos en un mapa del Almirantazgo que teníamos, donde aparecían con gran detalle la isla y las costas adyacentes. Al pie había un recuadrito que decía:

AVISO

Dado que las boyas que señalan los bajíos suelen estar fuera de su sitio, se aconseja a los marinos que estén bien atentos al navegar por estas costas.

PRIMERA PARTE

Hay un cierto placer en la locura, que sólo el loco conoce.

Dryden, *El fraile español*, II

La migración

Julio se había extinguido como una vela ante el viento cortante que nos trajo un plomizo cielo de agosto. Caía una llovizna fina e hiriente, reunida en mantas grises y opacas cuando el viento soplaba a su favor. A lo largo de la playa de Bournemouth, las casetas volvían su vacuo rostro de madera hacia el mar gris verdoso, ceñido de espumas, que corría a estrellarse contra el bastión de cemento de la orilla. Las gaviotas, empujadas tierra adentro hacia la población, sobrevolaban los tejados con alas tensas, gimiendo agriamente. El estado del tiempo parecía calculado para poner a prueba la paciencia de cualquiera.

Vista en conjunto, aquella tarde mi familia no ofrecía un aspecto demasiado atractivo, pues el clima reinante había traído consigo la habitual serie de males a que éramos propensos. A mí, tirado en el suelo mientras etiquetaba mi colección de conchas, me había provisto de un catarro que parecía haberme fraguado en el cráneo, obligándome a respirar estertóreamente por la boca abierta. Para mi hermano Leslie, arrebujado con expresión ceñuda junto al fuego, llegó una inflamación interna de oídos, que le sangraban lenta pero persistentemente. A mi hermana Margo le había deparado un surtido fresco de acné sobre su rostro ya de antes moteado como un velo de puntitos rojos. Para mi madre hubo un opulento y burbujeante resfriado, sazonado con una pizca de reuma. Sólo mi hermano mayor Larry se mantenía ileso, pero suficientemente irritado a la vista de nuestros alifafes.

Fue Larry, por supuesto, quien empezó la cosa. Los demás estábamos demasiado desmadejados para pensar en algo que no fueran nuestros males respectivos, pero a Larry la Providencia le había destinado a pasar por la vida como un pequeño cohete rubio, haciendo explotar ideas en las mentes ajenas para después enroscarse con untuosidad gatuna y negar toda responsabilidad de las consecuencias. A medida que avanzaba la tarde, su irritación iba en aumento. Al fin, paseando en derredor una mirada melancólica, decidió atacar a Mamá, como causante manifiesta del problema.

—¿Por qué aguantamos este maldito clima? —preguntó de improviso, señalando a la ventana distorsionada por la lluvia—. ¡Contemplad! O, si vamos a eso, contemplaos mutuamente… Margo, inflada como un plato de porridge encarnado… Leslie, penando por el mundo con treinta metros de algodón en cada oreja… Gerry suena como si tuviera el paladar hendido de nacimiento… Y, anda que tú: cada día que pasa pareces más decrépita y torturada.

Mamá le miró por encima de un tomazo titulado Recetas fáciles de Rajputana.

—Pues no lo estoy —dijo indignada.

—Lo estás —insistió Larry—; estás echando pinta de lavandera irlandesa… y tu familia parece una serie de ilustraciones de enciclopedia médica.

A Mamá no se le ocurrió ninguna réplica aplastante, así que se contentó con

lanzarle una mirada furibunda antes de replegarse de nuevo tras su libro.

—Lo que nos hace falta es sol —continuó Larry—; ¿no estás de acuerdo, Les?… Les… ¡Les!

Leslie se desenredó una maraña de algodón de la oreja.

—¿Qué decías? —preguntó.

—¡Ahí tienes! —dijo Larry, volviéndose triunfalmente a Mamá—, mantener una conversación con él es como poner una pica en Flandes. ¡Esto es un numerito! Un hermano que no oye nada, y al otro no hay quien le entienda. Realmente, ya es hora de hacer algo. No puede uno escribir prosa inmortal en una atmósfera de lamentaciones y eucalipto.

—Sí, querido —dijo Mamá distraídamente.

—Lo que todos necesitamos —dijo Larry, reanudando sus pasos— es sol, un lugar donde poder crecer.

—Sí, querido, eso estaría bien —asintió Mamá, en realidad sin escucharle.

—Esta mañana tuve carta de George… dice que Corfú es maravilloso… ¿Por qué no hacemos las maletas y nos vamos a Grecia?

—Bueno, querido; si tú quieres —dijo Mamá desprevenida.

En lo tocante a Larry solía tener buen cuidado de no dejarse comprometer.

—¿Cuándo? —preguntó Larry, algo sorprendido ante la concesión.

Mamá, advirtiendo haber cometido un error táctico, bajó cautamente las Recetas fáciles de Rajputana.

—Pues creo que lo más sensato sería que tú fueras por delante, querido, a preparar el terreno. Después nos escribes, y si me dices que aquello está bien, nos vamos todos —dijo astutamente.

Larry la miró con desmayo.

—Lo mismo dijiste cuando propuse ir a España —le recordó—, y dos meses interminables me pasé sentado en Sevilla esperando que aparecieseis, mientras vosotros no hacíais más que escribirme kilométricas cartas sobre el alcantarillado y el agua de beber, como si yo fuera el secretario del Ayuntamiento o algo así. No; si vamos a Grecia, iremos todos a la vez.

—Exageras, Larry —dijo Mamá en tono ofendido—; de cualquier forma, yo no me puedo ir así como así. Hay cosas que hacer en esta casa.

—¿Cosas? ¿Qué cosas, diablos? Véndela.

—Pero hijo, no puedo —dijo Mamá, escandalizada.

—¿Por qué no?

—Porque acabo de comprarla.

—Mejor: así la vendes a estrenar.

—No seas ridículo, querido —dijo Mamá con firmeza—; eso ni pensarlo. Sería una locura.

De modo que vendimos la casa y huimos del triste verano inglés, como una bandada de golondrinas migratorias.

Todos viajamos ligeros, cargados sólo con lo que considerábamos mínimos ingredientes de la vida. Al abrir el equipaje para la inspección de aduana, el contenido de nuestras maletas revelaba fielmente el carácter e intereses de cada uno. Así, el equipaje de Margo contenía una multitud de vestimentas diáfanas, tres libros sobre adelgazamiento, y un ejército de frasquitos con diversos elixires garantizados para curar el acné. La maleta de Leslie encerraba un par de jerséis de cuello vuelto y unos pantalones arrollados alrededor de dos revólveres, una pistola de aire comprimido, un libro titulado *Sea su propio armero* y un botellón de aceite que se salía. Larry iba acompañado de dos baúles de libros y una cartera que contenía su ropa. El equipaje de Mamá se dividía sensatamente en ropa por un lado y diversos volúmenes de cocina y jardinería por otro. Yo viajaba sólo con aquellos artículos que juzgaba necesarios para aliviar el tedio de un largo viaje: cuatro libros de historia natural, un caza-mariposas, un perro y un tarro de mermelada lleno de orugas, todas ellas en inminente peligro de volverse crisálidas. Así, plenamente equipados según nuestros criterios, abandonamos las viscosas costas de Inglaterra.

Francia anegada en lluvias y tristona, Suiza como un pastel de Navidad, Italia exuberante, olorosa y vocinglera, quedaron atrás, reducidas a un confuso recuerdo. Con un estremecimiento, el barquito se separó del tacón italiano hacia el mar crepuscular, y, mientras dormíamos en nuestros sofocantes camarotes, en algún punto de aquella extensión de agua plateada por la luna cruzamos una invisible línea divisoria para entrar en el mundo luminoso y encantador de Grecia. Lentamente filtróse en nosotros la sensación del cambio, y así, al amanecer despertamos inquietos y salimos a cubierta.

A la luz del alba, el mar se desperezaba alzando tersos músculos de olas azules, y la espuma de nuestra estela, tachonada de brillantes burbujas, se abría tras de nosotros como una blanca cola de pavo real. A Levante amarilleaba el cielo pálido. De frente, una mancha de tierra color chocolate, envuelta en niebla y cercada de espumas en su base. Era Corfú: aguzamos la vista en busca de la forma exacta de sus montes, sus valles, sus picachos, sus gargantas y sus playas, pero sólo se distinguía una silueta. Hasta que, de pronto, el sol surgió en el horizonte, y el cielo se tornó azul esmaltado, como el ojo de un arrendajo. Las interminables, minuciosas curvas del mar flamearon un instante, y al punto se tiñeron de oscura púrpura moteada de verde. Alzóse la niebla en jirones tenues y rápidos, y ante nosotros apareció la isla, con sus montañas como amodorradas bajo un arrugado cobertor marrón, los pliegues salpicados del verdor de los olivares. Por la costa se sucedían playas blancas como el marfil entre ruinosos torreones de brillantes rocas blancas, doradas, rojas. Rodeamos el cabo septentrional, un estribo redondo de acantilados rojizos horadados por una serie de

cuevas gigantescas. Las oscuras olas arrastraban nuestra estela hacia ellas, y a su misma boca se chafaba silbando ansiosa entre las peñas. Al otro lado del cabo desaparecieron los montes, y la isla descendía suavemente, empañada por el resplandor verde y plata de los olivos, con aquí y allá un amonestador dedo de ciprés contra el cielo. En las calas el agua tenía un color azul de mariposa, y aun por encima del ruido de las máquinas nos llegaban, zumbando débilmente desde la costa como un coro de vocecillas, los gritos estridentes y triunfales de las cigarras.

1. La isla insospechada

Tras el ruido y la confusión del puesto de aduana nos abrimos paso hasta el radiante sol del muelle. En torno nuestro se alzaba escarpadamente el pueblo, hecho de hileras de casas multicolores apiladas al azar, con los postigos verdes de sus ventanas desplegadas como las alas de mil mariposas. Detrás de nosotros quedaba la bahía, bruñida como la plata y aprisionada en aquel azul increíble.

Larry caminaba rápidamente, con la cabeza erguida y en el rostro tal expresión de soberano desdén que su diminuto tamaño pasaba inadvertido, vigilando suspicazmente a los mozos en lucha con sus baúles. Tras él marchaba Leslie, con aire de tranquila belicosidad, y después Margo, remolcando metros de muselina y perfume. Mamá, con el aspecto de un pequeño misionero acosado en una sublevación, fue arrastrada a su pesar hasta la farola más próxima por un Roger exuberante, y obligada a quedarse allí, mirando al infinito, mientras él daba rienda suelta a las urgencias reprimidas que acumulara en su perrera. Larry escogió dos coches de punto soberbiamente ruinosos, hizo instalar el equipaje en uno de ellos y tomó asiento en el otro. Después miró irritado a su alrededor.

—¿Bueno? —preguntó—. ¿A qué esperamos?

—Esperamos a Mamá —explicó Leslie—. Roger ha encontrado una farola.

—¡Santo Dios! —exclamó Larry, y poniéndose en pie sobre el coche vociferó—: Vamos, Mamá, vamos. ¿No puede esperar el perro?

—Ya voy, querido —gritó Mamá sumisa y falazmente, pues Roger no mostraba indicios de despegarse de la farola.

—Ese maldito perro viene dándonos la lata durante todo el camino —dijo Larry.

—No seas tan impaciente —dijo Margo indignada—; el perro no lo puede evitar… y, de todos modos, estuvimos una hora en Nápoles esperándote a ti.

—Tenía el estómago revuelto —explicó Larry con frialdad.

—Pues haz de cuenta de que ahora es él quien lo tiene —dijo Margo triunfalmente—. «Da igual seis que una docena».

—Querrás decir media docena.

—Lo que sea, es lo mismo.

En ese momento llegó Mamá algo despeinada, y tuvimos que dedicar nuestra atención a la tarea de introducir a Roger en el coche. Nunca había estado en vehículo semejante, y lo consideraba sospechoso. Al fin tuvimos que levantarle a pulso y arrojarle dentro, aullando frenético, e inmediatamente abalanzarnos sin aliento sobre él para sujetarle. El caballo, sobresaltado por esta actividad, salió trotando con paso vacilante y acabamos todos amontonados unos sobre otros en el piso del coche, con Roger debajo dando alaridos.

—Vaya entrada —dijo Larry amargamente—. Yo que esperaba dar una impresión

de graciosa majestad, y he aquí lo que sucede… Llegamos al pueblo como una troupe de saltimbanquis medievales.

—Cálmate, hijo —le tranquilizó Mamá, enderezándose el sombrero—; pronto estaremos en el hotel.

Así, rechinando y traqueteando, nuestro coche atravesó el pueblo, mientras nosotros, sentados en los asientos de crin, intentábamos asumir la apariencia de graciosa majestad que Larry requería. Roger, engurruñado entre los potentes brazos de Leslie, con la cabeza colgante a un costado del vehículo y los ojos en blanco, parecía a punto de dar su última boqueada. Pasamos entonces por una callejuela en la que cuatro chuchos mugrientos tornaban el sol. Roger se puso rígido, y con mirada asesina prorrumpió en un torrente de roncos ladridos. Los chuchos, instantáneamente electrizados, se abalanzaron tras el coche ladrando ferozmente. Con ello nuestra pose quedó irreparablemente deshecha, pues hacían falta dos personas para sujetar al colérico Roger, mientras los restantes, asomados al vacío, gesticulábamos con libros y revistas a la horda perseguidora. Lo cual sólo sirvió para excitarlos aún más, y a cada calle que cruzábamos su número aumentaba, de modo que al enfilar la calle principal del pueblo unos veinticuatro perros se arremolinaban entre nuestras ruedas, casi histéricos de ira.

—¿Por qué no hace alguien algo? —preguntó Larry, elevando su voz por encima del tumulto—. Esto parece una escena de La cabaña del Tío Tom.

—¿Por qué no haces tú algo, en vez de criticar? —le espetó Leslie, trabado en combate con Roger.

Larry prestamente se puso en pie, arrebató el látigo de manos de nuestro asombrado cochero, tiró un salvaje trallazo a la jauría de perros, falló, y le atizó a Leslie en el cogote.

—¿A qué demonios te crees que estás jugando? —rugió Leslie, torciendo hacia él un rostro enrojecido y furibundo.

—Un accidente —explicó Larry tan campante—. Estoy desentrenado… Hace tanto tiempo que no uso el látigo…

—Pues podrías mirar lo que haces, cuernos —gritó Leslie pendenciero.

—Vamos, vamos, querido: fue un accidente —terció Mamá.

Larry lanzó un segundo trallazo, y le voló el sombrero.

—Eres peor tú que los perros —dijo Margo.

—Ten más cuidado, hijo —dijo Mamá, asida a su sombrero—, le vas a hacer daño a alguien. Dame acá ese látigo.

En ese momento el coche se detuvo ante una puerta rematada por un cartel con un letrero que decía «Pensión Suisse». Los chuchos, seguros de poder dar al fin su merecido a este negro can afeminado que iba en coche, nos rodearon formando una masa compacta y jadeante. Abrióse la puerta del hotel, dando paso a un portero

antiguo y patilludo que se quedó contemplando el alboroto con ojos vidriosos. Sacar a Roger del coche y meterle en el hotel era un trabajo hercúleo, pues pesaba mucho e hicieron falta los esfuerzos combinados de toda la familia para levantarle, llevarle y sujetarle. Larry, algo olvidada ya su pose majestuosa, estaba en plena juerga. Bajó de un salto y empezó a brincar por la acera con el látigo, abriendo entre los perros un sendero por el que Leslie, Margo, Mamá y yo acarreamos a Roger, que gruñía y forcejeaba. Dando tumbos llegamos al vestíbulo, y el portero cerró de golpe la puerta y se apoyó contra ella, temblándole el bigote. Adelantóse el encargado, mirándonos con una mezcla de aprensión y curiosidad. Con el sombrero caído y mi tarro de orugas en la mano, Mamá salió a su encuentro.

—¡Ah! —dijo sonriendo dulcemente, como si nuestra llegada hubiera sido lo más normal del mundo—. Somos los Durrell. ¿Espero que nos tendrá unas habitaciones reservadas?

—Sí, madame —repuso el encargado esquivando a Roger, que todavía refunfuñaba—; están en el primer piso… Cuatro habitaciones y un balcón.

—Estupendo —dijo Mamá complacida—; entonces, creo que subiremos a descansar un rato antes de comer.

Y con cierta gracia majestuosa condujo arriba a su familia.

Más tarde bajamos a almorzar a un sombrío salón poblado de polvorientas macetas con palmeras y retorcida estatuaria. Nos atendió el portero patilludo, transformado en maître por simple adición de frac y una pechera de celuloide que chirriaba como un congreso de grillos. La comida, sin embargo, era abundante y bien guisada, y comimos con apetito. Servido el café, Larry se arrellanó en su silla dando un suspiro.

—Una comida pasable —dijo con generosidad—. ¿Qué te parece este sitio, Mamá?

—Pues, la comida está bien, querido —dijo Mamá, eludiendo comprometerse.

—La gente parece servicial —continuó Larry—. El propio encargado me corrió la cama hacia la ventana.

—No fue muy servicial cuando yo le pedí papel —dijo Leslie.

—¿Papel? —preguntó Mamá—. ¿Para qué querías papel?

—Para el retrete… No había —explicó Leslie.

—¡Sssh! Que estamos en la mesa —susurró Mamá.

—Eso es que no miraste bien —dijo Margo con voz clara y sonora—; hay una cajita llena junto a la taza.

—¡Margo, por favor! —exclamó Mamá, horrorizada.

—¿Qué ocurre? ¿No visteis la cajita?

Larry relinchó de risa.

—Debido al excéntrico sistema de alcantarillado de la población —explicó

amablemente a Margo—, esa cajita se destina al… er… sobrante, por así decirlo, cuando uno ha terminado de comulgar con la naturaleza.

Margo se sonrojó mitad de vergüenza y mitad de asco.

—Quieres decir… que eso era… ¡Dios mío! ¡Pude coger alguna enfermedad horrible! —sollozó, y rompiendo a llorar huyó del comedor.

—Muy antihigiénico —dijo Mamá severamente—; es una manera verdaderamente repugnante de hacer las cosas. Aparte de la posibilidad de un error, se expone uno a contraer el tifus.

—No habría error posible si organizaran las cosas como es debido —señaló Leslie, volviendo a su protesta inicial.

—Sí, querido; pero ahora no es el momento de discutirlo. Lo que tenemos que hacer es encontrar cuanto antes una casa, antes de que todos cojamos algo.

Arriba, Margo se hallaba en un estado de semi-desnudez, regándose de desinfectante en grandes cantidades, y Mamá pasó una tarde agotadora, obligada a examinarla cada dos por tres en busca de síntomas de las enfermedades que Margo se sentía segura de estar incubando. Para mayor desasosiego de Mamá, la «Pensión Suisse» resultó estar situada en la carretera que conducía al cementerio local. Sentados en nuestro balconcito a la calle, una sucesión aparentemente interminable de entierros desfilaba ante nosotros. Obviamente para los habitantes de Corfú lo mejor de un duelo era el entierro, pues cada uno de ellos parecía más elegante que el anterior. Los coches, decorados con metros y metros de crepé morado y negro, iban tirados por caballos tan envueltos en plumas y gualdrapas que era prodigioso que pudieran moverse. Seis o siete de tales coches, ocupados por los integrantes del duelo en plena aflicción desatada, precedían al cadáver. Éste llegaba en otro vehículo semejante a un carro, colocado en un ataúd tan grande y lujoso que más parecía una enorme tarta de cumpleaños. Los había blancos, con adornos morados, encarnados y negro-azul oscuro; otros eran negros y relucientes, con complicadas filigranas de oro y plata trenzadas profusamente en torno, y asas brillantes de latón. Yo no había visto nada igual de multicolor y atractivo. Así, decidí, es como había que morirse, con caballos enlutados, toneladas de flores y una horda de parientes tan satisfactoriamente afligidos. Apoyado en la barandilla del balcón contemplaba uno a uno los ataúdes que iban pasando, absorto y fascinado.

Con cada duelo, a medida que el murmullo de las lamentaciones y el golpeteo de los cascos se perdía a lo lejos, Mamá mostraba mayor agitación.

—Seguro que es una epidemia —exclamó al fin, oteando la calle con nerviosismo.

—Tonterías, Mamá; no dramatices —dijo Larry alegremente.

—Pero querido, tantos… no es natural.

—Morirse es lo más natural del mundo… La gente se muere todo el rato.

—Sí, pero no caen como chinches a menos que suceda algo.

—A lo mejor es que los van guardando para enterrarlos en lotes —sugirió cruelmente Leslie.

—No seas necio —dijo Mamá—. Seguro que es por culpa de los desagües. Esos sistemas no pueden ser sanos para nadie.

—¡Dios mío! —dijo Margo con voz sepulcral—, entonces me figuro que ya lo habré pescado.

—No, no, hija; no tienes por qué —dijo Mamá vagamente—; puede ser que no sea contagioso.

—No sé cómo va a haber una epidemia si no es de algo contagioso —observó lógicamente Leslie.

—De cualquier forma —dijo Mamá, evitando meterse en discusiones médicas—, creo que deberíamos informarnos. ¿Por qué no llamas a las autoridades de sanidad, Larry?

—Lo más probable es que aquí no haya autoridades de sanidad —apuntó Larry—, y aunque las hubiera, dudo que me lo fueran a contar.

—Bueno —dijo Mamá tajante—, pues nada. Tendremos que mudarnos. Hay que salir de la ciudad. Tenemos que encontrar una casa en el campo inmediatamente.

A la mañana siguiente salimos a la caza de casa en compañía del señor Beeler, el guía del hotel, un hombrecito gordo de mirada servil y mejillas sudorosas. Cuando partimos iba muy animado, porque no sabía lo que le esperaba. Nadie que no haya pasado por la experiencia podría imaginarse lo que es buscar casa con mi madre. Entre nubes de polvo recorrimos de punta a punta la isla, mientras el señor Beeler nos presentaba una villa tras otra en una impresionante variedad de tamaños, colores y emplazamientos, y Mamá sacudía enérgicamente la cabeza ante todas ellas. Inspeccionada la décima y última villa de la lista del señor Beeler, Mamá de nuevo sacudió la cabeza. Hecho migas, el señor Beeler se sentó en los escalones y se enjugó el rostro con un pañuelo.

—Madame Durrell —dijo por fin—, le he mostrado todas las villas que conozco, y ninguna le agrada. Madame, ¿qué es lo que usted quiere? ¿Qué les pasa a estas villas?

Mamá le contempló asombrada.

—¿Es posible que no se haya dado usted cuenta? —preguntó—. Ni una sola tenía baño.

El señor Beeler se la quedó mirando con ojos desorbitados.

—Pero Madame —sollozó con auténtica angustia—, ¿para qué quieren tener un baño…? ¿No les basta con el mar?

Regresamos al hotel en silencio.

Ya al día siguiente Mamá había decidido alquilar un coche y salir a buscar casa

por nuestra cuenta. Estaba convencida de que en algún rincón de la isla se ocultaba una villa con baño. Los demás no compartíamos su opinión, por lo que fue a un grupo algo irritable y rezongón al que llevó en rebaño hasta la parada de taxis de la plaza mayor. Los taxistas, advirtiendo nuestro aspecto de ingenuos, corrieron de sus coches a congregarse a nuestro alrededor como una bandada de buitres, cada uno intentando vociferar más alto que sus compatriotas. Sus voces subían de tono, sus miradas relampagueaban, se agarraban del brazo enseñándose los dientes, y al fin se abalanzaron sobre nosotros como dispuestos a hacernos picadillo. En realidad, aquello no era sino el más leve de los posibles altercados, pero no conociendo el temperamento griego nos parecía estar en peligro de nuestras vidas.

—¿No puedes hacer algo, Larry? —chilló Mamá, soltándose a duras penas de las zarpas de un enorme taxista.

—Diles que les denunciarás al cónsul británico —sugirió Larry, alzando la voz sobre el estruendo.

—No seas tonto, hijo —dijo Mamá sin aliento—. Explícales que no entendemos.

Con sonrisilla forzada, Margo pasó a la brecha.

—Nosotros ingleses —gritó a los gesticulantes taxistas—; nosotros no entender griego.

—Como me vuelva a empujar ese tío, le salto un ojo —dijo Leslie, todo sonrojado.

—Vamos, vamos, querido —jadeó Mamá, luchando aún con el taxista que la propulsaba vigorosamente hacia su coche—; no lo hará con mala intención.

En ese instante todo el mundo enmudeció del susto ante una voz que resonó sobre el tumulto, una voz profunda, rica y vibrante, el tipo de voz que uno esperaría oír a un volcán.

—¡Joy! —rugió la voz—, ¿por qués no tienen alguien que hables su propio idiomas?

Volviéndonos, vimos un Dodge antiguo aparcado junto al bordillo, y sentado al volante a un individuo bajito, con pinta de barril, manos como jamones y una cara grande, coriácea y ceñuda bajo la gorra de visera caída al desgaire. Abrió la puerta del coche, se irguió sobre el asfalto, y vino hacia nosotros contoneándose como un pato. Detúvose entonces, con ceño aún más feroz, y pasó revista al grupo de taxistas silenciosos.

—¿Les han molestados? —preguntó a Mamá.

—No, no —mintió ella—; es que nos costaba trabajo entenderles.

—Ustedes necesitan alguien que hables su propio idiomas —repitió el recién llegado—; esos canallas… si me permiten que hable así… timarían a su propia madres. Permítanmes un minuto que les despaches.

Descargó sobre los taxistas una parrafada de griego que casi les levantó en vilo.

Ofendidos, gesticulantes, iracundos, este hombre extraordinario les fue acosando hasta sus coches. Tras una última y a todas luces insultante parrafada en el mismo idioma, volvióse nuevamente a nosotros.

—¿Dóndes quieren ir? —preguntó, casi con fiereza.

—¿Puede llevarnos a buscar una villa? —preguntó Larry.

—Claro. Les llevos a cualquier sitio. Donde ustedes quieran.

—Estamos buscando —afirmó Mamá— una villa con baño. ¿Sabe usted de alguna?

El hombre reflexionó como una gran gárgola morena, retorcidas sus negras cejas en un nudo de meditación profunda.

—¿Baños? —dijo—. ¿Ustedes quieren un baños?

—Ninguna de las que hemos visto hasta ahora lo tenía —replicó Mamá.

—Oh, yo sés de una villa con baños —dijo el hombre—. Me preguntabas si sería bastantes grande para ustedes.

—¿Podría llevarnos a verla, por favor? —preguntó Mamá.

—Claro, yo les llevos. Suban al autos.

Trepamos al espacioso coche, y nuestro chófer acomodó su masa tras el volante y arrancó con un estrépito terrorífico. Como una exhalación atravesamos los tortuosos arrabales del pueblo, sorteando felizmente los burros cargados, los carros, los corrillos de campesinas y os innumerables perros, anunciando nuestro paso con bocinazos atronadores. Entre tanto, nuestro chófer aprovechaba la oportunidad para darnos conversación, cada vez que se dirigía a nosotros retorcía hacia atrás la cabezota para observar nuestras reacciones, y el coche iba dando bandazos de un lado a otro de la carretera como un vencejo borracho.

—¿Ustedes ingleses? Lo suponía… Ingleses siempre quieren baños… Yo tengos baño en mi casa… mi nombre es Spiro, Spiro Hakiaopulos… todos me llaman Spiro Americano por haber vividos en América… Sí, estuve ocho años en Chicago… Allí es donde aprendís mi bueno inglés… Marches allí a hacer dineros… Y a los ocho años me dijes, «Spiro», dijes, «ya ganastes bastantes…» así que me volví a Grecia… me trajes este coche… el mejor de la islas… nadies más tiene un coche como éste… Todos los turistas ingleses me conocen, todos preguntan por mí cuando vienen… Saben que yo no les timares… Me gustan los ingleses… son las mejores gentes… Ses lo aseguros, si yo no fuera griego me gustaría ser inglés.

Corríamos por una carretera blanca cubierta de un estrato de polvo sedoso que se alzaba como una hirviente nube a nuestro paso, toda ella flanqueada de chumberas formando una empalizada de placas verdes hábilmente apoyadas unas en otras, salpicadas de bolas de rojo fruto. Dejamos atrás viñedos en los que las pequeñas y achaparradas cepas se vestían de un encaje de hojas verdes, olivares cuyos troncos horadados nos dirigían mil muecas sorprendidas desde su oscura sombra, y listados

cañaverales que agitaban sus hojas como una multitud de banderitas verdes. Al fin coronamos a toda marcha una colina, y Spiro pisó el freno deteniendo el coche en medio de una niebla de polvo.

—Hemos llegados —dijo, apuntando con su carnoso dedo índice—; ésa es la villa con baños, como ustedes querían.

Mamá, que durante todo el trayecto había venido con los ojos firmemente cerrados, los abrió ahora cautelosamente y miró. Spiro apuntaba hacia una suave curva de la colma asomada sobre el mar brillante. La colina y los valles circundantes formaban como un edredón de olivares, reluciente como un pez allí donde la brisa movía las hojas. A media pendiente, protegida por un grupo de altos y esbeltos cipreses, asomaba la villa, como una fruta exótica rodeada de verdor. Los cipreses cabeceaban levemente en la brisa, diríase que afanados en pintar el cielo aún más azul para nuestra llegada.

2. La villa color fresa

La villa era pequeña y cuadrada, plantada en su jardincito con aspecto rosáceo y arrogante. Las contraventanas, cuarteadas y despintadas por algunos sitios, habían adquirido al sol un delicado tono verde pastel. En el jardín, rodeado de altos setos de fucsia, los macizos de flores formaban complicados dibujos geométricos, delineados con cantos blancos. Del ancho justo de un rastrillo, los senderos de piedra blanca contorneaban trabajosamente macizos apenas mayores que un sombrero de paja: macizos en forma de estrella, de media luna, de triángulo o de círculo, rebosantes de enredadas madejas de vegetación salvaje. De los rosales caían pétalos como platos, rojos de fuego o blancos, lisos y satinados; las caléndulas, como constelaciones de hirsutos soles, contemplaban el paso de su progenitor por el cielo. A ras de suelo los pensamientos asomaban entre el follaje su rostro aterciopelado e inocente, y las violetas se inclinaban lánguidas bajo sus hojas acorazonadas. La tupida buganvilla que recubría el balconcillo de la fachada se adornaba festivamente de flores color magenta en forma de linterna. En la penumbra del seto de fucsia, mil inquietos capullos se estremecían expectantes. El aire cálido se espesaba con el aroma de cientos de flores marchitas, trayendo el murmullo amable y apacible de los insectos. Apenas vimos la villa, quisimos quedarnos; parecía estar aguardando nuestra llegada. Era como sentirse vuelto a casa.

Introducido de forma tan inesperada en nuestras vidas, Spiro tomó totalmente sobre sí el cuidado de nuestros asuntos. Era mejor, nos explicó, que él se encargara de las cosas, porque conocía a todo el mundo y se aseguraría de que no nos timasen.

—No se preocupes por nadas, señoras Durrells —gruño—; déjemelos todo a mí.

Así, era él quien nos llevaba de compras, y al cabo de una hora de rugidos y sudores conseguía que nos rebajaran en un par de dracmas el precio de un artículo. Venía a ser un penique; pero, según explicaba, no era por el dinero, sino por principio. Claro que había otra razón en el hecho de que, como a todo griego, le encantaba regatear. Fue Spiro quien, al enterarse de que todavía no había llegado nuestro dinero de Inglaterra, nos hizo un préstamo y se empeñó en ir a echarle un rapapolvo al gerente del banco por falta de organización. El que no fuera culpa del gerente no le arredró en absoluto. Fue Spiro quien pagó la cuenta del hotel, quien se agenció un carro para llevar nuestro equipaje a la villa, y él mismo fue quien nos condujo allí, con el carro cargado de vituallas que nos había comprado.

Pronto comprobamos que lo de conocer a todo el mundo de la isla, y que todos le conocieran a él, no era un simple farol. Dondequiera que parase el coche media docena de voces le llamaban por su nombre, y otros tantos gestos le invitaban a sentarse en las mesitas a la sombra y tomarse un café. Policías, campesinos y sacerdotes le saludaban al pasar; pescadores, tenderos y taberneros le recibían como a

un hermano. «Ah, Spiro», exclamaban, y le sonreían afectuosamente como a un niño travieso pero irresistible. Respetaban su honradez, su belicosidad, y sobre todo admiraban su desdén y desparpajo típicamente griegos ante cualquier papeleo del gobierno. Al llegar, dos de nuestras maletas cargadas de ropa de casa y otras cosas habían quedado confiscadas en aduana bajo el curioso pretexto de ser mercancía. Así que, cuando instalados ya en nuestra villa surgió el problema de la ropa de cama, Mamá le contó a Spiro lo de los bultos detenidos en aduana, y le pidió consejo.

—¡Pero hombres, señoras Durrells! —bramó, rojo de ira—. ¿Cómo no me los dijo antes? Esos canallas de la aduanas. Mañana vamos y les darés para el pelos: los conozco a todos, y me conocen a mí. Déjemelos a mí: yo les darés para el pelos.

A la mañana siguiente llevó a Mamá al puesto de aduana. Con ellos fuimos todos, por no perdernos el espectáculo. Spiro irrumpió en el puesto como un oso enfurecido.

—¿Dóndes están las cosas de estos señores? —interrogó al obeso hombrecito de la aduana.

—¿Te refieres a sus cajones de mercancías? —preguntó el aduanero en su mejor inglés.

—¿Y a ti qué te pareces?

—Ahí están —admitió cautamente el aduanero.

—Venimos a recogerlos —gruñó Spiro—; sácalos.

Salió entonces en busca de alguien que ayudase a cargar los bultos, y al volver se encontró con que el aduanero, tras pedirle las llaves a Mamá, se disponía a levantar la tapa de una de las maletas. Con un rugido de cólera, Spiro se abalanzó a cerrarla de golpe, pillándole los dedos al desdichado.

—¿Para qué lo abres, hijos de puta? —preguntó, echando chispas.

El aduanero, sacudiendo la mano magullada, protestó de mal talante que era su deber examinar el contenido.

—¿Deber? —replicó Spiro displicentemente—. ¿Qué deber ni qué niño muertos? ¿Es tu deber atacar a los forasteros inocentes, eh? ¿Tratarlos como contrabandistas, eh? ¿A eso llamas tu deber?

Tras breve pausa para tomar resuello, Spiro agarró una gran maleta con cada manaza y se dirigió a la puerta. Allí se detuvo y, volviéndose, disparó una salva de despedida.

—Nos conocemos, Christaki: a mí no me vengas con historias del deber. Me acuerdos cuando te multaron doce mil dracmas por dinamitar pescados. A mí ningún criminal me tienes que hablar de deber.

Regresamos de la aduana victoriosos, con todo el equipaje intacto y sin mirar.

—Esos canallas se creen que es suyas la islas —fue el comentario de Spiro. Parecía no darse cuenta de que su manera de actuar respondía a idéntico supuesto.

Una vez tomado el mando, Spiro se nos pegó como una lapa. De taxista había

pasado en pocas horas a ser nuestro defensor, y a la semana era ya nuestro guía, filósofo y amigo personal. Convertido en un miembro más de la familia, apenas había cosa que hiciéramos o proyectamos en la que él no estuviera metido de algún modo, siempre estaba presente con sus gruñidos y su voz de toro, arreglando nuestras dificultades, diciéndonos cuanto se debía pagar por cada cosa, vigilando nuestras actividades e informando a Mamá de todo lo que según él debía saber. Este angelote moreno y feo nos cuidaba con tanta ternura como si fuéramos niños ligeramente retrasadillos. A Mamá la adoraba francamente, y dondequiera que estuviésemos se dedicaba a pregonar sus alabanzas, con gran bochorno por su parte.

—Ya pueden tener cuidados con lo que hacen —nos decía, frunciendo el ceño con severidad—, no vayan a disgustar a su mamas.

—¿Y eso por qué, Spiro? —protestaba Larry, simulando su asombro con maestría —. Nunca se ha preocupado de nosotros; ¿a santo de qué vamos a tenerla en cuenta?

—Carambas, señorito Larrys, no haga esas bromas —decía angustiado Spiro.

—Es la pura verdad, Spiro —añadía muy serio Leslie—, no es una madre nada buena, ¿sabe?

—Nos diga eso, nos diga eso —bramaba Spiro—. Válgames Dios, si yo tuvieras una madre así correrías todas las mañanas a besarles los pies.

Entre tanto nos instalamos en la villa, cada cual organizándose y adaptándose al entorno a su manera. Margo, por el simple hecho de tomar el sol en los olivares enfundada en un bañador microscópico, había reunido a una ardiente banda de apuestos jóvenes campesinos que como por arte de birlibirloque surgían de un paisaje aparentemente desierto cada vez que se le acercaba una abeja o pretendía correr la tumbona. Mamá se sintió obligada a señalar que los dichos baños de sol le parecían un poco imprudentes.

—Además, querida, ese bañador no cubre mucho, ¿no crees? —añadió.

—Oh, Mamá, no seas tan anticuada —dijo impaciente Margo—. Además, de algo hay que morirse.

Observación tan desconcertante como cierta, que bastó para silenciar a Mamá.

Para meter en la villa los baúles de Larry había hecho falta que tres robustos mocetones del campo se pasaran media hora sudando y resoplando, mientras el propio Larry bullía a su alrededor dirigiendo la operación. Uno de los baúles era tan grande que hubo que izarlo desde una ventana. Una vez acomodados, Larry pasó un día feliz vaciándolos, y su cuarto quedó tan atestado de libros que era casi imposible entrar o salir de él. Rodeado de murallas de volúmenes por todo el perímetro externo, Larry se pasaba el día allí dentro con su máquina de escribir, sólo emergiendo soñolientamente a las horas de comer. A la segunda mañana apareció en un estado de irritabilidad extrema, porque un campesino había dejado el burro atado junto al seto. Intermitentemente el animal estiraba el cuello para soltar un rebuzno lúgubre y

prolongado.

—¡Qué me decís de esto! ¿No tiene gracia que las generaciones venideras se vean privadas de mi obra simplemente porque a un palurdo idiota no se le ocurre mejor cosa que atarme esa bestia inmunda debajo de la ventana? —preguntó Larry.

—Sí, querido —dijo Mamá—. Si tanto te molesta, ¿por qué no te lo llevas a otro sitio?

—Mi querida madre, no esperarás que pierda el tiempo persiguiendo burros por los olivares. Le tiré un folleto de Christian Science; ¿qué más quieres que haga?

—El pobrecito está atado. No pretenderás que se desate él solo —dijo Margo.

—Debería estar prohibido aparcar esas bestias nauseabundas cerca de las casas. ¿No puede bajar alguno de vosotros a llevárselo?

—Anda, ¿y por qué? A los demás no nos molesta —dijo Leslie.

—Eso es lo malo de esta casa —dijo Larry amargamente—. Nadie echa una mano, nadie tiene consideración para con los otros.

—Tú sí que no tienes consideración con nadie —dijo Margo.

—Y todo por tu culpa, Mamá —continuó Larry con austeridad—. No nos deberías haber criado tan egoístas.

—¡Lo que hay que oír! —exclamó Mamá—. ¡Jamás hice tal cosa!

—Pues no pudimos hacernos así de egoístas sin una mínima instrucción —dijo Larry.

Al final, Mamá y yo desatamos el burro y nos lo llevamos a un trecho más abajo de la cuesta.

En tanto, Leslie había desempaquetado sus revólveres y nos sobresaltaba a todos con una, al parecer interminable, serie de estampidos, disparando contra una lata vieja desde la ventana de su alcoba. Después de una mañana particularmente ensordecedora, Larry irrumpió de su cuarto diciendo que no sería capaz de trabajar si la villa retemblaba hasta sus cimientos cada cinco minutos. Leslie, agraviado, replicó que tenía que practicar. Larry dijo que más que práctica aquello parecía el motín de los indios. Mamá, cuyos nervios andaban también un poco exacerbados por el escándalo, sugirió que Leslie practicara con un revólver vacío. Leslie tardó media hora en explicarle por qué eso era imposible. Al cabo se dignó alejar su lata de la casa, con lo que el ruido llegaba ligeramente amortiguado pero tan de sopetón como antes.

Sin descuidar su atenta vigilancia de todos nosotros, Mamá se organizó por su lado. La casa rezumaba aroma de hierbas y penetrante tufo a ajos y cebollas, y en la cocina se agolpaba un muestrario de borboteantes cacerolas, entre las que Mamá circulaba con las gafas torcidas y murmurando para sí. Si conseguía separarse de la cocina era para deambular alegremente por el jardín, podando y cortando de mala gana, desyerbando y plantando con entusiasmo.

Para mí, el jardín tenía suficiente interés; allí Roger y yo aprendimos algunas cosas sorprendentes. Roger, por ejemplo, descubrió que no era prudente olisquear avispones, que los perros del campo corrían chillando si los miraba a través de la verja, y que los pollos que saltaban de repente desde el seto de fucsia, graznando como locos al huir, eran presa ilegal aunque deseable.

Este jardín de casa de muñecas era un país encantado, un bosque de flores transitado por criaturas que yo jamás había visto. Entre los gruesos y sedosos pétalos de cada capullo de rosa vivían arañitas como cangrejos, que se escabullían de lado si se las molestaba. Sus cuerpecitos translúcidos tenían igual coloración que su flor respectiva: rosa, marfil, corinto o amarillo manteca. Sobre los tallos de los rosales, incrustados de pulgón, las mariquitas se movían como juguetes recién pintados: mariquitas rojo pálido con grandes puntos negros; mariquitas rojo manzana con puntos pardos; mariquitas color naranja moteadas de gris y negro. Simpáticas y gordinflonas, rondaban comiendo por entre los anémicos rebaños de pulgones. Abejas carpinteras como peludos osos azul eléctrico zigzagueaban atareadas entre las flores, zumbando roncamente. Las mariposas esfinge, pulcras y esbeltas, recorrían los senderos con aparatosa eficiencia, sosteniendo a ratos su aleteo borroso para inyectar su larga y fina trompa en los capullos. Entre las piedrecitas, grupos de grandes hormigas negras se tambaleaban haciendo gestos en torno a extraños trofeos: una oruga muerta, un trozo de pétalo de rosa, o una vaina seca colmada de semillas. Como acompañamiento a toda esta actividad llegaba, desde los olivares más allá del seto de fucsia, el continuo, centelleante chirriar de las cigarras. Si la curiosa atmósfera cegadora del calor produjera un sonido peculiar, sería exactamente el grito extraño y monótono de estos insectos.

Al principio me asombraba tanto esta abundancia de vida a nuestra misma puerta que iba deslumbrado de un sitio a otro del jardín, fijándome ahora en este bichito, luego en aquel otro, constantemente distraída mi atención por el vuelo de las brillantes mariposas que cruzaban el seto. Poco a poco, al irme habituando al *bulle-bulle* de los insectos entre las flores, observé que podía concentrarme más. Me pasaba las horas muertas en cuclillas o tripa abajo contemplando la vida privada de las criaturas de alrededor, mientras Roger, sentado a poca distancia, me aguardaba con aire resignado. De ese modo aprendí muchas cosas fascinantes.

Comprobé que las arañitas cambiaban de color como un camaleón cualquiera. Cogía una araña de una rosa color burdeos, donde había estado metida como una cuenta de coral, y la depositaba en las profundidades de una rosa blanca. Si se quedaba allí —que era lo más frecuente—, se veía que su color iba desvaneciéndose, como si el traslado la hubiera puesto anémica, hasta que al par de días se agazapaba entre los blancos pétalos como una perla.

Descubrí que en las hojas secas al pie del seto de fucsia habitaba otra clase de

araña, un fierecillo cazador astuto y sanguinario como un tigre. Paseaba por su continente de hojas, con los ojos relucientes al sol, parándose de vez en cuando y estirándose sobre sus patas peludas para otear el entorno. Si veía una mosca tomando el sol, se quedaba petrificado; después, con la lentitud con que crece una planta, se adelantaba imperceptiblemente, avanzando milímetro a milímetro, deteniéndose de palmo en palmo para enganchar su seda de salvamento al haz de las hojas. Llegado a la distancia adecuada, el cazador se paraba a frotarse levemente las patas como quien hace un buen negocio, y extendiéndolas luego en un peludo abrazo saltaba sobre la amodorrada mosca. Jamás vi a una de esas arañitas errar el tiro, una vez situada en posición.

Todos estos hallazgos me llenaban de tan enorme gozo que necesitaba compartirlos, e irrumpía súbitamente en casa para sobresaltar a la familia con la noticia de que las extrañas orugas negras y erizadas de las rosas no eran tales orugas, sino larvas de mariquita, o con la noticia igualmente pasmosa de que las crisopas ponían sus huevos sobre zancos. De este último milagro tuve la suerte de ser testigo. Encontré una crisopa en un rosal y la observé mientras trepaba por las hojas, admirando sus bellas alas, frágiles como cristales verdes, y sus enormes y acuosos ojos dorados. Paróse al fin sobre una hoja e inclinó el extremo del abdomen. Tras permanecer así un momento alzó la cola, y vi con asombro que de ella salía erguido un delgado filamento, como un cabello pálido. En la misma cima de este tallo apareció el huevo. La hembra descansó un instante, y seguidamente repitió la operación hasta dejar la superficie de la hoja como cubierta de un bosque de moho. Acabada la puesta, la crisopa sacudió levemente las antenas y emprendió el vuelo con un aleteo de gasa verde.

Quizá lo más emocionante que descubrí en este variopinto Liliput a mi alcance fue un nido de tijeretas. Hacía mucho tiempo que deseaba encontrar uno y había rebuscado infructuosamente por todas partes, de modo que el dar con él casualmente me abrumó de alegría, como si hubiera recibido un regalo maravilloso. Levanté un pedazo de corteza y allí debajo estaba la guardería, en un hoyito de la tierra que sin duda había excavado la propia madre. Acurrucada allí mismo protegiendo como una gallina unos cuantos huevecitos blancos, no se movió cuando, al levantar yo la corteza, la luz del sol le dio de plano. No pude contar los huevos, pero parecían ser pocos, así que supuse que aún no había terminado su labor. Tiernamente volví la corteza a su sitio.

A partir de ese momento guardé celosamente el nido. Erigí alrededor un muro protector de piedras, y para mayor seguridad escribí un letrero en tinta roja y lo clavé a una estaca próxima como advertencia a la familia. El letrero decía:

PRECAUZION

— NIDO DE TIJERETAS —
NO MOLEZTEN PORFABOR

Cosa notable, lo único bien escrito era la descripción biológica. Dedicaba diez minutos de cada hora al atento escrutinio de la madre tijereta. No me atrevía a examinarla más a menudo por temor a que abandonase el nido. Con el tiempo el montón de huevos iba creciendo, y ella parecía habituada a que le levantase el tejado de corteza. Llegué incluso a deducir que me reconocía, por su manera amistosa de menear las antenas. Para amarga desilusión mía, después de todos mis esfuerzos y mi constante servicio de centinela, los bebés salieron del huevo por la noche. En mi opinión, y a cambio de todos mis desvelos, la hembra podía haber retrasado el asunto para que yo lo presenciase. De todos modos allí estaban, una magnífica carnada de jóvenes tijeretas diminutas y frágiles, como talladas en marfil.

Rebullían débilmente bajo el cuerpo de su madre, metiéndosele entre las patas, subiéndosele a las pinzas las más audaces. Era un espectáculo enternecedor. Al día siguiente hallé vacía la guardería: mi maravillosa familia se había dispersado por el jardín. Poco después vi a uno de los niños. Claro que era más grande, más oscuro y robusto, pero le reconocí de inmediato. Sesteaba enroscado en un laberinto de pétalos de rosa, y cuando le desperté se limitó a arquear irritado sus pinzas sobre el lomo. Yo habría preferido ver en ello un saludo, un gesto de amistad, pero honradamente hube de admitir que no era sino el aviso de una tijereta a un enemigo potencial. Aun así, la excusé. Al fin y al cabo, era muy pequeña la última vez que nos habíamos visto.

Hice amistad con las rollizas muchachas campesinas que mañana y tarde pasaban por delante del jardín. Montadas a la mujeriega sobre sus derrengados burros de orejas gachas, eran chillonas y parlanchinas como cotorras, y su charla y su risa reverberaban en los olivares. Por la mañana saludaban sonrientes al paso rítmico de sus burros, y al atardecer se inclinaban sobre el seto de fucsia, balanceándose precariamente en sus monturas, para ofrecerme regalos con una sonrisa: un racimo de uvas color ámbar todavía calientes del sol, brevas negras como el alquitrán veteadas de rosa por donde se habían desgarrado de puro maduras, o una sandía gigante llena de rosáceo hielo en su interior. Al correr de los días las fui entendiendo poco a poco. Lo que al principio no era más que un confuso parloteo se convirtió en una serie de sonidos distintos y reconocibles. Repentinamente adquirieron un significado, y yo mismo empecé a pronunciarlas con lenta timidez, hasta ensartar mis vocablos recién aprendidos en frases entrecortadas faltas de toda gramática. Nuestras vecinas estaban encantadas, como si el intentar aprender su idioma fuera una delicada atención para con ellas. Se apoyaban en el seto concentrando todo su interés mientras yo construía a tientas un saludo o un sencillo comentario, y cuando acababa con éxito me sonreían radiantes, asintiendo y palmoteando. Gradualmente supe sus nombres, quién era

familia de quién, quiénes eran casadas y quiénes esperaban serlo, y otros detalles. Me enteré de en qué parte de los olivares tenía su casita cada una, y si por casualidad pasábamos por allí Roger y yo salía a recibirnos la familia entera, vociferando complacidos al tiempo que me sacaban una silla para que me sentase bajo su parra y comiese con ellos alguna fruta.

Poco a poco la magia de la isla se nos iba posando suave y adherente como un polen. Cada día tenía tal tranquilidad, tal atemporalidad, que deseábamos que no acabase nunca. Pero la oscura piel de la noche se rasgaba para entregarnos otro día más, policromo y brillante como una calcomanía y con el mismo matiz de irrealidad.

3. El hombre de las cetonias

Al despertarme por la mañana, la persiana de mi alcoba filtraba la luz del amanecer en bandas de oro. El aire mañanero se poblaba del olor a carbón de encina del fogón, el vigoroso canto de los gallos, el ladrido distante de los perros, y el soniquete quebrado y melancólico de las esquilas, según salían a pastar los rebaños de cabras. Desayunábamos en el jardín, bajo los pequeños mandarinos. El cielo era radiante y fresco, sin el azul fiero del mediodía, sino levemente opalado y lechoso. Las flores yacían aún medio dormidas: las rosas arrugadas de rocío, las caléndulas todavía bien cerradas. Por regla general el desayuno era una comida apacible y silenciosa, pues a esas horas ninguno de los miembros de la familia se sentía muy comunicativo. Pero al acabar se notaba el erecto del café, las tostadas y los huevos, y empezábamos a revivir, a contarnos unos a otros lo que íbamos a hacer, por qué pensábamos hacerlo, y a discutir enérgicamente sobre si el plan de cada cual era acertado o no. En esas discusiones yo no participaba nunca, porque sabía perfectamente lo que iba a hacer, y dedicaba mi atención a acabar de comer lo antes posible.

—¿Es verdaderamente necesario que zampes y destroces la comida de esa forma? —inquiría Larry con voz dolorida, limpiándose delicadamente los dientes con el palito de un fósforo.

—Come despacio, hijo —murmuraba Mamá—; no tienes ninguna prisa.

¿Ninguna prisa? ¿Con Roger aguardándome hecho un amasijo oscuro y expectante junto a la verja, sin levantar de mí su mirada ansiosa? ¿Ninguna prisa, cuando ya las primeras cigarras soñolientas comenzaban a ensayar entre los olivos? ¿Ninguna prisa, con la isla entera, fresca y luminosa como una estrella matutina, en espera de ser explorada? No esperaba, sin embargo, que la familia comprendiese este punto de vista, así que remoloneaba un poco hasta verles enfrascados en otro tema, y entonces me ponía a engullir de nuevo.

Libre al fin, me escurría de la mesa y salía trotando en dirección a la verja, donde Roger, sentado, me miraba con gesto interrogante. Juntos oteábamos los olivares por entre los barrotes de hierro forjado. Yo sugería que quizá no valiese la pena salir hoy. Roger sacudía el rabo para negarlo apresuradamente, y me topaba en la mano con su hocico. «No», decía yo, «creo que realmente hoy no deberíamos salir. Parece que va a llover», y con expresión contrita alzaba la vista al cielo claro y despejado. Roger, aguzando las orejas, miraba también al cielo, y después a mí implorantemente. «De todos modos», proseguía yo, «si ahora no se anuncia lluvia es casi seguro que lloverá más tarde, y por eso sería mucho más prudente sentarse en el jardín a leer un libro». Desesperado, Roger ponía su negra pataza sobre la verja y se volvía a mirarme, levantando de lado el labio superior para enseñar sus blancos dientes en una sonrisa

asimétrica e insinuante, mientras su corto rabo se deshacía en un revuelo de emoción. Era un recurso infalible, porque sabía que no me podía resistir a su ridícula sonrisa. Así que dejaba de hacerle rabiar, agarraba mis cajas de cerillas y mi cazamariposas, la puerta se abría con un chirrido y se cerraba con retumbo, y allá salía Roger disparado hacia los olivares como un torbellino, saludando al nuevo día con su ladrar profundo.

En aquellos primeros días de exploración Roger era mi compañía constante. Juntos nos aventurábamos cada vez más lejos, descubriendo silenciosos, remotos olivares que había que investigar y recordar, abriéndonos paso por laberintos de arrayanes poblados de mirlos, atreviéndonos a cruzar angostos valles donde los cipreses proyectaban un manto de sombra entintada y misteriosa. Era el perfecto camarada de aventuras, afectuoso sin exageración, valiente sin temeridad, inteligente y lleno de bondadosa tolerancia para con mis excentricidades. Si me resbalaba al trepar por una pendiente húmeda de rocío, Roger aparecía de improviso, daba un resoplido que sonaba a carcajada reprimida, un vistazo rápido, un breve lametón de consuelo, se sacudía, estornudaba y me agraciaba con su sonrisa tuerta. Si yo encontraba algo interesante: un nido de hormigas, una oruga sobre una hoja, una araña envolviendo a una mosca en pañales de seda, Roger se sentaba a esperar que finalizase mi examen. Si le parecía que tardaba demasiado se aproximaba, daba un bostezo suave y quejumbroso, suspiraba hondamente y empezaba a mover el rabo. Si el asunto no era de mucha importancia seguíamos andando, pero si se trataba de algo absorbente que hubiera que estudiar con detenimiento, bastaba hacer un gesto para que Roger notase que la cosa iba para largo. Dejaba caer entonces las orejas, paraba gradualmente el rabo y se arrastraba al arbusto más cercano para tenderse allí a la sombra, no sin antes lanzarme una mirada de mártir.

Durante estas excursiones Roger y yo conocimos a mucha gente de diversas partes de la campiña circundante. Había, por ejemplo, un muchacho raro, retrasado mental, con una cara redonda más inexpresiva que un huevo. Vestía siempre la misma camisa deshilachada, pantalones de sarga azul llenos de brillos arremangados a media pierna, y se cubría con los vetustos despojos de un bombín sin ala. Cada vez que nos veía corriendo por entre los olivares, se quitaba cortésmente su sombrero absurdo y nos daba los buenos días con vocecilla infantil y dulce como una flauta. Permanecía así unos diez minutos, mirándonos sin expresión, asintiendo a cualquier comentario que se me ocurriera hacer. Después, quitándose el sombrero cortésmente, se alejaba entre los árboles. Estaba también la inmensamente gorda y jovial Agathi, que vivía en una chocita desvencijada en lo alto de la colina. Se la encontraba siempre sentada a la puerta con el huso de lana en la mano hilándolo y estirándolo en hilo tosco. Debía tener bastante más de setenta años, pero su cabellera era aún negra y lustrosa, pulcramente trenzada y enroscada en torno a un par de pulidos cuernos de vaca, adorno adoptado por algunas ancianas del campo. Tomando el sol como un gran sapo

negro, con la cofia escarlata prendida sobre sus cuernecitos, subía y bajaba el copo de lana girándolo como una peonza; sus dedos se atareaban desenredando y tensando, y su boca marchita con una hilera de dientes rotos y descoloridos se abría para cantar roncamente pero con gran vigor.

Fue de Agathi de quien aprendí algunas de las más bellas y nostálgicas canciones de la tierra. Sentado al sol sobre una lata vieja, comiendo uvas o granadas de su huerta, yo la acompañaba, y ella se interrumpía de vez en cuando para corregir mi pronunciación. Verso a verso cantábamos la alegre, chispeante canción del río, Vangelió, de cómo se despeñaba desde las montañas para enriquecer los jardines, fertilizar los campos y cargar de fruta los árboles. Cantábamos, revolviendo los ojos con coquetería exagerada, una divertida coplilla de amor titulada «Falsedad». «Mentira, mentira», trinábamos sacudiendo la cabeza, «todo mentira, pero la culpa es mía por enseñarte a ir por los campos contándole a todo el mundo que te quiero». Luego nos entraba la tristura, y cantábamos, por ejemplo, una canción lenta y cadenciosa que se llamaba «¿Por qué te vas de mí?». Ésta nos acongojaba casi, y como un gemido entonábamos la letra larga y conmovedora, temblándonos la voz. Al llegar a lo último, que era lo más desconsolador de todo, Agathi se llevaba las manos a sus grandes pechos, sus ojos negros se nublaban apenados, y sus barbillas temblaban de emoción. Según se iban apagando las últimas notas discordantes de nuestro dúo, se volvía hacia mí, limpiándose la nariz con el pico de la cofia.

—¿Vaya par de tontos que estamos hechos, eh? Vaya par de tontos, sentados al sol cantando. ¡Y de amor! Yo ya soy demasiado vieja para eso, y tú demasiado joven, y Perdemos el tiempo cantando cosas de amor. Hale, vamos a tomarnos un vinito, ¿eh?

Aparte de Agathi, la persona que más me gustaba era el pastor Yani, un viejo alto y desgarbado con narizota ganchuda como el pico de un águila y unos bigotes increíbles. Le conocí una tarde calurosa en que Roger y yo habíamos pasado horas intentando hacer salir a un gran lagarto verde de su rendija en un muro de piedras. Al cabo, vencidos, sudorosos y cansados, nos tiramos al pie de cinco cipresitos que arrojaban un pulcro cuadrado de sombra sobre la agostada hierba. Estando allí tendido oí aproximarse el tintineo débil y soñoliento de una esquila, y al poco todo el rebaño de cabras desfiló por nuestro lado, parándose brevemente para mirarnos con sus ojos ausentes y amarillos, balar sarcásticamente y seguir andando. El suave murmurar de sus esquilas, y de sus dientes arrancando y triscando la maleza, ejerció sobre mí un efecto sedante, y cuando ya se alejaban a paso lento y llegó el pastor yo estaba casi dormido. Apoyado en su parda garrota de olivo paróse a mirarme con sus fieros ojillos negros bajo las cejas hirsutas, las grandes botas bien plantadas en el brezal.

—Buenas tardes —me saludó ásperamente—; ¿usted es el forastero… el pequeño

lord inglés?

Ya me había habituado a la curiosa idea de los campesinos de que todos los ingleses éramos lores, y admití serlo yo también. Luego de rugirle a una cabra que empinada sobre sus patas traseras ramoneaba en un olivo, se volvió hacia mí.

—Le voy a decir una cosa, pequeño lord —dijo—; es peligroso que se tumbe aquí, bajo estos árboles.

Alcé la mirada a los cipreses pero me parecieron bastante sólidos, y al no encontrar en ellos nada alarmante le pregunté por qué pensaba que eran peligrosos.

—Ah, sentarse sí se puede. Dan buena sombra, fría como agua de pozo; pero ahí está lo malo, que le tientan a uno a dormirse. Y jamás, por ningún motivo, se debe dormir a la sombra de un ciprés.

Hizo una pausa, se atusó el bigote, esperó a que le preguntase por qué, y prosiguió entonces:

—¿Que por qué? Porque si se hace se despierta uno cambiado. Los cipreses negros son peligrosos, sí. Mientras que uno duerme, sus raíces se le meten en los sesos y se los llevan, y al despertarse está uno loco, con la cabeza más vacía que un pito.

Le pregunté si era solamente el ciprés el que producía eso, o si era aplicable a otros árboles.

—No, sólo el ciprés —respondió el viejo, oteando con fiereza los árboles como para ver si estaban escuchando—; sólo el ciprés roba la inteligencia. Así que dése por avisado, pequeño lord, no se duerma aquí.

Cabeceó brevemente, lanzó otra mirada fiera a los cipreses como retándoles a hacer alguna réplica, y luego se marchó abriéndose paso cuidadosamente por entre los arrayanes, hasta donde sus cabras pastaban desperdigadas por el monte, sus grandes ubres pendulando como gaitas bajo el vientre.

Llegué a conocer muy bien a Yani, porque siempre me lo encontraba cuando iba de exploración, y a veces le visitaba en su casita: entonces me atracaba de fruta y me daba toda clase de consejos y advertencias para que no corriera peligro en mis paseos.

Quizá uno de los personajes más estrafalarios y fascinantes que conocí en mis viajes fue el Hombre de las Cetonias. Tenía un aire como de cuento de hadas que le hacía irresistible, y yo aguardaba ansioso nuestros infrecuentes encuentros. Le vi por primera vez en un camino alto y solitario que conducía a una de las remotas aldeas de la montaña. Le oí mucho antes de verle: tocaba una ondulante tonada con una flauta de Pan, interrumpiéndose de vez en cuando para cantar un par de palabras con una curiosa voz nasal. Al torcer la esquina, Roger y yo nos le quedamos mirando con asombro.

Tenía un rostro afilado de raposa con ojos grandes y rasgados, de un tono castaño tan oscuro que parecían negros. Había en ellos una mirada ausente, extraña, y una

especie de pelusa como se ve en las ciruelas, una nube blanquecina casi como una catarata. Era bajo y flaco, y la delgadez del cuello y las muñecas delataba falta de comida. Su atavío era fantástico, y en la cabeza llevaba un sombrero informe de alas muy anchas y caídas. En sus tiempos había sido verde botella, pero ahora estaba salpicado y sucio de polvo, manchas de vino y chamuscos de cigarrillo. En la cinta llevaba prendido un ondeante bosque de plumas: plumas de gallo, de abubilla, de búho, el ala de un martín pescador, una garra de halcón y una pluma grande y sucia que podía ser de cisne. La camisa estaba sobada y deshilachada, gris de sudor, y una enorme corbata del más llamativo satén azul le colgaba del cuello. Tenía además un abrigo oscuro y amorfo, con parches de distintos colores aquí y allá: en la manga un trozo de tela blanca con dibujo de capullos de rosa; sobre el hombro un parche triangular de lunares blancos y color burdeos. Los bolsillos de esta prenda reventaban de cosas que casi iba perdiendo: peines, globos, cuadritos de santos de muchos colorines, tacos de olivo tallados en forma de culebras, camellos, perros y caballos, espejuelos baratos, un caos de pañuelos, y largos panecillos retorcidos decorados con simientes. Los pantalones, tan parcheados como el abrigo, se arrugaban sobre un par de charouhias rojas, zapatos de cuero con la punta respingona y adornada con un gran pompón blanco y negro. Este extraordinario personaje acarreaba a la espalda unas jaulas de mimbre llenas de palomas y pollitos, varios sacos misteriosos y un gran manojo de puerros frescos. Con una mano se llevaba la flauta a la boca y con la otra sujetaba un montón de cabos de algodón de distinto largo a cada uno de los cuales iba atada una cetonia del tamaño de una almendra, verdedorada y brillante al sol todas revoloteándole alrededor del sombrero con zumbido ronco y desesperado, intentando huir del hilo que atenazaba firmemente sus cinturas. Ocasionalmente harta de dar vueltas y más vueltas para nada, una de las cetonias se le paraba un momento en el sombrero, antes de lanzarse una vez más a su interminable tiovivo.

Al vernos, el Hombre de las Cetonias se detuvo, dio un respingo muy exagerado, quitóse su ridículo sombrero y nos hizo una rendida reverencia. Tan perplejo quedó Roger ante esta insólita atención que descargó una salva de asombrados ladridos. El hombre nos sonrió, se puso nuevamente el sombrero, alzó las manos y meneó hacia mí sus largos dedos huesudos. Divertido y algo sobresaltado por su aparición, le deseé cortésmente buenos días. Hizo otra reverencia palaciega. Le pregunté si venía de alguna fiesta. Negó enérgicamente con la cabeza, llevóse la flauta a los labios y tocó una frasecilla cadenciosa, dio dos o tres zapatetas sobre el camino polvoriento y luego se detuvo apuntando con el pulgar por encima del hombro para señalar de dónde venía. Sonrió, se palpó los bolsillos y frotó el dedo índice con el pulgar a la manera griega de expresar dinero. De pronto caí en la cuenta de que debía ser mudo. Así, en mitad del camino, entablados conversación, respondiendo él mediante una variada y muy ingeniosa pantomima. Le pregunté para qué eran las cetonias, y por

qué las tenía atadas con hilos de algodón. Con las manos hizo un ademán que indicaba niños, y volteó sobre su cabeza el cargamento de cetonias de modo que todas empezaron a zumbar airadamente.

Agotado por la explicación, se sentó en la cuneta y tocó una breve canción, parándose a cantar con su curiosa voz nasal. No eran palabras articuladas lo que decía, sino una serie de ronquidos extraños y gallos de tenor que parecía formar en el fondo de la garganta y expeler por la nariz. Los producía, sin embargo, con tanta ilusión y tan maravillosas muecas que no se convencía de que los absurdos sonidos significaban algo realmente. Al rato embutió la flauta en su atiborrado bolsillo, me miró reflexionando un momento y a renglón seguido descolgóse del hombro un saquito, lo abrió y, para mi deleite y asombro, sembró media docena de tortugas por el polvo del camino. Sus conchas estaban pulimentadas con aceite, y no se sabe cómo había conseguido adornar sus patitas delanteras con lacitos rojos. Lenta y pomposamente desempaquetaron cabeza y patas de sus lustrosos caparazones y pusiéronse en marcha por el camino, tenazmente y sin entusiasmo. Yo las observaba fascinado; la que más me llamaba la atención era una muy pequeñita, con la concha del tamaño de una tacita de té. Parecía más marchosa que las demás, y su caparazón mostraba un colorido más pálido, castaño, caramelo y ámbar. Tenía una mirada despierta y andares tan airosos como pueda tenerlos una tortuga. Me senté a contemplarla largo rato. Estaba seguro de que mi familia acogería su llegada a la villa con tremendo regocijo, quizá hasta felicitándome por la adquisición de un ejemplar tan elegante. El hecho de no llevar dinero no me inquietaba lo más mínimo, porque simplemente le diría al hombre que pasara por casa a cobrar al día siguiente. Ni se me pasó por la imaginación que pudiera no fiarse de mí. Me bastaba con ser inglés, pues los isleños sentían hacia el inglés un cariño y respeto totalmente inmerecidos. En lo que no se fiaban unos de otros se fiarían de un británico. Le pedí al Hombre de las Cetonias el precio de la tortuguita. Levantó ambas manos, con los dedos tiesos. Pero no en vano había yo visto cómo compraban y vendían los campesinos. Sacudí firmemente la cabeza y alcé dos dedos, imitándole sin querer. Cerró los ojos horrorizado ante la idea, y levantó nueve dedos; yo levanté tres; sacudió la cabeza y tras pensarlo un momento levantó seis; yo a mi vez sacudí la mía y levanté cinco. Negó de nuevo el Hombre de las Cetonias y suspiró con profunda tristeza, con lo cual nos quedamos sentados en silencio viendo cómo las tortugas trepaban bamboleándose pesadamente por el camino, con la curiosa y torpe terquedad de los bebés. Al cabo el Hombre de las Cetonias apuntó a la pequeñita y volvió a estirar seis dedos. Yo me negué y estiré cinco. Roger bostezó con estruendo, todo este mudo regateo le aburría soberanamente. El Hombre de las Cetonias cogió el reptil y mímicamente me señaló lo suave y bonita que tenía la concha, lo bien que sostenía la cabeza, lo afiladas que estaban sus uñas. Yo me mantuve en mis trece. Encogióse de hombros y me dio la

tortuga, levantando cinco dedos.

Le dije entonces que no tenía dinero, y que tendría que ir por la villa al día siguiente, y asintió como si fuera lo más natural del mundo. Emocionadísimo de poseer este nuevo animal, yo quería volver a casa cuanto antes para enseñárselo a todos, así que me despedí del hombre, le di las gracias y eché a correr camino abajo. Al llegar al punto en que tenía que atajar por los olivares me detuve a examinar en detalle mi adquisición. Era sin duda la tortuga más preciosa que yo había visto, y en mi opinión valía por lo menos el doble de lo que me había costado. Acaricié su escamosa cabeza con el dedo y me la instalé con cuidado en un bolsillo. Antes de lanzarme por la pendiente volví la vista atrás. El Hombre de las Cetonias seguía en el mismo sitio, pero ahora bailoteaba una pequeña jota, saltando y contoneándose y gorjeando con su flauta mientras a sus pies las tortugas deambulaban arriba y abajo, grises y pesadotas.

Al recién llegado se le bautizó debidamente con el nombre de Aquiles, y resultó ser una bestiecilla de lo más inteligente y simpática, dotada de un peculiar sentido del humor. Al principio la atábamos de una pata en el jardín, pero cuando hubo tomado confianza la dejamos andar suelta. En muy poco tiempo aprendió su nombre, y nos bastaba con llamarla una o dos veces y esperar pacientemente un ratito para verla aparecer avanzando de puntillas por los estrechos senderos empedrados, estirando cabeza y cuello ansiosamente. Le encantaba comer de la mano, y se despatarraba al sol como un pachá mientras le acercábamos trocitos de lechuga, dientes de león o uvas. Las uvas le gustaban tanto como a Roger, y siempre surgía entre ellos gran rivalidad. Parábase Aquiles a mordisquear una uva, con todo el jugo rezumándole por la barbilla, y Roger, tendido a poca distancia, le miraba con ojos angustiados goteando saliva por la boca. Roger se llevaba una buena ración de la fruta, pero aun así le debía parecer un despilfarro dar semejantes exquisiteces a una tortuga. Como yo no le vigilase, acabada la comida se aproximaba a Aquiles y le lamía vigorosamente la delantera por llevarse el jugo con que el reptil se había embadurnado. Ofendida ante tales libertades, Aquiles le tiraba un mordisco al hocico, y si persistían los enérgicos y húmedos lametones se retiraba a su concha con un bufido de indignación, negándose a salir hasta que nos hubiéramos llevado a Roger. Pero la fruta que más le gustaba a Aquiles eran las fresas. Sólo con verlas se ponía auténticamente histérica, bamboleándose de un lado a otro, torciendo la cabeza por ver si se le iba a dar alguna, mirándonos suplicante con sus ojillos de botón. Las chiquitinas, del tamaño de un guisante grueso, se las comía de un bocado. Pero si le dábamos una grande, del tamaño de una avellana, se conducía de una manera que no he visto jamás emular a ninguna otra tortuga. Agarraba la fruta y llevándola firmemente cogida en la boca salía trotando a todo gas hasta llegar a un lugar seguro y retirado entre los macizos de flores, y allí la depositaba y se la comía a sus anchas,

regresando por otra al terminar.

Paralela a su pasión por las fresas, Aquiles desarrolló también una pasión por la compañía del humano. Que alguien saliera al jardín a sentarse y tomar el sol, a leer o por cualquier otro motivo, y al poco oiría un crujido entre las minutisas, y por allí asomaría la cara seria y arrugada de Aquiles. Si uno estaba sentado en una silla, se contentaba con acercarse a los pies lo más posible sumiéndose allí en un sueño profundo y apacible, con la cabeza fuera de la concha y el pico apoyado en el suelo. En cambio, si uno se tendía en una estera a tomar el sol, Aquiles no vacilaba en interpretarlo como deseo de proporcionarle una distracción. Del sendero venía traqueando hasta la estera con expresión de extremo gozo. Se detenía pensativa, te pasaba revista de pies a cabeza y elegía una porción de tu anatomía donde practicar el montañismo. Sentir por sorpresa cómo una tortuga tenaz te entierra las uñas en un muslo, camino del estómago no es lo más conducente al relajamiento. Si se le apartaba y se corría a otro lado la estera el respiro era sólo momentáneo, pues Aquiles recorría torvamente el jardín hasta encontrarle a uno de nuevo. Esta costumbre suya llegó a ser tan molesta que, al cabo de incontables quejas y amenazas familiares, tuve que encerrarla cada vez que alguien se tumbaba en el jardín. Hasta que un día nos dejamos abierta la verja y Aquiles se esfumó. Inmediatamente organizamos equipos de búsqueda, y toda la familia, que hasta entonces había pasado la mayor parte del tiempo profiriendo amenazas para la vida del reptil, se puso a vagar por los olivares, gritando: «Aquiles… fresas… Aquiles… Aquiles, fresas…». Por fin dimos con ella. Paseando con su habitual despiste, había caído a un pozo abandonado cuyo brocal se había desmoronado en tiempos remotos y cuya boca yacía casi totalmente cubierta de helechos. Estaba, para nuestra gran consternación, muerta. Ni los intentos de Leslie de hacerle la respiración artificial, ni la sugerencia de Margo de meterle fresas gaznate abajo (para darle, como ella explicó, una razón de vivir), lograron la menor respuesta. Así, pues, solemne y llorosamente, enterramos su cadáver en el jardín, bajo una mata de fresas (idea de Mamá). Una breve elegía fúnebre, escrita y leída por Larry con voz temblorosa, prestó a la ocasión un aire memorable. Solamente Roger deslució el acto, insistiendo, a pesar de todas mis protestas, en mover el rabo durante toda la ceremonia funeraria.

Poco después de sernos arrebatada Aquiles obtuve otro animalito del Hombre de las Cetonias. Esta vez fue un palomo. Era todavía muy joven y había que alimentarle a la fuerza a base de pan con leche y cereal mojado. Era el pájaro de aspecto más repulsivo del mundo, con las plumas pugnando por salirle del rojo pellejo arrugado, mezcladas con el horrible plumón amarillo que recubre a las palomas recién nacidas, que no parece sino que se decoloran el pelo. Debido a esta apariencia repugnante y a su obesidad, Larry propuso llamarle Quasimodo, y yo, gustándome el nombre sin darme cuenta de sus resonancias, accedí. Mucho tiempo después de comer ya él solo,

y cuando le habían salido todas las plumas, conservó Quasimodo en la cabeza un moflete de plumón amarillo, que le daba el aspecto de un juez algo pomposo con la peluca chica.

Por efecto de su nada ortodoxa crianza y del hecho de no tener padres que le enseñaran las cosas de la vida, Quasimodo estaba convencido de no ser en realidad un ave y se negó a volar. En su lugar, iba a todas partes andando. Si le apetecía subirse a una mesa o a una silla, se metía debajo y, ladeando la cabeza, arrullaba con su rico timbre de contralto hasta que alguien le subía. Siempre quería participar en todo lo que hiciéramos, y hasta intentaba venirse con nosotros de paseo. Pero esto no se lo podíamos permitir, porque o había que llevarle sobre un hombro, con el consiguiente peligro de accidentes para la ropa, o dejarle caminar atrás. Si se le dejaba caminar había que ajustar el propio paso al suyo, porque si uno se adelantaba mucho pronto llegaban a sus oídos los arrullos más frenéticos e implorantes, y al volverse se encontraba a Quasimodo corriendo desesperadamente a la zaga, meneando la cola seductoramente y con el irisado buche inflado de indignación ante tamaña crueldad.

Empeñóse Quasimodo en dormir en casa; no hubo coacción ni rapapolvo que lograse hacerle ocupar el palomar que yo le había construido ex profeso. Prefería dormir a los pies de la cama de Margo. Con el tiempo, sin embargo, se le desterró al sofá del cuarto de estar, porque si de noche Margo daba una vuelta Quasimodo se despertaba, brincaba por la cama y acababa por posársele en la cara, arrullando cariñosa y enérgicamente.

Fue Larry quien descubrió que Quasimodo era un palomo musical. No sólo le gustaba la música, sino que a todas luces parecía reconocer dos variedades distintas, el vals y la marcha militar. Con música corriente se pegaba lo más posible al gramófono y permanecía allí sentado con los ojos entornados, inflado el buche y ronroneando quedo. Pero si la melodía era un vals daba vueltas y vueltas alrededor del aparato, inclinándose, retorciéndose, arrullando con voz trémula. Si era una marcha, en cambio —y preferentemente las de Sousa—, se erguía a toda su altura, ahuecaba el pecho y marcaba el paso por toda la habitación, con arrullo tan rico y cavernoso que parecía estrangularse de un momento a otro. Jamás intentó esas acciones con ningún otro tipo de música excepto marchas y valses. Pero ocasionalmente, y si hacía tiempo que no oía música, era tal su entusiasmo al escuchar el gramófono que empezaba a escenificar una marcha por un vals o viceversa: entonces invariablemente se detenía a la mitad y corregía sus pasos.

Un día aciago constatamos, al despertar a Quasimodo, que nos había engañado a todos, porque entre los cojines yacía un reluciente huevo blanco. De aquel trauma no llegó a recuperarse. Se volvió amargado, taciturno, o más bien taciturna, picaba como una fiera si intentábamos cogerla. Puso después otro huevo, y su carácter cambió por completo. Estaba más salvaje cada día y nos trataba como a sus peores enemigos,

acercándose de tapadillo a comer a la puerta de la cocina cual si temiera por su vida. Ni siquiera el gramófono la indujo a entrar de nuevo en casa. La última vez que la vi estaba sentada en un olivo, arrullando de la manera más coqueta y pretenciosa, mientras un poco más allá en la misma rama un palomo grande y de aspecto muy masculino se contorsionaba y arrullaba en perfecto éxtasis de admiración.

Durante cierto tiempo el Hombre de las Cetonias siguió viniendo por la villa con asiduidad para añadir algún habitante a mi zoológico: una rana quizá, o un gorrión patiquebrado. Una tarde Mamá y yo, en un arranque de sentimentalismo extravagante, le compramos todas sus existencias de cetonias y, luego que se hubo marchado, las soltamos por el jardín. Días y días estuvo la villa llena de cetonias que trepaban a las camas, se agazapaban en el cuarto de baño, se estrellaban de noche contra las luces y nos caían en el regazo como esmeraldas.

La última vez que vi al Hombre de las Cetonias fue un atardecer, estando yo sentado en un altillo que dominaba el camino. Venía evidentemente de alguna fiesta y había tragado cantidad de vino, pues hacía eses de lado a lado del camino, tocando con la flauta una tonada melancólica. Grité un saludo, y sin volverse me hizo una seña estrafalaria. Al doblar el recodo se silueteó un instante sobre el pálido color lavanda de la tarde. Vi su sombrero andrajoso con las plumas al viento, los abultados bolsillos de su abrigo, las jaulas de mimbre llenas de soñolientas palomas a su espalda, y sobre la cabeza, dando vueltas y más vueltas a lo tonto, los puntitos minúsculos de las cetonias. Torció entonces la esquina y no quedó sino el cielo pálido con una luna nueva suspendida como una pluma de plata y el blando gorjeo de su flauta perdiéndose en el crepúsculo lejano.

4. Media fanega de sabiduría

Apenas instalados en la Villa Fresa, Mamá dictaminó que yo estaba en estado salvaje y que era necesario procurarme alguna instrucción. Pero ¿cómo encontrar semejante cosa en una remota isla griega? Como era habitual cada vez que surgía un problema, la familia en pleno se lanzó con entusiasmo a la tarea de resolverlo. Cada uno tenía su respectiva idea de lo que más me convenía, y la argumentaba con tal fervor que toda discusión de mi futuro solía acabar en alboroto.

—Tiempo tendrá de estudiar —dijo Leslie—. Al fin y al cabo sabe leer, ¿no? Yo le enseño a disparar, y si comprásemos un bote le enseñaría también navegación.

—Pero, querido, eso no le sería lo que se dice muy útil el día de mañana —señaló Mamá, añadiendo vagamente—, a menos que ingresara en la marina mercante o algo así.

—Yo creo que es esencial que aprenda a bailar —dijo Margo—, si no quiere acabar siendo uno de esos horribles zangolotinos pavisosos.

—Sí, querida; pero ese tipo de cosas más adelante. De momento lo que le hace falta es una mínima instrucción en materias como matemáticas y francés… sin olvidar que su ortografía es aterradora.

—¡Literatura! —dijo Larry con convicción—: eso es lo que necesita, una sólida base literaria. Lo demás lo irá adquiriendo de paso. Yo ya le he animado a que lea algunas cosas buenas.

—¿Pero no te parece que Rabelais es un poco antiguo para él? —preguntó Mamá con aire dubitativo.

—Es humor bueno y limpio —repuso Larry alegremente—. Ahora es cuando le interesa adoptar una perspectiva sexual correcta.

—Pero qué manía tienes con el sexo —dijo Margo torciendo la nariz—. En cualquier asunto que estemos discutiendo, siempre lo tienes que sacar a relucir.

—Lo que necesita es una vida sana, al aire libre; si aprendiese a disparar y a remar… —empezó Leslie.

—Oh, deja de hablar como un obispo… Sólo te falta recomendarle duchas frías.

—A ti lo que te pasa es que te pones en un plan de superioridad que todo lo que se te ocurra tiene que ser lo mejor, sin pararte siquiera a escuchar la opinión ajena.

—No pretenderás que me pare a escuchar opiniones tan limitadas como las tuyas.

—Vamos, vamos, no hay por qué pegarse —terció Mamá.

—¡Es que Larry no razona!

—¡Vaya, hombre! —dijo Larry indignado—. Soy, y con mucho, quien más razona en esta casa.

—Sí, querido, pero enfadándonos no solucionamos nada. Lo que hay que hacer es buscar a alguien que pueda darle clase a Gerry y fomentar sus inquietudes.

—No parece tener más que una —dijo Larry agriamente—: esa horrible manía de llenarlo todo de bichos. No creo que se le deba fomentar eso. Por si no hubiera ya bastantes peligros en la vida… Esta misma mañana voy a encender un cigarrillo y al abrir la caja de cerillas me sale un maldito abejorro enorme.

—A mí me pasó con un saltamontes —dijo Leslie tétricamente.

—Sí, estoy de acuerdo en que a eso hay que ponerle fin —dijo Margo—. Yo me he encontrado el tarro más repugnante de cosas retorciéndose encima del tocador, nada menos.

—No lo hace por molestar, pobrecito —dijo Mamá pacíficamente—. Le interesan tanto todas esas cosas…

—A mí no me importaría verme atacado por abejorros, si eso condujera a alguna parte —señaló Larry—. Pero no es más que una fase… Para cuando cumpla los catorce ya se le habrá pasado.

—Pues es una fase que le viene durando desde los dos años —dijo Mamá—, y no da señales de pasársele.

—Está bien, si insistes en atiborrarle de información inútil, supongo que George podría intentar enseñarle algo.

—Magnífica idea —dijo Mamá encantada—. ¿Te acercarás a verle? Cuanto antes empiece, mejor.

Sentado bajo la ventana abierta al atardecer, con un brazo alrededor del cuello hirsuto de Roger, yo había escuchado con interés no exento de indignación la discusión familiar de mi destino. Ahora que ya estaba decidido, me preguntaba distraídamente quién sería el tal George y por qué me era tan imprescindible dar clase. Pero el crepúsculo estaba cargado de aromas y los olivares aparecían oscuros, misteriosos y fascinantes. Olvidándome de mi inminente peligro de ser educado, salí con Roger a cazar luciérnagas por entre las abundantes zarzas.

Averigüé que George era un viejo amigo de Larry que había venido a Corfú a escribir. Lo cual no tenía nada de raro, dado que en aquellos tiempos todos los conocidos de Larry eran escritores o poetas o pintores. Era George, además, el verdadero responsable de nuestra presencia en Corfú, porque le había escrito a Larry cartas tan encomiásticas del sitio que mi hermano se convenció de que no podríamos vivir en ningún otro. Ahora le tocaba cosechar los frutos de su arrebato. Acudió a la villa para tratar de mi educación con Mamá, y fuimos presentados. Mutuamente nos miramos con desconfianza. George era un hombre alto y extremadamente delgado que se movía con la gracia grotesca y descoyuntada de una marioneta. Una barba marrón rematada en fina punta y un par de grandes gafas de concha ocultaban parcialmente su rostro flaco y cadavérico. Tenía una voz profunda, melancólica, y un seco y sarcástico sentido del humor. Cada vez que hacía un chiste, sonreía para su barba con una especie de placer zorruno totalmente impermeable a las reacciones de

los demás.

George emprendió solemnemente la tarea de educarme. Sin amilanarse ante la imposibilidad de conseguir libros de texto en la isla, le bastó entrar a saco en su propia biblioteca para presentarse en el día señalado armado de una selección de tomos de lo más heterodoxa. Sombría y pacientemente me enseñaba rudimentos de geografía con los mapas del final de un ejemplar antiguo de la *Pears Cyclopaedia,* inglés con libros que iban de Wilde a Gibbon, francés con un emocionante tomazo titulado *Le Petit Larousse,* y matemáticas de memoria. Desde mi punto de vista, sin embargo, lo más importante era que dedicábamos parte de nuestro tiempo a la historia natural, y George me enseñaba con cuidado y minuciosidad cómo había que observar y tomar nota de lo observado en un diario. En seguida mi entusiasta pero desordenado interés por la naturaleza se centró, pues descubrí que anotando las cosas se aprendía y se recordaba mucho mejor. Las únicas mañanas en que llegaba puntualmente a mi lección eran las dedicadas a historia natural.

Todos los días a las nueve George venía dando zancadas por los olivares, vestido de pantalón corto, sandalias y un enorme sombrero de paja con el ala desflecada, asiendo un montón de libros bajo el brazo y balanceando vigorosamente su bastón.

—Buenos días. El discípulo aguarda a su maestro ávido de expectación, intuyo —me saludaba, con sonrisa saturnina.

En el pequeño comedor de la villa se echaban las maderas contra el sol, y en la verdosa oscuridad George se destacaba sobre la mesa, ordenando metódicamente los libros. Las moscas atontadas del calor trepaban con lentitud por las paredes o revoloteaban borrachas por el cuarto zumbando soñolientamente. Afuera, las cigarras saludaban al nuevo día con agudo entusiasmo.

—Veamos, veamos —murmuraba George, recorriendo con su largo dedo índice nuestro bien preparado horario—; sí, sí, matemáticas. Si la memoria no me engaña estábamos empeñados en la hercúlea tarea de averiguar cuánto tiempo tardarían seis hombres en construir un muro si tres de ellos tardaban una semana. Creo recordar que llevábamos tanto tiempo con el problema como los hombres con el muro. Bien, pues manos a la obra y entremos al ataque una vez más. Quizá sea la forma del problema lo que te preocupa, ¿eh? Vamos a ver si podemos ponerlo más interesante.

Inclinábase pensativo sobre el cuaderno, tirándose de la barba. Después, con su letra grande y clara planteaba el problema de otra manera.

—Si dos orugas tardan una semana en comerse ocho hojas, ¿cuánto tardarán cuatro orugas en comerse la misma cantidad? Hale, aplícate a eso.

Mientras yo guerreaba con el problema aparentemente insoluble del apetito de las orugas, George se ocupaba de otras cosas. Era floretista experto, y en aquella época estaba aprendiendo algunas danzas folklóricas locales, tema por el que sentía verdadera pasión. Así, mientras esperaba que yo acabase la cuenta, deambulaba por la

habitación en penumbra, practicando lances de esgrima o complicados pasos de baile, costumbre que yo encontraba desconcertante, como poco, y a la que siempre atribuiré mi incapacidad para las matemáticas. Incluso ahora, el verme ante la más sencilla suma me evoca de inmediato la visión del físico larguirucho de George cimbreándose y brincando por el oscuro comedor. Acompañaba sus secuencias de baile con un tarareo grave y desentonado, como una colmena de abejas despistadas.

—Dam-di-dam-di-dam… triro triro liro lí… cruzar la pierna izquierda… tres pasos a la derecha… dam-di-dam-di-dam-di-pám… atrás, vuelta, arriba y abajo… triro liro liro lí… —zumbaba, saltando y pirueteando como una grulla desmadejada. De pronto cesaba el tarareo: un brillo acerado despuntaba en sus ojos, y se lanzaba a una postura defensiva, apuntando un florete imaginario a un imaginario enemigo. Con ojos entornados y centelleantes gafas acosaba por la habitación a su adversario, esquivando hábilmente los muebles. Ya con el contrincante acorralado en una esquina, George regateaba y se retorcía en torno a él, ágil como una avispa, asestando, estoqueando, poniéndose en guardia. Casi me parecía ver el fulgor del acero. Llegaba entonces el momento final, el floreo hacia arriba y hacia fuera que enganchaba el arma de su oponente y la lanzaba inofensiva a un lado, la veloz retirada, seguida de la estocada larga y derecha que enterraba la punta de su espada justo en el corazón del enemigo. A todas éstas yo le contemplaba fascinado, olvidada la existencia del cuaderno que tenía delante. Las matemáticas no eran de nuestras asignaturas más logradas. Mayores progresos hacíamos en geografía, porque George sabía darle a la lección un tinte más zoológico. Dibujábamos mapas gigantescos, veteados de montañas, y después íbamos señalando los diversos puntos de interés, junto con dibujos de la fauna más llamativa que allí se diera. Así, para mí las producciones básicas de Ceilán eran el té y los tapires; de la India los tigres y el arroz; de Australia los canguros y las ovejas, mientras que las azules curvas con que trazábamos las corrientes oceánicas eran portadoras de ballenas, albatros, pingüinos y morsas no menos que de huracanes, vientos alisios, tiempo bueno y malo. Nuestros mapas eran obras de arte. Los principales volcanes escupían tales chispas y llamaradas que se llegaba a temer que prendieran los continentes de papel, las cordilleras de todo el mundo estaban tan azules y blancas de hielo y nieve que sólo de mirarlas le daban a uno escalofríos. Nuestros desiertos marrones y achicharrados se erizaban de pirámides y gibas de camello, y nuestras selvas tropicales eran tan lujuriantes y tupidas que sólo a duras penas podían atravesarlas los encorvados jaguares, las sinuosas serpientes y los hoscos gorilas, mientras en sus linderos nativos demacrados talaban de mala gana los pintados árboles, sin otro motivo aparente que el de escribir sobre ellos «café» o quizá «cereales» con temblorosas mayúsculas. Nuestros ríos eran anchos, y azules como el miosotis, moteados de canoas y cocodrilos. Nuestros océanos nunca estaban vacíos, hirviendo de vida allí donde no

espumaban en remolino de furiosas galernas o se alzaban en estremecedora ola gigante presta a desplomarse sobre cualquier isla remota cargada de cocoteros. Ballenas bondadosas permitían que innavegables galeones, armados de un bosque de arpones, las persiguieran sin cuartel; pulpos blandos y de aspecto inocente estrechaban tiernamente entre sus brazos los barquitos; en pos de los juncos chinos, de ictérica tripulación, nadaban bancos de tiburones bien dentados, y esquimales forrados de pieles perseguían a obesos rebaños de morsas por los campos de hielo densamente poblados de osos polares y pingüinos. Eran mapas vivientes, mapas en los que se podía estudiar, embobarse mirándolos y añadir cosas; mapas, en fin, que realmente querían decir algo.

Nuestras incursiones en la historia no tuvieron al principio éxito muy notable, hasta que George descubrió que sazonando una serie de hechos incomibles con unas hojitas de zoología y una pizca de detalle totalmente irrelevante era posible captar mi atención. De ese modo me familiaricé con algunos datos históricos que nadie, que yo sepa, había registrado hasta entonces. Sin aliento, lección a lección, seguí el avance de Aníbal a través de los Alpes. El motivo que le impelía a intentar tamaña proeza, y lo que pretendiese hacer al otro lado, eran detalles que apenas me inquietaban. No, mi interés por lo que en mi opinión había sido una expedición muy mal planeada radicaba en el hecho de que yo me sabía el nombre de todos y cada uno de los elefantes. Sabía también que por nombramiento especial de Aníbal uno de sus hombres se encargaba, no sólo de alimentar y cuidar a los elefantes, sino de ponerles botellas de agua caliente cuando hacía más frío. Este interesante hecho parece haber escapado a la atención de casi todos los historiadores serios. Otra cosa que la mayoría de los libros de historia no parecen mencionar nunca es que las primeras palabras de Colón al poner pie en América fueron: «¡Atiza, mirad… un jaguar!». Con semejante introducción, ¿cómo no interesarme por la subsiguiente historia del continente? Así George, obstaculizado por libros inadecuados de una parte y un alumno remolón de otra, trataba de dar más aliciente a sus enseñanzas para que las clases no fueran un tostón.

Para Roger, por supuesto, todo aquello no eran más que ganas de perder la mañana. No me abandonaba, sin embargo, sino que se echaba a dormir debajo de la mesa mientras yo luchaba con los deberes. Cada vez que iba a buscar un libro se despertaba, se desperezaba, se sacudía, bostezaba ruidosamente y movía el rabo. Pero al verme volver a la mesa dejaba caer las orejas, regresaba a regañadientes a su rincón favorito y se desplomaba con un suspiro de resignación. A George no le importaba la presencia de Roger, porque se portaba muy bien y no me distraía. De vez en cuando, si estando muy dormido oía ladrar a un perro del campo, Roger se despertaba de un respingo y soltaba un ronco rugido de rabia antes de volver en sí. Veía entonces avergonzado nuestros gestos de reprobación, un temblor estremecía su

rabo y paseaba la mirada sumisa en derredor del cuarto.

Durante breve tiempo también Quasimodo asistió a nuestras clases, portándose estupendamente mientras se le permitiera sentarse en mi regazo. Allí se pasaba la mañana dormitando, arrullando para sí. Pero yo mismo decidí echarle porque un día derramó un tintero verde sobre el centro exacto de un mapa grande y muy bonito que acabábamos de terminar. Naturalmente, me di cuenta de que semejante vandalismo no era intencionado, pero aun así me fastidió. Durante toda una semana Quasimodo intentó recuperar mi favor apostándose a la puerta y arrullando seductoramente por la rendija, pero cada vez que me sentía ablandado echaba un vistazo a las plumas de su cola, teñidas de un horrible verde chillón, y mi corazón se endurecía de nuevo.

También Aquiles asistió a una clase, pero no era partidario de estar encerrado en casa. Toda la mañana estuvo vagando por el cuarto y arañando los rodapiés y la puerta. Cada dos por tres se atascaba entre los muebles y pataleaba frenético hasta que levantásemos lo que fuera para rescatarle. Dado el reducido tamaño de la habitación, correr un mueble significaba tener que correrlos todos. A la tercera mudanza George dijo que como nunca había trabajado para Cárter Paterson[1] no estaba hecho a esos esfuerzos, y que seguramente Aquiles estaría más contento en el jardín.

De modo que sólo quedó Roger para hacerme compañía. Era reconfortante, desde luego, poder apoyar los pies sobre su masa lanuda mientras me debatía con un problema, pero aun así no resultaba nada fácil concentrarse, porque el sol irrumpía por entre las maderas atigrando la mesa y el suelo, recordándome todas las cosas que podía estar haciendo.

A mi alrededor se extendían los vastos, desiertos olivares envueltos en el eco de las cigarras; los muretes de piedra recubierta de musgo que convertían los viñedos en escalinatas para paseo de los pintados lagartos; los sotos de arrayán llenos de insectos y el promontorio yermo donde bandadas de llamativos jilgueros revoloteaban con alegre piar de cardo en cardo.

Advirtiéndolo, George instituyó sabiamente el novedoso sistema de clases al aire libre. Algunas mañanas se presentaba con una gran toalla de felpa, y juntos emprendíamos la bajada por los olivares, siguiendo la carretera como una alfombra de terciopelo blanco bajo su capa de polvo. Torcíamos luego por un camino de cabras que tras bordear la cima de acantilados minúsculos nos conducía a una cala pequeña y recoleta, rodeada de un festón de arena blanca. Crecía allí un grupo de olivos raquíticos que proporcionaban grata sombra. Desde arriba del acantilado, la cala se veía tan quieta y transparente que no parecía de verdad. Sobre la arena ondulada por las olas, los peces se deslizaban como suspendidos en el aire; y aun por debajo de dos metros de agua clara se veían rocas sobre las cuales las anémonas alzaban brazos frágiles y coloreados, y corrían los cangrejos ermitaños, arrastrando sus casas en

forma de peonza.

Nos desnudábamos bajo los olivos y entrábamos en el agua templada y luminosa, para flotar boca abajo sobre las rocas y las marañas de algas, buceando de vez en cuando en busca de algo que nos llamase la atención: una concha de colores más vivos que las demás; o un cangrejo ermitaño de proporciones colosales y adornado con una anémona sobre la concha, como una boina con una flor rosada. Aquí y allá cubríase el fondo de macizos de algas negras, y allí habitaban los cohombros de mar.

Pisando agua y mirando hacia abajo, veíamos a nuestros pies las frondas angostas y relucientes de algas verdes o negras, apelmazadas y enredadas, y sobre ellas nos tumbábamos como halcones detenidos en vuelo sobre un extraño bosque. En los claros intermedios yacían los cohombros de mar, quizá lo más feo de toda la fauna marina. De unos quince centímetros de largo, parecían exactamente salchichas gordas de cuero grueso, marrón y arrugado; bestias mortecinas, primitivas, que se pasan la vida en el mismo sitio, rodando levemente por el movimiento del mar, sin más actividad que la de sorber agua salada por un extremo del cuerpo y expulsarla por el otro. En algún filtro del interior de la salchicha se queda la diminuta vida animal y vegetal del agua, pasando entonces al rudimentario estómago del cohombro. Nadie se atrevería a decir que es la suya una vida interesante. Estúpidamente ruedan por la arena, sorbiendo con monótona regularidad. Se hace difícil creer que estas obesas criaturas puedan defenderse de algún modo, o que en algún momento les sea necesario, pero de hecho poseen un método insólito para expresar su desagrado. Si se les saca del mar, disparan un chorro de agua por uno u otro extremo del cuerpo, sin esfuerzo muscular aparente. Este carácter suyo de pistolas de agua nos llevó a inventar un juego. Armados cada uno de un cohombro, les hacíamos disparar, fijándonos en cómo y dónde caía el chorro en el mar. Acudíamos al lugar, y el que descubriera mayor cantidad de fauna marina en su zona se apuntaba un tanto. Ocasionalmente y como en todos los juegos, se desataban las pasiones, y nos lanzábamos y negábamos acusaciones indignadas de hacer trampa. En esos casos resultaba útil emplear nuestros cohombros contra el adversario. Siempre que terminábamos de usar sus servicios íbamos nadando a reintegrarlos a su bosque de algas. En nuestra siguiente visita estarían aún allí, probablemente en la misma posición en que los habíamos dejado, rodando plácidamente a un lado y a otro.

Agotadas las posibilidades de los cohombros, salíamos a la caza de conchas nuevas para mi colección, o manteníamos largas conversaciones sobre otros ejemplares que hubiéramos encontrado; de pronto George caía en la cuenta de que todo ello, por más que placentero, no se podía llamar educación en el sentido estricto de la palabra, y volvíamos a tendernos a la orilla. Reanudábase entonces la lección, mientras los bancos de pececillos se aglomeraban en torno nuestro para mordisquearnos blandamente las piernas.

—Y así las escuadras francesa e inglesa se iban aproximando lentamente hacia la que había de ser batalla naval decisiva de la guerra. En el momento de ser avistado el enemigo, Nelson se hallaba sobre el puente mirando pájaros por su telescopio… Ya anteriormente una gaviota amiga suya le había advertido de la proximidad del francés… ¿eh?… Ah, una gaviota grande de cabeza negra, me parece… Bien, pues maniobraron los navíos rodeándose unos a otros… Claro que en aquellos tiempos no podían moverse tan de prisa como ahora, porque todo tenía que ser a vela… no había motores… No, ni siquiera motores fuera borda… Los marineros ingleses estaban un poco preocupados por lo fuerte que parecía el francés, pero cuando vieron que a Nelson le traía tan al fresco la cuestión que se había sentado en el puente a catalogar su colección de huevos de ave, decidieron que no había nada que temer…

El mar era como una colcha cálida y sedosa que balanceaba mi cuerpo suavemente. No había oleaje: sólo ese suave movimiento bajo la superficie, el pulso del mar, acunándome blandamente. Alrededor de mis piernas centelleaban y temblaban los peces de colores, y se ponían cabeza abajo para mordisquearme con encías desdentadas. Bajo los lánguidos olivos, una cigarra susurraba bajito para sí.

—… y entonces llevaron a Nelson abajo a toda prisa, para que nadie de la tripulación supiera que había sido herido… Su herida era mortal de necesidad, y postrado bajo cubierta mientras arriba aún arreciaba el fragor de la batalla, murmuró sus últimas palabras: «Bésame, Hardy», y se murió… ¿Qué? Ah, sí. Bueno, él ya le había dicho a Hardy que si algo le pasaba podía quedarse con sus huevos de ave… Conque, aunque Inglaterra había perdido a su mejor marino, la batalla estaba ganada y sus efectos repercutieron fuertemente en toda Europa. —Una barca blanqueada por el sol cruzaba la boca de la bahía, impulsada por un tostado pescador de raídos pantalones, que en pie sobre la popa retorcía el remo en el agua como una cola de pez. Perezosamente alzaba la mano para saludarnos, y a través del agua azul y tranquila se oía el chirrido lamentoso de su remo al girar y el golpe blando con que de nuevo se hundía en el mar.

5. Un tesoro de arañas

Una tarde calurosa, en la que todo parecía dormir excepto las chillonas cigarras, salimos Roger y yo a ver hasta dónde podíamos trepar monte arriba antes de que oscureciera. Subimos por los olivares listados y moteados de luz blanca, donde el aire era cálido e inmóvil y finalmente, pasados los árboles, fuimos a salir a un pico desnudo y rocoso, sentándonos allí a descansar. A nuestros pies sesteaba la isla, brillante como una acuarela en la bruma del calor: los olivos verdigrises, los negros cipreses, las rocas multicolores de la costa y el mar liso, opalino, con su azul de martín pescador y su verde de jade, quebrada aquí y allá su bruñida superficie al plegarse en torno a un promontorio rocoso, enmarañado de olivos. Debajo de nosotros se abría una pequeña cala en blanco perfil de media luna, tan poco profunda y con un fondo de arena tan brillante que el agua tomaba en ella un color azul pálido, casi blanco. La subida me había dejado sudoroso, y Roger se había tendido con la lengua afuera y bigotes bañados en saliva. Decidimos que, después de todo, no escalaríamos el monte; mejor sería darnos un chapuzón. Bajamos, pues, corriendo la ladera hasta llegar a la cala desierta, silenciosa, dormida bajo el sol cegador. Amodorrados, nos sentamos en las aguas bajas y templadas y me puse a hurgar en la arena. A ratos encontraba un canto rodado, o un trozo de vidrio desgastado y lamido por el mar hasta adquirir el aspecto de una joya asombrosa, verde y translúcida. Estos hallazgos se los pasaba a Roger, que me contemplaba sentado. Él, no muy seguro de lo que yo quería que hiciese pero evitando ofenderme, los cogía delicadamente con la boca. Después, cuando le parecía que no le estaba mirando, los soltaba otra vez al agua y exhalaba un hondo suspiro.

Luego me tumbé sobre una roca para secarme, mientras Roger estornudaba y chapoteaba por la orilla, tratando de atrapar alguna de las rabosas de aletas azules que con cara ausente y boquiabierta pasaban de una a otra roca a velocidad de golondrinas. Jadeante, fija la vista en el agua clara, Roger las seguía con gesto de concentración profunda. Ya seco, me puse el pantalón y la camisa y le llamé. Vino de mala gana, con más de una mirada atrás hacia las rabosas que aún centelleaban sobre el soleado fondo arenoso de la cala. Acercándose a mí lo más posible, se sacudió vigorosamente y me soltó una ducha de agua de sus pelos rizados.

De resultas del baño me sentía el cuerpo pesado y relajado, y la piel como cubierta de una sedosa capa de sal. Despacio y soñolientos salimos a la carretera. Notándome hambriento, me pregunté cuál sería la casa más próxima donde conseguir algo de comer. Mientras con la punta del pie levantaba nubecitas de polvo blanco del camino, me detuve a considerar el problema. Si iba a ver a Leonora, que era sin duda quien vivía más cerca, me daría brevas y pan, pero se empeñaría en darme también el último boletín sobre el estado de salud de su hija. Su hija era un virago de voz ronca y

con un ojo torcido a quien yo detestaba cordialmente, de modo que su salud no podía importarme menos. Decidí no acudir a Leonora: una lástima, porque suyas eran las mejores brevas en muchos kilómetros a la redonda, pero mi amor por las brevas tenía sus límites. Si iba a ver a Taki, el pescador, le encontraría echándose la siesta, y se limitaría a vociferar: «Largo de aquí, panochita», desde las profundidades de su casa con las persianas bien cerradas. Christaki y su familia estarían probablemente, pero a cambio de alimentarme querrían que les respondiese a un sinfín de preguntas tediosas: ¿Inglaterra es mayor que Corfú? ¿Cuánta gente vive allí? ¿Son todos lores? ¿Cómo es un tren? ¿Crecen árboles en Inglaterra?, y así interminablemente. De haber sido de mañana habría atajado por campos y viñedos, llegando a casa con la tripa llena de las aportaciones de diversos amigos: aceitunas, uvas, higos, pan, con quizá un breve rodeo por los campos de Filomena, donde podía estar seguro de redondear mi piscolabis con una rodaja crespa y roja de sandía, fría como el hielo. Pero era la hora de la siesta, y casi todos los campesinos dormían tras puertas y contraventanas cerradas a piedra y lodo. Era un problema difícil, y a medida que lo estudiaba se intensificaba mi ataque de hambre, y mis puntapiés al polvo se hacían más enérgicos, hasta que Roger estornudó a modo de protesta, dirigiéndome una mirada ofendida.

De pronto tuve una idea. Al otro lado del monte vivían Yani, el viejo pastor, y su mujer en una casita diminuta y encalada. Sabía que Yani se solía echar la siesta fuera de casa, a la sombra de la parra, y si hacía bastante ruido al acercarme se despertaría. Una vez despierto, sin duda me ofrecería su hospitalidad. De ninguna casa del campo se salía con las manos vacías. Animado ante esa perspectiva, inicié la marcha por el sendero serpenteante y pedregoso que habían abierto las cabras de Yani: coroné la cresta del monte y bajé al valle, donde el rojo tejado del pastor relucía entre los olivos gigantescos. Ya lo bastante cerca, me detuve y arrojé una piedra para que Roger me la trajera. Era éste uno de sus pasatiempos favoritos, pero una vez empezado había que continuar, o de lo contrario te cerraría el paso ladrando horriblemente hasta hacerte repetir el gesto por pura desesperación. Recogió la piedra, la depositó a mis pies y se sentó a esperar con las orejas tiesas, los ojos brillantes, todos sus músculos tensos y dispuestos a saltar. Hice que no los veía, ni a él ni a la piedra. Roger pareció sorprenderse un tanto; examinó escrupulosamente la piedra, y luego volvió a mirarme. Silbé una cancioncilla y alcé la vista al cielo. Roger dio un gruñido experimental; luego, viendo que no surtía efecto, soltó una descarga de ladridos roncos y potentes que reverberaron entre los olivos. Le dejé ladrar durante cinco minutos, pasados los cuales era seguro que Yani habría advertido nuestra llegada. Volví entonces a tirar la piedra, y mientras Roger corría tras ella encantado encaminé mis pasos a la entrada de la casa.

Conforme a lo previsto, el viejo estaba a la sombra discontinua de la parra que sobre mi cabeza se extendía por el entramado de hierro; pero comprobé con fastidio

que no se había despertado. Dormía tendido en una silla de pino, precariamente apoyada en ángulo contra la pared. Los brazos colgando en el aire, abiertas las piernas, el magnífico bigote, blanco y amarillento de años y nicotina, subía y bajaba al compás de sus ronquidos, como extraña mata de algas que la suave ondulación del mar hace ascender y descender. Al dormir le temblaban las regordetas manos, los dedos gruesos de uñas amarillas y estriadas como escamas de sebo. Tenía el rostro moreno, arrugado y surcado cual corteza de pino, vacío de expresión, y los ojos cerrados. Fijé la vista en él, tratando inútilmente de despertarle por hipnosis. No queriendo pecar de descortés, me preguntaba si sería mejor esperar a que despertase de modo natural o ir a aburrirme con Leonora, cuando Roger, que zascandileaba alrededor de la casa, apareció en mi busca con las orejas en punta y la lengua afuera. Me vio, saludó brevemente con el rabo y miró en torno con el aire de un visitante seguro de ser bien recibido. De pronto quedó inmóvil, erizó los bigotes y con patas rígidas y nerviosas inició un lento avance. Había visto algo para mí inadvertido: enroscado bajo la silla de Yani yacía un gatazo gris flacucho, que nos observaba con insolentes ojos verdes. Antes de que pudiera sujetarlo, Roger se lanzó por él. El gato, con agilidad que denotaba larga práctica, huyó como una exhalación a donde la sinuosa parra se retorcía sobre los postes, y con un revuelo de garras afiladas trepó hasta arriba. Agazapado entre los racimos de uvas blancas, volvióse a mirar a Roger y escupió con delicadeza. Frustrado e iracundo, el perro echó atrás la cabeza y soltó una retahíla de insultos y amenazas. Yani abrió los ojos de par en par, dio un respingo que hizo oscilar la silla y agitó violentamente los brazos para recuperar el equilibrio. La silla se bamboleó indecisa, recayendo al fin sobre sus cuatro patas con un golpe seco.

—¡San Spiridion me salve! —imploró a gritos—. ¡Piedad, Dios mío!

Irritado y temblándole el bigote, buscó en derredor la causa del tumulto, y me encontró sentado sobre el muro muy formalito. Le saludé modosa y cortésmente, como si nada hubiera sucedido, y le pregunté si había dormido bien. Sonriente, se puso en pie y se rascó la barriga con fruición.

—Ah, es usted el que casi me parte la cabeza con tanto ruido. Salud, salud. Tome asiento, pequeño lord —dijo, sacudiéndole el polvo a su silla y acercándomela—; dichosos los ojos. ¿Quiere acompañarme a comer algo, o a beber tal vez? Hace calor esta tarde, mucho calor… como para derretir las piedras.

Se estiró y bostezó con estrépito, dejando ver unas encías desnudas como las de un bebé. Luego, vuelto hacia la casa, rugió:

—Afrodita… Afrodita… despierta, mujer… tenemos visita… está aquí el pequeño lord… Saca algo de comer… ¿me has oído?

—Te he oído, te he oído —vino una voz apagada del otro lado de las persianas.

Yani resopló, limpióse el bigote, dirigió sus pasos al olivo más próximo y se retiró

discretamente tras él. Reapareció bostezando y abotonándose el pantalón, y vino a sentarse a mi lado junto al muro.

—Hoy tenía que haber llevado las cabras a Gastouri. Pero hacía demasiado calor. En el monte se podía encender un pitillo en las peñas, de calientes que estaban. Así que en vez de eso me fui a probar el nuevo vino blanco de Taki. ¡Spiridion, vaya vino!… Como la sangre de un dragón y más suave que un pez… ¡Vaya vino! Al volver estaba el aire cargado de soñarrera, y aquí me tiene.

Dio un suspiro hondo pero impenitente, y luego de hurgar en un bolsillo extrajo su abollada lata de tabaco y unos finos papelillos grises. Ahuecó la tostada mano llena de callosidades para reunir el montoncito de picadura rubia, mientras con los dedos de la otra lo empujaba y daba forma. Lió con destreza el cigarrillo, sorbió el tabaco que rezumaba por los extremos y los reintegró a la lata, encendiendo después con un enorme mechero de estaño del que salía una mecha enroscada cual culebra furiosa. Soltando humo, reflexionó un instante, se sacó del bigote una hebra de tabaco y de nuevo metió la mano en el bolsillo.

—Mire, a usted que tanto le interesan las criaturas de Dios; mire lo que atrapé esta mañana, escondido debajo de una peña como el demonio —dijo, y sacó del bolsillo un frasquito firmemente encorchado y lleno de dorado aceite de oliva—; es muy bueno, un luchador. El único luchador que conozco capaz de hacer daño con la trasera.

El frasco, lleno de aceite hasta la boca, parecía hecho de ámbar pálido; entronizado en el centro, suspendido por la densidad del líquido, se veía un pequeño escorpión de color chocolate, con la cola curvada en cimitarra sobre el dorso. Estaba muerto, sofocado en su viscosa tumba. Rodeaba el cadáver una tenue aureola, como una bruma en el dorado aceite.

—¿Ve eso? —señaló Yani—. Es el veneno. Estaba repleto, éste.

Pregunté, por curiosidad, por qué era necesario meterlo en aceite.

Yani se echó a reír con todas sus ganas y se limpió el bigote.

—¿No lo sabe, pequeño lord, usted que se pasa la vida tripa abajo cogiendo estas cosas, eh? —dijo, divertidísimo—. Pues se lo voy a decir. Nunca se sabe, a lo mejor le puede ser útil. Primero hay que coger el escorpión, y cogerlo con mucho cuidado, como cae una pluma. Después se le echa vivo —fíjese bien, vivo— en un frasco de aceite. Se le deja que se atufe, que se muera ahí, para que el aceite dulce chupe el veneno. Y luego, si le pica a usted alguno de sus hermanos (que San Spiridion no lo permita), se frota en el sitio que sea con el líquido. Con eso se cura la picadura, y no duele más que el pinchazo de una espina.

En tanto que yo digería tan curiosa información salió de la casa Afrodita, con el ajado rostro rojo como semilla de granada, portando una bandeja de hojalata que contenía una botella de vino, una jarra de agua y una fuente con aceitunas, higos y

pan. Yani y yo nos bebimos el vino con agua, de un delicado tono rosáceo, y comimos en silencio. A pesar de sus encías desdentadas, Yani arrancaba trozos enteros de pan y los masticaba con avidez, engullendo migotes tan gordos que a su paso se le abultaba el arrugado cuello. Cuando acabamos se arrellanó, se limpió minuciosamente el bigote y reanudó la charla, como si no hubiera hecho pausa alguna.

—Yo conocía a un muchacho, pastor también, que un día fue de fiesta a un pueblo lejano. De vuelta, como el vino le había calentado la panza, quiso dormir un rato y se echó en un claro entre los arrayanes. Pero según dormía salió de las matas un escorpión y se le metió en una oreja, y al despertarse le picó.

Aprovechando el momento psicológico, Yani se detuvo para escupir por encima del muro y liar otro cigarrillo.

—Sí —suspiró al fin—, fue muy triste… tan joven como era. El bichito le picó en la oreja… ¡pif!… sin más. El pobre muchacho se retorcía de sufrimiento. Corrió gritando por los olivos, sujetándose la cabeza… ¡Ah, fue horrible! No había nadie que oyera sus gritos, nadie que pudiese ayudarlo… nadie. Con terribles dolores echó a correr para el pueblo, pero no llegó. Allí en el valle cayó muerto, no lejos del camino. Lo encontramos la mañana siguiente cuando salíamos al campo. ¡Qué espectáculo! ¡Qué espectáculo! Por una picadurita de nada se le infló la cabeza como si tuviera preñados los sesos, y estaba muerto, muerto sin remisión.

Dio un suspiro profundo y lúgubre, mientras giraba el frasquito entre los dedos.

—Por eso —continuó— yo no duermo nunca en el monte. Y, por si acaso tomo unas copas con algún compadre y me olvido del peligro, llevo siempre conmigo un frasco de escorpión.

La charla derivó hacia otros temas igualmente absorbentes, y había pasado cosa de una hora cuando me levanté, me sacudí de encima las migas, di las gracias al viejo y su mujer por su hospitalidad, acepté un racimo de uvas como regalo de despedida y partí en dirección a casa. Roger, fijos los ojos en mi bolsillo, no se despegaba de mí, porque había visto las uvas. Al rato encontramos un olivar umbrío y fresco bajo las largas sombras del atardecer, y sentándonos en un rellano de hierba nos repartimos la fruta. Roger se comió entera su parte, pipas y todo. Yo fui escupiendo las mías en círculo, imaginando con satisfacción el floreciente viñedo que brotaría en el lugar. Terminadas las uvas me tumbé boca abajo y, con el mentón entre las manos, me puse a examinar el terreno circundante.

Un diminuto saltamontes verde de cara larga y melancólica se frotaba nervioso las patas traseras. Sobre una ramita de musgo, un frágil caracol meditaba en espera del rocío vespertino. Un obeso gorgojo escarlata, del tamaño de una cabeza de fósforo, se arrastraba cual rechoncho cazador bajo el bosque de musgo. Era todo un mundo microscópico, lleno de vida fascinante. Mientras seguía el lento avance del

gorgojo noté una cosa curiosa. Diseminadas aquí y allá sobre el verde peluche del musgo aparecían unas tenues señales redondas, del diámetro de un chelín. Eran tan débiles que sólo se las distinguía desde un cierto ángulo. Me recordaban el perfil de la luna llena visto a través de un nubarrón, el sutil círculo que parece moverse y cambiar. Distraídamente me pregunté cuál sería su origen. Eran demasiado irregulares, demasiado desordenadas para ser las huellas de algún animal, y ¿qué animal podía andar por una ladera casi vertical y con paso tan errabundo? Además, no estaban en hueco. Con un tallo de hierba presioné sobre el borde de uno de los círculos. No cedió. Empecé a creer que las marcas se debían a alguna misteriosa forma de crecer el musgo. Presioné de nuevo, con más fuerza, y el estómago me dio un vuelco de tremenda emoción. Era como si mi palito hubiera dado con un resorte oculto, porque el círculo entero se levantó como una trampilla. Mirando, vi con asombro que era en efecto una trampilla, forrada de seda, y con un borde biselado que encajaba exactamente en la boca de un túnel recubierto del mismo material. El borde de la puerta iba unido al del túnel mediante un pegote de seda que hacía las veces de gozne. Absorto ante esta magnífica muestra de artesanía, me pregunté quién diablos podía ser su autor. Túnel abajo no se veía nada; hurgué con el palito, pero no hubo respuesta. Durante largo rato estuve contemplando esta mansión fantástica tratando de discurrir qué clase de animal la habría hecho. Se me ocurrió que podría ser alguna especie de avispa, pero no sabía de ninguna que cerrara el nido con puertas secretas. Sentí la urgencia de alcanzar de inmediato el fondo del problema. Me acercaría a ver si George sabía cuál era el animal misterioso. Llamando a Roger, que laboriosamente intentaba desarraigar un olivo, salí corriendo a todo gas.

Llegué a la villa de George sin aliento y explotando de emoción reprimida; di el toquecito de rigor en la puerta y entré de cabeza. Entonces me di cuenta de que tenía compañía. Sentado junto a él estaba un personaje que, de la primera ojeada, dictaminé sería hermano suyo, porque también tenía barba. A diferencia de George, sin embargo, iba inmaculadamente vestido con traje y chaleco de franela gris, impecable camisa blanca, sombría pero elegante corbata, y grandes botas, sólidas y brillantes. Me detuve en el umbral, azorado ante la mirada sarcástica de George.

—Buenas tardes —me saludó—. De la gozosa rapidez de tu entrada deduzco que no vienes en busca de clases extras.

Me excusé por la intromisión y le conté a George lo de los extraños nidos.

—Qué feliz casualidad tenerte aquí, Teodoro —dijo dirigiéndose a su barbudo compañero—. Podemos confiar el problema a un experto.

—No, nada de experto… —balbució modestamente el llamado Teodoro.

—Gerry, te presento al doctor Teodoro Stefanides —dijo George—. Es experto en todo lo habido y por haber. Al igual que tú, es además un excéntrico amante de la naturaleza. Teodoro, te presento a Gerry Durrell.

Cortésmente pregunté: «¿Cómo está usted?», pero con gran sorpresa por mi parte el barbudo se puso en pie, cruzó la habitación con presteza y me tendió una mano grande y blanca.

—Mucho gusto en conocerle —dijo, aparentemente dirigiéndose a su barba, y con chispeantes ojos azules me lanzó una mirada tímida y rápida.

Le estreché la mano, diciendo que yo también tenía mucho gusto en conocerle. Nos sumimos entonces en un silencio embarazoso, mientras George nos observaba con ironía.

—Bueno, Teodoro —dijo por fin—, ¿y qué crees tú que puede haber producido esos extraños corredores secretos?

Teodoro cruzó las manos a la espalda; se empinó sobre las puntas de los pies varias veces, con chirriante protesta de sus botas, y escudriñó el suelo con gesto grave.

—Pues… eh… —empezó, articulando lenta y meticulosamente cada una de sus palabras—, me parece que podría tratarse de madrigueras de mígala… eh… es una especie de arácnido muy corriente aquí en Corfú… quiero decir, supongo que habré encontrado unos treinta o… eh… cuarenta ejemplares desde que estoy aquí.

—Ah —dijo George—, ¿mígalas?

—Sí —dijo Teodoro—, creo que es más que probable que se trate de eso. Pero puedo estar equivocado.

Subió y bajó sobre las puntas de los pies, chirriando levemente, y luego me dirigió una mirada penetrante.

—Quizá, si no está demasiado lejos, podríamos ir a comprobarlo —sugirió tímidamente—. Quiero decir, si no tiene usted otra cosa que hacer, y está cerca…

Su voz se extinguió en una nota débilmente interrogante. Expliqué que era subiendo por el monte, no muy lejos.

—Hum —dijo Teodoro.

—No le dejes arrastrarte por toda la isla, Teodoro —dijo George—. No querrás andar galopando de la Ceca a la Meca.

—No, no, nada de eso —dijo Teodoro—; ya me iba a marchar, y no me cuesta ningún trabajo volver dando un paseo. Me es muy fácil… eh… atajar por los olivares hasta Canoni.

Recogió un pulcro sombrero hongo gris y se lo ajustó sobre la cabeza. Al llegar a la puerta estrechó brevemente la mano de George.

—Gracias por el delicioso té —dijo, y echó a andar a mi lado.

Por el camino le fui estudiando con disimulo. Tenía la nariz recta, bien formada; boca burlona escondida entre la barba cenicienta; y pobladas cejas bajo las cuales unos ojillos no exentos de malicia, pero agudos y risueños, se dedicaban a inspeccionar el mundo. Marchaba a paso gimnástico, canturreando para sí. Al pasar

junto a una zanja llena de agua estancada se paró a mirarla un momento, con la barba erizada.

—Hum —dijo en tono familiar—, *daphnia magna*.

Y luego de rascarse la barba con el pulgar reanudó el paso.

—Es una pena —continuó—, pero como había salido con la intención de visitar a algunos… eh… amigos, no se me ocurrió coger la manga de caza. Lástima, porque en esa zanja puede haber algo interesante.

Cuando abandonamos el camino bastante llano por donde íbamos para trepar por un abrupto sendero de cabras, yo esperaba alguna protesta, pero Teodoro me siguió con vigor incansable, canturreando aún. Llegamos por fin al penumbroso olivar, y tras conducir a Teodoro hasta el rellano le señalé la enigmática trampilla.

Inclinóse a examinarla, entornando los ojos.

—¡Ajá! —dijo—, sí… hum… sí.

Del bolsillo del chaleco sacó una navajita, la abrió, insertó cuidadosamente la punta de la hoja bajo la puerta y haciendo palanca la levantó.

—Hum, sí —repitió—; cteniza.

Echó un vistazo al interior del túnel, sopló por él y dejó caer la trampilla nuevamente en su sitio.

—Sí, son madrigueras de migala —dijo—, pero ésta no parece estar habitada. Lo corriente es que el animal se aferré a la… eh… trampilla… con las patas, o mejor con las garras, y con tanta tenacidad que se corre el riesgo de romper la puerta al intentar abrirla. Hum… sí… éstas son madrigueras de hembras, por supuesto. El macho excava una semejante, pero la mitad de grande.

Comenté que nunca había visto construcción tan curiosa.

—¡Ajá! Sí —dijo Teodoro—, sí que son muy curiosas. A mí lo que más me intriga es cómo nota la hembra que se aproxima un macho.

Debí poner cara de tonto, porque se balanceó sobre las puntas de los pies, me dirigió una mirada rápida y prosiguió:

—La araña, naturalmente, espera dentro de su madriguera a que algún insecto (una mosca, un saltamontes o algo por el estilo) pase casualmente por allí. Parece ser que sabe apreciar si el insecto está lo bastante cerca para atraparlo. Si es así, la araña… eh… salta del agujero y se abalanza sobre su presa. Pero cuando el macho viene en busca de la hembra tiene que pisar el musgo hasta la trampilla, y a menudo me he preguntado cómo se las arregla para no ser… eh… devorado erróneamente por la hembra. Es posible, desde luego, que sus pisadas resuenen de distinta forma. O a lo mejor emite alguna clase de… me comprende… alguna clase de sonido que la hembra reconoce.

Bajamos del monte en silencio. Al alcanzar el punto en que se bifurcaba el sendero le dije que tenía que despedirme.

—Ah, bien, le diré adiós —dijo, fijando la vista en sus botas—. Ha sido muy grato conocerle.

Ambos enmudecimos un instante. Teodoro experimentaba el azoramiento agudo que parecía abrumarle cada vez que tenía que saludar o despedirse de alguien. Contempló un poco más sus botas y después me tendió la mano y estrechó solemnemente la mía.

—Adiós —dijo—. Confío… eh… confío en que volvamos a vernos.

Me volvió la espalda y salió trotando monte abajo, blandiendo el bastón y sin dejar de pasear en torno su mirada observadora. Le vi alejarse y luego me encaminé despacio hacia la villa. Teodoro me desconcertaba y admiraba a un tiempo. Por un lado, el hecho de ser un científico de gran prestigio (y bastaba verle la barba para cerciorarse de ello) le convertía a mis ojos en persona muy importante. Era, en efecto, el único de mis conocidos hasta entonces que compartía mi entusiasmo por la zoología. Por otro lado, me halagaba en extremo el que me tratase y hablase como a alguien de su edad. Me gustó por eso, pues en mi familia nunca se me había tratado como a un niño, y yo tenía una pésima opinión de cualquier extraño que lo intentase. Pero Teodoro no sólo me hablaba como a un adulto, sino como a un colega de su talla.

Lo que me había contado de la mígala me fascinaba: la imagen del animal agazapado en su túnel de seda, sujetando la puerta con sus curvadas garras, con el oído atento a las pisadas de los insectos sobre el musgo. ¿Y cómo le sonarían las cosas a una mígala? Me imaginaba que un caracol se arrastraría sobre la puerta con el ruido de un esparadrapo que se despega lentamente. Un ciempiés haría el estruendo de un batallón de caballería. Las moscas patalearían en descargas breves, seguidas de una pausa para lavarse las manos: un ruido sordo y áspero como el de un afilador en acción. Decidí que los escarabajos de mayor tamaño sonarían a apisonadora, y los más pequeños, mariquitas y otros, probablemente ronronearían sobre el musgo como cochecitos de pilas. Abstraído en estos pensamientos regresé a casa por los campos oscurecidos, para contarle a la familia mi nuevo hallazgo y mi encuentro con Teodoro. Esperaba volver a verle y preguntarle muchas cosas, pero no me hacía ilusiones de que tuviera mucho tiempo que dedicarme. Me equivocaba: dos días más tarde Leslie, que volvía de una escapada al pueblo, me entregó un paquetito.

—Me encontré al barbudo —dijo lacónicamente—; ya sabes, el científico chiflado ése. Dijo que esto era para ti.

Contemplé con incredulidad el paquete. ¿Cómo iba a ser para mí? Debía de haber algún error, un gran científico no se tomaría la molestia de mandarme ningún paquete. Le di la vuelta, y allí, escrito con letra clara y picuda, figuraba mi nombre. Rasgué el papel apresuradamente. Dentro había una cajita y una carta.

Querido Gerry Durrell:

Me pregunté, después de nuestra conversación del otro día, si para sus estudios de la historia natural local no le convendría contar con la ayuda de algún instrumento de ampliación. Le envío por eso este microscopio de bolsillo, con la esperanza de que le sea de utilidad. No es, por supuesto, de gran aumento, pero vera que es suficiente para el trabajo de campo.

Con mis mejores deseos,

Suyo afectísimo,

Teo Stefanides

P. D.: Si no tiene nada mejor que hacer el jueves, quizá le agradaría acompañarme a tomar el té, y podría enseñarle algunas de mis placas de microscopio.

6. La dulce primavera

Desde las postrimerías del verano, y a lo largo del invierno suave y lluvioso que le siguió, el té en casa de Teodoro se convirtió en costumbre semanal. Todos los jueves Spiro me llevaba al pueblo, con los bolsillos reventando de cajas de fósforos y tubos de ensayo llenos de ejemplares. Era una cita a la que no habría faltado por nada del mundo.

Teodoro me recibía en su estudio, aposento que merecía mi total aprobación. Aquello sí que era un cuarto como Dios manda. Las paredes estaban forradas de altas estanterías rebosantes de volúmenes sobre biología de agua dulce, botánica, astronomía, medicina, folklore y otros fascinantes y juiciosos temas por el estilo. Diseminadas entre ellos aparecían diversas antologías de historias policíacas y de terror. Sherlock Holmes se codeaba con Darwin y Le Fanu con Fabre, formando a mis ojos una biblioteca perfectamente equilibrada. Por una ventana de la habitación el telescopio de Teodoro asomaba su nariz al cielo cual perro aullador, y el alféizar de ésa y las restantes albergaba un ejército de tarros y frascos de diminuta fauna dulceacuícola, que bullía y pululaba entre las delicadas frondas de algas verdes. A un lado del estudio había un escritorio monumental, cargado hasta arriba de álbumes de recortes, microfotografías, placas radiográficas, diarios y cuadernos. En el testero opuesto estaba la mesa de microscopios, con su potente lámpara extensible inclinada como un lirio sobre las cajas oblongas donde Teodoro guardaba su colección de placas. Los microscopios mismos, relucientes como urracas, se alojaban bajo una serie de fanales de vidrio.

—¿Cómo está usted? —preguntaba Teodoro, como si tuviera ante sí a un extraño, y me daba su característico apretón de manos: un tirón brusco descendente como el que emplearía para asegurar el nudo de una soga. Cumplidas las formalidades de rigor, volvíamos nuestra atención a asuntos más importantes.

—Estaba… eh… sabe… curioseando por mis placas en el momento de llegar usted, y he encontrado una que quizá le interese. Es el aparato bucal de una pulga de la rata… *ceratophyllus fasciatus*, ya sabe. No hay más que ajustar el microscopio… ¡Ajá!… ¿Lo ve? Es muy curioso. Quiero decir, casi se diría que es una cara humana, ¿verdad? Pues tenía otra… eh… por aquí… Esto sí que tiene gracia. ¡Ah!, la tengo. Éste es uno de los órganos tejedores de la epeira o araña de jardín… eh… *epeira fasciata*.

Así, absortos y felices, pasábamos horas ante el microscopio. Llenos de entusiasmo íbamos saltando de un tema a otro, y si el propio Teodoro no sabía contestar a mi incesante torrente de preguntas, siempre tenía algún libro a propósito. La librería se poblaba de huecos según sacábamos volumen tras volumen para consultarlos, y a nuestro lado se apilaban en pirámide cada vez mayor.

—Éste es un cíclope… *cyclops viridis*… que capturé el otro día cerca de Govino. Es una hembra con ootecas… Voy a enfocar… verá qué bien se ven… La pondré en el vivario… eh… hum… aquí en Corfú hay varias especies de cíclope…

En el brillante círculo de luz blanca aparecía entonces una extraña criatura con el cuerpo en forma de pera, largas antenas que se estremecían de indignación, una cola como de ramitas de cerezo, y colgando a ambos lados del abdomen, a modo de alforjas, las dos grandes bolsas repletas de rosáceas bolitas.

—… se llama cíclope porque, como puede usted observar, tiene un solo ojo situado en la mitad de la frente. Es decir, situado en mitad de lo que sería la frente caso de tenerla. En la antigua mitología griega, como usted sabe, los cíclopes eran unos gigantes… eh… que no tenían más que un ojo. Estaban encargados de forjar hierro para Hefaistos.

Afuera las persianas chirriaban al soplo cálido de la brisa, y las gotas de lluvia, cual transparentes renacuajos, se perseguían por los cristales.

—¡Ajá! Es curioso que mencione usted eso. Los campesinos de Salónica conservan una… eh… superstición muy semejante… No, no es simplemente una superstición. Tengo por aquí un libro que da una descripción de lo más interesante de los vampiros de… eh… Bosnia. Parece ser que la gente de por allí…

Llegaba entonces el té, con los pasteles aposentados sobre almohadones de crema, las tostadas envueltas en mantequilla derretida, las relucientes tazas, y un tenue hilillo de vapor escapándose del pitorro de la tetera.

—… pero, por otra parte, es imposible sostener que no haya vida en Marte. En mi opinión, es más que probable que se encuentre… eh… que se descubra allí alguna forma de vida, si es que algún día logramos llegar. Pero nada nos autoriza a pensar que cualesquiera formas que allí se den sean idénticas…

Pulcro y atildado en su traje de tweed, Teodoro masticaba su tostada lenta y metódicamente, con la barba erizada y la mirada encendida de entusiasmo a cada nuevo tema que se introducía en la charla. Su erudición me parecía inagotable. Era una rica mina de información que yo explotaba con asiduidad. Fuera cual fuese el tema, Teodoro siempre sabía aportar algo interesante. Al fin sonaba en la calle la bocina de Spiro, y de mala gana me ponía en pie para marcharme.

—Adiós —decía Teodoro, tirándome de la mano—. Ha sido un placer tenerle por aquí… eh… no, no, de nada. Nos veremos el jueves que viene. Cuando mejore el tiempo… eh… con menos humedad… en primavera, verdad… quizá podríamos dar algún que otro paseo juntos… a ver qué sale. Hay unas zanjas sumamente interesantes en el Val de Ropa… hum, sí… Bueno, adiós… De nada, por Dios.

En el camino de vuelta por carreteras sombrías y encharcadas, Spiro canturreaba con fruición hecho una bola detrás del volante, y yo soñaba con la primavera próxima y con todos los animales maravillosos que cazaríamos Teodoro y yo.

Poco a poco el viento cálido y la lluvia del invierno fueron lustrando el cielo, y al llegar el mes de enero lucía con un azul tierno y claro, el mismo de las llamitas que en los hornos de carbón lamían los troncos de olivo. Las noches eran frescas y serenas, con una luna tan débil que sólo aquí y allá moteaba el mar de puntitos de plata. Los amaneceres eran pálidos y diáfanos hasta el momento de elevarse el sol, envuelto en brumas cual gigantesco capullo de seda, bañando la isla en polvo de oro.

Con marzo entró la primavera, y la isla se cubrió de flores, de aromas, de un alboroto de hojas nuevas. Los cipreses, antes sibilantes y sacudidos por los vendavales, se recortaban ahora enhiestos y afilados sobre el cielo vestidos de una nebulosa capa de piñas verdiblancas. Los céreos crocos brotaron en macizos apretados, desparramándose entre las raíces de los árboles, despeñándose por las laderas. Bajo el arrayán, el almizcle alzaba sus capullos como confites color fucsia, y la penumbra de los encinares se pobló del tenue vaho de millares de iris azules. Las delicadas anémonas, rasgadas por la brisa más leve, exhibían flores de marfil con pétalos como impregnados de vino. Algarrobas, caléndulas, asfódelos, cientos de flores diferentes invadieron los campos y los bosques. Y hasta los vetustos olivos, nudosos y carcomidos por el paso de mil primaveras, se engalanaron con racimos de florecillas claras, atavío elegante pero modesto, cual convenía a su avanzada edad. Nada escapó a la primavera: la isla entera comenzó a vibrar como a impulsos de un fuerte, sonoro acorde. Todo y todos lo oyeron, todo respondió. Lo atestiguaba el lustre de los pétalos, el destello de las alas de los pájaros y un centelleo en la mirada oscura, acuosa, de las muchachas del campo. En el agua de las charcas las ranas, que diríanse recién esmaltadas, entonaban su croar arrobado entre el verdor. En las tabernas del pueblo el vino parecía más rojo y, casi, más potente. Manos encallecidas pulsaban con extraña suavidad las cuerdas de una guitarra, y voces profundas se elevaban con cantos obsesivos, cadenciosos.

La primavera nos afectó de diversas maneras. Larry compró una guitarra y un barril grande de tinto. Puntuaba sus sesiones de trabajo rasgueando el instrumento y cantando canciones de amor de la época isabelina con mansa voz de tenor y frecuentes pausas de refrigerio. Ello le transportaba en seguida a un estado de melancolía, tornábanse más lamentosas sus canciones, y entre una y otra se detenía a informar a cualquier miembro de la familia que se pusiese a tiro de que la primavera, para él, no señalaba el inicio de un nuevo año, sino la muerte del anterior. La tumba —proclamaba, haciendo retumbar la guitarra lóbregamente— se abría un poco más con cada estación.

Una tarde salimos los demás, dejando a Larry y a Mamá solos en casa. Larry llevaba toda la tarde cantando con creciente desconsuelo, hasta que logró sumir a ambos en un acceso de depresión aguda. Intentaron aliviar su estado a base de vino, pero desgraciadamente les hizo el efecto contrario, pues no estaban habituados a los

vinos fuertes de Grecia. Al volver vimos con sobresalto cómo Mamá salía a recibirnos a la puerta de la villa, enarbolando un farol de barco. Con precisión y dignidad aristocráticas nos notificó que deseaba ser enterrada bajo los rosales. Lo novedoso del asunto era que hubiese elegido un lugar tan accesible para la eliminación de sus restos. Mamá solía emplear gran parte de su tiempo libre en la elección de enterramientos, pero generalmente los situaba en regiones de lo más remoto, y uno se imaginaba al cortejo fúnebre desplomándose exhausto por el camino mucho antes de llegar a la fosa.

Cuando Larry la dejaba en paz, sin embargo, la primavera constituía para Mamá un surtido inagotable de verduras frescas para sus experimentos y un aluvión de flores nuevas con las que deleitarse en el jardín. De la cocina emanaba un río de platos inéditos: sopas, estofados, entremeses, curries, cada uno más opulento, más fragante, más exótico que el anterior. Larry empezó a sufrir de dispepsia. Despreciando el sencillo remedio de comer menos, se procuró un bote inmenso de bicarbonato, y después de cada comida ingería solemnemente una dosis.

—Si te sienta mal, ¿por qué comes tanto, querido? —le preguntó Mamá.

—Porque comer menos sería un insulto para tu arte culinario —respondió Larry untuoso.

—Te estás poniendo hecho un globo —dijo Margo— te hará daño.

—¡Qué disparate! —dijo Larry alarmado—. ¿Verdad que no estoy más gordo, Mamá?

—Yo diría que has ganado un poquito de peso —admitió Mamá, observándole con ojo crítico.

—La culpa es tuya —dijo Larry con impertinencia—. Te pasas la vida tentándome con esas aromáticas exquisiteces. Me producirás una úlcera. Me voy a poner a régimen. ¿Qué régimen me aconsejas, Margo?

—Bueno —empezó Margo, lanzándose con entusiasmo a su tema favorito—, yo que tú probaría el de ensalada y zumo de naranja; es estupendo. Hay también el de leche y verduras crudas… también es bueno, pero requiere cierto tiempo. O el de pescado hervido y pan integral. Ése no sé qué tal es, no lo he probado aún.

—¡Santo Dios! —exclamó Larry, con verdadero espanto—. ¿Y eso es ponerse a régimen?

—Anda, y poco buenos que son todos —dijo Margo muy convencida—. A mí el de zumo de naranja me ha ido de maravilla para el acné.

—¡No! —dijo Larry enérgicamente—. No estoy dispuesto a engullir arrobas de fruta y verduras crudas como un ungulado cualquiera. Podéis ir resignándoos a la idea de que os seré arrebatado a temprana edad, víctima de una congestión.

Y antes del siguiente almuerzo tuvo la precaución de tomar doble dosis de bicarbonato, protestando después con malos modos de lo rara que sabía la comida.

A Margo la primavera siempre le sentaba mal. Su aspecto externo, preocupación que normalmente la absorbía, casi se convertía entonces en obsesión patológica. Montañas de ropa planchada llenaban su cuarto, mientras la cuerda de tender se hundía bajo el peso de la ropa recién lavada. Cantando con voz aguda y desafinada deambulaba por la villa, cargada de montones de vaporosa lencería o frascos de perfume. A la menor ocasión se colaba en el cuarto de baño, en medio de un revuelo de toallas blancas, y una vez dentro hacerle salir era más arduo que despegar una lapa de un peñasco. Uno a uno, todos sus familiares nos turnábamos para vociferar y aporrear la puerta, sin obtener con ello mayor satisfacción que garantía de que ya estaba terminando: garantía en la cual la amarga experiencia nos había enseñado a no confiar. Emergía por fin resplandeciente e inmaculada, y tarareando volaba a tomar el sol en los olivares o a bañarse en la playa. Fue durante una de estas excursiones playeras cuando conoció a un joven turco más apuesto de lo corriente. Con insólita modestia mantuvo bajo cuerda sus frecuentes citas de baño con el tal dechado de hermosura, por suponer, según confesó más tarde, que no nos interesaría el asunto. Fue Spiro, naturalmente, quien lo descubrió. Velaba por el bienestar de mi hermana con la dedicación plena de un San Bernardo, y poco de lo que ella hiciese podía pasarle inadvertido. Una mañana el griego sitió a Mamá en la cocina, miró subrepticiamente en torno para asegurarse de que no hubiera nadie escuchando, y luego de suspirar hondamente le dio la noticia.

—Me desagrada tener que decirles estos, señoras Durrells —barboteó—, pero es algo que deberías usted saber.

Por esas fechas ya estaba Mamá acostumbrada al aire conspiratorio que asumía Spiro para informar acerca de la familia, y no le dio importancia.

—¿De qué se trata esta vez, Spiro? —preguntó.

—De la señorita Margo —dijo Spiro muy apenado.

—¿Qué le ocurre?

Spiro miró a su alrededor con desasosiego.

—¿Sabes usted que se cita con un hombres? —inquirió con trémulo susurro.

—¿Con un hombre? Ah… eh… sí, lo sabía —dijo Mamá, mintiendo descaradamente.

Spiro se ajustó los pantalones sobre la panza y se inclinó hacia ella.

—¿Pero sabías que es un turcos? —preguntó con espeluznante ferocidad.

—¿Un turco? —dijo Mamá haciéndose la distraída—. No, no sabía que fuera turco. ¿Qué hay de malo en ello?

Spiro la miró horrorizado.

—Carambas, señoras Durrells, ¿que qué hay de malos? Es un turcos. A esos hijos de perras no se les puedes confiar una jovencita. Le cortará el cuello, seguros. Créames, señoras Durrells, es un peligros que la señorita Margo ande por ahí

nadandos con él.

—Está bien, Spiro —le tranquilizó Mamá—, yo hablaré con Margo.

—Es que pensé que debía usted saberlos, eso es todos. Pero no se preocupes… si hiciera algos a la señorita Margo, yo le darés a ese canallas —le aseguró Spiro seriamente.

Conforme a la información recibida, Mamá mencionó el asunto a Margo, con algo menos de truculencia, y sugirió que invitara al joven a tomar el té. Encantada, Margo partió en su busca, mientras Mamá preparaba apresuradamente una tarta y magdalenas, y nos ordenaba a los demás mostrar la mayor cortesía. Llegado el turco resultó ser un joven alto, con el pelo meticulosamente ondulado y una sonrisa fulgurante que lograba transmitir un mínimo de humor y un máximo de condescendencia. Tenía el empaque zalamero y pagado de sí mismo de un gato en celo. Apretó contra sus labios la mano de Mamá como quien concede un gran honor, y distribuyó la amplitud de su sonrisa entre los restantes. Mamá, sintiendo que el ambiente se cargaba de hostilidad, acudió desesperadamente a la brecha.

—Es un placer tenerle entre nosotros… muchas veces hemos… pero nunca tiene uno tiempo para nada… se pasan los días volando… Margo nos ha hablado tanto de usted… tenga una magdalena —dijo sin aliento, mientras con sonrisa irresistible le ofrecía un trozo de tarta.

—Muy amable —murmuró el turco, dejándonos con ciertas dudas sobre si se refería a Mamá o a sí mismo. Hubo una pausa.

—Está aquí de vacaciones —anunció Margo de repente, como si se tratara de algo realmente extraordinario.

—¿De veras? —dijo Larry con perversidad—. ¿De vacaciones? ¡Es asombroso!

—Yo estuve una vez de vacaciones —articuló indistintamente Leslie a través de un bocado de tarta—; lo recuerdo muy bien.

Mamá tamborileó con nerviosismo sobre la porcelana y les lanzó una mirada furibunda.

—¿Azúcar? —preguntó con vehemencia—. ¿Toma usted el té con azúcar?

—Sí, gracias.

Hubo otro breve silencio, durante el cual todos nos dedicamos a contemplar cómo Mamá servía el té y se exprimía la mollera buscando desesperadamente un tema de conversación. Por fin el turco se volvió a Larry.

—Tengo entendido que usted escribe —dijo, con absoluta falta de interés.

A Larry le centelleó la mirada. Advirtiendo la señal de peligro, Mamá le atajó antes de que pudiera replicar.

—Sí, sí —sonrió—, se pasa la vida escribiendo, día tras día. Siempre está aporreando la máquina.

—Yo estoy seguro de que podría escribir magníficamente, si quisiera —comentó

el turco.

—¿De veras? —dijo Mamá—. Claro, es un don de Dios, supongo; como tantas otras cosas.

—Él nada muy bien —observó Margo—, y se mete hasta muy dentro.

—No me da miedo —dijo modestamente el turco—. Soy un nadador magnífico, así que no me da miedo. Cuando voy a caballo, no me da miedo, porque soy un jinete magnífico. Sé navegar a vela prodigiosamente en mitad de un tifón, sin el menor miedo.

Sorbió delicadamente el té, contemplando nuestros admirados rostros con aprobación.

—Ya ven —continuó, por si acaso no nos habíamos enterado—; ya ven, no soy hombre miedoso.

Resultado del té fue que al día siguiente Margo recibió una nota del turco preguntando si le podría acompañar esa noche al cine.

—¿Qué te parece, debo ir? —le consultó ella a Mamá.

—Si te apetece, hija —repuso Mamá, añadiendo con aplomo—, pero dile que yo también voy.

—Pasarás una velada muy divertida —observó Larry.

—Pero Mamá, por Dios —protestó Margo—, le va a parecer rarísimo.

—Tonterías, querida —dijo Mamá vagamente—. Los turcos están muy acostumbrados a las carabinas y demás… Si no, fíjate en los harenes.

Así que esa noche Mamá y Margo, arregladas cual correspondía, bajaron el monte para reunirse con el turco. Sólo había en el pueblo un cine al aire libre, y calculamos que la película acabaría a las diez como muy tarde. Larry, Leslie y yo aguardamos ávidamente su regreso. A la una y media de la madrugada Margo y Mamá, con síntomas de agotamiento extremo, treparon hasta la villa y se derrumbaron en sendos asientos.

—Hombre, habéis vuelto —dijo Larry—; ya creíamos que habíais huido con él. Os imaginábamos galopando por Constantinopla a lomos de camello, con los velos ondeando seductoramente en la brisa.

—Una noche espantosa —dijo Mamá, liberándose de los zapatos—, verdaderamente espantosa.

—¿Qué pasó? —preguntó Leslie.

—Pues, para empezar, atufaba a un perfume espeluznante —dijo Margo—, cosa que ya nos predispuso en contra.

—Nos llevó a las localidades más baratas, tan cerca de la pantalla que a mí me dio dolor de cabeza —dijo Mamá—, y estábamos apretujados como sardinas. Era tan sofocante que me faltaba la respiración. Y encima, para acabar de arreglarlo, pesqué una pulga. No tiene ninguna gracia, Larry: te aseguro que estaba apuradísima. La

maldita se me metió por el corsé y la sentía moverse de un lado a otro. Cualquiera se rascaba, habría dado el espectáculo. Así que me pasé todo el rato apretándome contra el respaldo. Pero él debió darse cuenta… me miraba de reojo con mucha sorna. En el descanso, sale y nos trae ese horrible y nauseabundo dulce turco, y pronto estábamos cubiertas de azúcar hasta la coronilla, yo con una sed espantosa. En el segundo descanso sale y vuelve con flores. Tú me dirás si es normal, hijo, flores en mitad de un cine. Ése es el ramo de Margo, lo de encima de la mesa.

Apuntó a un colosal manojo de flores de primavera, atado con una maraña de cintas de colores. Rebuscando en su bolso extrajo un diminuto ramito de violetas que parecían haber sido apisonadas por un caballo excepcionalmente brioso.

—Éste —dijo— era para mí.

—Pero lo peor ha sido la vuelta —dijo Margo.

—¡Qué viajecito! —asintió Mamá—. Yo creía que al salir tomaríamos un taxi, pero *quiá*, nos embutió en un coche de punto, que además olía a demonios. Hay que estar desquiciado para venir desde allí en coche de punto. Lógicamente hemos tardado horas y horas, porque el pobre caballo se cansaba, y yo allí sentada intentando ser amable, y muerta de ganas de rascarme y beber algo. Al muy idiota no se le ocurría otra cosa que sonreírle a Margo de oreja a oreja y cantar canciones de amor en turco. Yo le habría abofeteado con mucho gusto. Estaba convencida de que no llegaríamos nunca. Ni pudimos quitárnoslo de encima al pie del monte. Se empeñó en subir con nosotras, armado de un palo, porque según él en esta época del año el campo está plagado de culebras. ¡Qué alivio perderle de vista! Me temo que en el futuro tendrás que elegir con más cuidado tus amistades, Margo. Yo, otra como ésta y no lo cuento. Me aterraba pensar que a lo mejor venía hasta la puerta y habríamos tenido que invitarle a pasar. Ay, creí que no nos lo despegaríamos nunca.

—Es evidente que no le habéis dado nada de miedo —dijo Larry.

Para Leslie la llegada de la primavera significaba el suave batir de alas de las recién llegadas tórtolas y palomas torcaces y el fugaz brinco de una liebre que se escabulle entre los arrayanes. Por eso, tras visitar numerosas armerías y luego de mucha discusión técnica, un día regresó a la villa portando con orgullo una escopeta de dos cañones. Lo primero que hizo fue llevarla a su cuarto, desmontarla y limpiarla, mientras yo le contemplaba fascinado por los relucientes cañones y caja, aspirando extasiado el rico y denso olor del aceite.

—¿No es preciosa? —musitaba más para sí que para mí, con un chispeo en los vivos ojos azules—. ¿No es un encanto?

Tiernamente acariciaba la tersa forma del arma. De pronto se la encaró y siguió el paso imaginario de una bandada de aves por el techo.

—¡Pam!… ¡pam! —rugió, golpeándose el hombro con la culata—. ¡Izquierda, derecha, abajo todos!

Con el trapo aceitado frotó por última vez la escopeta y la colocó con cuidado en un rincón, junto a su cama.

—Mañana salimos por un par de tórtolas, ¿quieres? —continuó, abriendo una caja de rojos perdigones y derramándolos sobre la cama—. Empiezan a pasar a eso de las seis. Ese montecito al otro lado del valle es buen sitio.

Y al amanecer ambos atravesamos a la carrera los achaparrados y brumosos olivares hasta el valle donde los arrayanes estaban todavía húmedos y pegajosos de rocío, y de allí hasta la cima del montecito. Metidos en el viñedo hasta la cintura esperamos a que aumentara la luz y empezaran a volar las aves. Súbitamente el cielo pálido del alba se cuajó de motilas negras, veloces como saetas, y a nuestros oídos llegó el rápido batir de las alas. Leslie, abierto de piernas, aguardaba con la culata apoyada en la cadera, siguiendo con mirada tensa y centelleante el vuelo de las aves. Se fueron acercando, y ya parecía que pasaban sobre nosotros para ir a perderse en las temblorosas copas de los olivos. En el último instante el arma saltó hábilmente al hombro de Leslie, los brillantes cañones alzaron la boca al cielo y sonó un estallido seco que repercutió brevemente, como el chasquido de una gran rama en el bosque tranquilo. La tórtola, un momento antes tan rauda y atenta al vuelo, cayó entonces desmayadamente a tierra, seguida de un torbellino de tenues plumas color canela.

Ya con cinco tórtolas colgando del cinturón, yertas y ensangrentadas, Leslie se bajó la visera sobre los ojos y se echó el arma bajo el brazo.

—Vamos —dijo—; ya está bien. Hay que darles un respiro a las pobres criaturas.

Regresamos a través de los olivares veteados de sol, donde los pinzones picoteaban entre el follaje como un reguero de moneditas. Yani estaba sacando sus cabras a pastar. Su cara morena, con el gran arco de bigote teñido de nicotina, se iluminó con una sonrisa; sacó una mano nudosa de los pliegues de su capote de borrego y la alzó hacia nosotros.

—Chaírete —gritó con su voz profunda el bello saludo de los griegos—, chaírete, kyrioi… sean felices.

Las cabras se desperdigaron por entre los olivos, balando entrecortadamente unas a otras sobre el rítmico tintineo de las esquilas. Los pinzones gorjeaban excitados. Un petirrojo infló el buche como una mandarina entre el arrayán y prorrumpió en un chorro de canto. La isla aparecía bañada de rocío, radiante al primer sol de la mañana, llena de vida bulliciosa. «Sean felices». ¿Qué otra cosa se podía ser en una estación así?

Conversación

Apenas, ya instalados, empezábamos a disfrutar de la isla, cuando Larry, llevado de su generosidad característica, escribió a todos sus amigos invitándoles a reunirse con nosotros. Aparentemente, no se había parado a pensar que en la villa sólo cabíamos los de la familia.

—He invitado a un par de personas a pasar aquí unos días —le dijo a Mamá una mañana, como quien no quiere la cosa.

—Buena idea, querido —respondió Mamá sin pensar.

—Se me ocurrió que nos vendría bien un poco de compañía inteligente y estimulante por estas tierras. No es cosa de atocinarse.

—Espero que no sean demasiado intelectuales, querido —dijo Mamá.

—Por Dios, Mamá, por supuesto que no: es gente normal, absolutamente encantadora. No sé de dónde has sacado la fobia de que todo el mundo sea intelectual.

—No me gustan los intelectuales —dijo Mamá quejumbrosa—. Yo no soy una intelectual, y no sé hablar de poesía y cosas de ésas. Pero siempre se creen que sí, que simplemente por ser tu madre puedo pasarme las horas muertas discutiendo de literatura con ellos. Y siempre me vienen con preguntas necias cuando más liada estoy con la comida.

—Yo no te pido que discutas de arte con ellos —dijo Larry displicente—, pero creo que podrías hacer un pequeño esfuerzo por disimular tu escalofriante gusto literario. Yo aquí llenando la casa de buenos libros, y se encuentra uno tu mesilla de noche atiborrada hasta los topes de libros de cocina, de jardinería y de las más abominables novelas policíacas. No comprendo dónde consigues todo eso.

—Son unas novelas policíacas buenísimas —dijo Mamá a la defensiva—. Me las presta Teodoro.

Larry dio un corto suspiro de exasperación y cogió otra vez su libro.

—No se te olvide avisar en la «Pensión Suisse» qué día llegan —apuntó Mamá.

—¿Para qué? —preguntó Larry, sorprendido.

—Pues para que les reserven habitaciones —dijo Mamá, no menos sorprendida.

—Pero yo les he invitado a estar aquí —señaló Larry.

—¡Larry! ¡No es posible! Tú eres un insensato. ¿Cómo van a estar aquí?

—No veo que haya que armar tanto escándalo —dijo Larry con frialdad.

—¿Pero dónde van a dormir? —dijo Mamá, consternada—. Si casi no hay sitio para nosotros.

—Tonterías, Mamá; hay montañas de sitio si nos organizamos como es debido. Pones a Margo y Les a dormir en la terraza, ya tienes dos alcobas; tú y Gerry podéis pasar al cuarto de estar, y eso deja libres vuestros cuartos.

—No seas absurdo, hijo. No podemos acampar por en medio como los gitanos. Aparte de que aún refresca por la noche, y no creo que Margo y Les deban dormir al sereno. En esta villa no hay sitio para invitar a nadie. Tendrás que escribir a esa gente y decirles que no vengan.

—Imposible —dijo Larry—: están en camino.

—¡Larry, verdaderamente eres lo más insoportable que conozco! ¿Por qué no se te ha ocurrido decírmelo antes? Pero no, esperas hasta que casi estén aquí para decírmelo.

—No creí que fueras a recibir la llegada de unos cuantos amigos como si se tratase de la mayor catástrofe del siglo —explicó Larry.

—Pero, querido, es que es absurdo invitar a nadie cuando sabes que no tenemos sitio.

—Mira que eres pesada —dijo irritado Larry—; todo tiene un arreglo facilísimo.

—¿Cuál? —preguntó Mamá con recelo.

—Pues si esta villa no es lo bastante grande, mudémonos a otra que lo sea.

—¡Qué majadería! ¡Mudarse a una casa mayor sólo porque se ha invitado a unos amigos!

—¿Qué tiene de raro? A mí me parece la solución más juiciosa; al fin y al cabo, si aquí falta sitio, lo lógico es mudarse.

—Lo lógico es no invitar a nadie —dijo Mamá con severidad.

—No creo que nos siente bien vivir como ermitaños —dijo Larry—. En realidad los invité por ti. Son una gente encantadora. Pensé que te gustaría tenerlos; que te animarían un poco el panorama.

—Yo estoy ya muy animada, gracias —dijo Mamá muy digna.

—Bueno, pues a ver qué vamos a hacer.

—Pero, querido, de veras que no entiendo por qué no pueden quedarse en la «Pensión Suisse».

—Pues porque no está bien invitar gente a tu casa para luego meterla en una fonda de tercera.

—¿A cuántos has invitado? —preguntó Mamá.

—Oh, pocos… dos o tres… No vendrán todos al mismo tiempo. Calculo que irán apareciendo en lotes.

—Creo que por lo menos podrías decirme a cuántos has invitado —insistió Mamá.

—Bueno, ahora no me acuerdo exactamente. Algunos no contestaron, pero eso no quiere decir nada… lo más probable es que estén ya en camino y habrán pensado que no merecía la pena avisar. De todos modos, si haces presupuesto como para siete u ocho personas, creo que con eso sería suficiente.

—¿Quieres decir, incluidos nosotros?

—No, no; siete u ocho personas además de la familia.

—Pero es absurdo, Larry: no podemos meter a trece personas en esta villa, ni aun echándole la mejor voluntad del mundo.

—En ese caso, mudémonos. Te he ofrecido una solución perfectamente razonable. No sé por qué sigues discutiendo.

—Pero no seas ridículo, hijo. Aunque nos mudáramos a una villa lo bastante espaciosa como para alojar a trece personas, ¿qué haríamos con el sitio sobrante cuando se fueran?

—Invitar a alguien más —repuso Larry, asombrado de que a su madre no se le hubiese ocurrido tan sencillo expediente.

Mamá le lanzó una mirada asesina, con las gafas torcidas.

—De veras, Larry, me crispas —dijo por fin.

—Me parece bastante injusto que me eches a mí la culpa de que tu organización se desintegre ante la llegada de un par de invitados —dijo Larry sobriamente.

—¡Un par de invitados! —chilló Mamá—. ¡Para ti ocho personas son un par de invitados!

—Me parece que estás adoptando una actitud de lo más irracional.

—¿Supongo que no es nada irracional invitar a gente sin consultarme?

Larry la miró muy ofendido, y reanudó su lectura.

—Bueno, yo he hecho todo cuanto estaba en mi mano —dijo— no puedo hacer más.

Se hizo un largo silencio, en el que Larry leía plácidamente mientras Mamá abarrotaba jarrones de rosas y los diseminaba a voleo por la sala, murmurando para sí.

—Podías no tumbarte a la bartola —dijo finalmente—. Al fin y al cabo, son amigos tuyos. Es a ti a quien le corresponde hacer algo.

Con gesto de prolongados sufrimientos, Larry dejó el libro.

—Pero si es que no sé qué es lo que pretendes que haga —dijo—. Todas mis sugerencias te parecen mal.

—Si sugirieses cosas sensatas no me parecerían mal.

—No veo nada disparatado en todo lo que te he sugerido.

—Pero, Larry, por favor; sé razonable. Sencillamente, no podemos salir corriendo a otra villa porque vengan unas personas. Dudo que la encontrásemos a tiempo, de todos modos. Luego, está el problema de las clases de Gerry.

—Todo eso se podría resolver fácilmente con tal de proponérnoslo.

—Pues no nos mudaremos a otra villa —dijo Mamá—; y no hay más que hablar.

Se enderezó las gafas, dirigió a Larry una mirada de desafío y salió andando para la cocina, exhalando decisión por todos sus poros.

SEGUNDA PARTE

No os olvidéis de la hospitalidad; gracias a ella hospedaron algunos, sin saberlo, a ángeles.

Epístola a los Hebreos, 13:2

7. La villa color narciso

La nueva villa era enorme: una mansión de tipo veneciano alta y cuadrada, con los muros de un amarillo color narciso pálido, contraventanas verdes y el tejado rojizo. Se alzaba sobre una colina mirando al mar, rodeada de descuidados olivares y silenciosos huertos de limoneros y naranjos. Todo el lugar exhalaba una atmósfera de melancolía antigua: la casa con sus muros llenos de grietas y desconchones, el eco de sus salones inmensos, las terrazas, en las que el viento había apilado cúmulos de hojas del pasado invierno, tan rebosantes de enredadera y hiedra que los cuartos del piso bajo yacían en una perpetua penumbra verdosa; en el tapiado y hundido jardincillo que se extendía a un lado de la casa, roñosas de orín sus verjas de hierro forjado, había rosas, anémonas y geranios que se derramaban por entre los senderos cubiertos de maleza, y los mandarinos, hirsutos y sin podar, estaban tan cargados de flor que el aroma era casi asfixiante; más allá del jardín, los huertos yacían quedos y callados, a excepción del zumbido de las abejas, y, de vez en cuando, el revuelo de un pájaro en las ramas. Casa y terreno decaían lánguida, tristemente, en el olvido de una colina abierta al mar brillante y a los montes viejos y desgastados de Albania. Era como si la villa y el paisaje estuvieran semidormidos, aletargados bajo el sol de primavera, entregados al musgo, a los helechos y a las legiones de setas diminutas.

Fue Spiro, naturalmente, quien descubrió aquel sitio, y quien organizó nuestro traslado con mínima molestia y máxima eficiencia. A los tres días de visitar por primera vez la villa, los largos carretones de madera desfilaban en polvorienta procesión por los caminos, repletos de nuestras pertenencias; y al cuarto día nos instalamos.

A un extremo de la finca había una casita ocupada por el jardinero y su mujer, una pareja ya mayor y bastante decrépita que parecía haber sufrido la misma decadencia que la finca. Él se encargaba de llenar los depósitos de agua, recoger la fruta, pisar la aceituna, y, una vez al año, recibir una grave picadura al extraer la miel de las diecisiete colmenas que hervían bajo los limoneros. En un momento de insensato entusiasmo, Mamá había contratado a la mujer del jardinero para servir en la villa. Se llamaba Lugaretzia, y era un ser flaco, lúgubre, con el pelo siempre escapándosele de los baluartes de horquillas y peinecillos con que lo mantenía pegado al cráneo. Era en extremo sensible, como Mamá pronto tuvo ocasión de descubrir, y la más leve crítica de su trabajo, aun expresada con el mayor tacto del mundo, anegaba en lágrimas sus ojos castaños, en una embarazosa ostentación de dolor. Ofrecía entonces un espectáculo tan deprimente que en seguida Mamá dejó de reprenderla.

Sólo había una cosa capaz de despertar una sonrisa en el rostro macilento de Lugaretzia, un destello en su mirada perruna, y ello era la discusión de sus achaques.

Mientras la mayoría de la gente practica la hipocondría a ratos libres, Lugaretzia

había hecho de ella su ocupación intensiva. Cuando nos fuimos a vivir allí lo que la preocupaba era el estómago. Los boletines sobre el estado del mismo salían a partir de las siete de la mañana, hora en que servía el té. Deambulaba de una habitación a otra con las bandejas, dándonos a cada uno un informe golpe a golpe de su nocturno combate con su físico. Era maestra en el arte de la descripción gráfica: gemía, boqueaba, se retorcía agónicamente, pataleaba por las habitaciones, mostrándonos un cuadro tan realista de sus sufrimientos que, al poco, nuestros propios estómagos dolían por solidaridad.

—¿Es que no puedes hacer nada por esa mujer? —preguntó Larry a Mamá una mañana, tras una noche particularmente mala del estómago de Lugaretzia.

—¿Y qué quieres que haga? —le respondió—. Le di un poco de tu bicarbonato.

—Así, no me extraña que pasara tan mala noche.

—Será que no come como es debido —dijo Margo—. Probablemente, lo que necesita es ponerse a régimen.

—Un bayonetazo es lo único que le iría bien a su estómago —dijo Larry cáusticamente—, y hablo con conocimiento de causa… En la última semana he adquirido una dolorosa familiaridad con las más ínfimas circunvoluciones de su intestino grueso.

—Reconozco que se pone un poquito cargante —dijo Mamá—, pero, de todos modos, es obvio que la pobre mujer sufre.

—Tonterías —dijo Leslie—; se lo pasa en grande. Igual que Larry cuando está enfermo.

—Bueno, sea como sea —dijo Mamá apresuradamente—, tendremos que aguantarla; no hay por aquí nadie más de quien echar mano. Le diré a Teodoro que la mire la próxima vez que venga.

—Si es cierto lo que me estuvo contando esta mañana —dijo Larry—, tendrás que proveerle de un pico y una lámpara de minero.

—Larry, no seas siniestro —dijo Mamá con voz severa. Poco después, con gran satisfacción por nuestra parte, el estómago de Lugaretzia mejoró, pero casi de inmediato le fallaron los pies, y renqueaba lastimosamente por la casa, gimiendo a voz en grito. Larry decía que Mamá no había tomado una criada sino un alma en pena, y sugirió regalarle una cadena con su bola. Señalaba que ello al menos nos avisaría de su proximidad dándonos tiempo de huir, pues Lugaretzia había cogido la costumbre de deslizarse a nuestras espaldas para soltarnos un inesperado berrido al oído. Larry empezó a desayunar en su cuarto desde la mañana en que Lugaretzia se descalzó en mitad del comedor para enseñarnos cuáles eran exactamente sus dedos dolientes.

Pero los achaques de Lugaretzia no constituían la única pega de la casa. Los muebles —que habíamos alquilado junto con la villa— eran una fantástica colección

de reliquias decimonónicas que llevaban veinte años allí encerradas. Los había por todos los rincones: feos, destartalados, incómodos, crujiendo horriblemente de unos a otros, disgregándose a trozos entre estallidos de mosquetón y nubes de polvo si por casualidad se pisaba fuerte junto a ellos. La primera noche se desprendió una pata de la mesa del comedor, arrojando en cascada toda la cena al suelo. Pocos días más tarde, al sentarse Larry en una inmensa silla de aspecto solidísimo, se encontró sin respaldo en medio de una acre polvareda. Cuando Mamá fue a abrir un armario del tamaño de un chalet y se quedó con la puerta en la mano, decidió que había que hacer algo.

—No se puede traer a nadie a una casa en la que todo se cae a pedazos con sólo mirarlo —dijo—. No hay más remedio que comprar muebles nuevos. Verdaderamente, estos invitados nos van a salir más caros que ninguno.

A la mañana siguiente Spiro nos llevó a Mamá, a Margo y a mí a comprar muebles en el pueblo. Lo encontramos más atestado y ruidoso que de costumbre, pero no sospechamos que ocurriera nada especial hasta que, acabados nuestros tratos con el vendedor, salimos de su tienda a las calles estrechas y tortuosas. Entre empujones y empellones intentamos volver a donde habíamos dejado el coche. La multitud se espesaba por momentos, apiñándose de tal modo que no pudimos evitar que nos llevaran por delante.

—Debe ser que pasa algo —observó sagazmente Margo—. A lo mejor hay una fiesta o algo interesante.

—Me trae sin cuidado lo que sea, con tal de llegar al coche —dijo Mamá.

Pero la corriente nos arrastró en dirección opuesta al coche, hasta embutirnos en medio de un enorme gentío que se agolpaba en la plaza mayor del pueblo. Le pregunté qué sucedía a una anciana campesina que tenía cerca, y se volvió hacia mí radiante de orgullo.

—Es San Spiridion, kyria —explicó—. Hoy se puede entrar en la iglesia a besarle los pies.

San Spiridion era el santo patrón de la isla. Su cuerpo momificado se veneraba en la iglesia en un ataúd de plata, y una vez al año era sacado en procesión por el pueblo. Era muy milagrero, y podía conceder favores, curar enfermedades y obrar otros mil portentos si la petición le pillaba de buen ánimo. Los isleños le adoraban, y uno de cada dos hombres de la isla se llamaba Spiro en su honor. Hoy era un día especial; al parecer, se abría el ataúd y se permitía a los fieles besar los pies embabuchados de la momia, y hacerle las peticiones que quisieran. La composición del gentío mostraba cuánto le amaban los corfiotas: allí estaban las ancianas campesinas vistiendo sus mejores ropas negras, y sus maridos encorvados como olivos, con sus anchos bigotes blancos; los morenos y musculosos pescadores, tiznadas sus camisas de la oscura tinta de las sepias; y también los enfermos, los retrasados mentales, los tísicos, los

inválidos, viejos que apenas podían andar y niñitos envueltos y liados como gusanos en su capullo, con sus caritas pálidas como la cera congestionadas de tanto toser. Había incluso unos cuantos pastores albaneses, mocetones bigotudos de aspecto salvaje, con el cráneo pelado y enfundados en grandes pieles de borrego. Esta sombría y variopinta cuña de humanidad avanzaba lentamente hacia la negra puerta de la iglesia, arrastrándonos consigo como pedruscos incrustados en un río de lava. Ya a Margo la habían llevado muy por delante de mí, mientras Mamá quedaba a igual distancia a mis espaldas. Yo estaba firmemente atrapado entre cinco gordas campesinas que se apretaban contra mí como almohadones despidiendo olor a sudor y ajos, y Mamá estaba empotrada sin remedio entre dos enormes pastores albaneses. Poco a poco nos hicieron subir los escalones y entrar en la iglesia.

Dentro la oscuridad era casi total, sólo interrumpida por una ristra de cirios que brillaban cual amarillos crocos a lo largo de un muro. Un sacerdote barbudo y vestido de negro, con un alto sombrero, aleteaba como un cuervo en la penumbra, canalizando al gentío en una fila que recorría el interior del templo hasta pasar por detrás del gran ataúd de plata y salir por otra puerta a la calle. El ataúd, puesto en pie, era como una crisálida de plata, y en su extremo inferior se había abierto un segmento por el que aparecían los pies del santo, envueltos en babuchas ricamente bordadas. Al llegar al ataúd cada persona se agachaba, besaba los pies y murmuraba una oración, mientras al otro extremo del sarcófago la cara negra y consumida del santo se asomaba a través de un cristal, con un gesto de aguda repugnancia. Era evidente que, quisiéramos o no, tendríamos que besarle los pies a San Spiridion. Mirando hacia atrás, yo veía a Mamá debatirse frenéticamente por acercarse a mí, pero su guardaespaldas albanés no cedía un milímetro y sus esfuerzos resultaron vanos. Al fin atrapó mi mirada y empezó a hacer muecas señalando el ataúd, mientras sacudía enérgicamente la cabeza. Esto me dejó bastante perplejo, lo mismo que a los dos albaneses, que la observaban con aprensión mal disimulada. Creo que temían que Mamá estuviera a punto de sufrir un ataque, y no sin razón, pues se había puesto roja y sus muecas eran cada vez más alarmantes. Por fin, desesperada, renunció a toda cautela y me bisbiseó sobre las cabezas de la multitud:

—Dile a Margo… que no lo bese… que bese al aire… al aire.

Me volví para transmitir a Margo el mensaje de Mamá, pero era demasiado tarde: allí estaba, agachada sobre los embabuchados pies, besándolos con un entusiasmo que encantó y sorprendió grandemente a la concurrencia. Cuando me llegó el turno obedecí las instrucciones de Mamá, besuqueando sonoramente y con considerable alarde de devoción un punto situado a unos quince centímetros por encima del pie izquierdo de la momia. De allí fui empujado y expelido por la puerta del templo a la calle, donde la gente se iba disgregando en corrillos, riendo y charlando. Margo nos aguardaba en los escalones, visiblemente satisfecha de sí misma. Al momento

apareció Mamá, catapultada desde la puerta por los morenos hombros de sus pastores. Tambaleándose como un trompo bajó los escalones y se nos unió.

—Esos pastores —exclamó débilmente—. Qué modales tan zafios… salgo casi asfixiada del tufo… una mezcolanza de incienso y ajos… ¿Qué harán para oler así?

—Es igual, ya pasó —dijo Margo alegremente—. Habrá valido la pena si San Spiridion me concede lo que le he pedido.

—Un sistema muy poco higiénico —dijo Mamá—, más apropiado para sembrar enfermedades que para curarlas. Me aterra pensar lo que podríamos haber cogido si llegamos a besarle los pies.

—Pues yo se los besé —dijo Margo, sorprendida.

—¡Margo! ¡No será verdad!

—Bueno, era lo que hacían todos.

—¡Después de decirte expresamente que no lo hicieras!

—Tú no me dijiste nada de… —Interrumpí para explicar que la advertencia de Mamá había llegado demasiado tarde.

—Después de que toda esa gente ha estado rechupeteando las babuchas, no se te ocurre nada mejor que besarlas.

—Me limité a hacer lo que hacía todo el mundo.

—Es que no comprendo qué pudo impulsarte a hacer una cosa así.

—Pues… pensé que quizá me curaría el acné.

—¡El acné! —dijo Mamá con sorna—. Date por contenta si no coges algo además del acné.

Al día siguiente Margo cayó en cama con un fuerte gripazo, y el prestigio de San Spiridion a los ojos de Mamá quedó a la altura del betún. Spiro fue despachado urgentemente al pueblo en busca de un médico, y regresó con un hombrecito esferoidal de acharolados cabellos, leve indicio de bigote y ojillos de botón tras gruesas gafas de concha.

Era el doctor Androuchelli: una persona encantadora, con incomparable estilo para sus enfermos.

—Po-po-po[2] —dijo, mientras irrumpía en la alcoba mirando a Margo con aire guasón—, ¡po-po-po! Poco inteligente ha sido usted, ¿no? ¡Besarle los pies al santo! ¡Po-po-po-po-po!

»Casi podría haber atrapado algunos bichos desagradables. Tiene usted suerte: es gripe. Ahora hará lo que yo le diga, o me lavo las manos. Y, por favor, no aumente mi trabajo con estupideces semejantes. Si vuelve a besar los pies de algún santo no seré yo quien venga a curarla… Po-po-po… qué ocurrencia.

Y mientras Margo languidecía en cama por espacio de tres semanas, con Androuchelli pepeándola cada dos o tres días, los demás nos acomodamos en la villa. Larry tomó posesión de un ático inmenso y contrató a dos carpinteros para forrarlo de

estanterías; Leslie convirtió el gran mirador de atrás en galería de tiro, colgando al exterior una descomunal bandera roja cada vez que se ponía a practicar; Mamá revoloteaba despistada por la enorme, subterránea cocina enlosada, preparando cataratas de consomé y tratando de atender a los monólogos de Lugaretzia y preocuparse por Margo al mismo tiempo. Para Roger y yo había, por supuesto, seis hectáreas de jardín por explorar, un vasto y nuevo paraíso en pendiente hasta el mar cálido y poco profundo. Privado temporalmente de preceptor (pues George había abandonado la isla), podía pasar todo el día fuera de casa, volviendo para comer apresuradamente.

Dentro de este variado terreno tan accesible encontré a muchos de mis viejos amigos: las cetonias, las azules abejas carpinteras, las mariquitas y las mígalas. Pero también descubrí muchos animales nuevos de los que ocuparme. En los ruinosos muros del jardín hundido vivían docenas de pequeños escorpiones negros, lustrosos y brillantes como de baquelita; las higueras y limoneros linderos con la finca cobijaban enormes cantidades de ranitas de San Antón color verde esmeralda, cual deliciosos confites satinados entre el follaje; monte arriba habitaban varias especies de culebras, relucientes lagartos y tortugas. En los huertos había muchas clases de pájaros: jilgueros, verderones, colirrojos, lavanderas, oropéndolas, y de vez en cuando una abubilla rosada, blanca y negra, hurgando en el suelo blando con su pico largo y curvo, que asombrada erguía la cresta al verme y echaba a volar.

Bajo los aleros de la villa misma habían fijado su residencia las golondrinas. Llegadas poco tiempo antes que nosotros, acababan de completar sus casas de barro apelotonado, todavía pardas y húmedas como un plum-cake. Al tiempo que se secaban y aclaraban de color, las parejas se afanaban en forrarlas, rebuscando por todo el jardín trozos de raíces, cabos de lana o plumas. Dos de los nidos quedaban más bajos que el resto, y en ellos concentré mi atención. Apoyé en la pared una escalera larga, a medio camino entre ambos, y día tras día me fui encaramando, un poquito más alto cada vez, hasta sentarme en el escalón superior para contemplar los nidos desde una distancia de un metro. Mi presencia no pareció inquietar en absoluto a las parejas, que proseguían su grave tarea de preparar la vivienda de la prole, mientras yo me acurrucaba en la escalera y Roger se tendía al pie. Llegué a conocer muy bien a estas familias de golondrinas, y observaba su trabajo diario con gran interés. Las que me parecieron ser las hembras mostraban ambas una conducta muy semejante, serias, algo preocupadas, ultranerviosas y gruñonas. Los dos machos, por el contrario, exhibían caracteres totalmente dispares. Uno de ellos, mientras duró la tarea de forrar el nido, traía excelentes materiales, pero se negaba a enfocar el asunto desde un punto de vista laboral. Llegaba a casa con un mechón de lana en el pico, y dedicaba unos cuantos minutos a pasar en vuelo rasante sobre las flores del jardín, trazando ochos, o a serpentear entre las columnas que sostenían la parra. Su esposa se

asomaba al nido y le piaba exasperada, pero él no quería tomar la vida en serio. La otra hembra también tenía problemas con su cónyuge, pero de distinta índole. Él se pasaba, por así decirlo, de entusiasta. Parecía decidido a no escatimar esfuerzos para dotar a sus hijos del nido mejor forrado de la colonia. Pero por desgracia no tenía nada de matemático, y por más que quisiera no lograba aprenderse las dimensiones del nido. Regresaba con un gorjeo emocionado aunque comedido, transportando una pluma de pollo o de pavo más grande que él, y con un cañón tan grueso que era imposible doblarla. Su esposa solía tardar varios minutos en convencerle de que, por mucho que empujaran y forcejearan, la pluma no entraba en el nido. Presa de amargo desencanto, la dejaba al fin caer revoloteando para ir a engrosar el montón cada vez mayor del suelo, y partía de nuevo en busca de algo más adecuado. Al ratito estaba de vuelta, bregando con un amasijo de lana tan enredada y amazacotada de tierra y estiércol que difícilmente podía subirla hasta el alero, y menos acercarla al nido.

Cuando por fin estuvieron forrados los nidos, puestos e incubados los pecosos huevos, el carácter de ambos maridos pareció trocarse. El que antes trajera tanto forro inútil planeaba y revoloteaba por las laderas con aire despreocupado, y como por acaso volvía portando un bocado de insectos del tamaño y blandura justos para hacer las delicias de su despeluchada y temblorosa prole. El otro macho se vio cercado por terribles angustias, abrumado ante la posibilidad de que sus hijos perecieran de hambre. Así, agotaba todas sus energías en la búsqueda de alimentos, para aparecer siempre cargado de los artículos más improcedentes, como grandes escarabajos punzantes, todo patas y élitros, o libélulas descomunales, resecas y absolutamente incomestibles. Aferrado al borde del nido, hacía esfuerzos denodados pero vanos por embutir sus gigantescas ofrendas por el gaznate siempre abierto de sus crías. Tiemblo sólo de pensar lo que habría ocurrido si hubiese logrado introducir una de aquellas espinosas criaturas en sus buches. Pero afortunadamente no lo lograba jamás, y al final, más angustiado que nunca, tiraba el insecto al suelo y volaba presuroso en busca de alguna otra cosa. Quedé muy agradecido a este golondrino, ya que me surtió de tres especies de mariposa, dos de hormiga león y seis libélulas que me faltaban en la colección.

Las hembras, una vez rotos los huevos, se comportaron más o menos como antes: volaban algo más de prisa, hacían gala de activa eficiencia, pero eso era todo. Me fascinó el ver por primera vez el sistema higiénico de un nido de pájaros. A menudo me había preguntado, criando a mano un pájaro joven, por qué cuando quería excretar levantaba el trasero al cielo, con mucho contoneo. Entonces descubrí la razón. El excremento de los pollos de golondrina formaba glóbulos recubiertos de una mucosidad que rodeaba la deposición a manera de envoltura gelatinosa. Las crías se empinaban sobre la cabeza, contoneaban el trasero con breve pero entusiasta rumba y depositaban sus regalitos sobre el borde del nido. Al llegar, las hembras atiborraban

de comida los ávidos gaznates, y luego tomaban delicadamente en su pico la deposición y volaban a soltarla en cualquier punto de los olivares. Era un sistema admirable, y yo contemplaba absorto todo el proceso, desde el contoneo de traseros —que siempre me hacía reír— hasta el planeo final de la madre sobre la copa de un árbol y la suelta de la pequeña bomba blanca y negra.

Debido a la costumbre del golondrino de recolectar insectos extraños e inadecuados para sus crías, yo solía examinar el suelo de debajo del nido un par de veces al día, con la esperanza de hallar nuevos ejemplares con destino a mi colección. Fue allí donde, una mañana, vi arrastrarse al más extraordinario de los escarabajos. No creo que ni siquiera un golondrino tan obtuso como aquél pudiese haber cargado con un bicho tan grande, ni aun cazarlo, pero allí estaba sin lugar a dudas, bajo la colonia. Era un escarabajo azul-negro, torpe, voluminoso, con una cabezota redonda, largas antenas articuladas y cuerpo bulboso. Lo que me asombró fueron sus élitros: parecía como si los hubiera llevado al tinte y hubiesen encogido, porque eran pequeñísimos, diríase que construidos para un escarabajo la mitad de grande. Jugué con la idea de que quizá esa mañana se había encontrado sin élitros limpios que ponerse y había tenido que tomar prestados los de su hermanito menor, pero al fin decidí que, aunque encantadora, tal hipótesis no podía pasar por científica. Después de cogerlo noté que los dedos me olían levemente a algo picante y aceitoso, si bien no había observado que exudase líquido alguno. Se lo di a oler a Roger por ver si coincidía conmigo, y al verle estornudar violentamente y apartarse deduje que era el escarabajo y no mi mano. Lo guardé cuidadosamente para enseñárselo a Teodoro.

Ahora que ya habían llegado los días cálidos de la primavera, Teodoro venía todos los jueves en coche de punto a tomar el té con nosotros: su traje impecable, cuello duro y sombrero hongo hacían un extraño contraste con las redes, bolsas y cajas llenas de tubos de ensayo de las que siempre iba pertrechado. Antes del té examinaba las nuevas adquisiciones de mi colección y las identificaba. Después salíamos por los alrededores a la caza de animalillos, o hacíamos lo que él llamaría una excursión a alguna charca o zanja próximas, en busca de fauna microscópica con destino a su colección. Identificó sin dificultad mi singular escarabajo de los élitros encogidos y pasó a contarme algunas cosas notables de la especie.

—¡Ajá! Sí —dijo, inspeccionándolo de cerca—, es una carraleja… *meloe proscaraboeus*… Sí… son insectos muy chocantes, ciertamente. ¿Cómo dice? Ah, sí, los élitros… Bien, ya ve usted que no vuela. Existen varias especies de coleópteros que han perdido la facultad de volar, por una u otra causa. Lo que es curioso de estos escarabajos es su biografía. Ésta, desde luego, es una hembra. El macho es bastante más pequeño… yo diría que abulta sólo la mitad. Parece ser que la hembra pone cierto número de huevecitos amarillos en el aceite. Al salir, las larvas trepan a cualquier flor cercana y se meten en los capullos. Tienen que esperar a cierto tipo de

abeja solitaria, y cuando entra en la flor, las larvas… hacen auto-stop… eh… se agarran fuerte al vello de la abeja con sus garras. Si tienen suerte, la abeja será una hembra que recoge miel para depositarla en las celdas con su huevo. Entonces, en cuanto la abeja ha completado el relleno de la celda y pone su huevo, la larva salta sobre él y la abeja tapona la celda. Entonces la larva se come el huevo y se desarrolla dentro de la celda. Lo que siempre me ha parecido más curioso es que sólo haya una especie de abejas de las que las larvas puedan ser huéspedes. Me imagino que muchas de ellas se agarrarán a una abeja de otra especie, y al final se morirán. Pero además, incluso si es una abeja de la especie indicada, no hay la menor… hum… garantía de que sea una hembra dispuesta a desovar.

Calló un instante, se empinó de puntillas varias veces y contempló pensativo el suelo. Después alzó la vista, con ojos risueños.

—Quiero decir —continuó—, es como apostar a un caballo en una carrera… hum… con bastantes pronósticos en contra.

Meció levemente la caja: por la tapa de vidrio se veía a la carraleja patinar de un extremo al otro, meneando las antenas con extrañeza. Luego la restituyó cuidadosamente al estante junto a mis otros ejemplares.

—A propósito de caballos —dijo alegremente, balanceándose con los brazos en jarras—, ¿le he contado alguna vez lo de cuando encabecé la entrada triunfal en Esmirna a lomos de un corcel blanco? Pues fue durante la primera guerra mundial, sabe usted, y el comandante de mi batallón estaba empeñado en que entrásemos en Esmirna en… eh… columna triunfal, encabezada, si era posible, por un jinete sobre un caballo blanco. Fue, por desdicha, a mí a quien tocó en suerte el dudoso privilegio de abrir el desfile. Por supuesto que yo sabía montar, pero no era lo que se dice… hum… un caballista experto. Bueno, pues todo iba muy bien, y el caballo se comportó con gran decoro, hasta que llegamos a los arrabales de la ciudad. Como usted sabe, hay en algunas regiones de Grecia la costumbre de arrojar colonia, perfume, agua de rosas o cosas por el estilo al paso de los… eh… héroes victoriosos. Según iba yo cabalgando al frente de la columna, una vieja salió disparada de una bocacalle y se puso a tirar agua de colonia a diestro y siniestro. Eso al caballo le traía sin cuidado, pero desgraciadamente una pequeña cantidad del líquido debió salpicarle en un ojo. Bueno, estaba muy habituado a los desfiles y demás, y a las multitudes enfervorizadas y esas cosas, pero no a recibir jeringazos de colonia en pleno ojo. El incidente… eh… le enojó muchísimo y empezó a actuar más como un caballo de circo que como un corcel. Yo me tenía en la silla sencillamente porque las botas se me habían encajado en los estribos. La columna tuvo que romper filas por tratar de calmarle, pero era tal su enojo que al fin el comandante decidió que no sería prudente dejarle tomar parte en el resto de la entrada triunfal. Así que mientras la columna desfilaba por las calles principales con las bandas tocando y la gente vitoreándoles,

etcétera, yo no tuve más remedio que seguirles furtivamente por las callejuelas cercanas a lomos de mi caballo blanco, los dos, para mayor humillación y escarnio, oliendo profusamente a agua de colonia. Hum… desde entonces no he vuelto a disfrutar realmente con la equitación.

8. Los cerros de las tortugas

Había a espaldas de la villa una hilera de montículos que asomaban su cresta hirsuta sobre los olivares circundantes. Los cubrían grandes macizos de arrayán verde, altos brezos y un plumaje desigual de cipreses. Desbordante de vida, era sin duda la parte más fascinante de la finca. En los senderos las larvas de hormiga león excavaban sus pocillos en forma de embudo y yacían en espera de que una hormiga incauta traspasara el borde para rociarla con un bombardeo de arena que la enviaba dando tumbos al fondo de la trampa, y de allí a las terribles mandíbulas como tenazas de la larva. En las tierras rojas las avispas depredadoras abrían sus túneles y perseguían a las arañas en vuelo rasante; clavándoles el aguijón las paralizaban y se las llevaban para servir de alimento a sus larvas. Por entre los capullos de brezo comían lentamente las rollizas y peludas orugas de pavón menor, con su aspecto de cuellos de piel animados. Bajo la penumbra cálida y perfumada del arrayán rondaban las mantis, volviendo la cabeza a un lado y a otro en busca de presa.

En los cipreses tenían los pinzones sus aseados nidos, llenos de bebés boquiabiertos de ojos saltones; más abajo, los reyezuelos tejían sus frágiles, diminutas tacitas de pelo y musgo, o se suspendían cabeza abajo del extremo de las ramas para buscar insectos, acogiendo con grititos de alegría casi inaudibles el hallazgo de una pequeña araña o de un mosquito, y con graciosos brincos salpicaban la oscuridad del árbol del brillo de sus crestas de oro a manera de gorritas.

No había pasado mucho tiempo desde nuestra llegada a la villa cuando descubrí que estos cerros pertenecían en realidad a las tortugas. Cierta tarde calurosa estábamos Roger y yo tras un arbusto, esperando pacientemente que una gran mariposa macaón retornara a su solana favorita para capturarla. Era el primer día verdaderamente caluroso del año, y todo parecía dormir, aletargado por el sol. La macaón no tenía ninguna prisa: danzaba por los olivares un solo de ballet girando, tirándose en picado, pirueteando en el aire. Mientras la observábamos vi, con el rabillo del ojo, un leve movimiento cerca del arbusto que nos guarecía. Rápidamente miré a ver qué era, pero no había más que tierra parda, agostada y vacía. Iba a concentrar de nuevo mi atención en la mariposa cuando sucedió algo increíble: la tierra que acababa de mirar se abultó de pronto, como empujada por una mano subterránea; agrietóse el suelo y una minúscula matita aleteó desesperadamente hasta que sus pálidas raíces se troncharon y cayó.

¿Cuál, me pregunté, podía ser la causa de tan repentina erupción? ¿Un terremoto? No los había tan pequeños y restringidos. ¿Un topo? No en un terreno tan árido y seco. Aún estaba haciendo cabalas cuando la tierra dio otra sacudida, desprendiéronse y salieron rodando algunos terrones, y ante mis ojos apareció una concha parda y amarilla. Abrióse más la tierra a medida que la concha se levantaba, y con despaciosa

cautela salió del agujero una cabeza escamosa, arrugada, seguida de un largo cuello pellejudo. Los legañosos ojos parpadearon un par de veces observándome; al fin, suponiéndome inofensivo, la tortuga abandonó con cuidado y esfuerzos infinitos su celda de tierra, caminó unos pasos y se tendió al sol, amodorrada. Después de un largo invierno en el subsuelo húmedo y frío, aquel primer baño de sol debió ser algo así como un trago de vino para el reptil. Puso las patas extendidas fuera de la concha, el cuello estirado cuanto daba de sí, la cabeza apoyada en el suelo; con los ojos cerrados, parecía absorber calor por todos los poros de su cuerpo. Permaneció así unos diez minutos para erguirse después, lenta y premeditadamente, y bajar por el camino hasta una franja de diente de león y trébol que se extendía a la sombra de un ciprés. Allí parecieron flaquearle las patas y con ruido sordo se dejó caer sobre el peto. Sacó entonces la cabeza, la inclinó pausadamente hacia el rico verdor de los tréboles, abrió de par en par la boca, hubo un momento de suspense, y la cerró sobre las hojas suculentas; echó atrás la cabeza para arrancarlas y allí mismo se puso a zampar alegremente, manchado el pico con su primer almuerzo del año.

Debió ser ésta la primera tortuga de la primavera, y como si su salida del dormitorio subterráneo fuera una señal convenida, súbitamente se cubrieron los cerros de tortugas. Jamás he visto tantas congregadas en tan reducido espacio: las había grandes como platos soperos y pequeñas como tacitas, bisabuelas color chocolate y jovencitas pálidas color carey, caminando todas con paso pesado por los senderos de arena, entrando y saliendo del brezo y los arrayanes, descendiendo ocasionalmente a los olivares donde la vegetación era más jugosa. Estando sentado una hora en el mismo sitio se veían desfilar por delante hasta diez tortugas, y una tarde, a modo de experimento, reuní treinta y cinco en dos horas, sin más que pasear por la ladera e ir recogiéndolas según me salían al paso con andar decidido y preocupado, aporreando el suelo con sus patazas chatas.

No bien hubieron salido los acorazados dueños de los cerros de su cuartel de invierno e ingerido sus primeras comidas, los machos se sintieron románticos. Trotando de puntillas con velocidad asombrosa y el cuello estirado al máximo marchaban en busca de pareja, deteniéndose de vez en cuando para emitir un grito extraño y ahogado, el encendido canto de amor de las tortugas. Las hembras, deambulando torpemente por el brezo con alguna que otra pausa para tomar un bocado, respondían con desgana. Dos o tres machos, viajando a lo que —para una tortuga— era un auténtico galope, convergían generalmente sobre la misma hembra. Llegaban sin aliento, inflamados de pasión, y se miraban unos a otros con ojos asesinos, tragando convulsivamente. Disponíanse entonces a la batalla.

Estas batallas resultaban emocionantes e interesantísimas, más parecidas a la lucha libre que al boxeo ya que los combatientes carecían de la rapidez y agilidad necesarias para hacer florituras de piernas. La idea global era arrojarse sobre el

contrario con la mayor rapidez posible, guardando la cabeza en la concha un instante antes del impacto. El golpe más apreciado era el trastazo lateral, porque haciendo cuña contra la concha del rival y empujando fuerte permitía voltearlo y dejarle pataleando desvalido sobre el espaldar. Si el trastazo lateral no era factible, servía igualmente cualquier otra parte de la anatomía del contrario. Así, a topetazos, encontronazos y empujones se batían los machos en medio de entrechocar de conchas, lanzando a ratos un mordisco a cámara lenta contra el cuello del otro o replegándose al caparazón con un bufido. Entre tanto el objeto de su frenesí se acercaba indolentemente, parándose de trecho en trecho a comisquear cualquier cosa, con la mayor indiferencia hacia el raspar y chirriar de conchas a su espalda. En más de una ocasión el combate se encarnizaba de tal modo que, en un momento de entusiasmo extraviado, uno de los machos se equivocaba y descargaba un topetazo sobre su amada. Ella se limitaba entonces a meterse en la concha con un suspiro ofendido y esperaba pacientemente que la guerra pasara de largo. Estos duelos me parecían cosa absurda e innecesaria por demás, pues no siempre vencía la tortuga más fuerte; con buen terreno a su favor, un ejemplar pequeño podía voltear fácilmente a otro de doble tamaño. Ni tampoco tenía por qué ser uno de los guerreros quien se llevase a la dama, pues en varias ocasiones pude ver cómo la hembra se apartaba de un par de machos en combate para ser requerida por un desconocido total, que ni siquiera se había mellado la concha por su amor, y largarse con él tan contenta.

Roger y yo pasábamos horas y horas junto al brezo contemplando a los caballeros de desajustada armadura en liza por sus damas, sin que el espectáculo llegara nunca a aburrirnos. A veces hacíamos apuestas sobre quién iba a ganar, y al finalizar el verano Roger había apostado a tantos perdedores que me debía una suma de dinero considerable. A veces, cuando más fiera estaba la batalla, se dejaba llevar por el espíritu reinante y hubiera metido baza si yo no se lo impidiese.

Hecha al fin la elección de la dama, seguíamos el viaje de luna de miel de la feliz pareja entre los arrayanes, e incluso presenciábamos (discretamente ocultos detrás de un matorral) el acto final del romántico drama. La noche —o más bien día— de bodas de una tortuga no es muy inspiradora que digamos. Para empezar, la hembra se conduce con una coquetería insoportable, y llega a ponerse cargante por huir de las atenciones de su esposo. Le irrita así hasta hacerle adoptar tácticas de troglodita y sojuzgar sus melindres de doncella con unos cuantos breves topetazos bien dados. El acto sexual en sí era la cosa más torpe y atropellada que yo había visto jamás. Resultaba doloroso contemplar el sistema increíblemente burdo e inexperto que empleaba el macho para subirse a la concha de la hembra, resbalando, patinando, agarrándose desesperadamente con las uñas a las relucientes escamas, perdiendo el equilibrio para casi caer de espaldas; el impulso de ir a ayudar a la pobre criatura se hacía casi irresistible, y sólo a costa de los mayores esfuerzos lograba abstenerme de

intervenir. Una vez el macho era infinitamente más chapucero de lo normal y se cayó tres veces durante la monta, comportándose en general de manera tan imbécil que empecé a preguntarme si pensaría pasarse así todo el verano… Al fin, más por chiripa que por habilidad, se montó, y ya exhalaba yo un suspiro de alivio cuando la hembra, harta de la impericia del macho, avanzó unos pocos pasos hacia una hoja de diente de león. Su esposo arañó con ahínco el caparazón en movimiento, pero no halló dónde agarrarse; resbaló, vaciló en el aire un momento y acabó rodando ignominiosamente patas arriba. Este golpe final debió ser demasiado para él, pues en lugar de intentar ponerse bien se limitó a replegarse en la concha y se quedó allí todo afligido.

La hembra, entre tanto, se comía la hoja de diente de león. Finalmente, y en vista de que su pasión parecía extinta, puse derecho al macho. Pasado un minuto salió andando, mirando en torno con expresión ofuscada e ignorando a su antigua esposa, que con la boca llena de comida lo contemplaba sin emoción. Como castigo a su cruel comportamiento me la llevé a la parte más yerma y reseca de la ladera y la dejé allí, para que tuviera que darse una larguísima caminata hasta el trébol más próximo.

Llegué a conocer de vista a muchas de las tortugas, tal era el entusiasmo y atención con que observaba su vida cotidiana. A unas las reconocía por su forma y colorido, a otras por algún defecto físico: una mella en el borde del caparazón, la falta de una uña, etcétera. Había una hembra grande, color miel y alquitrán, que por tener un solo ojo resultaba inconfundible. Trabé con ella tanta intimidad que la bauticé con el nombre de Madame Cíclope. Ella me conocía muy bien, y sabiendo que no le haría ningún daño no se escondía en la concha al verme llegar, sino que estiraba el cuello por ver si le traía alguna golosina: una hoja de lechuga o unos caracolitos, por los que sentía afición desmedida. Roger y yo la seguíamos mientras despachaba sus asuntos tan contenta, y de vez en cuando, como algo especial, la trasladábamos a los olivares a merendar tréboles. Me disgustó mucho no asistir a su boda, pero tuve la suerte de presenciar el resultado.

Un día la encontré muy ocupada en abrir un hoyo al pie de un rellano de tierra blanda. Cuando llegué estaba ya a cierta profundidad, y pareció alegrarse de interrumpir la tarea para tomar como ligero refrigerio unas flores de trébol. Luego reanudó el trabajo, removiendo la tierra con las patas delanteras y empujándola a un lado con la concha. No demasiado seguro de cuáles fuesen sus propósitos, renuncié a prestarle ayuda, tumbándome en cambio tripa abajo para observarla. Al cabo de un rato, cuando ya tenía sacado un buen montón de tierra, escudriñó cuidadosamente el agujero desde todos los ángulos y pareció satisfecha. Se volvió, inclinó la parte posterior sobre el hoyo y se sentó con gesto absorto para poner distraídamente nueve huevos blancos. Su hazaña me sorprendió y encantó a la vez, y la felicité efusivamente mientras ella, meditabunda, tragaba aire. Luego procedió a tapar los huevos con tierra y a apisonarla firmemente por el sencillo método de colocarse

encima y dejarse caer sobre el peto varias veces. Finalizada la tarea, descansó y aceptó los restos del trébol.

Mi situación era algo delicada: quería a toda costa llevarme uno de los huevos para mi colección, pero no me atrevía a cogerlo estando ella delante, por temor a que se sintiera insultada y desenterrara quizá los demás para comérselos o hacer con ellos alguna otra barbaridad. Así que tuve que sentarme a esperar pacientemente en tanto que ella acababa el piscolabis, echaba un sueñecito y se alejaba finalmente entre las matas. La seguí un buen trecho para asegurarme de que no regresaría, y después corrí al nido y saqué con cuidado uno de los huevos. Tenía el tamaño de un huevo de paloma, forma oval y cáscara rugosa, cretácea. Aplasté de nuevo la tierra para que la madre no advirtiera que alguien había hurgado en el nido, y volví a casa con mi trofeo. Con mucho tiento le extraje la pegajosa yema y entronicé la cáscara en mi colección de historia natural, en una cajita con tapa de vidrio. La etiqueta, bonita combinación de lo científico y lo sentimental, decía así: Huevo de tortuga griega (*Testudo graeca*). Puesto por Madame Cíclope.

Durante toda la primavera y principios del verano, mientras yo estudiaba el cortejo de las tortugas, discurrió por la villa un desfile aparentemente interminable de amigos de Larry. Apenas acabábamos de despedir a una tanda y exhalábamos un suspiro de alivio cuando arribaba otro barco, la larga hilera de taxis y coches de punto subía la cuesta con ruido de cascos y bocinas, y de nuevo se nos llenaba la casa. Algunas veces la nueva remesa de invitados aparecía antes de que hubiésemos podido deshacernos del lote anterior, y entonces el caos era indescriptible: casa y jardín rebosaban de poetas, novelistas, artistas y dramaturgos que discutían, pintaban, bebían, tecleaban y componían. Lejos de ser la gente normal y encantadora que prometiera Larry, resultaron ser un manojo de excéntricos tan intelectuales que les era difícil entenderse los unos con los otros.

Uno de los primeros en aparecer fue el poeta armenio Zatopec, individuo bajito y fornido, de nariz caída y aguileña, con una melena de cabellos plateados hasta los hombros y manos bulbosas, deformadas por la artritis. Llegó envuelto en una inmensa, ondeante capa negra y sombrero ancho del mismo color, subido a un coche repleto de vino. Entró sacudiendo la casa con su vozarrón a manera de siroco, la capa al viento y los brazos llenos de botellas. Apenas dejó de hablar durante toda su estancia. Hablaba desde por la mañana hasta por la noche, bebiendo cantidades prodigiosas de vino, echándose una cabezada donde le pillase sin acostarse casi nunca. Su avanzada edad no había disminuido en nada su entusiasmo por el sexo opuesto, y si a Mamá y a Margo las trataba con gentileza retenida y palaciega, no había en leguas a la redonda una sola campesina que se viera libre de sus atenciones. Correteaba en pos de ellas por los olivares, rugiendo de risa, vociferando requiebros, con la capa aleteando a sus espaldas y una botella de vino asomando por un bolsillo.

Ni siquiera Lugaretzia estaba a salvo, y tenía que sufrir ser pellizcada en el trasero mientras barría por debajo del sofá. Cosa que nos vino de perlas, porque durante unos días le hizo olvidarse de sus achaques y ruborizarse con sonrisa gatuna cada vez que entraba Zatopec. Al cabo el armenio nos dejó como había llegado, regiamente recostado en un coche de caballos, enfundado en su capa y gritándonos ternezas según se alejaba camino abajo, prometiendo volver pronto de Bosnia y traernos más vino.

Componían la siguiente invasión tres artistas: Jonquil, Durant y Michael. La joven Jonquil tenía el aspecto y voz de un búho barriobajero con flequillo; Durant era huesudo y plañidero, y tan nervioso que si se le hablaba de improviso casi se salía del pellejo; por contraste, Michael era un hombrecito bajo, gordo, con aire de sonámbulo, muy semejante a una gamba bien cocida con una pelambrera de rizos oscuros. Los tres tenían sólo una cosa en común, el deseo de trabajar. Jonquil, al dar las primeras zancadas por casa, lo dejó bien claro ante el asombro de Mamá.

—Yo no he venido de vacaciones —dijo severamente—; vengo a trabajar, así que no me interesan nada las excursiones y demás, ¿entiende?

—Oh… eh… no, no, por supuesto —dijo Mamá sintiéndose culpable, como si hubiera estado preparando fastuosos banquetes entre los arrayanes en honor de Jonquil.

—Se lo digo para que lo sepa —dijo Jonquil—. No quiero ser obstáculo, ¿entiende? Sólo pretendo trabajar.

Por lo cual se retiró prestamente al jardín en traje de baño, y allí se pasó toda la estancia dormitando pacíficamente al sol.

Durant, según él mismo nos informó, también quería trabajar, pero primero tenía que recobrar la calma. Estaba destrozado, nos confesó, absolutamente destrozado por su experiencia reciente. Parece ser que estando en Italia le había acometido de repente el deseo de pintar una obra maestra. Tras mucho cavilar, decidió que un huerto de almendros en flor daría bastante campo de lucimiento a sus pinceles. Derrochó tiempo y dinero recorriendo la comarca en busca del huerto apropiado. Por fin dio con uno perfecto: el entorno era magnífico, y los capullos llenos y rozagantes. Febrilmente puso manos a la obra, y al acabar la primera sesión tenía ya abocetado el lienzo. Rendido pero satisfecho, empaquetó sus cosas y regresó al pueblo. Tras dormir a pierna suelta se despertó fresco y animoso y corrió al huerto a terminar su cuadro. Cuáles no serían su asombro y espanto al encontrar todos los árboles desnudos y esqueléticos, y el suelo oculto por una gruesa alfombra de pétalos blancos y rosados. Por lo visto, durante la noche una frívola tormenta de primavera había despojado de flor a todos los huertos de la vecindad, entre ellos el de Durant.

—Aquello me hundió —nos dijo con voz temblorosa, empañados de lágrimas sus ojos—. Juré que nunca volvería a pintar… ¡nunca! Pero poco a poco voy recobrando

la calma… ya me siento menos destrozado… Algún día empezaré a pintar de nuevo.

Al preguntarle, resultó que esta desdichada experiencia había tenido lugar dos años antes, pero Durant aún no se había repuesto.

Michael entró con mal pie. Le cautivó el colorido de la isla, y nos dijo entusiasmado que iba a empezar un lienzo inmenso que encerraría en sí la esencia misma de Corfú. Se moría de impaciencia por comenzarlo. Lástima que diera la casualidad de que era propenso al asma. Lástima también que Lugaretzia le pusiera sobre una silla de su habitación una manta que yo utilizaba para montar a caballo, ya que carecíamos de montura. En plena noche nos despertó un fragor como de jauría de sabuesos lentamente estrangulados. Al congregarnos semidormidos en el cuarto de Michael le encontramos jadeando y resollando, con el rostro bañado en sudor. Mientras Margo corría a preparar té, Larry en busca de coñac y Leslie abría las ventanas, Mamá volvió a Michael a la cama y, como estaba frío de sudor, le cubrió tiernamente con la manta. Para sorpresa nuestra y a pesar de todos los remedios, empeoró. Mientras todavía podía hablar, le interrogamos atentamente sobre su mal y posible causa.

—Psicosomático, puramente psicosomático —dijo Larry—. ¿A qué te recuerda el sonido del resuello?

Michael sacudió la cabeza en silencio.

—Yo opino que deberíamos darle a oler algo… amoníaco o algo así —dijo Margo —. Es maravilloso cuando uno se va a desmayar.

—Pero no se va a desmayar —dijo Leslie lacónicamente—, aunque probablemente lo haría si le hacemos oler amoníaco.

—Sí, querida, es un poquito fuerte —dijo Mamá—. Me pregunto de qué le habrá podido venir esto… ¿Es usted alérgico a algo, Michael?

Entre jadeo y jadeo Michael nos comunicó que sólo era alérgico a tres cosas: el polen de las lilas, los gatos y los caballos. Nos asomamos todos a la ventana, pero no se veía una lila en toda la región. Registramos el cuarto, pero no había ningún gato escondido. Yo rechacé indignado la acusación de Larry de haber metido un caballo en casa a hurtadillas. Hasta tener a Michael al borde de la muerte no caímos en la presencia de la manta, en la que Mamá le había arropado cuidadosamente hasta la barbilla. Este incidente tuvo tan mal efecto sobre el pobrecito que durante todo el tiempo que estuvo con nosotros no pudo coger un pincel; él y Durant yacían uno junto al otro sobre sendas tumbonas, recobrando a la par sus respectivas calmas.

Aún estábamos peleando con éstos cuando llegó otro invitado en la persona de Melanie, condesa de Torro. Era alta y delgada, con cara de caballo antiguo, cejas negras como ala de cuervo y un enorme cojín de cabello escarlata sobre la cabeza. No llevaba ni cinco minutos en la casa y ya se estaba quejando del calor, y para consternación de Mamá y deleite mío echó mano a su cabello escarlata y se lo quitó,

dejando al descubierto un cráneo pelado cual bola de billar. Captando la mirada de espanto de Mamá, la condesa explicó con su voz áspera y rasposa: «Acabo de reponerme de la erisipela… se me cayó todo el pelo… en Milán no pude encontrar peluca y cejas a juego… a lo mejor en Atenas tienen algo».

Desgraciadamente, por un leve impedimento debido a su dentadura postiza desajustada, la condesa tendía a bisbisear, y Mamá salió de aquello con la impresión de que su enfermedad reciente era de carácter mucho más plebeyo.[3]

En la primera oportunidad acorraló a Larry.

—¡Qué asco! —dijo con trémulo susurro—. ¿Oíste lo que ha tenido? ¡Y dices que es amiga tuya!

—¿Amiga? —dijo sorprendido Larry—. Qué va, si apenas la conozco… me cae gordísima, pero es una personalidad interesante y quería estudiarla de cerca.

—¡Mira qué bien! —dijo Mamá indignada—. Y nos traes a ese engendro para que nos pegue a todos alguna enfermedad repulsiva mientras tú tomas notas. No, Larry, lo siento pero tendrá que irse.

—No seas tonta, Mamá —dijo Larry irritado—; no te contagiará nada… a menos que pienses compartir la cama con ella.

—No seas repugnante —dijo Mamá con mirada de odio—. No soporto a esa persona obscena en mi casa.

Estuvieron todo el día discutiendo por lo bajo, pero Mamá se mostraba inflexible. Finalmente Larry propuso hacer venir a Teodoro y pedirle su opinión sobre el asunto, y Mamá accedió. Envióse, pues, una nota invitando a Teodoro a pasar un día con nosotros. Su respuesta afirmativa vino en un coche donde se reclinaba la forma envuelta en hopalandas de Zatopec, quien según se averiguó había bebido un copioso brindis de despedida a Corfú, embarcado en el buque que no era y dado con sus huesos en Atenas. En vista de que ya no llegaba a su cita de Bosnia, había tomado filosóficamente el primer barco de vuelta a Corfú, trayendo consigo varias cajas de vino. Teodoro apareció al día siguiente, tocado, como concesión al verano, con un canotier en lugar del hongo habitual. Antes de que Mamá tuviera ocasión de alertarle sobre nuestra alopécica invitada, Larry los presentó.

—¿Médico? —preguntó con mirada encendida Melanie, condesa de Torro—. Qué interesante. Quizá me pueda usted aconsejar… acabo de pasar la erisipela.

—¡Ajá! ¿Sí? —dijo Teodoro, mirándola con atención—. ¿Qué… eh… tratamiento ha seguido?

Enfrascáronse con entusiasmo en una larga discusión técnica, y Mamá hubo de emplear sus esfuerzos más denodados para apartarles de lo que aún consideraba tema de mal gusto.

—Desde luego no sé quién es peor, si esa mujer o Teodoro —le dijo a Larry—. Una intenta ser tolerante, pero todo tiene su límite, y no me parece que esas cosas

sean como para comentarlas a la hora del té.

Más tarde habló a solas con Teodoro, y se le explicó la enfermedad de la condesa. Mamá cayó entonces en un complejo de culpabilidad por haberla juzgado mal, y estuvo enormemente afable con ella el resto del día, instándola incluso a quitarse la peluca si le daba calor.

La cena de aquella noche fue extraordinariamente animada, y me fascinaba tanto aquella asamblea de tipos y sus diversas conversaciones que no sabía a quién dedicar mi atención. Las lámparas humeaban levemente y proyectaban una luz cálida, color de miel, sobre la mesa poniendo un brillo en el cristal y la vajilla, prendiendo fuego al vino tinto que se derramaba en las copas.

—Pero, muchacho, tú es que no lo entiendes… ¡no, no, no lo entiendes! —tronaba la voz de Zatopec, mientras curvaba la nariz sobre la copa de vino—. No se puede hablar de la poesía como si fuera pintura de brocha gorda…

—… y yo le dije, ni lo sueñe que voy a hacer un maldito dibujo por menos de diez libras, pues vaya miseria…

—… y a la mañana siguiente me quedé helado… aterrado como nunca… miles de capullos deshojados y rotos… juré no volver a pintar… me quedé destrozado… el huerto entero desaparecido… ¡paf!, sin más… y yo allí…

—… y naturalmente, me daba baños de azufre.

—Ah, sí… hum… aunque, le advierto, yo opino que el valor de la hidroterapia ha sido… eh… un poco… digamos… un poco exagerado. En realidad, el noventa y dos por ciento de los enfermos…

Las fuentes de comida, altas como volcanes, humeando suavemente; la fruta temprana en lustroso montón sobre el frutero central; Lugaretzia bullendo en torno a la mesa, gimiendo en voz baja para sí, la barba de Teodoro centelleando a la luz; Leslie fabricando con esmero perdigones de miga de pan para disparar contra una polilla que rondaba las lámparas; Mamá sirviendo cataratas de comida, sonriendo vagamente a todos y vigilando a Lugaretzia con ojo avizor; debajo de la mesa, el hocico frío de Roger apretado contra mi rodilla en muda petición.

Margo y el todavía jadeante Michael discutiendo de arte: «… pero yo creo que Lawrence sabe hacer todo eso mucho mejor. Tiene una lozanía característica, por decirlo así… ¿no te parece? Quiero decir, en Lady Chatterley, por ejemplo».

—Oh, sin lugar a dudas. Y luego, las cosas tan increíbles que hizo en el desierto, ¿verdad?… y escribir ese libro tan increíble… los… eh… Los siete perales de la sabiduría, o como se llamase…

Larry y la condesa discutiendo de arte: «… es que hay que tener la sencillez directa, la claridad de visión de un niño… Tomemos el mejor verso fundamental… es el caso de Humpty Dumpty… Ahí está la poesía… la sencillez libre de clichés y de tópicos manidos…».

—… pero no sirve de nada pontificar sobre la actitud sencilla en poesía si luego se pone uno a fabricar aleluyas que tienen de sencillo y recto lo que un estómago de dromedario…

Mamá y Durant: «… imagínese el efecto que aquello produjo en mí… me quedé literalmente destrozado».

—Y no era para menos. Qué desastre, después de tantos sudores. ¿Un poquito más de arroz?

Jonquil y Teodoro: «… y los campesinos letones… jamás he visto cosa igual…».

—Sí, aquí en Corfú y… eh… según tengo entendido… en algunas partes de Albania, los campesinos tienen una costumbre… eh… muy semejante…

Afuera, el rostro de la luna se asomaba por entre un encaje de hojas de parra, y las lechuzas emitían su grito extraño, dolorido. Se sirvió café y vino en la terraza, entre las columnas emparradas. Larry rasgueó la guitarra y cantó una canción de guerra isabelina. Cosa que recordó a Teodoro una de sus fantásticas pero verídicas anécdotas de la isla, que nos relató con malicioso regocijo.

—Como ustedes saben, aquí en Corfú no se hace nada a derechas. Todo el mundo actúa con las… eh… mejores intenciones, pero luego siempre hay algo que falla. Cuando el rey de Grecia visitó la isla hace unos años, el… eh… punto culminante de su estancia había de ser una… eh… especie de espectáculo… teatral. El «clímax» del drama era la Batalla de las Termópilas, y según caía el telón, se suponía que el ejército griego rechazaría al… hum… al ejército persa hacia los… ¿cómo se llaman? Ah, sí, los bastidores. Pues bien, parece ser que a los que hacían de persas no les agradaba mucho la idea de tener que huir delante del rey, y además el hecho de hacer de persas… es lógico… les fastidiaba un tanto. No hacía falta más que un pequeño incidente para desatar los ánimos. Por desdicha, durante la escena de la batalla el jefe del ejército griego… hum… calculó mal la distancia y le arreó al jefe de los persas un buen golpe con su espada de madera. Fue, por supuesto, un accidente. Quiero decir, el pobrecillo no lo hizo adrede. Pero aquello fue suficiente para… eh… soliviantar al ejército persa a tal extremo que en lugar de… eh… retirarse, avanzaron. El centro del escenario se convirtió en una masa apelotonada de soldados con casco trabados en mortal combate. Dos de ellos fueron arrojados al foso de la orquesta antes de que nadie tuviera la feliz idea de bajar el telón. El rey comentaría más tarde que le había impresionado mucho el… hum… realismo de la batalla.

La explosión de carcajadas espantó muros arriba a las pálidas salamanquesas.

—¡Teodoro! —rió burlonamente Larry—. Apuesto a que se lo ha inventado.

—¡No, no! —protestó Teodoro—, es verdad… lo vi con mis propios ojos.

—Pues suena a cuento chino.

—Aquí en Corfú —dijo Teodoro, muy ufano—, todo es posible.

El mar estriado por la luna relucía a través de los olivos. En el pozo las ranitas de

San Antón croaban entre sí emocionadas. Dos lechuzas disputaban en el árbol de debajo de la terraza. Las salamanquesas reptaban por las retorcidas ramas del emparrado que nos cubría, atentas a las oleadas de insectos que la luz de la lámpara atraía como una marea.

9. El mundo en un muro

El muro ruinoso que rodeaba el jardín hundido contiguo a la casa era para mí un rico coto de caza. Era una tapia antigua de ladrillos en otro tiempo enlucida, pero ahora aquella epidermis aparecía verde de musgo, levantada y combada por la humedad de muchos inviernos. La superficie entera era un mapa intrincado de grietas, unas de varios centímetros de anchura, otras del grosor de un cabello. Aquí y allá se habían desprendido fragmentos grandes de yeso, dejando al descubierto el costillar de rosados ladrillos. Visto de cerca, el muro constituía todo un paisaje: los tejadillos de cientos de hongos diminutos, rojos, amarillos y marrones, se arracimaban como pueblecitos en las partes más húmedas; las montañas de musgo verde botella crecían en bandas tan simétricas que diríanse haber sido plantadas y recortadas; de los puntos más sombreados de las grietas brotaban bosques de pequeños helechos, inclinándose lánguidos como arroyos de verdor. La zona alta del muro era tierra desértica, tan reseca que sólo nutría unos cuantos musgos rojizos, tan caliente que sólo servía de solana para las libélulas. Al pie crecía un amasijo de plantas: crocos, ciclámenes, asfódelos, que asomaban sus hojas por entre los montones de tejas rotas y melladas. Protegía toda esta parte un laberinto de zarzamoras moteadas, en estación, de fruta gruesa y jugosa, negra como el ébano.

Los habitantes de este muro formaban un conjunto variopinto, dividido en trabajadores diurnos y nocturnos, cazadores y cazados. De noche los cazadores eran los sapos que vivían entre las zarzas, y las salamanquesas pálidas y translúcidas de ojos saltones que habitaban en las rendijas de más arriba. Su presa era la población de típulas tontas, despistadas, que circulaban zumbando entre el follaje; las mariposas nocturnas de infinitas formas y tamaños, mariposas a rayas, a cuadros, jaspeadas, listadas, atigradas, que revoloteaban en blandas nubes junto al yeso marchito; y los escarabajos rechonchos, impecables como hombres de negocios, que corrían con obesa eficiencia a sus tareas nocturnas. Cuando ya la última luciérnaga había cruzado las colinas de musgo para meter en cama su linterna esmeralda, y salía el sol, el muro era invadido por el siguiente grupo de habitantes. Aquí era más difícil distinguir al cazador de su presa, pues cada uno parecía alimentarse indiscriminadamente de todos los demás. Así, las avispas depredadoras buscaban orugas y arañas; las arañas cazaban moscas; las grandes, quebradizas y rosadas libélulas se nutrían de arañas y de moscas; y las veloces lagartijas, esbeltas y multicolores, se alimentaban de todo en general.

Pero los miembros más pudorosos y esquivos de aquella comunidad eran también los más peligrosos; difícilmente se los veía, y sin embargo debía haber varios centenares alojados en las grietas de la tapia. Bastaba con introducir cuidadosamente la hoja de una navaja bajo un fragmento del yeso suelto y desprenderlo del ladrillo

con suavidad, y allí debajo, agazapado, aparecía un pequeño escorpión negro de un par de centímetros de largo, lustroso como el chocolate. Eran seres de figura estrambótica, con sus cuerpos ovales y aplastados, bulbosos y articulados como una armadura, y una sarta de cuentas pardas a manera de cola, rematada por el aguijón en forma de espina de rosal. Allí se dejaba examinar inmóvil, únicamente levantando la cola en ademán casi avergonzado de amenaza si notaba el aliento demasiado próximo. Si se le mantenía mucho rato al sol se limitaba a dar media vuelta para ir a deslizarse con lentitud bajo otro trozo de yeso.

Les tomé un gran cariño a aquellos escorpiones. Descubrí que eran animales simpáticos, sencillos, de costumbres en general encantadoras. Con tal que uno no cometiera alguna tontería o torpeza (como ponerles la mano encima), los escorpiones le trataban con respeto, guiados de un único deseo: huir a esconderse cuanto antes. Yo debía ser para ellos una auténtica cruz, porque me pasaba la vida arrancando trozos de yeso para observarlos, o capturándolos y obligándoles a caminar dentro de tarros de mermelada para ver cómo movían las patas. Gracias a mis súbitos e imprevisibles ataques al muro aprendí no poco sobre los escorpiones. Averigüé que comían moscones (aunque cómo los atrapasen era un misterio que no fui capaz de desvelar), saltamontes, mariposas nocturnas y típulas. Varias veces los hallé devorándose entre sí, hábito que me disgustaba sobremanera en unas criaturas por lo demás intachables.

Una noche, agachado al pie del muro con una linterna, logré entrever algunas de sus maravillosas danzas de cortejo. Los vi de pie, con las garras entrelazadas, los cuerpos erguidos en el aire, las colas trenzadas amorosamente; les vi describir lentos círculos de vals por entre los almohadones de musgo, cogidos de las garras. Pero mi contemplación del espectáculo era siempre muy breve, porque apenas encendía la linterna los amantes se paraban, quedaban quietos un momento, y luego, en vista de que no apagaba la luz, me volvían la espalda y se alejaban con paso decidido, garra con garra, costado con costado. Estaba claro que estos animales preferían reservar para sí su intimidad. Manteniendo en cautividad una colonia probablemente habría podido presenciar todo el galanteo, pero la familia me tenía prohibido meter escorpiones en casa, a pesar de mis argumentos a favor.

Hasta que un día encontré sobre el muro una obesa hembra de escorpión, vestida con lo que a primera vista parecía un abrigo de piel color crema. Examinada con atención, la extraña vestimenta resultó estar formada por una masa de bebés diminutos agarrados al dorso de su madre. Embelesado ante aquella familia, decidí llevarla a casa de tapadillo para conservarlos en mi cuarto y verlos crecer. Con infinito esmero pasé madre y prole al interior de una caja de fósforos y corrí a la villa. Fue una desdichada coincidencia que en el momento de traspasar yo el umbral se sirviera el almuerzo; por lo cual coloqué con cuidado la caja sobre la repisa del cuarto de estar, para que los escorpiones tuvieran aire en abundancia, y luego me reuní en el

comedor con los demás. Jugueteando con la comida, alimentando a Roger subrepticiamente por debajo de la mesa y escuchando las discusiones familiares me olvidé por completo de la emocionante captura del día. Por fin Larry, acabado el almuerzo, fue al cuarto de estar por tabaco, y reclinándose de nuevo en su silla se llevó un cigarrillo a los labios y echó mano a la caja de fósforos que había traído consigo. Inconsciente de la catástrofe que se cernía sobre mí, yo le observaba con interés mientras, charlando aún por los codos, abrió la caja.

Hasta el día de hoy sigo en mis trece de que la hembra de escorpión no llevaba malas intenciones. Lo que pasa es que estaba agitada y un poco molesta por el largo encierro, y aprovechó la primera oportunidad para escapar. En una fracción de segundo se irguió sobre la caja, con los bebés aferrándose desesperadamente, y trepó al dorso de la mano de Larry. Allí, no muy segura de qué partido tomar, se detuvo, con el aguijón curvado en estado de alerta. Larry, sintiendo el roce de sus garras, bajó la vista a ver qué era, y a partir de ese instante los acontecimientos se sucedieron de manera cada vez más confusa. Larry exhaló un rugido de pavor que hizo que Lugaretzia dejara caer un plato y que Roger saliera como un rayo de debajo de la mesa, ladrando ferozmente. De un manotazo envió al desdichado animal de cabeza a la mesa, donde aterrizó entre Margo y Leslie, esparciendo bebés cual confeti al estrellarse contra el mantel. Ciega de ira ante semejante trato, la criatura se lanzó hacia Leslie, con el aguijón temblando de furia. Leslie se puso en pie de un salto, volcó la silla y empezó a descargar servilletazos a diestro y siniestro, uno de los cuales mandó al escorpión rodando por el mantel en dirección a Margo, quien prestamente dio un alarido que cualquier locomotora se habría sentido orgullosa de producir. Mamá, completamente aturdida por tan repentino e instantáneo paso de la paz al caos, se puso las gafas y oteó buscando la causa del bochinche, y en ese momento Margo, en un esfuerzo vano por detener el avance del escorpión, le arrojó un vaso de agua. La ducha erró su objetivo totalmente, pero empapó con éxito a Mamá, que siendo incapaz de aguantar el agua fría se quedó al punto sin respiración, boqueando inmóvil al otro extremo de la mesa, sin poder protestar siquiera. Para entonces el escorpión había caído al suelo bajo el plato de Leslie, en tanto que sus bebés pululaban desatados por la mesa. Roger, alucinado por el pánico pero resuelto a cumplir con su deber, corría dando vueltas y vueltas a la habitación, ladrando histérico.

—Otra vez ese maldito niño… —vociferó Larry.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Que vienen! —chillaba Margo.

—Lo único que necesitamos es un libro —rugía Leslie—; no perdáis la calma, pegadles con un libro.

—¿Qué demonios os pasa a todos? —seguía implorando Mamá, secándose las gafas.

—Es ese maldito niño… un día nos va a matar… Fíjate cómo está por debajo de la mesa… hasta la rodilla de escorpiones…

—De prisa… de prisa… haz algo… ¡Cuidado, cuidado!

—Deja de aullar y trae un libro, por lo que más quieras… Eres peor que el perro… ¡Cállate, Roger!

—Por un milagro de Dios no me ha mordido…

—Cuidado… ahí hay otro… de prisa, de prisa…

—Oh, cállate y tráeme un libro o algo…

—Pero ¿cómo llegaron ahí esos escorpiones, hijo?

—Ese maldito niño… No hay en toda la casa una caja de fósforos que no sea una trampa mortal…

—Ay, que se me tira… de prisa, haz algo…

—Dale con el cuchillo… el cuchillo… Venga, dale…

Como nadie se había molestado en explicarle el asunto, Roger sacó la errónea impresión de que la familia estaba siendo atacada, y de que era su deber defenderla.

Dado que el único extraño allí presente era Lugaretzia, lógicamente era ella la responsable, y en consecuencia le mordió en un tobillo. Lo cual no arregló mucho las cosas.

Cuando por fin se pudo restablecer un poco el orden, todos los escorpiones se habían refugiado ya bajo diversos platos y cubiertos. Tras ardientes apologías por mi parte, secundadas por Mamá, se desestimó la sugerencia de Larry de asesinar a todo el rebaño. Mientras la familia, todavía trémula de ira y espanto, se retiraba al cuarto de estar, yo estuve media hora recolectando los bebés con ayuda de una cucharilla y reintegrándolos al lomo de su madre. Luego los saqué al jardín en un plato y los deposité en el muro con gran pesar. Roger y yo nos fuimos a pasar la tarde al monte, pues me pareció más prudente dejar que la familia durmiese la siesta antes de volver a verme.

Este incidente fue pródigo en consecuencias. Larry desarrolló una fobia a las cajas de fósforos y sólo se atrevía a abrirlas con extremas precauciones, envuelta la mano en un pañuelo. Lugaretzia siguió cojeando por la casa, con el tobillo enfundado en metros y metros de vendaje, semanas después de cerrada la mordedura, y todas las mañanas venía con el té a enseñarnos el estado de la costra. Pero desde mi punto de vista la peor repercusión de todo el asunto fue que Mamá dictaminó que yo estaba cayendo de nuevo en el salvajismo, y que ya era hora de que recibiera un poco más de educación. Mientras se resolvía el problema de encontrar un preceptor de jornada completa, se empeñó en mantener mi francés, por lo menos, en buen estado. Tomáronse las medidas oportunas, y todas las mañanas Spiro me llevaba al pueblo para dar clase de francés con el cónsul belga.

La casa del cónsul estaba situada en el laberinto de callejuelas estrechas y

malolientes que componían la judería de la población. Era un barrio fascinante de recovecos empedrados llenos de puestos rebosantes de telas multicolores, montañas de dulces relucientes, objetos de plata martillada, frutas y verduras. Era tal la angostura de las calles que había que pegarse contra la pared cada vez que un burro se acercaba con paso vacilante bajo su fardo de mercancía. Todo en el barrio era pintoresco y abigarrado, ruido y barullo: el parlotear de las mujeres comprando y vendiendo, el cloqueo de las gallinas, el ladrido de los perros y el lamentoso pregón de los hombres que llevaban sobre la cabeza grandes bandejas de panes recién hechos. Justo en el mismo centro, en el último piso de un edificio alto y desvencijado que se inclinaba con aire de cansancio sobre una placita, vivía el cónsul belga.

Era un hombrecillo dulce, con magnífica barba de tres puntas y bigote cuidadosamente engomado como atributos más notables. Se tomaba muy en serio su trabajo, y siempre iba vestido como si estuviera a punto de salir pitando para algún importante acto oficial: chaqué negro, pantalones de rayas, botines color beige sobre resplandecientes zapatos, una corbata inmensa cual cascada de seda, prendida con sencillo alfiler de oro, y un alto y lustroso sombrero de copa para rematar el conjunto. A cualquier hora del día se le veía así de compuesto escurriéndose por las callejuelas mugrientas, sorteando hábilmente los charcos, apretándose contra la pared con espléndido ademán de cortesano al paso de un burro, y tocándole tímidamente en el trasero con su bastón de Malaca. La gente del pueblo no veía nada de improcedente en su atavío. Le creían inglés, y como todos los ingleses eran lores, no sólo era correcto, sino hasta necesario que vistieran el correspondiente uniforme.

En nuestra primera mañana me recibió en un gabinete cuyas paredes estaban decoradas con una multitud de fotografías de él en diversas actitudes napoleónicas, enmarcadas con gruesas molduras. Los sillones Victorianos, tapizados de brocado rojo, aparecían salpicados de tapetitos a porrillo; la mesa camilla que acogería nuestros trabajos estaba envuelta en faldas de terciopelo color burdeos, con un festón de borlitas verde claro. Era una habitación inquietantemente fea. Para apreciar la extensión de mis conocimientos, el cónsul me sentó a la mesa, sacó un ejemplar voluminoso y desencuadernado de Le Petit Larousse y me lo puso enfrente, abierto por la página uno.

—Tenga la bondad de leeg esto —dijo, mientras sus dientes de oro brillaban afablemente por entre la barba.

Retorcióse las puntas del bigote, frunció los labios, cruzó las manos a la espalda y se encaminó lentamente a la ventana en tanto yo comenzaba la lista de palabras de la letra A. Apenas había pasado a trancas y barrancas por las tres primeras cuando el cónsul se puso tieso y profirió una exclamación ahogada. Al pronto pensé que le había espantado mi pronunciación, pero al parecer la cosa no iba conmigo. Murmurando para sí se abalanzó al otro extremo de la habitación, abrió de par en par

un armario y sacó de él una robusta escopeta de aire comprimido; yo le observaba con interés y perplejidad crecientes, no exentos de cierta alarma por mi propia seguridad. Cargó la escopeta, regando perdigones por toda la alfombra con sus prisas frenéticas. Luego se puso en cuclillas y así reptó hasta la ventana, desde donde, semioculto por la cortina, miró ansioso al exterior. Alzó entonces el arma, apuntó cuidadosamente a algo y disparó. Al volverse, sacudiendo la cabeza lenta y tristemente, y dejando a un lado la escopeta, me sorprendió ver lágrimas en sus ojos. Tiró de aproximadamente un metro de pañuelo de seda procedente del bolsillo de pecho y se sonó las narices con violencia.

—Ah, ah, ah —plañió, meneando la cabeza con desconsuelo—, pobguesito. Pego debemos trabajag… tenga la amabilidad de proseguig su lectuga, *mon a mi*…

Durante el resto de la mañana barajé la emocionante idea de que el cónsul había cometido un crimen ante mis propios ojos, o que al menos sostenía un duelo de sangre con algún vecino. Pero al ver que pasaban cuatro días y el cónsul seguía disparando periódicamente desde la ventana, decidí que mi explicación no podía ser correcta, a menos que la parte contraria estuviera constituida por una familia excepcionalmente numerosa, incapaz además de responder a sus disparos. Hubo de transcurrir una semana antes de que averiguase el objeto del incesante tiroteo del cónsul: los gatos. En la judería, como en otros sectores del pueblo, se les permitía multiplicarse sin tasa. Se contaban literalmente por centenares. No eran de nadie y nadie los atendía, por lo que la mayoría andaba en un estado lamentable, cubiertos de llagas y calvas, con el pelo cayéndoseles a mechones, las patas torcidas por el raquitismo y tan flacos que se maravillaba uno de verlos vivos. El cónsul era muy amante de los gatos, y poseía tres grandes y rollizos persas para demostrarlo. Pero la visión de tanto felino famélico y tiñoso paseando por los tejados de enfrente era demasiado para su bondadoso corazón.

—No puedo alimentaglos a todos —me explicó—, pog eso pretendo hacegles felices matándolos. Así están mejog, pego me entigstece tanto…

Cualquiera que hubiese visto aquellos gatos estaría de acuerdo en que realizaba un servicio muy necesario y piadoso. Con lo cual mis clases de francés se interrumpían a cada paso mientras el cónsul corría a la ventana a enviar un gato más a cotos de caza más risueños. Al disparo seguía un momento de silencio en señal de respeto al muerto, y luego el cónsul se sonaba las narices con violencia, suspiraba trágicamente y de nuevo nos zambullíamos en el enmarañado laberinto de los verbos franceses.

Por alguna razón ignota, el cónsul estaba convencido de que Mamá sabía su idioma, y no desaprovechaba la menor oportunidad de meterla en conversación. Si ella, yendo de compras por el pueblo, tenía la suerte de divisar su sombrero de copa acercándose por entre el gentío, se refugiaba presurosa en la tienda más próxima y

compraba un brazado de cosas que no le hacían ninguna falta, en tanto pasaba el peligro. Pero a veces el cónsul salía súbitamente de una bocacalle y la cogía por sorpresa. Avanzaba con amplia sonrisa y dando vueltas al bastón se quitaba la chistera y casi se partía en dos al tiempo que tomaba la mano que ella le ofrecía de mala gana y la oprimía apasionadamente contra su barba. Parábanse entonces en mitad de la calle, separados de rato en rato por el paso de un burro, y el cónsul sumergía a Mamá en una riada de francés, accionando elegantemente con sombrero y bastón, ajeno a todas luces a la expresión vacía de su interlocutora. A intervalos puntuaba su discurso con un interrogante «n'est-ce pas, madame?», que era la señal para Mamá. Haciendo acopio de todo su valor, era entonces cuando mostraba su perfecto dominio del idioma galo.

—¡Oui, oui! —exclamaba con sonrisa crispada, para luego añadir, por si acaso había sonado poco entusiasta—, oui, oui.

Este proceder satisfacía al cónsul, y estoy seguro de que jamás cayó en la cuenta de que era ésa la única palabra francesa que mi madre conocía. Pero estas conversaciones eran para ella un martirio, y nos bastaba con bisbisear: «Cuidado, Mamá, que viene el cónsul» para lanzarla calle abajo con femeninas zancadas peligrosamente rayanas en galope.

En cierto modo, las clases de francés me hacían bien; no aprendía lo más mínimo, desde luego, pero llegaba al mediodía con tal aburrimiento encima que después de comer emprendía mis excursiones al campo con redoblado entusiasmo. Quedaba, además, el recurso de esperar al jueves. En ese día Teodoro acudía a la villa a tan temprana hora de la tarde como lo permitían las buenas costumbres, y se quedaba hasta que la luna se elevaba sobre los montes de Albania. Que el día elegido para sus visitas fuese precisamente el jueves era para él una feliz coincidencia, ya que los jueves llegaba el hidroavión de Atenas y aterrizaba en la bahía no lejos de casa. A Teodoro le encantaba verlo aterrizar. Por desdicha, la única parte de la casa desde donde se tenía una buena vista de la bahía era el ático, y eso asomándose peligrosamente por la ventana y estirando el cuello. Con precisión matemática, el avión llegaba en mitad del té; se oía un zumbido grave, soñoliento y tan débil que podía pasar por el de un abejorro. Teodoro, en plena anécdota o comentario, enmudecía de pronto: un brillo fanático se adueñaba de sus ojos, un estremecimiento recorría su barba, e inclinaba de lado la cabeza.

—¿Será eso… eh… saben ustedes si será eso… el avión? —preguntaba.

Todo el mundo dejaba entonces de hablar y aguzaba el oído; poco a poco el sonido se hacía más intenso. Teodoro depositaba cuidadosamente en el plato su magdalena a medio comer.

—¡Ajá! —decía, limpiándose los dedos con esmero—. Sí, desde luego suena como un avión… eh… hum… sí.

El sonido se aproximaba cada vez más y Teodoro rebullía inquieto en su asiento. Al fin Mamá acudía a liberarle de su aflicción.

—¿Le gustaría subir a verlo aterrizar? —preguntaba.

—Bueno… eh… si de veras… —balbuceaba Teodoro, desalojando la silla con presteza—. Yo… eh… lo encuentro un espectáculo muy grato… si de veras no es molestia…

Ya estaba encima el ruido de los motores; no había un segundo que perder.

—A mí siempre… eh… saben… me ha gustado…

—Corra Teo, que se lo va a perder —decíamos todos a coro.

La familia entera se levantaba de la mesa y, alcanzando a Teodoro *en route*, subíamos a la carrera los cuatro tramos de escalones, con Roger en cabeza ladrando alegremente. Riendo irrumpíamos sin aliento en el ático, aporreando con nuestras pisadas como metralla las tablas desnudas; abríamos las ventanas y nos asomábamos a otear por encima de los olivos hasta donde el mar yacía como un redondo ojo azul entre los árboles, lisa como la miel su superficie. El avión, cual torpe y corpulento ganso, sobrevolaba los olivares descendiendo gradualmente. Lentamente seguía perdiendo altura. Teodoro, con la vista forzada y erizada la barba, lo contemplaba en trance. El avión tocaba el agua con suavidad, dejaba un pétalo creciente de espuma, seguía volando, se posaba sobre la superficie y cruzaba la bahía, sembrando una blanca estela a su paso. Según se detenía por completo, Teodoro se rascaba la barba con el pulgar y se metía otra vez en el ático.

—Hum… sí —decía, sacudiéndose las manos—, ciertamente, es un… eh… espectáculo muy agradable.

Y ya estaba. Habría que aguardar una semana hasta el siguiente avión. Cerrábamos las ventanas y bajábamos en tropel a reanudar nuestro interrumpido té. A los siete días ocurriría todo exactamente igual, punto por punto.

El jueves era cuando Teodoro y yo paseábamos juntos, limitándonos unas veces a la finca, saliendo a campo abierto otras. Cargados de redes y cajitas íbamos serpenteando entre los olivos precedidos por Roger, que trotaba sin despegar el hocico del suelo. Todo lo que encontrábamos: flores, insectos, rocas o aves, era aprovechable. Teodoro poseía un pozo de sabiduría aparentemente inextinguible sobre cualquier tema, pero la impartía con tan delicada modestia que, más que la de estar aprendiendo algo nuevo, le daba a uno la impresión de recordar algo ya sabido y olvidado. Su conversación estaba salpicada de divertidas anécdotas, juegos de palabras increíblemente malos y chistes aún peores que contaba con enorme regocijo, los ojos brillantes, arrugada la nariz mientras en silencio se reía para su barba, de sí mismo tanto como de su humor.

Cualquier charca o zanja llena de agua era para nosotros una jungla fecunda e inexplorada, con los diminutos cíclopes y pulgas de agua, verdes y color coral,

suspendidos como aves entre el ramaje subacuático, mientras por el fondo fangoso merodeaban los tigres de la charca: las sanguijuelas, las larvas de libélula. Había que escudriñar minuciosamente todo árbol hueco por ver si contenía un charquito de agua habitado por larvas de mosquito, voltear toda piedra recubierta de musgo por saber qué había debajo, y diseccionar todo tronco podrido. Erguida su figura impecable al borde de una charca, Teodoro pasaba suavemente la manga por el agua, la sacaba e inspeccionaba con atención el frasquito de vidrio que colgaba de la punta y al que había ido a parar toda la minúscula fauna acuática.

—¡Ajá! —decía quizá entonces, con emoción que le empañaba la voz y erizaba la barba—. Me parece que tenemos aquí una *ceriodaphnia laticaudata*.

Sacaba la lupa del bolsillo del chaleco y lo observaba mejor.

—Ah, hum… sí… muy curioso… es la laticaudata. Me hace el favor… eh… de darme un tubo de ensayo limpio… hum… gracias…

Extraía la diminuta criatura del frasquito por succión, mediante un cuentagotas; la colocaba con cuidado en el tubo y pasaba a examinar el resto de la redada.

—No parece haber nada más de particular interés… Ah, sí, no me había dado cuenta… hay una larva de frigánea bastante curiosa… ahí, ¿la ve?… por lo visto ha hecho su estuche con conchas de moluscos… Es realmente bonito.

Al fondo del frasquito yacía un estuche alargado, de un centímetro de longitud y tejido de algo semejante a la seda, reforzado con pequeñísimas conchitas de caracol, planas como botones. Por un extremo de esta deliciosa casita asomaba su dueño, un bicho repelente con pinta de gusano y cabeza de hormiga. Reptaba despacio por el vidrio, arrastrando consigo su preciosa mansión.

—Una vez hice un experimento interesante —dijo Teodoro—. Cogí un montón de… eh… larvas de éstas y les quité las conchas. No sufren por ello ningún daño, claro está. Luego las metí en unos frascos llenos de agua absolutamente limpia, sin nada que pudiese servir de… eh… materiales con que construir nuevos estuches. Entonces le puse a cada grupo de larvas materiales de distintos colores: a unas les di cuentas azules y verdes muy pequeñas, a otras pedacitos de ladrillo, arena blanca, hasta algunos… eh… fragmentos de vidrio teñido. Todas se hicieron estuches nuevos con aquellas cosas, y debo decir que el resultado fue muy curioso y… eh… pintoresco. No cabe duda de que son arquitectos muy ingeniosos.

Vació el contenido del frasco en la misma charca, se echó la red al hombro y reanudamos el paseo.

—A propósito de arquitectura —continuó Teodoro, con mirada chispeante—, ¿le he contado lo que le pasó a un… eh… amigo mío? Hum, sí. Pues este hombre tenía una casita en el campo, y como su familia iba… hum… aumentando, resultó que se les quedó pequeña. Decidió entonces añadirle otro piso. Yo creo que estaba un poco demasiado confiado en sus talentos… hum… de arquitecto, y se empeñó en trazar él

mismo los planos. Hum, sí. Bueno, pues todo marchó bien y pronto estuvo dispuesto el nuevo piso con todo, dormitorios, cuartos de baño, etcétera. Mi amigo dio una fiesta para celebrar la terminación de las obras, y todos brindamos por la… hum… nueva construcción, y en medio de gran ceremonia se quitó… hum… se desmontó el andamiaje. Nadie notó… hum… nada raro, hasta que un invitado que llegaba con retraso quiso echar un vistazo a la parte nueva. Parece ser que mi amigo se había olvidado de incluir una escalera en los planos, sabe, y durante la… eh… la edificación, él y los albañiles se habían acostumbrado de tal modo a subir por el andamiaje que nadie cayó en la cuenta del… eh… del defecto.

Paseábamos así por la tarde calurosa, parándonos junto a zanjas y arroyos, deambulando a través de los aromáticos arrayanes, por laderas cubiertas de brezo o caminos blancos y polvorientos donde de vez en cuando nos adelantaba un burro lánguido y cansino llevando a lomos a un labrador dormido.

Al atardecer volvíamos a casa con nuestros frascos, tarros y tubos llenos de extraña y maravillosa fauna. Según cruzábamos los olivares ya en penumbra, el cielo se desvanecía en oro pálido, y el aire se refrescaba y cargaba más de aromas. Roger iba delante, con la lengua afuera, mirando intermitentemente por encima del hombro para comprobar que le seguíamos. Teodoro y yo, sofocados, sucios y exhaustos, con los hombros doloridos bajo el peso de las bolsas de coleccionista, marchábamos al compás de una canción que él me había enseñado. Tenía una melodía que infundía nuevo vigor a nuestro paso cansado, y la voz de barítono de Teodoro y mi agudo falsete resonaban alegremente por entre los árboles sombríos:

Vivía un anciano en Jerusalén
¡Gloria aleluya!, Che-ru-cha-lén.
Usaba chistera y vestía muy bien
¡Gloria aleluya!, Che-ru-cha-lén.
Tribachúm tribaribaribachúm,
tribachúm tribaribaribachúm.
Gloria aleluya, Che-ru-cha-lén.

10. Un festival de luciérnagas

Poco a poco la primavera dio paso a los días largos, calurosos y cegadores del verano; las cigarras, chirriantes y excitadas por el cambio, hacían vibrar la isla entera con sus gritos. En el campo empezaba a llenarse el maíz, las sedosas borlas pasaban del castaño al rubio; cuando rasgando la envoltura de hojas hincabas el diente en las hileras de granos nacarados, un jugo como leche te saltaba a la boca. En los viñedos colgaba la uva en pequeños racimos, moteados y calientes. Los olivos parecían achaparrarse bajo el peso de sus frutos, bruñidas gotas de jade entre las que zumbaban los coros de cigarras. En los naranjales, entre el follaje oscuro y lustroso, empezaba a enrojecerse la fruta como con un rubor que se extendía por las pieles verdes, llenas de hoyuelos.

Monte arriba, donde el sombrío ciprés y el brezo, bandadas de mariposas danzaban y revoloteaban cual confeti al viento, tocando en una hoja de vez en cuando para dejar una salva de huevos. A mis pies vibraban los saltamontes y las langostas como máquinas de relojería, y con alas relucientes de sol volaban ebrios sobre el brezo. Por el arrayán circulaban cimbreándose levemente las mantis: ligeras, cuidadosas, la quintaesencia del mal. Eran flacas y verdes, con rostros sin mentón y monstruosos ojos globulares de un dorado grisáceo, ojos con una expresión de intensa, agresiva locura. Los torcidos brazos, con sus orlas de dientes afilados, se elevaban hacia el mundo de los insectos en falso ademán de súplica tan humilde, tan fervorosa, con un leve temblor si una mariposa volaba demasiado cerca.

Al atardecer, cuando refrescaba, las cigarras dejaban de cantar; su puesto lo tomaban entonces las verdes ranitas de San Antón, adheridas a la humedad de las hojas de limonero junto al pozo. Abultando sus ojos de hipnotizadas, brillantes los lomos como el mismo follaje de alrededor, hinchaban los sacos vocales para croar con voz ronca y tal violencia que parecía que sus viscosos cuerpos fueran a reventar del esfuerzo. A la puesta de sol había un breve crepúsculo que viraba del verde manzana al malva, y el aire se enfriaba con los aromas de la noche. Aparecían los sapos color masilla, con extraños chafarrinones verde botella a manera de mapas sobre la piel. Brincaban furtivamente entre la alta maleza de los olivares, donde el vuelo inseguro de las típulas parecía cubrir el suelo de ondulantes velos de gasa. Sentábanse allí los sapos parpadeando, y de improviso tiraban un bocado a una típula transeúnte; arrellanándose, un poquito azorados, se remetían en la bocaza las puntas colgantes de alas y patas, ayudándose con sus pulgares. Más arriba, por los muros ruinosos del jardín hundido, paseaban solemnemente los escorpiones negros cogidos de la mano, entre los gruesos túmulos de musgo verde y los bosques de hongos diminutos.

El mar era plácido, templado, opaco como negro terciopelo, sin una cresta de

espuma que quebrara la lisa superficie. Un débil resplandor rojizo recortaba vagamente sobre el cielo la lejana costa de Albania. Paso a paso, minuto a minuto, ese resplandor crecía, se intensificaba, se contagiaba a todo el cielo. Súbitamente la luna enorme, de un rojo vinoso, despuntaba sobre el abrupto almenaje de las montañas y arrojaba una línea recta, sanguínea, sobre el oscuro mar. Era el momento de salida de los búhos, planeando mudos de árbol en árbol como copos de hollín, ululando de asombro mientras la luna se elevaba por instantes, pasaba del rosa al oro y finalmente al plata, posada como una burbuja en un campo de estrellas.

Con el verano llegó para instruirme Peter, un joven alto y apuesto recién salido de Oxford, cuyas firmes ideas sobre la educación encontré un tanto cargantes al principio. Hizo falta que la atmósfera de la isla se le fuera introduciendo bajo la piel para distenderle y hacerle más humano. Las primeras clases eran dolorosísimas: luchas interminables con fracciones y porcentajes, estratos geológicos y corrientes cálidas, sustantivos, verbos y adverbios. Pero a medida que el sol de la isla ejercía su hechizo sobre Peter, las fracciones y porcentajes fueron pareciéndole parte menos fundamental de la vida y pasaron a segundo término; descubrió entonces que la complejidad de los estratos geológicos y los efectos de las corrientes cálidas se explicaban mucho mejor nadando por la costa, y que la manera más sencilla de enseñarme inglés era dejarme que cada día escribiera algo que luego él corrigiese. Sugirió un diario, pero yo me opuse, alegando que ya tenía uno de historia natural, donde apuntaba cuanto de interesante hubiera sucedido en el día.

¿Con qué iba a rellenar un segundo diario? Peter no supo hallar respuesta a ese argumento. Yo le propuse que intentáramos algo un poco más ambicioso. Modestamente sugerí escribir un libro, y Peter, un tanto sobresaltado pero no pudiendo aducir razón alguna por la que yo no debiese escribir un libro, aceptó. Así que todas las mañanas me pasaba aproximadamente una hora feliz dedicado a la adición de un nuevo capítulo a mi epopeya, emocionante relato de un viaje alrededor del mundo con mi familia, en el curso del cual capturábamos todo tipo de fauna imaginable en las trampas más inverosímiles. Modelé mi estilo según el de La Revista del Niño, de modo que cada capítulo terminaba con un lance estremecedor: Mamá atacada por un jaguar o Larry debatiéndose entre los anillos de una enorme pitón. A veces el final era tan complicado y erizado de peligros que al día siguiente tenía graves dificultades para rescatar ilesa a la familia. Mientras yo trabajaba en mi obra maestra resoplando con energía, sacando la lengua, interrumpiéndome para discutir con Roger los puntos más delicados del argumento, Peter y Margo paseaban por el jardín hundido para admirar las flores. No sin cierta sorpresa por mi parte, ambos se habían vuelto de repente muy botánicos. De esa forma las mañanas transcurrían muy gratamente para todos los interesados. A veces, los primeros días, Peter padecía repentinos espasmos de conciencia, mi epopeya era relegada a un cajón

y nos enfrascábamos en problemas matemáticos. Pero según se fueron alargando los días del verano, y haciéndose más sostenido el interés de Margo por la jardinería, disminuyó la frecuencia de tan molestos períodos.

A raíz del desdichado incidente del escorpión se me había concedido una habitación grande del primer piso para albergar allí mis animales, con la vaga esperanza de tenerlos así confinados en determinada zona de la casa. Esta habitación, a la que yo denominaba mi estudio, y el resto de la familia el Cuarto de los Bichos, tenía un agradable olor a éter y a alcohol metílico. Allí guardaba mis libros de historia natural, mi diario, mi microscopio, instrumental de disección, mangas, cazamariposas y otros artículos importantes. Mis colecciones de huevos de ave, escarabajos, mariposas y libélulas se alojaban en cajas grandes de cartón, mientras que en los estantes superiores se agolpaba un magnífico muestrario de frascos llenos de alcohol que contenían ejemplares tan interesantes como un pollo de cuatro patas (regalo del marido de Lugaretzia), varios lagartos y culebras, renacuajos en diversos estadios de desarrollo, una cría de pulpo, tres ratas pardas medio crecidas (aportación de Roger) y una tortuga minúscula, recién salida del huevo, que no había podido resistir el frío del invierno. Las paredes estaban somera pero elegantemente decoradas con una lasca de pizarra que mostraba los restos fosilizados de un pez, una fotografía del que suscribe estrechándole la mano a un chimpancé, y un murciélago disecado. Yo mismo había preparado el murciélago sin ayuda de nadie, y estaba muy orgulloso del resultado. Teniendo en cuenta mis escasos conocimientos de taxidermia, se parecía extraordinariamente, pensaba yo, a un murciélago, sobre todo mirándolo desde el otro extremo de la habitación. Sujeto a la pared por un recuadro de corcho, se proyectaba en el aire con las alas abiertas y gesto amenazador. Pero al llegar el buen tiempo pareció resentirse del calor: se enmustió un tanto, se le deslució la piel, y un olor nuevo y misterioso vino a sumarse a los del éter y el alcohol. Equivocadamente se acusó en un principio al pobre Roger y sólo más tarde, cuando ya el olor llegaba hasta la habitación de Larry, una investigación exhaustiva reveló que partía del murciélago, cosa que me sorprendió y molestó no poco. Bajo coacción me vi obligado a deshacerme de él. Peter explicó que no estaba bien curado y me dijo que si me procuraba otro ejemplar me enseñaría el procedimiento correcto. Se lo agradecí profusamente, pero sugerí que mantuviéramos el asunto en secreto, porque me parecía que la familia no miraba ya con buenos ojos el arte de la taxidermia, y que harían falta grandes dosis de machacona persuasión para reconvertirles a una actitud favorable.

En vano derroché esfuerzos por conseguir un segundo murciélago. Armado de una larga caña les aceché horas y horas en los corredores bañados de luna entre los olivos, pero los murciélagos se deslizaban como mercurio y desaparecían antes de que pudiese usar mi arma. Sin embargo, mientras esperaba en vano la ocasión de

derribar un murciélago, pude contemplar muchas otras criaturas nocturnas que de otro modo no habría visto. Vi a un animoso zorrito desenterrar escarabajos en la ladera, removiendo la tierra con sus delgadas patas y masticándolos ávidamente según iban apareciendo. Una vez salieron de los arrayanes cinco chacales, se detuvieron sorprendidos al verme, y luego se esfumaron como sombras entre los árboles. Los chotacabras de sedosas alas planeaban en vuelo suave y silencioso como grandes golondrinas negras entre las hileras de olivos, barriendo la hierba en pos de las inquietas típulas. Una noche apareció en el árbol que me cubría una pareja de lirones. Se pusieron a perseguirse con euforia desatada por todo el olivar, saltando de rama en rama como trapecistas, trepando tronco arriba y tronco abajo, con sus colas peludas como nubecillas de humo gris a la luz de la luna. Tanto me fascinaron aquellos animales, que hice el propósito de atrapar uno. La mejor hora para buscarlos sería, por supuesto, de día, cuando estuviesen dormidos. Por todo el olivar busqué laboriosamente su escondrijo, pero era imposible: todos los troncos nudosos y retorcidos estaban huecos, y en cada uno había media docena de agujeros. Mi paciencia, sin embargo, no quedaría sin recompensa: un día metí el brazo por una oquedad y mis dedos se cerraron sobre algo pequeño y suave, algo que rebullía mientras yo tiraba de él. A primera vista mi captura parecía ser un hatillo gigantesco de semillas de diente de león, provisto de un par de enormes ojos dorados; tras examen más detenido lo identifiqué como una cría de autillo, envuelta aún en su primer plumón. Nos observamos recíprocamente un momento, y luego el ave, quizá indignada por mi descortés risa ante su aspecto, me clavó las uñitas en el pulgar: tuve que soltar la rama en que me apoyaba, y ambos caímos a la vez al suelo.

En un bolsillo llevé a casa al mochuelito indignado, y con cierta zozobra lo presenté a la familia. En contra de lo esperado halló una aprobación sin reservas, y nadie se opuso a que me lo quedara. Fijó su residencia en un cestillo colocado en mi estudio y, tras mucha discusión, se le impuso el nombre de Ulises. Desde el primer momento dio muestras de ser un ave de gran fuerza de carácter, que no admitía bromas. Aunque cabía cómodamente en una taza, no se dejaba amilanar y parecía dispuesto a atacar a cualquiera sin distinción de tamaño. Ya que los tres teníamos que compartir la misma habitación, pensé que estaría bien que él y Roger hicieran buenas migas, para lo cual, y tan pronto como Ulises estuvo instalado, llevé a cabo la presentación poniéndole en el suelo y mandando al perro que se acercara y fuera amigo suyo. Roger tomaba con filosofía la obligación de confraternizar con mis diversos protegidos, y avanzó imitando los andares de un mochuelo. Meneando el rabo en señal de buena voluntad se aproximó a Ulises, que le aguardaba encogido con aire de pocos amigos y mirada furibunda. El avance de Roger se hizo más cauteloso. Ulises siguió mirándole como si quisiera hipnotizarle. Roger se detuvo, dejó caer las orejas, trocó su meneo de rabo por una débil oscilación y se volvió hacia mí pidiendo

consejo. Yo le ordené severamente que insistiera en sus propuestas de amistad. Roger miró con nerviosismo al pájaro y luego, haciéndose el despistado, pasó de largo, con la intención de acercársele por la espalda. Pero también Ulises giró la cabeza, sin apartar la vista del perro. Roger, que no conocía animal alguno capaz de mirar hacia atrás sin cambiar de postura, se quedó algo perplejo. Después de pensarlo un momento decidió emplear la técnica del retozo juguetón. Echó la tripa al suelo, metió la cabeza entre las patas y reptó lentamente hacia el autillo, gimiendo bajito y moviendo el rabo con indolencia. Ulises permanecía como disecado. Roger, que todavía tumbado sobre la tripa había logrado avanzar bastante, cometió entonces un error fatal: estirando la cara peluda, olisqueó enérgicamente al ave. La paciencia de Ulises no llegaba al extremo de dejarse olfatear por un perro de montaña cubierto de greñas. Consideró, pues, llegado el momento de leerle la cartilla a aquel adefesio sin alas. Bajó los párpados, chascó el pico, brincó en el aire y aterrizó limpiamente en el hocico del perro, clavando sus garras afiladas en la negra nariz. Roger, con un alarido de dolor, se sacudió el pájaro y corrió a refugiarse debajo de la mesa, de donde no hubo fuerza humana capaz de sacarle hasta ver a Ulises nuevamente confinado en su cestillo.

Al crecer, Ulises cambió su plumón de cría por el fino plumaje gris ceniciento, rojizo y negro propio de su especie, con el pálido buche lindamente tachonado de negras cruces de malta. Le salieron también, en las orejas, largos penachos de pluma que encrespaba indignado cada vez que alguien se tomaba libertades con él. Como ya era muy mayor para alojarse en el cestillo y se oponía tenazmente a la idea de ser enjaulado, tuve que dejarle suelto por el estudio. Realizaba sus vuelos de entrenamiento de la mesa al picaporte, y una vez dominado el arte eligió como hogar la galería de encima de la ventana, y allí se pasaba el día durmiendo con los ojos cerrados, viva estampa de un tocón de olivo. Si se le hablaba abría una rendija de ojos, erguía las orejas y alargaba todo el cuerpo, tomando así el aspecto de un extraño y escuálido ídolo chino. Si se sentía especialmente mimoso chascaba el pico o, ya como concesión extraordinaria, daba un vuelecito hasta el hombro y me tiraba un rápido picotazo a la oreja.

Cuando se ponía el sol y las salamanquesas empezaban a corretear por las paredes sombrías de la casa, Ulises despertaba. Bostezaba con delicadeza, estiraba las alas, se atusaba la cola, y luego daba una sacudida tan violenta que todas las plumas se le ponían de punta como los pétalos de un crisantemo al viento. Con la mayor displicencia regurgitaba una pella de comida sin digerir al periódico que le extendíamos debajo para este y otros fines. Listo para emprender su actividad nocturna, emitía un «¿tiúu?» experimental para comprobar el estado de su voz, y sobre alas ligeras planeaba por el cuarto cual silencioso copo de hollín hasta posarse en mi hombro. Sentábase allí un ratito picoteándome la oreja, y después daba otra

sacudida y dejando a un lado los afectos se ponía práctico. Volaba entonces al alféizar de la ventana y articulaba otro «¿tiúu?» interrogante, mirándome fijamente con sus ojos color de miel. Ese gesto quería decir que le abriese las contraventanas. En cuanto yo las apartaba salía flotando, recortándose un instante a la luz de la luna antes de zambullirse en el oscuro olivar. Segundos más tarde resonaba un «¡tiúu! ¡tiúu!» de desafío, señal de que Ulises daba comienzo a su cacería.

El tiempo que Ulises dedicaba a cazar variaba mucho: lo mismo volaba de nuevo a la habitación cuando sólo había transcurrido una hora, que pasaba afuera toda la noche. Pero dondequiera que fuese, nunca dejaba de volver a casa a cenar entre las nueve y las diez. Si no había luz en el estudio, bajaba volando a asomarse por la ventana del cuarto de estar a ver si yo estaba allí. Caso de no encontrarme subía de nuevo por la fachada para aterrizar en el alféizar de mi alcoba y picar con ahínco en la contraventana, hasta que yo abría y le servía su platito de carne picada, corazoncitos de pollo, o cualquiera que fuese el manjar que componía su menú ese día. Deglutido el último bocado exhalaba un leve hipido, se sentaba a meditar un momento y salía volando sobre las plateadas copas de los árboles.

Una vez demostrada su capacidad de combate, Ulises hizo bastante amistad con Roger, y si a la caída de la tarde salíamos a darnos un chapuzón accedía a veces a honrarnos con su compañía. Iba montado sobre el lomo de Roger, agarrándose bien a sus lanas negras; si, como sucedía en ocasiones, Roger se olvidaba de su pasajero y aceleraba demasiado o pasaba las piedras de un salto, los ojos de Ulises centelleaban, agitaba las alas haciendo esfuerzos frenéticos por mantener el equilibrio y chascaba ruidosa y airadamente el pico hasta que yo reprendiese a Roger por su descuido. Ya en la playa, Ulises se posaba sobre mi ropa mientras Roger y yo triscábamos por el agua templada de la orilla. Ulises, tieso como un centinela, contemplaba nuestras extravagancias con ojos redondos y gesto de desaprobación. De vez en cuando abandonaba su puesto para planear casi rozándonos, chascar el pico y volver a tierra, pero si lo hacía alarmado por nuestra seguridad o para unirse a nuestros juegos es cosa que no fui capaz de dilucidar. Si pasábamos mucho rato en el agua, se aburría y salía volando sobre el monte hasta el jardín, chillando «¡tiúu!» a modo de despedida.

En verano, cuando había luna llena, la familia se aficionó a bañarse de noche, porque durante el día el mar no refrescaba de puro caliente. En cuanto salía la luna bajábamos por entre los árboles hasta el chirriante embarcadero y saltábamos a bordo de la Vaca marina. Con Larry y Peter a un remo, Margo y Leslie al otro y Roger y yo en la proa haciendo de vigías, bordeábamos la costa como cosa de un kilómetro hasta llegar a una calita ribeteada de arena blanca y unas pocas rocas cuidadosamente distribuidas, que por ser lisas y estar aún templadas por el sol resultaban ideales para sentarse. Anclábamos la Vaca marina en aguas profundas y nos tirábamos por la borda a chapotear y bucear, poniendo un temblor en la luz que bañaba la superficie de

la bahía. Cansados, nadábamos desganadamente a tierra y nos tendíamos sobre las rocas, cara al cielo moteado de estrellas. Pasada una media hora me solía aburrir la conversación: entonces me iba de nuevo al agua y cruzaba a nado la bahía para luego flotar boca arriba, sostenido por el mar cálido y con la vista fija en la luna. Una noche en que estaba así descubrí que no éramos los únicos usuarios de nuestra cala.

Tendido con los brazos abiertos sobre el agua tersa, cara al cielo, sin más que un leve movimiento de manos y pies para mantenerme a flote, contemplaba la Vía Láctea extendida a través del firmamento como un echarpe de gasa, y me preguntaba cuántas estrellas contendría. Reverberaban en el agua las voces de los otros charlando y riendo en la playa, y alzando la cabeza podía distinguir sus posiciones a lo largo de la orilla por la luz intermitente de los cigarrillos. Según estaba así flotando, relajado y soñoliento, me sobresalté de pronto al oír, muy cerca de mí, un plop y un gorgoteo del agua, seguidos de un suspiro hondo y prolongado; al mismo tiempo una serie de ondas suaves me hicieron subir y bajar. Rápidamente me erguí y traté de pisar fondo, para saber cuánto me había alejado de la playa. Con alarma me di cuenta de que no sólo estaba a bastante distancia de la playa, sino también de la Vaca marina, e ignorante de la clase de animal que nadaba en las aguas oscuras a mis pies. Oí a los demás reírse de algún chiste, y uno de ellos tiró al aire una colilla que a modo de roja estrella describió un arco y fue a extinguirse al borde del mar. Cada vez me sentía más asustado, y ya iba a pedir ayuda cuando, a unos cinco metros de mí, el mar pareció abrirse con un suave silbido y gorgoteo dejando ver un lomo reluciente que, tras dar un suspiro de satisfacción, se hundió de nuevo bajo la superficie. Apenas había tenido tiempo de identificarlo como un delfín cuando me encontré en medio de una manada. Se elevaron a mi alrededor suspirando con fuerza, brillantes sus negros lomos al arquearse a la luz de la luna. Debían ser unos ocho, y uno salió tan cerca que con nadar tres brazadas podría haber tocado su cabeza de ébano. Jugando entre saltos y resoplidos cruzaron la bahía, y yo les seguí a nado, contemplando cómo subían a la superficie, respiraban hondo y volvían a zambullirse, dejando sólo un creciente anillo de espuma en el agua arrugada. Finalmente, y como obedeciendo a una señal, se volvieron y enfilaron hacia la boca de la bahía y la lejana costa de Albania; yo me erguí para verlos alejarse, nadando por el blanco surco de luz, con un centelleo en el lomo al elevarse y dejarse caer pesadamente en el agua templada. Tras ellos quedó una estela de grandes burbujas que temblaban y relucían un instante cual lunas en miniatura antes de desaparecer bajo las ondas.

A partir de aquella noche solíamos encontrar a los delfines cuando salíamos a bañarnos, y una vez montaron un espectáculo luminoso en nuestro honor, ayudados por uno de los insectos más encantadores que habitaban la isla. Habíamos observado que en los meses más calurosos del año el mar se llenaba de fosforescencia. A la luz de la luna no se notaba tanto: un tenue centelleo verdoso en torno a los remos del

bote, un fulgor instantáneo cuando alguien se lanzaba al agua. Pero el mejor momento para la fosforescencia era cuando no había luna. Otro habitante iluminado de los meses de estío era la luciérnaga. Estos esbeltos escarabajos pardos alzaban el vuelo apenas oscurecía, flotando a cientos por los olivares, encendiendo en la cola una luz intermitente verdiblanca, no verdidorada como la del mar. También ellas resultaban más vistosas en ausencia de luna que restase esplendor a sus luces. Y, cosa curiosa, no habríamos presenciado la actuación conjunta de delfines, luciérnagas y fosforescencia si no llega a ser por el traje de baño de Mamá.

Mamá llevaba cierto tiempo envidiando nuestros baños diurnos y nocturnos, pero, según señalaba cada vez que la invitábamos a acompañarnos, era demasiado vieja para esas cosas. Sometida sin embargo a nuestras continuas presiones, al fin hizo una visita al pueblo y regresó a casa portando coquetonamente un paquete misterioso. Al abrirlo nos dejó atónitos en la contemplación de una extraordinaria prenda informe de tela negra, cubierta de arriba abajo de cientos de frunces, pliegues y volantes.

—Bueno, ¿qué os parece? —preguntó Mamá.

Contemplamos el extraño pingo preguntándonos cuál sería su utilidad.

—¿Qué es? —preguntó por fin Larry.

—Pues un traje de baño, por supuesto —repuso Mamá—. ¿Qué te creías que era?

—Yo diría que una ballena mal desollada —dijo Larry, mirándolo con atención.

—No te puedes poner eso, Mamá —dijo Margo horrorizada—; si parece del año de la nana.

—¿Para qué son todos esos frunces y cosas? —preguntó Larry con interés.

—De adorno, naturalmente —replicó Mamá indignada.

—¡Qué ingenioso! No se te olvide sacudirte los peces cuando salgas del agua.

—Pues a mí me gusta —dijo Mamá con firmeza, envolviendo de nuevo la monstruosidad—, y me lo pienso poner.

—Tendrás que andar con cuidado para no hundirte, con toda esa tela alrededor —dijo Leslie muy en serio.

—Mamá, es espantoso; no puedes usar eso —insistió Margo—. ¿Por qué no te has comprado algo más actual?

—Querida, cuando se llega a mi edad no puede una ir por el mundo con un dos piezas… no se tiene tipo para eso.

—Me encantaría saber para qué clase de tipos está diseñado ese adefesio —comentó Larry.

—No tienes arreglo, Mamá —dijo Margo, desesperada.

—Pero a mí me gusta… y no te pido que te lo pongas tú —señaló Mamá en pie de guerra.

—Eso es, tú debes hacer las cosas a tu gusto —asintió Larry—. No te dejes achicar. Probablemente te sentará muy bien si consigues que te salgan otras tres o

cuatro piernas para llenarlo.

Mamá resopló furiosa y voló escaleras arriba a probarse el traje. Al rato nos llamó para que viéramos el efecto, y todos corrimos a su alcoba. Roger fue el primero en entrar, y al darse de manos a boca con aquella extraña aparición del voluminoso traje negro atestado de volantes reculó apresuradamente hasta la puerta ladrando a pleno pulmón. Nos costó algún tiempo persuadirle de que de veras era Mamá, y aun entonces siguió lanzándole miradas vagamente incrédulas por el rabillo del ojo. Sin embargo, y en contra de toda oposición, Mamá se aferró a su globoso traje de baño, y al final cedimos.

Para celebrar su primera entrada en el mar se decidió hacer una cena a la luz de la luna en la bahía, y mandamos una invitación a Teodoro, único extraño cuya presencia toleraría Mamá en semejante ocasión. Llegado el gran día, preparamos comida y vino, limpiamos el bote y lo llenamos de almohadones, y todo estaba listo cuando apareció Teodoro. Al oír que habíamos proyectado una cena a la luz de la luna nos recordó que aquella noche no habría luna. Todo el mundo culpó a los demás por no haber observado ese detalle astronómico, y la discusión se prolongó hasta el anochecer. Al fin, y en vista de que las cosas estaban ya preparadas, se optó por seguir adelante con la excursión; bajamos, pues, tambaleándonos hasta el bote cargados de comida, vino, toallas y cigarrillos, y nos hicimos a la mar. Teodoro y yo íbamos de vigías en la proa, y los demás quedaron en remar por turno en tanto que Mamá gobernaba el timón. Para empezar, como la vista no se le había acostumbrado aún a la oscuridad, timoneó hábilmente en círculo cerrado, de modo que al cabo de diez minutos de remar con vigor surgió de pronto el embarcadero y nos lo chocamos en medio de crujir de astillas. Sin desalentarse, Mamá pasó al extremo opuesto y nos dirigió a alta mar, y habríamos acabado por recalar en cualquier paraje de la costa albanesa si Leslie no lo hubiera advertido a tiempo. Seguidamente se entregó el timón a Margo, y lo hizo muy bien, salvo que en casos de apuro se aturdía y olvidaba que para girar a la derecha había que empujar la caña a la izquierda. El resultado fue que tuvimos que pasarnos diez minutos empujando y forcejeando para sacar el bote de unas rocas hacia las cuales Margo, llevada de su nerviosismo, lo había dirigido en vez de alejarlo. Tomado en conjunto, fue un prólogo prometedor para el primer baño de Mamá.

Desembarcados por fin en la cala, extendimos las toallas sobre la arena, dispusimos la comida, colocamos el batallón de botellas de vino a la orilla para refrescarlas, y llegó el momento supremo. En medio de muchos aplausos, Mamá se quitó la bata y se nos reveló en todo su esplendor, envuelta en el traje que le daba el aspecto, según señaló Larry, de una especie de Albert Memorial[4] oceánico.

Roger estuvo muy tranquilo hasta que vio a Mamá meterse en el agua con andar lento y distinguido. Entonces se puso excitadísimo. Al parecer, creyó que el traje de

baño era un monstruo marino que había envuelto a Mamá y pretendía llevársela a las profundidades. Ladrando como un loco se lanzó al rescate, agarró uno de los frunces que tan profusamente colgaban del bajo del bañador y tiró de él con todas sus fuerzas para poner a salvo a Mamá. Ella, que acababa de comentar que encontraba el agua un poco fría, se sintió de pronto arrastrada hacia atrás. Dando un chillido de pavor perdió pie y se cayó sentada en medio metro de agua, mientras Roger tiraba con tanto ahínco que logró descoser buena parte del bajo. Encantado de ver que el enemigo empezaba a desintegrarse, Roger, alentando a Mamá con sus gruñidos, emprendió la tarea de quitar de su persona el resto del malvado monstruo. Nosotros nos retorcíamos de risa en la arena; Mamá seguía boqueando y haciendo esfuerzos denodados por ponerse en pie, espantar a Roger y conservar al menos parte de su vestimenta. Desdichadamente, y debido al extraordinario grosor de la tela con que estaba hecho, el traje había cogido aire en su interior; el efecto de la mojadura fue inflarlo como un globo, y a las ya graves dificultades de Mamá vino a sumarse la de intentar controlar aquel zepelín de pliegues y volantes. Al final fue Teodoro quien la ayudó a levantarse y apartó al perro. Tras tomarnos una copa de vino para celebrar lo que Larry describió como Andrómeda rescatada por Perseo, nos fuimos a nadar y Mamá se quedó prudentemente sentada a la orilla, mientras Roger, agazapado a poca distancia, gruñía amenazador a los frunces inflados y revueltos.

Aquella noche la fosforescencia era especialmente intensa. Bastaba con pasear la mano por el agua para producir una ancha cinta verdidorada a lo largo del mar, y al zambullirse la sensación era la de arrojarse en un helado horno de luz. Cuando salimos, el agua que nos chorreaba emitía un resplandor de fuego. Nos tumbamos a comer en la playa. Al descorchar el vino al final de la cena y como a una señal convenida, unas cuantas luciérnagas aparecieron sobre los olivos a nuestra espalda, especie de obertura del espectáculo.

Primero no fueron más que dos o tres puntitos verdes que flotaban blandamente entre los árboles, encendiéndose y apagándose con regularidad. Pero pronto surgieron más y más, hasta iluminar algunas partes del olivar con un extraño resplandor verdoso. Jamás habíamos visto tal cantidad de luciérnagas: enjambres enteros volaban entre los árboles, trepaban por la hierba, los matorrales y los troncos de olivo, pasaban sobre nuestras cabezas y se posaban en las toallas como ascuas verdes. Nubes de luciérnagas salieron al mar revoloteando sobre las olas, y en ese preciso instante aparecieron los delfines nadando en fila india por la bahía, cimbreándose rítmicamente, con los lomos como pintados de fósforo. En el centro de la cala se detuvieron a nadar en círculo, girando y sumergiéndose, saltando a veces en el aire para caer en medio de un estallido de luz. El cuadro de conjunto, con los insectos arriba y los delfines iluminados abajo, era extraordinario. Bajo la superficie se distinguía, incluso, el sendero de luz que dejaban los delfines al bucear zigzagueando

por el fondo arenoso, y cuando saltaban en el aire despidiendo gotas de agua esmeralda, no sabíamos ya si lo que veíamos eran luciérnagas o fosforescencia. Una hora duró este festival, pasada la cual las luciérnagas volvieron a tierra y se alejaron bordeando la costa. Entonces los delfines se alinearon y pusieron rumbo al mar abierto, dejando tras de sí un sendero llameante que luego de arder un momento se fue apagando lentamente, como una rama incandescente que atravesara la bahía.

11. El archipiélago encantado

A medida que iban aumentando los calores del verano nos resultaba más cansado llevar remando la Vaca marina hasta nuestra cala, así que optamos por instalarle un motor fuera borda. La adquisición de esta máquina puso a nuestro alcance una amplia extensión de litoral: con ella podíamos aventurarnos mucho más lejos y hacer excursiones bordeando la recortada costa hasta playas remotas y desiertas, doradas como el trigo, o caídas cual medias lunas entre las rocas retorcidas. De ese modo descubrí que, a lo largo de kilómetros y kilómetros de litoral, se desgranaba un archipiélago de islotes, unos relativamente espaciosos, otros que no eran más que peñascos grandes rematados por una precaria peluca de vegetación. Por razones que no llegué a averiguar, este archipiélago era un poderoso imán para la fauna marina, y alrededor de los islotes, en las pozas de las rocas y en las calas arenosas no mayores que una mesa grande, se acumulaba un asombroso repertorio de seres vivos. Logré arrastrar a la familia a algunas excursiones a esas islas, pero como había pocos lugares apropiados para el baño se cansaron pronto de tener que estar sentados en las rocas tórridas mientras yo pescaba interminablemente en las hoyas y desenterraba de cuando en cuando criaturas marinas de aspecto extraño y, para ellos, repugnante. Además, los islotes yacían próximos a la costa, separados a veces de tierra firme por canales de sólo cinco metros de anchura, y había multitud de escollos y arrecifes. Conducir la Vaca marina a través de tantos peligros, evitando que la hélice chocara y se rompiese, convertía todo viaje a las islas en un difícil problema de navegación. A pesar de mi insistencia, nuestras excursiones se hicieron cada vez más esporádicas. Me torturaba pensar en toda la fauna maravillosa que me estaría aguardando en las límpidas charcas, pero no podía hacer nada por la sencilla razón de que no tenía un bote. Propuse que se me permitiera sacar yo solo la Vaca marina, siquiera una vez a la semana, pero por diversos motivos la familia se negó. Hasta que, casi perdidas ya todas las esperanzas, se me ocurrió una idea luminosa: pronto sería mi cumpleaños, y si engatusaba hábilmente a la familia me sería posible conseguir, no sólo un bote, sino también un buen equipo. Para ello les sugerí que, en vez de elegir ellos mis regalos, me dejaran pedirles las cosas que más falta me hacían. Así tendrían la seguridad de acertar. La idea les sorprendió un tanto pero accedieron; luego, no sin cierto recelo, me preguntaron qué quería. Respondí cándidamente que no lo tenía muy pensado, pero que les haría a cada uno una lista de varios artículos entre los que pudieran escoger a su gusto.

La redacción de las listas requirió bastante tiempo y meditación, así como una dosis considerable de psicología aplicada. Sabía, por ejemplo, que Mamá me compraría todo lo que pusiera en su lista, de modo que incluí en ella algunos de los componentes más caros e indispensables del equipo: cinco estuches de madera con

tapa de vidrio y forrados de corcho para alojar mi colección de insectos, dos docenas de tubos de ensayo, tres litros de alcohol metílico, tres litros de formol y un microscopio. La lista de Margo fue un poco más difícil, pues los artículos indicados tenían que ser tales que la animasen a visitar sus tiendas favoritas. Así, pues, le pedí diez metros de tela de saco, diez metros de percal blanco, seis paquetes grandes de alfileres, dos rollos de algodón, un litro de éter, unas pinzas y cuentagotas. Reconocí con resignación que sería inútil pedirle a Larry cosas como formol o alfileres, pero si la lista a él destinada mostraba alguna inclinación literaria tendría probabilidades de éxito. Por consiguiente, le rellené una hoja formidable con los títulos, nombres de los autores, editoriales y precios de todos los libros de historia natural que consideraba necesarios, señalando con un asterisco aquellos que serían mejor recibidos. Dado que sólo me quedaba una petición, decidí abordar verbalmente a Leslie en lugar de pasarle una lista, pero sabía que tendría que elegir el momento con cuidado. La ocasión propicia tardó varios días en presentarse.

Acababa de ayudarle a concluir satisfactoriamente unos experimentos de balística que se traía entre manos, uno de los cuales consistía en sujetar a un árbol un arma antigua de carga por la boca y dispararla mediante un cordel largo atado al gatillo. A la cuarta intentona logramos lo que Leslie, al parecer, consideró un éxito: el cañón reventó y fragmentos de metal salieron silbando en todas direcciones. Mi hermano quedó encantado y tomó copiosas notas en un sobre. Juntos nos pusimos a recoger los restos del arma. Mientras estábamos así ocupados le pregunté casualmente qué iba a regalarme por mi cumpleaños.

—No lo tengo pensado —respondió distraídamente, mientras examinaba con evidente satisfacción un trozo retorcido de metal—. Me es igual… lo que quieras… tú lo eliges.

Dije que quería un bote. Leslie, viéndose atrapado, dijo con indignación que un bote era demasiado regalo para un cumpleaños, y que además su presupuesto no le llegaba para tanto. Con idéntica indignación le repliqué que él me había dicho que me compraría lo que yo eligiese. Leslie dijo que sí, en efecto, pero que eso no era aplicable a un bote, porque un bote era una cosa carísima. Dije que cuando se decía lo que quieras se quería decir lo que quieras, botes incluidos, y que además no esperaba que me lo comprase. Yo había pensado que, como él sabía tanto de botes, me podría construir uno. Claro que si le parecía demasiado difícil…

—Por supuesto que no es difícil —dijo Leslie imprudentemente, y añadió luego con rapidez—: Bueno… no excesivamente difícil. Pero el problema es el tiempo. Se tardaría siglos en hacerlo. Oye, ¿no te daría lo mismo que te saque en la Vaca marina dos veces por semana?

Pero yo me mantuve en mis trece; yo quería un bote y estaba dispuesto a esperar cuanto hiciera falta.

—Oh, bueno, bueno —dijo Leslie exasperado—, te construiré un bote. Pero no te tolero que me estés fisgando mientras lo hago, ¿entendido? Tú, a lo tuyo. No lo tienes que ver hasta que esté terminado.

Acepté con júbilo las condiciones, y así durante las dos semanas siguientes Spiro se dedicó a traer carretadas de tablones, mientras de la terraza de atrás salían ruidos de sierra, martillazos y palabrotas. La casa se llenó de virutas, y por dondequiera que pasase Leslie iba dejando un reguero de serrín. A mí me resultó bastante fácil contener mi impaciencia y mi curiosidad, porque por entonces tenía otra cosa en que ocuparme. Se habían hecho algunas reparaciones en la parte trasera de la casa y habían sobrado tres sacos grandes de bello cemento color de rosa. Me los apropié y emprendí la construcción de una serie de estanquitos en los que conservaría no sólo mi fauna dulceacuícola, sino también todas las maravillosas criaturas marinas que esperaba capturar gracias a mi nueva embarcación. Cavar estanques en pleno verano era tarea más ardua de lo previsto, pero con el tiempo logré abrir unos huecos pasablemente cuadrados, y un par de días de chapoteo en un puré viscoso de flamante cemento coralino me reanimaron en seguida. Los regueros de virutas y serrín que Leslie sembraba por la casa se entremezclaron entonces con un bonito trazado de pisadas color de rosa.

La víspera de mi cumpleaños toda la familia hizo una expedición al pueblo. Dicha visita respondía a tres motivos. Primero, comprar mis regalos. Segundo, aprovisionar la despensa. Se había acordado invitar a poca gente; dijimos que a ninguno nos gustaban las aglomeraciones, y se fijó en diez el número de personas, cuidadosamente seleccionadas, que estábamos dispuestos a aguantar. Sería una reunión pequeña pero distinguida de la gente que más apreciábamos. Decidido esto por unanimidad, cada miembro de la familia procedió seguidamente a invitar a diez personas. Desdichadamente no todos invitamos a las mismas, a excepción de Teodoro, que recibió cinco invitaciones distintas. El resultado fue que Mamá, en la víspera de la recepción, descubrió de repente que no íbamos a tener diez, sino cuarenta y cinco invitados. El tercer motivo para ir al pueblo fue asegurarse de que Lugaretzia visitara al dentista. Recientemente su principal tormento eran los dientes, y el doctor Androuchelli, luego de mirarle la boca, había emitido una serie de ruidos popeantes que indicaban horror, y anunciado que debía sacarse toda la dentadura, pues sin duda residía allí la causa de todos sus males. Tras una semana de discusión acompañada de torrentes de lágrimas logramos que Lugaretzia consintiera, pero se había negado a ir sin apoyo moral. Así, llevándola pálida y llorosa en medio de nosotros, caímos sobre el pueblo.

Volvimos al anochecer, exhaustos y de mal humor, con el coche abarrotado de comida y Lugaretzia tendida sobre nuestros regazos como un cadáver, gimoteando horriblemente. Era más claro que el agua que al día siguiente no estaría en

condiciones de ayudar en la cocina y demás menesteres. Spiro, cuando se le pidió consejo, dio su respuesta habitual.

—No se preocupen —gruñó—; déjenmelos todo a mí.

La mañana siguiente estuvo llena de acontecimientos. Lugaretzia se había recuperado lo bastante como para desempeñar algunas tareas ligeras, y nos seguía por toda la casa exhibiendo con orgullo las sangrientas oquedades de sus encías y describiendo en detalle las agonías que había sufrido con la extracción de cada pieza. Convenientemente inspeccionados mis regalos y expresada mi gratitud a la familia, me dirigí en compañía de Leslie a la terraza de atrás, donde un bulto misterioso yacía cubierto de lona. Leslie la levantó con gesto de mago, y allí estaba mi bote. Lo contemplé extasiado; era sin duda el bote más perfecto del mundo; el corcel, brillante aún por la pintura fresca, que me llevaría al archipiélago encantado.

Tenía unos dos metros de eslora y forma casi circular. Leslie explicó apresuradamente —no fuera a ser que yo atribuyera la forma a un defecto de diseño— que ello se debía a que los maderos habían resultado demasiado cortos para el costillaje, explicación que yo encontré plenamente satisfactoria. Al fin y al cabo, era el tipo de contratiempo enojoso que le podía ocurrir a cualquiera. Afirmé con aplomo que me parecía una forma muy bonita para un bote, lo cual era cierto. No era afilado, esbelto y agresivo como la mayoría de los botes, sino rechoncho, plácido, y algo reconfortante con su circular solidaridad. Me recordaba la imagen de un serio escarabajo pelotero, insecto por el que yo sentía gran afecto. Leslie, complacido ante mi evidente entusiasmo, señaló despectivamente que había tenido que hacerlo de quilla plana porque, por diversas razones técnicas, era la forma más segura. Yo dije que los botes de quilla plana eran los que más me gustaban, porque se podía dejar en el fondo los tarros de ejemplares sin peligro de que se volcaran. Leslie me preguntó si me gustaba la combinación de colores, con la que había tenido ciertas dudas. Pues en mi opinión la combinación de colores era lo mejor de todo, el toque final que completaba una artesanía maestra. Por dentro iba pintado de verde y blanco, en tanto que sus convexos costados estaban elegantemente recubiertos de franjas blancas, negras y naranja brillante, conjunto que me cautivó por lo artístico y acogedor. Leslie me enseñó entonces el largo y liso tronco de ciprés que había cortado para mástil, pero explicó que no se podía montar hasta después de la botadura. Eufóricamente propuse botarlo al instante. Leslie, que era muy etiquetero, dijo que no se puede botar un barco sin nombre, y ¿había pensado alguno? Era un problema peliagudo, y convocamos a toda la familia para ayudarme a resolverlo. Congregados en torno al bote que parecía una flor gigantesca en medio de nosotros, nos pusimos a estrujarnos el cerebro.

—¿Por qué no le pones Jolly Roger?[5] —sugirió Margo.

Rechacé la idea despectivamente, explicando que quería un nombre gordo que

pegase con el aspecto y personalidad del bote.

—Arbuckle[6] —propuso Mamá vagamente.

Tampoco servía; aquel bote no tenía la menor pinta de Arbuckle.

—Ponle El Arca —dijo Leslie, pero yo sacudí la cabeza.

Hubo otro silencio mientras todos mirábamos el bote. De pronto se me ocurrió el nombre perfecto: Bootle[7] así se tenía que llamar.

—Es muy bonito, querido —asintió Mamá.

—Yo te iba a proponer el Bumtrinket[8] —dijo Larry.

—¡Larry, querido! —le reprendió Mamá—. No le enseñes al niño esas cosas.

La idea de Larry me pareció atractiva; ciertamente era un nombre poco corriente, pero también lo era Bootle. Ambos parecían insinuar la forma y personalidad del bote. Tras prolongada reflexión decidí lo que haría. Se trajo una lata de pintura negra y laboriosamente, en mayúsculas algo temblonas, escribí en el costado: el BOOTLE-BUMTRINKET. Ya estaba: un nombre no sólo original, sino además aristocráticamente compuesto. Para tranquilizar la conciencia de Mamá hube de prometer que en presencia de extraños lo llamaría solamente Bootle. Arreglada la cuestión del nombre, pasamos a la de la botadura. Hicieron falta los esfuerzos combinados de Margo, Peter, Leslie y Larry para bajarlo por el monte hasta el embarcadero, con Mamá y yo detrás cargados con el mástil y una botellita de vino para botarlo en regla. Al final del embarcadero los portadores se detuvieron, tambaleándose de agotamiento, y Mamá y yo nos pusimos a luchar con el corcho de la botella.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Larry de malos modos—. Por lo que más queráis, daos prisa; no estoy acostumbrado a servir de grada de astillero.

Por fin sacamos el corcho, y yo anuncié con voz sonora que bautizaba a este bote con el nombre de Bootle-Bumtrinket. Seguidamente estrellé la botella contra la esférica popa, con tan mala fortuna que medio litro de vino blanco fue a parar a la cabeza de Larry.

—Más cuidado, más cuidado —refunfuñó—. ¿A cuál de los dos se supone que estás botando?

Al cabo arrojaron el Bootle-Bumtrinket de un vigoroso empujón: cayó sobre su quilla plana con el estruendo de un cañonazo, salpicando agua en todas direcciones, y quedó balanceándose seguro y confiado sobre las ondas. Mostraba una levísima inclinación a estribor, pero generosamente la atribuí al vino y no a la artesanía del constructor.

—¡Bueno! —dijo Leslie, organizando la cosa—. Vamos a montar el mástil… Margo, tú lo sujetas por la proa… eso es… Ahora, Peter, si tú pasas a popa, Larry y yo te daremos el mástil… Lo único que tienes que hacer es meterlo en ese hueco.

Y mientras Margo se tumbaba tripa abajo para sujetar la proa, Peter saltó

ágilmente a popa y se instaló allí con las piernas abiertas para recibir el mástil que sostenían Larry y Leslie.

—Este mástil me parece un poco largo, Les —dijo Larry, mirándolo con ojo crítico.

—¡Qué va! Quedará perfecto puesto —le rebatió Leslie—. Venga… ¿preparado, Peter?

Peter asintió, afianzó los pies, agarró firmemente el mástil con ambas manos y lo introdujo en el hueco. Seguidamente se apartó, se sacudió las manos, y el Bootle-Bumtrinket, con rapidez increíble para un armatoste de su diámetro, se dio la vuelta. Peter, que estaba vestido con su único traje decente en atención a mi cumpleaños, desapareció casi sin un remolino. Todo lo que quedó sobre el agua fue su sombrero, el mástil y el luminoso casco anaranjado del Bootle-Bumtrinket.

—¡Que se ahoga! ¡Que se ahoga! —chilló Margo, que en las crisis tendía siempre a ser pesimista.

—¡Qué se va a ahogar! Hay poca profundidad —dijo Leslie.

—Te advertí que el mástil era demasiado largo —dijo Larry untuosamente.

—No es demasiado largo —replicó Leslie irritado— es que ese idiota no lo ha puesto bien.

—Haz el favor de no llamarle idiota —dijo Margo.

—No se le puede meter un mástil de siete metros a una bañera y esperar que se tenga derecha —dijo Larry.

—Si eres tan listo, ¿por qué no lo hiciste tú?

—Nadie me lo pidió… Además, se supone que tú eres el experto, aunque dudo mucho que te emplearan en Clydeside[9].

—Muy gracioso. Es muy fácil criticar… sólo porque ese idiota…

—No le llames idiota… ¿Cómo te atreves?

—Bueno, bueno, no os peguéis, queridos —dijo Mamá conciliadora.

—Es que Larry siempre tiene que sabérselo todo…

—¡Gracias a Dios! Ya sale —dijo Margo con fervor mientras el enlodado y espurreante Peter subía a la superficie.

Le sacamos entre todos, y Margo le subió corriendo a casa para intentar secarle el traje antes de la merienda. Los demás les seguimos, todavía discutiendo. Leslie, picado por las críticas de Larry, se puso el bañador y armado de un voluminoso manual sobre construcción de yates y una cinta métrica bajó a arreglar el bote. Durante el resto de la mañana estuvo quitándole trozos al mástil hasta lograr que se tuviera derecho, momento en que sólo le quedaba un metro de altura. Leslie se quedó muy perplejo, pero prometió poner uno nuevo en cuanto tuviera calculadas las dimensiones correctas. Así que el Bootle-Bumtrinket, amarrado al extremo del embarcadero, quedó a flote todo flamante, con el aspecto de un orondo y simpático

gato de Man.

Spiro llegó poco después del almuerzo, acompañado de un señor alto y ya mayor con pinta de embajador. Según nos explicó Spiro, era el ex-mayordomo del rey de Grecia, a quien había logrado sacar de su retiro para ayudar a servir la merienda. Luego Spiro echó a todo el mundo de la cocina y se encerró allí con el mayordomo. Cuando me acerqué a fisgar por la ventana, el mayordomo se había puesto un chaleco y sacaba brillo a las copas mientras el ceñudo y meditabundo Spiro, tarareando en voz baja, atacaba un enorme montón de verduras. De vez en cuando iba con andares de pato a atizar vigorosamente los siete fogones de carbón de encina instalados a lo largo de una pared, hasta hacerlos brillar como rubíes.

El primer invitado que llegó fue Teodoro, sentado muy elegante en un coche de punto, ataviado con su mejor traje, relucientes botas y, como concesión a la fecha, sin ningún instrumento de naturalista. Llevaba en una mano el bastón y en la otra un paquetito muy bien atado.

—¡Ajá! Muchas… eh… felicidades —dijo, estrechándome la mano—. Le he traído un… eh… pequeño… eh… recuerdo… una cosita de nada, es decir, un regalo para eh… celebrar la ocasión… hum.

Al abrir el paquete me encantó descubrir que contenía un grueso volumen titulado La vida en charcas y arroyos.

—Creo que será una útil… hum… adición a su biblioteca —dijo Teodoro balanceándose sobre las puntas de los pies—. Contiene información muy interesante sobre… eh… la fauna dulceacuícola en general.

Poco a poco, a medida que llegaban los invitados, la entrada a la villa se fue cubriendo de una masa de taxis y coches de punto. El gran cuarto de estar y el comedor se llenaron de gente que charlaba, reía y discutía, y el mayordomo (que para consternación de Mamá se había vestido de frac) circulaba ágilmente por entre la multitud como un pingüino anciano, sirviendo bebidas y canapés con gesto tan distinguido que muchos de los invitados dudaron de si se trataría de un auténtico mayordomo o de algún excéntrico pariente nuestro que tuviéramos en casa. En la cocina, Spiro bebía cantidades prodigiosas de vino mientras deambulaba entre pucheros y cacerolas, con el ceñudo rostro enrojecido al resplandor de los fogones, rugiendo cantinelas con su voz de bajo profundo.

El aire estaba impregnado de olor a ajos y hierbas, y Lugaretzia renqueaba de la cocina al cuarto de estar y vuelta a velocidad respetable. De cuando en cuando lograba acorralar en un rincón a algún pobre invitado y, metiéndole una fuente de canapés bajo la nariz, procedía a darle todos los detalles de su martirio en el dentista, haciendo la imitación más fiel y repulsiva de cómo sonaba una muela al ser arrancada de su alvéolo, y abriendo la boca de par en par para mostrar a su víctima el espeluznante destrozo que había padecido.

Llegaron más y más invitados, y con ellos sus regalos respectivos. La mayoría eran, desde mi punto de vista, inútiles, dado que no tenían aplicación al campo de la investigación naturalista. Para mí el mejor de todos fue un par de cachorritos traídos por una familia de campesinos vecinos y amigos míos. Un cachorrito era marrón y blanco, con grandes cejas rubias, y el otro era negro como el carbón, con grandes cejas rubias. Como eran de regalo, la familia tuvo, naturalmente, que aceptarlos. Roger los observaba con desconfianza e interés, de modo que para que hicieran amistad los encerré a los tres en el comedor con una fuente de golosinas. El resultado no fue exactamente el que yo esperaba. Cuando la magnitud del gentío nos obligó a abrir las puertas para que algunos invitados pasaran al comedor, encontramos a Roger sentado en el suelo muy cariacontecido, con ambos cachorros haciendo el indio a su alrededor, y la habitación decorada en forma que no dejaba lugar a dudas de que las dos nuevas adquisiciones habían comido y bebido hasta hartarse. La propuesta de Larry de llamarlos Widdle y Puke[10] fue acogida con disgusto por parte de Mamá, pero eran nombres pegadizos y con ellos se quedaron.

Y aún seguían llegando invitados, desbordándose primero del cuarto de estar al comedor, y luego por las puertas de cristales a la terraza. Hubo quien vino convencido de que iba a aburrirse, y al cabo de una hora lo estaba pasando tan bien que llamó al cochero, volvió a su casa y regresó con toda la familia. Manaba el vino a raudales, el aire estaba azul de humo de tabaco, y a las salamanquesas les asustó tanto el barullo y las risas que en ese día no se atrevieron a salir de sus rendijas del techo. En una esquina, Teodoro, que osadamente se había despojado de la chaqueta, bailaba el kalamatiano con Leslie y algunos de los invitados más achispados, haciendo retumbar el suelo con sus saltos y zapatazos. El mayordomo, que quizá había bebido una pizca de más, se emocionó tanto a la vista de su danza nacional que dejó a un lado la bandeja y se les unió, brincando y pateando como cualquiera a pesar de su edad, con los faldones aleteándole a la espalda. Mamá, con sonrisa algo forzada y nerviosilla, estaba sitiada entre el cura inglés, que contemplaba la juerga con desaprobación creciente, y el cónsul belga, que le parloteaba a la oreja retorciéndose el bigote. Spiro salió de la cocina para ver dónde se había metido el mayordomo, y en seguida pasó a engrosar las filas del kalamatiano. Botaban por la habitación nubes de globos, que entre las piernas de los danzantes reventaban con sonoro estampido; en la terraza, Larry intentaba enseñar a un grupo de griegos una selección de los mejores limericks ingleses. Puke y Widdle se enroscaron a dormir en el sombrero de no sé quién. El doctor Androuchelli llegó excusándose ante Mamá por el retraso.

—Ha sido por mi esposa, señora; acaba de dar a luz un niño —anunció con orgullo.

Spiro, exhausto, estaba sentado abanicándose en un sofá cercano.

—¿Cómos? —le bramó a Androuchelli, con ceño furibundo—. ¿Tiene usted otro

niños?

—Sí, Spiro; un varoncito —dijo Androuchelli, radiante.

—¿Cuántos tiene ya? —preguntó Spiro.

—Seis solamente —respondió sorprendido el médico—. ¿Por qué?

—Debería darles vergüenzas —dijo Spiro con cara de asco—. Seis… ¡Madre mías! Igual que los animalitos.

—A mí me gustan los niños —protestó Androuchelli.

—Yo cuando me cases le preguntes a mi mujer cuántos quería —vociferó Spiro —, y me dijos que dos, así que le di dos y luego mandes que la cosieran. Seis niños… Válgames, dan ganas de vomitar… como animalitos.

En ese punto el cura inglés decidió que, con gran pesar por su parte, tendría que marcharse, porque al día siguiente le esperaba una jornada muy movida. Mamá y yo salimos a despedirle, y cuando volvimos, Spiro y Androuchelli se habían unido a los danzantes.

El mar mostraba ya la calma de la aurora y por levante el horizonte se teñía de rojo cuando salimos bostezando a la puerta principal y el último coche se alejó renqueando por el camino. Ya en la cama con Roger a mis pies, un cachorrito a cada lado y Ulises todo hueco sobre la galería, vi por la ventana cómo el rojo se extendía sobre la copa del olivo, apagando las estrellas una a una, y pensé que, en conjunto, había sido una fiesta de cumpleaños francamente buena.

A la mañana siguiente muy temprano, empaqueté mi equipo de naturalista y algunos comestibles, y en compañía de Roger, Widdle y Puke solté amarras a bordo del Bootle-Bumtrinket. El mar estaba tranquilo, lucía el sol sobre un cielo azul genciana, y soplaba la más leve de las brisas: un día perfecto. El Bootle-Bumtrinket remontaba la costa a paso digno y reposado, mientras Roger hacía de vigía en la proa y Widdle y Puke correteaban de banda a banda peleándose, tratando de asomarse por la borda para beberse el mar, y en general haciendo gala de la más patética novatada.

¡Qué maravilla tener una embarcación propia! La grata sensación de poder al tirar de los remos y ver que el bote avanza hendiendo el agua, como quien rasga una seda; el sol que te calienta suavemente la espalda y hace chispear el mar en mil colores; la emoción de ir sorteando un complicado laberinto de escollos cubiertos de algas brillantes bajo la superficie. Hasta me complacía ver las ampollas que se me iban haciendo en las palmas de las manos, tirantes y entumecidas.

Aunque pasé muchos días viajando a bordo del Bootle-Bumtrinket y corrí muchas aventuras, no habría nada comparable con aquella primera travesía. El agua parecía más azul, más límpida y transparente, los islotes más remotos, más soleados y fascinantes, y era como si toda la vida del mar se hubiera congregado en las cautas y canalillos para darnos la bienvenida a mí y a mi nuevo bote. A unos treinta metros de

un islote subí los remos y pasé a proa junto a Roger, para tumbarme a contemplar el fondo a través de un par de metros de agua como el cristal, mientras el Bootle-Bumtrinket flotaba hacia tierra con la placidez de un pato de reclamo. A medida que su sombra en forma de tortuga corría sobre el fondo se iba desplegando ante mis ojos el tapiz multicolor y siempre móvil de la fauna marina.

En los claros de arena plateada se aglomeraban las almejas en pequeños racimos, con la boca abierta. A veces aparecía sobre sus labios córneos un minúsculo cangrejo color marfil pálido, la criatura blanda, frágil, degenerada, que vivía una vida parasitaria al abrigo de los muros rizados de la gran concha. Era muy divertido poner en marcha el sistema de alarma de la colonia de almejas. Me acercaba hasta situarme en su vertical, bajaba con cuidado el mango del cazamariposas y tocaba una de las conchas. Inmediatamente se cerraba de golpe, movimiento que producía el ascenso de un pequeño remolino de arena blanca, como un tornado. Al propagarse en el agua la vibración, el resto de la colonia advertía la alarma. En un santiamén cerrábanse de un portazo todas las conchas, y el agua se llenaba de remolinos de arena que se elevaban girando para volver a desplomarse sobre el fondo como polvo de plata.

Salpicadas entre las almejas se veían las sérpulas, con sus bellos haces de filamentos en perpetua rotación al extremo de un largo y grueso tubo grisáceo. Los movidos tentáculos, azules, dorados y anaranjados, desentonaban pintorescamente con aquellos tubos rechonchos, como orquídeas sobre un tallo de champiñón. También las sérpulas tenían su sistema de alarma, pero mucho más sensible que el de las almejas; bastaba con aproximar el mango a un radio de quince centímetros del remolino de tentáculos para que éstos se irguieran súbitamente y desaparecieran tallo abajo, sin dejar tras de sí más que una serie de tuberías en miniatura incrustadas en la arena.

Sobre los escollos casi al ras de la superficie, que la marea baja dejaba al descubierto, era donde se acumulaba mayor cantidad de animales. En las grietas vivían las boquiabiertas rabosas de gruesos labios, que con expresión de negroide insolencia te contemplaban agitando las aletas. En la penumbra de las algas se arracimaban los erizos de mar como relucientes y marrones castañas de Indias, virando levemente sus espinas hacia el posible peligro a manera de brújulas. A su alrededor se adherían a las rocas las anémonas, rollizas y lustrosas, moviendo los brazos con aire de danza lánguida y oriental por atrapar las quisquillas translúcidas que pasaban velozmente. Escarbando en las oscuras cavernas subacuáticas desenterré una cría de pulpo, que tras instalarse sobre la roca cual cabeza de Medusa se sonrojó hasta ponerse pardo como el lodo, contemplándome con ojos algo tristes bajo la calva cúpula de su cabeza. Bastó un leve ademán por mi parte para que escupiese una nubecilla de tinta negra que quedó suspendida en el agua mientras el animal se escabullía tras ella, arrastrando en su pos los tentáculos como un globo decorado de

cintas. Había también cangrejos gordos, verdes, brillantes, que sobre las cimas del arrecife ondeaban sus pinzas con gesto amistoso, y más abajo, sobre el fondo enmarañado de vegetación, aparecían las centollas con sus extraños caparazones bordeados de púas y sus largas y finas patas, abrigadas con una capa de algas, esponjas o una anémona cuidadosamente plantada en el dorso. Por todas partes, en los arrecifes, en las algas, en el fondo arenoso, pululaban cientos de peonzas de mar, rayadas y moteadas de azul, de plata, de gris y de rojo, con el rostro indignado de un cangrejo ermitaño asomándose por debajo. Eran como pequeños y desgarbados carromatos que chocaban entre sí, se abrían paso por las algas o se deslizaban velozmente por la arena entre las almejas y los abanicos de mar. El sol se hundía en el ocaso, y el agua que lamía las calas y los ruinosos torreones de rocas se tiñó del gris pizarra del atardecer. Despacio, con los remos chirriando dulcemente, conduje el Bootle-Bumtrinket de vuelta a casa. Widdle y Puke dormían, exhaustos por el sol y la brisa del mar, acompañando con un temblor de patas y un movimiento de sus cejas rubias sus oníricas persecuciones de cangrejos por arrecifes interminables. Roger iba sentado en medio de un montón de tarros y tubos de vidrio donde los pececitos se suspendían inmóviles, las anémonas agitaban sus tentáculos y las centollas tocaban los muros de su cárcel de cristal con delicadas pinzas. El perro, agudo observador de la fauna marina, contemplaba los recipientes con las orejas tiesas, mirándome de vez en cuando y meneando brevemente el rabo antes de sumirse de nuevo en sus estudios. El sol brillaba como una moneda detrás de los olivos, y el mar se estriaba de oro y plata cuando el Bootle-Bumtrinket dio con su oronda popa en el embarcadero. Hambriento, sediento, cansado, aturdido de formas y colores, subí lentamente hasta la villa con mis maravillosos ejemplares y tres perros que se desperezaban soñolientos.

12. El invierno de las chochas

El verano tocaba a su fin y una vez más, para mi deleite, me encontré sin preceptor. Mamá había descubierto que, según su delicada expresión, Margo y Peter «se estaban tomando demasiado cariño». Como la familia se oponía unánimemente al ingreso de Peter en su seno, habría que hacer algo para evitarlo. La única aportación de Leslie a la resolución del problema fue la de sugerir que le pegásemos un tiro a Peter, propuesta que, por motivos que ignoro, no se tomó en serio. A mí me pareció una idea espléndida, pero éramos minoría. La sugerencia de Larry de enviar a la feliz pareja a vivir un mes en Atenas con el objeto, según explicó, de que se desfogaran, fue vetada por Mamá por inmoral. Al final Mamá eximió a Peter de sus servicios, él huyó presta y furtivamente y tuvimos que enfrentarnos a una Margo trágica, llorosa y absolutamente indignada que, ataviada para la ocasión con sus ropajes más vaporosos y melancólicos, interpretó su papel con maestría. Mamá procuró consolarla con amables perogrulladas, Larry le dio conferencias sobre el amor libre y Leslie, no se sabe por qué, decidió asumir el papel del hermano ultrajado y aparecía de rato en rato blandiendo un revólver y amenazando con acribillar a Peter como a un perro si volvía a poner los pies en casa. En medio de todo esto, Margo, con el rostro convincentemente bañado en lágrimas, se dedicó a hacer gestos trágicos y a repetir que habíamos destrozado su vida. Spiro, que disfrutaba de un buen melodrama como el que más, se pasó todo el tiempo llorando por solidaridad con ella y apostó a varios amigos suyos por los muelles para asegurarse de que Peter no volviera a la isla. Todos nos divertimos mucho.

Cuando la cosa parecía estar muriendo de muerte natural y Margo podía comer todo el almuerzo de un tirón sin deshacerse en llanto, recibió una nota de Peter diciendo que volvería a buscarla. Ella, bastante aterrada ante la perspectiva, le enseñó la carta a Mamá, y otra vez la familia se lanzó a la farsa con entusiasmo. Spiro redobló su vigilancia de los muelles, Leslie engrasó sus pistolas y se puso a practicar sobre una silueta de cartón clavada a la puerta de la casa, y Larry instó a Margo a disfrazarse de aldeana y correr a los brazos de Peter, o dejar de comportarse como una Camille[11] cualquiera. Ofendida, Margo se encerró en el ático y se negó a ver a nadie excepto a mí, único miembro de la familia que se había mantenido neutral. Allí tumbada, lloraba a moco tendido y leía a Tennyson; de vez en cuando hacía una pausa para consumir con apetito incólume las comilonas que yo le subía en una bandeja.

Así estuvo una semana, hasta que un incidente que vino a rematar dignamente todo el asunto sirvió también para sacarla de su reclusión. Leslie había echado en falta varias cosillas de la Vaca Marina, y sospechaba de los pescadores que de noche bogaban junto al embarcadero. Decidido a dar un escarmiento a los rateros sujetó a la

ventana de su alcoba tres escopetas de cañón largo apuntadas monte abajo. Un ingenioso mecanismo de cuerdas le permitía disparar un cañón tras otro sin siquiera levantarse de la cama. Claro que la distancia era demasiado grande para producir el menor daño, pero el silbido del perdigonzazo entre los olivos y la rociada de proyectiles sobre el agua bastarían, según él, para disuadir al más osado. Tan satisfecho estaba de ser tan ingenioso que no se acordó de mencionar a nadie la construcción de su trampa contra rateros.

Todos nos habíamos retirado a nuestras habitaciones. La casa estaba en silencio. Del exterior llegaba el suave chirriar de los grillos en la noche cálida. De repente hubo una rápida serie de explosiones colosales que sacudieron la casa y desataron los ladridos de todos los perros, que dormían abajo. Salí corriendo al descansillo donde reinaba el caos: los perros habían subido la escalera en pelotón para unirse a la juerga y andaban dando saltos y aullidos. Mamá, envuelta en su voluminoso camisón y con gesto despavorido, salió corriendo de su alcoba con la certeza de que Margo se había suicidado. Larry irrumpió furioso de su cuarto para saber la causa del follón, y Margo, convencida de que Peter había vuelto para llevársela con él y estaba siendo asesinado por Leslie, hurgaba en la cerradura del ático y chillaba con todas sus fuerzas.

—Ha hecho una barbaridad… ha hecho una barbaridad… —gimoteaba Mamá haciendo esfuerzos frenéticos por quitarse de encima a Widdle y Puke, quienes, pensando que todo era un alegre retozo nocturno, habían atrapado el bajo de su camisón y tiraban de él entre feroces gruñidos.

—Esto es el colmo… Ya ni le dejáis a uno dormir en paz… Me vais a volver loco en esta casa… —vociferaba Larry.

—No le hagáis daño… dejadle… cobardes… —llegaba la voz de Margo, llorosa y atiplada, mientras trataba de abrir la puerta arañando desesperadamente el cerrojo.

—Rateros… Tranquilizaos… no son más que unos rateros —gritó Leslie, abriendo la puerta de su alcoba.

—Aún está viva… aún está viva… Llevaos de aquí a estos perros…

—Canallas… ¿cómo os atrevéis a disparar contra él?… Abridme, abridme…

—Dejad de armar escándalo; no son más que unos rateros…

—Animales y explosiones todo el día, y salvas de ordenanza a las tantas de la noche… Ya está bien de extravagancias…

Por fin Mamá consiguió llegar al ático, con Widdle y Puke colgados del bajo de su atavío de noche, y pálida y temblorosa abrió la puerta, encontrándose con Margo en igual estado. Tras no poca confusión, averiguamos lo que había pasado y la interpretación que le había dado cada uno. Mamá, temblando aún del susto, regañó severamente a Leslie.

—No debes hacer ese tipo de cosas, hijo —señaló—. Es verdaderamente

estúpido. Si piensas disparar tus escopetas, avísanos por lo menos.

—Claro —dijo Larry amargamente—, podrías avisar de alguna manera, ¿no? Gritar «Allá va», o algo por el estilo.

—Ya me explicaréis cómo voy a coger por sorpresa a los rateros si antes tengo que empezar a dar voces para avisaros a todos —replicó Leslie, muy ofendido.

—Explícame tú por qué demonios tienes que cogernos también a nosotros por sorpresa —dijo Larry.

—Bueno, querido, pues toca una campanilla o lo que quieras. Pero, por favor, que no se repita… Hay que ver lo mala que me he puesto.

Pero el episodio sacó a Margo del ático; como observó Mamá, no hay mal que por bien no venga.

A pesar de haber reanudado sus relaciones superficiales con la familia, Margo prefería aún desahogar su destrozado corazón a solas, de modo que le dio por desaparecer durante largos períodos sin más compañía que la de los perros. Esperó a que empezaran los sirocos súbitos y violentos del otoño para decidir que el refugio ideal para su soledad era un islote situado en mitad de la bahía frente a nuestra casa, como a un kilómetro de la orilla. Un día en que su anhelo de retiro se hizo irresistible cogió el Bootle-Bumtrinket (sin mi permiso), metió en él a la jauría y partió hacia el islote a broncearse y meditar sobre el Amor.

Hasta la hora del té no descubrí, con ayuda de mis prismáticos, adonde había ido a parar el bote y Margo. Llevado de mi indignación, cometí la imprudencia de informar a Mamá del paradero de Margo, señalando que no tenía por qué coger el bote sin mi permiso. ¿Quién, pregunté mordazmente, me iba a construir otro bote si el Bootle-Bumtrinket naufragaba? Entre tanto el siroco aullaba en torno a la casa como una manada de lobos, y Mamá, impulsada por lo que al principio interpreté como inquietud profunda por la suerte del Bootle-Bumtrinket, se precipitó sin aliento al piso de arriba y se asomó por la ventana de la alcoba para escudriñar la bahía con los prismáticos. Lugaretzia subió también renqueando, sollozando y retorciéndose las manos, y ambas, angustiadas y temblorosas, se dedicaron a correr de ventana en ventana oteando el mar revuelto. Mamá quiso enviar a alguien a rescatar a Margo, pero no había nadie a mano. Tuvo que contentarse, pues, con sentarse a la ventana con los prismáticos pegados a los ojos mientras Lugaretzia elevaba sus plegarias a San Spiridion y nos contaba la larga y enrevesada historia de un tío suyo que se había ahogado por un siroco igual. Afortunadamente, Mamá no le entendía más que una palabra de cada siete. Al cabo, Margo pareció comprender que era mejor volver a casa antes de que el siroco arreciase, y la vimos bajar por entre los árboles hasta donde el Bootle-Bumtrinket bailaba y tiraba de sus amarras. Pero el avance de Margo era lento y muy curioso, por no decir otra cosa: primero se cayó dos veces, y luego salió al mar a unos cincuenta metros del bote y estuvo largo rato andando en círculos,

buscándolo al parecer. Al fin, atraída por los ladridos de Roger, fue dando traspiés por la orilla y lo encontró. Tuvo entonces grandes dificultades para persuadir a Widdle y Puke de que se metieran. No les importaba embarcarse con buen tiempo pero nunca habían estado en mar picado y no tenían la menor intención de estrenarse. En cuanto conseguía instalar a Widdle en el bote se volvía en busca de Puke, y cuando por fin lograba agarrarlo, Widdle saltaba otra vez a tierra. Así pasaron cierto tiempo. Al fin aprovechó un instante en que ambos perros estaban a bordo para saltar tras ellos y ponerse a remar vigorosamente durante unos minutos, antes de caer en la cuenta de que no había soltado las amarras.

Mamá contempló sin respiración su avance por la bahía. El Bootle-Bumtrinket, que apenas sobresalía del agua, no siempre estaba visible, y cada vez que se eclipsaba detrás de una ola más alta que las demás, Mamá se quedaba tiesa de espanto, convencida de que el barco se había ido a pique con todos sus tripulantes. Reaparecía entonces la valerosa mancha blanca y anaranjada sobre la cresta de otra ola, y Mamá volvía a respirar. Mi hermana seguía un rumbo muy peculiar; el Bootle-Bumtrinket cambiaba constantemente de bordada según le venía en gana, a veces incluso reapareciendo sobre el oleaje con la proa hacia Albania. De vez en cuando Margo se ponía en pie con equilibrio inestable y oteaba el horizonte haciéndose visera con la mano; luego volvía a sentarse y seguía remando. Cuando por fin, más por casualidad que por otra cosa, estuvo el bote al alcance de la voz, bajamos todos al embarcadero y empezamos a vociferar instrucciones por encima del fragor y bramido de las olas y del rugir del viento. Guiada por nuestros gritos, Margo arremetió denodadamente hacia tierra, estrellándose contra el embarcadero con tales energías que casi tira a Mamá al agua. Los perros salieron pitando monte arriba, obviamente aterrados ante la posibilidad de que se les hiciera emprender otro viaje con el mismo capitán. Al ayudar a bajar a Margo descubrimos la causa de su heterodoxa navegación. Nada más llegar a la isla se había tumbado al sol y caído en un sueño profundo, del que la despertó el ruido del viento. Después de casi tres horas de insolación intensa tenía los ojos tan inflamados que apenas podía abrirlos. El viento y las salpicaduras se los habían puesto peor, y cuando llegó al embarcadero no veía ya ni jota. Con la cara roja y abrasada en carne viva y los párpados hinchados, parecía un pirata mongol especialmente malévolo.

—De veras, Margo, a veces me pregunto si estás en tus cabales —dijo Mamá, bañándole los ojos con té frío—; ¡haces cada majadería!

—Por favor, Mamá, no es para tanto —dijo Margo—. Una cosa así le ocurre a cualquiera.

Pero por lo visto este incidente reparó los destrozos de su corazón, pues a partir de entonces no volvió a pasear en solitario ni a sacar el bote, conduciéndose de nuevo con tanta normalidad como de ella cabía esperar.

El invierno solía llegar suavemente a la isla. El cielo seguía siendo claro, el mar azul y plácido, y el sol seguía calentando. Pero en el aire había como una incertidumbre. Las hojas doradas y rojas que cubrían el campo en grandes montones susurraban o crujían entre sí, o se daban carreritas de un lado a otro, rodando como aros de color entre los árboles. Parecían estar preparándose, entrenándose para algo que comentaban animadamente al congregarse en torno a los troncos. También los pájaros se reunían en grupitos ahuecando las plumas y piaban con aire preocupado. Era una atmósfera de expectación, como la de un público inmenso en espera de que el telón se alce. Una mañana cualquiera, al abrir las contraventanas y ver los olivos, la bahía azul y las bermejas montañas del continente, uno se daba cuenta de que el invierno había llegado, porque cada cima aparecía cubierta por un desflecado solideo de nieve. Entonces la expectación crecía casi de hora en hora.

En pocos días las nubecillas blancas iniciaban su invernal desfile por el cielo, sucediéndose blandas y rechonchas, o largas, lánguidas y despeinadas, o pequeñas y sutiles como plumas, y detrás, empujándolas como a un rebaño de ovejas discordantes, llegaba el viento. Al principio era cálido, en ráfagas suaves a cuyo paso las hojas de los olivos temblaban y se plateaban de emoción, los cipreses se mecían levemente y las hojas muertas, reunidas en pequeños remolinos, ejecutaban alegres danzas que cesaban tan de improviso como habían comenzado. El viento, juguetón, rizaba las plumas de las palomas, haciéndolas estremecerse y encresparse; acometía sin avisar a las gaviotas, obligándolas a detenerse en vuelo y curvar las alas contra él. Empezaban a golpear las contraventanas, y las puertas a castañetear en sus marcos. Pero aún brillaba el sol, el mar seguía en calma, y las montañas bronceadas del verano descansaban complacidas bajo sus irregulares sombreros de nieve.

Durante una semana el viento jugaba con la isla, la acariciaba, canturreaba para sí entre el ramaje desnudo. Luego había una tregua, unos pocos días de calma extraña; de improviso, cuando menos se le esperaba, volvía. Pero era un viento distinto, salvaje, rugiente, aullador, que se arrojaba contra la isla como si quisiera hundirla en el mar. Desaparecía el cielo claro y un manto de finas nubes grises se posaba sobre Corfú. Tornábase el mar azul oscuro, casi negro y salpicado de espumas. Los cipreses oscilaban sobre el cielo como sombríos péndulos, y los olivos (tan fósiles, tan quietos y hechizados durante todo el verano) se contagiaban de la locura del vendaval, cabeceaban chirriando sobre sus troncos deformes y retorcidos, y su follaje viraba del verde al plata como la madreperla. Esto era lo que habían cuchicheado las hojas muertas, he ahí lo que esperaban: entonces se alzaban eufóricas a bailotear en el aire, a planear, revolotear y caer exhaustas cuando el viento se cansaba de ellas y pasaba de largo. Le seguía la lluvia, una lluvia cálida bajo la cual resultaba grato pasear, obesos goterones que repicaban en las contraventanas, tamborileaban en las hojas de

parra y gorgoteaban musicalmente en los canalones. Los torrentes de las alturas montañosas de Albania crecían, y cual feroces colmillos blancos corrían a despeñarse al mar, destrozaban sus cauces, arrastraban el detrito estival de ramas, troncos, terrones de hierba y otras cosas y lo vomitaban en la bahía hasta surcar el azul oscuro de las aguas de retorcidas vetas de lodo y restos flotantes. Poco a poco iban abriéndose esas vetas, y el color del mar pasaba del azul al pardo amarillento; entonces el viento rasgaba la superficie apilando las aguas en olas voluminosas, como enormes leones rubios de blanca melena que saltaban a abalanzarse sobre la orilla.

Era ésta la época de caza: en el continente el gran lago de Butrinto se ceñía de un festón de escarchas, y bandadas de patos salvajes moteaban su superficie. Por los parduscos montes que la lluvia había humedecido y ablandado, las liebres, los corzos y los jabalíes se juntaban en la espesura para revolver y hozar el suelo helado, desenterrando bulbos y raíces. Las ciénagas y charcas de la isla tenían sus bandadas de agachadizas que hincaban en la tierra suelta sus largos picos, esperando el paso del hombre para alzar el vuelo como flechas. En el arrayán de los olivares se agazapaban las gordas y desgarbadas chochas, que al asustarse escapaban a saltos con ruidoso batir de alas, como paquetes de hojas arrastradas por el viento.

Leslie, naturalmente, estaba en su elemento en aquella época del año. Cada quince días iba de cacería al continente con una pandilla de colegas entusiastas, para regresar cargado con algún enorme jabalí de pelos erizados, liebres ensangrentadas y grandes cestos rebosantes de tornasolados patos muertos. Sucio, sin afeitar, apestando a aceite de engrasar y a sangre, nos refería todos los pormenores de la caza: con mirada encendida circulaba por la habitación para mostrarnos dónde y cómo estaba él, dónde y cómo había salido el jabalí, el ruido del disparo y el salto con que el animal había huido al brezo. Lo describía con tal viveza que nos parecía estar presentes en la escena. Primero era el jabalí olfateando al viento, revolviéndose inquieto en el matorral, que con ojo avizor bajo sus cejas hirsutas escuchaba los pasos de los ojeadores y los perros; luego era uno de los ojeadores moviéndose cauteloso entre los altos arbustos, mirando a un lado y a otro y emitiendo el extraño grito gutural que haría salir la caza; después, mientras el jabalí salía al raso y corría gruñendo monte abajo, él se encaraba el rifle imaginario y disparaba, el arma coceaba con el mayor realismo, y en una esquina de la habitación el jabalí daba un salto y rodaba muerto.

Mamá no prestó demasiada atención a las monterías de Leslie hasta el día en que trajo su primer jabalí. Luego de contemplar el musculoso corpachón y los colmillos puntiagudos que elevaban el labio superior con gesto de ferocidad, exhaló una exclamación ahogada.

—¡Cielo santo! No creía yo que fueran tan grandes —dijo—. Espero que tendrás cuidado, querido.

—No hay por qué preocuparse —repuso Leslie—, a menos que te salga al lado; en ese caso es un poco comprometido, porque si fallas te pasa por encima.

—Es muy peligroso —dijo Mamá—. No creía yo que fueran tan grandes… una bestia de éstas te puede fácilmente dejar lisiado o hasta matarte, hijo.

—No, qué va, Mamá; es una cosa de absoluta seguridad a menos que te salga literalmente al lado.

—Yo no le veo el peligro ni siquiera en ese caso —dijo Larry.

—¿Por qué no? —preguntó Leslie.

—Pues porque si carga contra ti, y tú fallas el tiro, con saltarle por encima está todo arreglado.

—No digas estupideces —dijo Leslie desdeñosamente—. Cada uno de estos condenados mide casi un metro en la cruz, y son rápidos como demonios. No da tiempo de saltárselos.

—No sé por qué —insistió Larry—; al fin y al cabo, no tendría mayor dificultad que la de saltarse una silla. De todos modos, si no te lo puedes saltar limpiamente siempre podrás saltártelo a pídola.

—No seas absurdo, Larry; tú no has visto moverse a esos bichos. Es imposible saltárselos, a pídola o como sea.

—El problema de los tontainas que os dedicáis a cazar es vuestra falta de imaginación —dijo Larry en tono crítico—. Te estoy proporcionando unas magníficas ideas: todo lo que tienes que hacer es probarlas. Pero no señor, las rechazas de principio.

—Bueno, pues ven en la próxima excursión y me enseñas —propuso Leslie.

—Yo no pretendo ser un hombre de acción y pelo en pecho —respondió Larry austeramente—. Mi sitio está en el ámbito de las ideas… en el esfuerzo mental, por así decirlo. Yo pongo mi intelecto a vuestra disposición para el proyecto de planes y estratagemas, y vosotros, los musculares, los lleváis a la práctica.

—Sí; bueno, pues yo ése no lo llevo —dijo Leslie con convicción.

—Eso es una temeridad —dijo Mamá—. Cuídate de no hacer ninguna tontería, querido. Y tú, Larry, haz el favor de no llenarle la cabeza de ideas peligrosas.

Larry abundaba siempre en ideas sobre todas aquellas cosas en las que carecía de experiencia. A mí me aconsejaba sobre el mejor método a seguir en el estudio de la naturaleza, a Margo sobre ropa, a Mamá sobre cómo gobernar a la familia y pagar sus deudas, y a Leslie sobre cómo había que cazar. Su posición era perfectamente inexpugnable, porque sabía que ninguno de nosotros iba a vengarse diciéndole cómo debía escribir. Siempre que cualquier miembro de la familia tuviera un problema, Larry conocía la mejor manera de resolverlo; si cualquiera se ufanaba de algo que hubiera hecho, Larry no veía nunca motivo de enorgullecerse; era una cosa facilísima, con tal de usar la cabeza. De esta displicente actitud suya se derivó el que

tuviéramos un incendio en la casa.

Leslie había vuelto de una excursión al continente cargado de piezas y reventando de orgullo. Según nos comunicó, había logrado su primer doblete. Tuvo que explicarnos su acción detalladamente para que le comprendiéramos en todo su esplendor. Al parecer, en argot cinegético hacer un doblete significaba derribar dos piezas casi a la vez, la primera con el cañón izquierdo y la segunda con el derecho. De pie en la gran cocina enlosada, al resplandor rojizo de los fogones de carbón de encina, nos relató cómo la bandada de patos había aparecido en el frío amanecer, extendida a través del cielo. Con estridente batir de alas volaron sobre sus cabezas: Leslie apuntó al jefe, disparó, volvió el arma contra el segundo y disparó de nuevo casi instantáneamente, de modo que, al bajar los cañones humeantes, ambos patos cayeron al lago como uno solo. Congregada en la cocina, toda la familia escuchaba sin habla su gráfica descripción. Sobre la amplia mesa de madera se apilaba la caza, Mamá y Margo desplumaban un par de patos para la cena, yo iba examinando las diversas especies y tomando notas en mi diario (cada vez más manchado de sangre y cubierto de plumas), y Larry, sentado con el pulcro cadáver de un ánade real sobre las rodillas, acariciaba sus alas tiesas y contemplaba a Leslie, que, sumergido hasta la cintura en una ciénaga imaginaria, nos escenificaba por tercera vez su doblete.

—Muy bien, querido —dijo Mamá, cuando Leslie nos lo hubo descrito por cuarta vez—. Debe haber sido muy difícil.

—No veo por qué —dijo Larry.

Leslie, que estaba a punto de recomenzar su relato, se volvió a mirarle aviesamente.

—No, ¿verdad? —preguntó en son de guerra—. ¿Y tú qué sabes de esto? Tú no le acertarías a un olivo a tres pasos, cuanto menos a un ave volando.

—Querido hermano, no es mi intención subestimar tus méritos —dijo Larry con su voz más untuosa e irritante—. Pero no veo por qué hay que darle tanta importancia a lo que en mi opinión es una tarea sencilla.

—¿Sencilla? ¡Cómo se ve que no tienes la menor experiencia de cazar!

—No creo que sea necesario tener experiencia. Me parece que se trata simplemente de controlar los nervios y apuntar más o menos bien.

—No digas bobadas —dijo Les con gesto de asco—. Siempre te crees que lo que hacen los demás es facilísimo.

—Es lo que nos sucede a los polifacéticos —suspiró Larry—. Por regla general, las cosas resultan ser ridículamente fáciles cuando yo las intento. Insisto en que no hay por qué ponerse así por un vulgar ejercicio de puntería.

—¿Ridículamente fáciles cuando tú las intentas? —repitió Leslie incrédulo—. Todavía no te he visto llevar a la práctica ni uno de tus consejos.

—Calumnias infundadas —dijo Larry, picado—. Siempre me encontrarás

dispuesto a demostrar lo acertado de mis ideas.

—Muy bien, pues entonces haz tú un doblete.

—No faltaba más. Tú pones el arma y las víctimas y yo te demostraré que no requiere habilidad alguna: es una simple cuestión de mente despierta capaz de dominar la matemática del asunto.

—De acuerdo. Mañana vamos por agachadizas a la ciénaga. Ahí tendrás ocasión de ejercitar tu mente despierta.

—No es que me apetezca mucho asesinar a unas aves que parecen estar atrofiadas de nacimiento —dijo Larry—; pero, ya que mi honor está en juego, supongo que no habrá más remedio que sacrificarlas.

—Date por satisfecho con tumbar una —dijo Leslie con regodeo.

—Desde luego, queridos, os ponéis a discutir por las cosas más estúpidas —dijo Mamá filosóficamente, quitándose plumas de las gafas.

—Estoy de acuerdo con Les —dijo Margo de improviso—; Larry es demasiado aficionado a decirles a los demás cómo hay que hacer las cosas, sin hacer nada él mismo. Le vendrá bien llevarse una lección. A mí me parece que Les ha tenido que ser muy hábil para matar dos pájaros de un tiro, o como se diga.

Leslie, bajo la impresión de que Margo había entendido mal su hazaña, inició un nuevo y más detallado recital del episodio.

Llovió durante toda la noche, por lo que a la mañana siguiente, cuando nos pusimos en marcha para ver a Larry realizar el portento, la tierra estaba mojada y pegajosa, y el aire impregnado de un aroma fragante como el de un plum-cake. Para hacer honor a la ocasión Larry se había puesto una gran pluma de pavo en su sombrero de tweed, y llevaba el aspecto de un minúsculo, garboso y enormemente digno Robin Hood. Durante todo el trayecto hasta la ciénaga donde se reunían las agachadizas no hizo más que refunfuñar: que hacía frío, que se resbalaba uno todo el rato, que no veía por qué Leslie no daba por buena su palabra sin toda aquella farsa ridícula, que la escopeta pesaba mucho, que probablemente ni siquiera habría caza, porque en un día así sólo a un pingüino mentalmente defectuoso se le ocurriría salir. Nosotros, implacables, lo llevamos a remolque hasta la ciénaga haciendo oídos sordos a sus quejas y protestas.

La ciénaga era en realidad el lecho de un pequeño valle, unas cuatro hectáreas de terreno llano que se cultivaba en los meses de primavera y verano. Abandonado en invierno, se convertía en una selva de juncos y maleza entrecruzada por acequias. Ese sistema de riego, extendido a todo lo largo y ancho de la ciénaga, entorpecía mucho la caza, porque casi todas las acequias eran demasiado anchas para cruzarlas de un salto, y su composición de dos metros de cieno líquido y uno de agua sucia hacía imposible vadearlas. Aquí y allá las cruzaban unos puentes angostos de maderos temblones y podridos en su mayoría, pero que constituían el único medio de transitar

por el terreno. El tiempo de caza había que dedicarlo a partes iguales a la búsqueda de piezas y a la búsqueda del siguiente puente.

Apenas habíamos cruzado el primero cuando nos salieron de los pies tres agachadizas y huyeron como relámpagos, volando en zigzag. Larry se encaró la escopeta y oprimió a toda prisa los gatillos. Cayeron los percusores, y no sonó nada.

—No sería mala idea cargarla —dijo Leslie con un cierto triunfalismo.

—Creí que tú lo habrías hecho —dijo Larry con rencor—; al fin y al cabo tú has venido de armero. Habría tumbado ese par si no llega a ser por tu ineficacia.

Cargó la escopeta y avanzamos lentamente entre los juncos. Delante de nosotros oíamos un par de urracas que cacareaban perversamente cada vez que dábamos un paso. Larry empezó a dirigirles toda clase de maldiciones y amenazas por espantar la caza. Siguieron volando por delante de nosotros, cacareando con fuerza, hasta que Larry perdió los estribos. A la entrada de un puente diminuto que se combaba sobre una ancha extensión de agua plácida, se detuvo.

—¿No se puede hacer nada con esos bichos? —preguntó acaloradamente—. Nos lo van a ahuyentar todo en cien leguas a la redonda.

—Menos las agachadizas —dijo Leslie—; las agachadizas esperan quietas hasta que casi las pisas.

—Me parece inútil seguir en este plan —dijo Larry—. Lo mismo podríamos ir precedidos por una banda de música.

Se echó la escopeta debajo del brazo y pisó con malos modos el primer madero. Fue entonces cuando ocurrió el accidente. Estaba a la mitad del tablón rechinante e inseguro cuando dos agachadizas que se ocultaban al otro lado del puente alzaron el vuelo en vertical. Larry, a quien la emoción hizo olvidar su situación un tanto precaria, se encaró la escopeta y, manteniendo a duras penas el equilibrio sobre el bamboleante puente, disparó ambos cañones. El arma dio un rugido y un culatazo, las agachadizas siguieron viaje ilesas, y Larry, con un alarido de terror, cayó de espaldas en la acequia.

—¡Levanta la escopeta!… ¡Levanta la escopeta! —rugió Leslie.

—No te pongas de pie, que te hundes —chilló Margo—. Siéntate.

Pero Larry, tirado patas arriba, no tenía más que una idea, la de salir cuanto antes. Se sentó y trató de ponerse en pie, usando los cañones de la escopeta, para tormento de Leslie, a guisa de bastón. Se incorporó, el cieno líquido se estremeció y borboteó, la escopeta desapareció de la vista y Larry se hundió hasta la cintura.

—Mira lo que has hecho con la escopeta —aulló Leslie furibundo—; ya están cegados los cañones.

—¡Y qué porras querías que hiciese! —explotó Larry—. ¿Quedarme aquí tirado y hundirme? Dame una mano, por Dios.

—Saca la escopeta —dijo Leslie encolerizado.

—Me niego a salvar la escopeta si no me salvas a mí —chilló Larry—. Demonios, que no soy una foca… ¡Sácame!

—Si me das un extremo de la escopeta te podré sacar, idiota —vociferó Leslie—. Si no, no llego.

Larry manoteó desesperadamente bajo la superficie en busca del arma y se hundió varios centímetros antes de rescatarla, hecha una plasta de cieno negro y maloliente.

—¡Santo Dios! ¡Fíjate cómo está! —gimió Leslie, quitándole el cieno con un pañuelo—, ¡fíjate!

—¿Quieres dejar de sobar ese chisme maldito y sacarme de aquí? —preguntó Larry echando chispas—. ¿O prefieres que el lodo me trague como a un Shelley del deporte cinegético?

Leslie le alargó el extremo de los cañones y todos nos pusimos a tirar con energía, con el único resultado de que al pararnos a tomar aliento Larry se hundió un poco más.

—Se trata de rescatarme —señaló jadeando—, no de darme la puntilla.

—Anda, deja de gruñir y procura auparte un poco —dijo Leslie.

—Pero por todos los santos, ¿qué te crees que estoy haciendo? ¡Si ya me he herniado por tres sitios!

Al fin, y tras esfuerzos hercúleos, el cieno dio un hipido prolongado, Larry emergió a la superficie y le subimos a la orilla. Cubierto de pies a cabeza de lodo negro y fétido, su aspecto al acercarnos a él era el de una figura de chocolate que se va derritiendo al calor de una estufa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Margo.

Larry le lanzó una mirada asesina.

—Fenomenal —respondió sarcásticamente—, me encuentro fenomenal. Nunca me había divertido tanto. Aparte de un leve principio de pulmonía, la espalda quebrada y el hecho de que uno de mis zapatos yace a cinco brazas de profundidad, por lo demás lo estoy pasando en grande.

Regresamos a casa. Larry, a la pata coja, fue vertiendo sobre nosotros diatribas y reproches, y al llegar estaba ya convencido de que todo había sido un complot. Al verle entrar dejando tras de sí un rastro como el surco de un arado, Mamá exhaló un grito de horror.

—¿De dónde vienes, hijo? —preguntó.

—¿De dónde? ¿De dónde voy a venir? De cazar.

—¿Pero qué has hecho para ponerte así? Estás hecho una sopa. ¿Te has caído al agua?

—Verdaderamente, tú y Margo tenéis una intuición tan aguda que a veces me pregunto cómo lográis sobrevivir.

—No he hecho más que una pregunta, hijo —repuso Mamá.

—Pues claro que me he caído al agua; ¿de qué tengo pinta sino de eso?

—Tienes que cambiarte en seguida, vas a coger frío.

—No te preocupes por mí —dijo Larry muy digno—; ya he sufrido suficientes atentados en el día de hoy.

Rechazando todo ofrecimiento de ayuda, agarró una botella de coñac de la despensa y se retiró a su cuarto, donde a instancias suyas Lugaretzia encendió una gran fogata. Allí se acurrucó en la cama bien tapado, estornudando y tragando coñac. A la hora de comer pidió que le subieran otra botella, y a la hora del té le oímos cantar con voz potente, en medio de estornudos gigantescos. A la hora de cenar, Lugaretzia acudió a servirle la tercera botella, y Mamá empezó a preocuparse. Mandó entonces a Margo a comprobar si su hermano estaba bien. Hubo un largo silencio, seguido de la voz colérica de Larry y la de Margo en tono de humilde súplica. Mamá frunció el ceño y marchó escaleras arriba a ver qué sucedía, y Leslie y yo la seguimos.

Rugía el fuego tras la rejilla de la chimenea, y Larry yacía oculto por una pirámide de mantas. Margo, vaso en mano, estaba junto a la cama con cara de desaliento.

—¿Qué le pasa? —preguntó Mamá, avanzando con decisión.

—Que está borracho —dijo Margo desesperada—, y no hay manera de hacerle entrar en razón. Estoy intentando convencerle de que se tome sus sales de magnesia, porque si no mañana estará fatal; pero no quiere ni olerías. Se esconde debajo de la ropa y dice que pretendo envenenarle.

Mamá arrebató el vaso de manos de Margo y se acercó al enfermo.

—Vamos, Larry, deja de hacer el tonto —le ordenó tajantemente—; tómate esto ahora mismo.

Alzáronse las mantas y la cabeza despeinada de Larry emergió de las profundidades. Miró a Mamá con ojos pitañosos, y luego parpadeó pensativo.

—Eres una vieja horrible… estoy seguro de que nos hemos visto antes en alguna parte —comentó, y antes de que Mamá pudiera recobrarse del cumplido se quedó dormido como un tronco.

—Bueno —dijo Mamá pasmada—, pues sí que le ha dado fuerte. De todos modos se ha dormido, así que le haremos un buen fuego y que descanse. Mañana se encontrará mejor.

Fue Margo quien descubrió, a primera hora de la mañana siguiente, que unos tizones encendidos de la chimenea se habían colado entre las tarimas del suelo y prendido fuego a la viga de debajo. Bajó volando las escaleras en camisón, pálida del susto, e irrumpió en la alcoba de Mamá.

—La casa está ardiendo… Salid, salid… —voceó con gesto dramático.

Mamá saltó de la cama.

—Despierta a Gerry… Despierta a Gerry —chilló a su vez, mientras por razones sin duda evidentes para ella forcejeaba por ponerse la faja encima del camisón.

—Despertaos… despertaos… ¡Fuego, fuego! —aulló Margo con toda la fuerza de sus pulmones.

Leslie y yo salimos al descansillo dando traspiés.

—¿Qué pasa? —inquirió Leslie.

—¡Fuego! —le chilló Margo a la oreja—. ¡Que hay fuego en el cuarto de Larry!

Apareció entonces Mamá, decididamente estrafalaria con su faja embutida sobre el camisón.

—¿En el cuarto de Larry? De prisa, hay que salvarle —gritó, y se abalanzó al ático seguida de cerca por los demás. Un humo espeso que salía de entre el entarimado llenaba el cuarto de Larry. Su ocupante dormía plácidamente. Mamá corrió a la cama y le sacudió con energía.

—Larry, despierta; ¡despierta, por Dios!

—¿Qué pasa? —preguntó él, incorporándose soñoliento.

—¡Que hay fuego en la habitación!

—No me sorprende —dijo Larry, y volvió a echarse—. Dile a Les que lo apague.

—Echar algo —vociferó Les—, hay que echar algo en el suelo.

Según esas instrucciones, Margo cogió la botella de coñac semivacía y derramó su contenido sobre una ancha extensión del entarimado. Las llamas se elevaron y crepitaron alegremente.

—¡Pero estúpida, no eches coñac! —aulló Leslie—, agua… trae agua.

Margo, atribulada por su aportación al holocausto, rompió a llorar. Les, rezongando iracundo, arrebató las mantas al yaciente Larry y se puso a sofocar las llamas con ellas. Larry se incorporó indignado.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó.

—Que está ardiendo la habitación, querido.

—Pues no sé por qué me voy a tener que morir yo de frío… ¿por qué me quitáis toda la ropa? Hay que ver, qué follones armáis en seguida. Con lo fácil que es apagar un fuego.

—Oh, cállate de una vez —le rugió Leslie, dando saltos sobre las mantas.

—En la vida he visto gente más histérica —dijo Larry—; no hay más que conservar la calma. Les ya tiene dominado lo peor; ahora si Gerry va por el hacha y tú, Mamá, y Margo, traéis agua, lo apagaremos en un momento.

Al fin, mientras Larry dirigía las operaciones desde la cama, los demás conseguimos levantar las tarimas y apagar la viga. Debía llevar quemándose toda la noche, porque a pesar de ser un madero de olivo de treinta centímetros de espesor estaba ya consumido hasta la mitad. Cuando por fin apareció Lugaretzia y empezó a recoger el amasijo de mantas humeantes, astillas, agua y coñac, Larry se tumbó

dando un suspiro.

—Ya está —observó—, solucionado sin escándalos ni ataques de pánico. Es cuestión de conservar la calma, simplemente. Querría alguien traerme una taza de té, por favor; tengo un dolor de cabeza espantoso.

—No me extraña; anoche agarraste una tajada como un castillo —dijo Leslie.

—Si no sabes apreciar la diferencia entre un acceso de fiebre producido por el frío y una orgía alcohólica, podrías al menos abstenerte de mancillar mi persona —replicó Larry.

—Pues sería la fiebre, pero te ha quedado una buena resaca —dijo Margo.

—Nada de resaca —dijo Larry con dignidad—; di más bien la tensión de verme despertado al amanecer por una pandilla de histéricos y tener que asumir el control de una crisis.

—Pues sí que has controlado tú mucho, bien repantigado en la cama —bufó Leslie.

—No es la acción lo que cuenta, sino el intelecto que la impulsa, la rapidez de reflejos, la capacidad de conservar la cabeza en su sitio cuando todos los de alrededor la pierden. Si no llega a ser por mí, puedes estar seguro de que habríais ardido todos en vuestras camas.

Conversación

Había llegado la primavera y la isla rebosaba de flores. Los corderos de rabo inquieto retozaban por los olivares aplastando los amarillos crocos con sus pezuñas. Los burros recién nacidos, de patas gruesas e inseguras, comisqueaban entre los asfódelos. En las charcas, arroyos y zanjas se enredaban las tiras de huevos de sapo; las tortugas apartaban a un lado sus colchas invernales de hojarasca y tierra, y las primeras mariposas, descoloridas y raídas del frío, revoloteaban débilmente entre las flores. Por tomar el aire, la familia solía pasar la mayor parte del tiempo en la terraza: allí se comía, se dormía, se leía o, si no había otra cosa que hacer, se discutía. Allí también nos reuníamos una vez a la semana para leer el correo que nos traía Spiro, y que se componía principalmente de catálogos de armas para Leslie, figurines para Margo y revistas de animales para mí. El correo de Larry solía contener libros y cartas interminables de escritores, músicos y artistas hablando de escritores, músicos y artistas. El de Mamá era un paquetón de cartas de parientes diversos, sazonadas con algún que otro catálogo de semillas. Según lo íbamos mirando nos lo comentábamos unos a otros, o leíamos fragmentos en voz alta. No por afanes de sociabilidad (de todos modos, nadie escuchaba a los demás), sino sencillamente porque no nos parecía sacar gusto a las cartas y revistas si no las compartíamos. De cuando en cuando, sin embargo, aparecía una noticia lo bastante alarmante para clavar sobre sí la atención de toda la familia, y eso es lo que ocurrió cierto día de primavera con cielo de vidriera azul, mientras sentados a la sombra entreverada de la parra devorábamos el correo.

—Ay, qué monada… Mira… de organdí con mangas afaroladas… pero creo que me gustaría más en terciopelo… o quizá el canesú de brochado con la falda acampanada. Es muy mono… quedaría bonito con guantes altos blancos y un sombrerito de esos veraniegos, ¿verdad?

Pausa. El débil murmullo de Lugaretzia gimiendo en el comedor, mezclado con el crujido del papel. Roger bostezó ruidosamente, seguido de Puke y Widdle por turno.

—¡Atiza! ¡Qué maravilla!… Fijaos… con mira telescópica y cerrojo… ¡Qué maravilla! Hum… ciento cincuenta… pues no me parece excesivamente caro… Esta escopeta sí que está bien de precio… Veamos… dos cañones… choke… Sí… supongo que para patos hará falta algo un poco más potente…

Roger se rascó una oreja y después la otra, retorció la cabeza con gesto de dicha suprema y gruñó de placer. Widdle se tumbó y cerró los ojos. Puke intentaba en vano cazar una mosca, lanzando mordiscos al aire.

—¡Hombre! ¡Al fin le han aceptado un poema a Antoine! Desde luego tiene talento, pero tendría que cultivarlo más. Varlaine ha puesto una imprenta en un establo…

»¡Bah!, ediciones limitadas de sus obras. Anda, ahora resulta que George Bullock se ha pasado al retrato… ¡qué os parece, al retrato! Si no sabe pintar una escoba. Mira, Mamá, un buen libro que deberías leer: *El teatro isabelino*… es una obra estupenda… tiene cosas realmente interesantes…

Roger se repasó los cuartos traseros en busca de una pulga, manejando sus incisivos como un par de pinzas de depilación y olisqueándose con estruendo. A Widdle le temblaban las patas y el rabo, y sus cejas rubias subían y bajaban al compás de sus sueños. Puke se tumbó y se hizo el dormido, dejando un ojo al acecho en espera de que la mosca se confiara.

—La tía Mabel se ha ido a Sussex… Dice que Henry aprobó todos los exámenes y va a entrar en un banco. Bueno, me parece que pone un banco… esta mujer tiene una letra verdaderamente horrorosa, a pesar de esa educación de postín de la que tanto ha presumido siempre… El tío Stephen se ha roto una pierna, vaya por Dios… ¿y le han puesto una espaldera?… Ah, no, ya veo… es que con esta letra… que se cayó estando subido a una escalera… Pues con sus años podría ser más sensato y no subirse a una escalera… ridículo… Tom se ha casado… con una de las Carnet…

Mamá dejaba siempre para el final una carta larguísima, escrita en letras grandes, enérgicas y redondas, que era el parte mensual de la tía abuela Hermione. Sus cartas tenían indefectiblemente la virtud de causar un escándalo en la familia, por lo cual todos dejamos aparte nuestro correo y nos aprestamos a escuchar cuando Mamá, con un suspiro de resignación, desdobló las veintitantas hojas, se arrellanó cómodamente y empezó a leer.

—Dice que los médicos no le dan muchas esperanzas —observó Mamá.

—Llevan cuarenta años sin darle esperanzas y sigue estando más fuerte que un toro —dijo Larry.

—Dice que siempre le había resultado un poco extraño esto de que saliéramos corriendo para Grecia, pero acaban de pasar un invierno muy malo y le parece que quizá hicimos bien en buscar un clima más salubre.

—¡Salubre! ¡Vaya palabra!

—¡Santo cielo!… no, por favor… ¡no es posible!…

—¿Qué pasa?

—Dice que quiere venirse con nosotros… ¡que los médicos le han recomendado un clima templado!

—¡No, me niego! Eso sí que no lo soporto —gritó Larry, poniéndose en pie de un salto— ¡ya es bastante con que Lugaretzia le enseñe a uno sus encías todas las mañanas, para encima tener que aguantar a la tía Hermione muriéndose a cachitos por las esquinas! Nada, tienes que disuadirla, Mamá… dile que no hay sitio.

—No puedo, querido; en la última carta le conté lo grande que era nuestra casa de ahora.

—Ya se le habrá olvidado —dijo Leslie con optimismo.

—En absoluto. Precisamente habla de eso… ¿dónde estaba?… ah, sí, aquí lo tengo: «Dado que ahora al parecer podéis costear una vivienda tan espaciosa, estoy segura, mi querida Louie, de que no le negaréis un rinconcito a una anciana que ya no vivirá por mucho tiempo». ¡Ya lo habéis oído! ¿Qué podemos hacer?

—Escríbele y dile que aquí ha estallado una epidemia de viruela; le mandas una foto del acné de Margo —sugirió Larry.

—No digas bobadas, hijo. Además, le conté que esto era muy sano.

—¡Por Dios, Mamá, contigo no hay quien pueda! —exclamó Larry indignado—. Yo que estaba soñando con un veranito tranquilo de trabajo, con unos pocos amigos selectos, y ahora nos va a invadir esa perversa camella vieja, que apesta a naftalina y canta himnos litúrgicos en el retrete.

—Querido, no exageres. Y no sé por qué sacas a relucir eso de los retretes: yo no la he oído cantar himnos litúrgicos en ninguna parte.

—No hace más que cantar himnos litúrgicos… «Condúcenos, Luz Celestial», mientras todo el mundo hace cola en el descansillo.

—Bueno, de todos modos tenemos que encontrar una buena excusa. Lo que no puedo hacer es escribirle diciendo que no la admitimos por cantar himnos.

—¿Por qué no?

—Sé razonable, querido; al fin y al cabo es familia nuestra.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Por qué tenemos que bailarle el agua a una vieja bruja por el mero hecho de ser familia nuestra, cuando lo único sensato sería quemarla en la hoguera?

—No es tan mala —protestó Mamá débilmente.

—Mi querida madre, de todos los siniestros parientes que nos han caído en suerte, la tía Hermione es decididamente la peor. El que te sigas tratando con ella, que me ahorquen si lo entiendo.

—Hombre, tengo que contestar sus cartas, ¿no?

—¿Por qué? Pon «Desconocido» en el sobre y devuélveselas.

—¿No puede uno de nosotros escribir diciendo que estás enferma? —sugirió Margo.

—Eso, decimos que los médicos han abandonado las esperanzas —dijo Leslie.

—Yo le escribo —dijo Larry con fruición—. Y le pongo uno de esos preciosos sobres ribeteados de negro… para darle al asunto un toque de verosimilitud.

—Tú no harás nada de eso —dijo Mamá con firmeza—. Si lo hicieras vendría corriendo a cuidarme. Ya sabes cómo es.

—Pero por qué te tratas con ellos; eso es lo que me gustaría saber —insistió Larry desesperado—. ¿Qué satisfacción te reporta? Todos están o fósiles o tarados.

—Oye, nada de tarados —dijo Mamá enojada.

—No lo niegues, Mamá… Mira a la tía Bertha, criando rebaños de gatos imaginarios… y qué me dices del tío abuelo Patrick, que se pasea desnudo por la casa y va contándole a todo el mundo cómo mataba ballenas con una navaja… Todos están como cabras.

—Todos tienen sus rarezas; porque son muy viejos, y es lógico que las tengan. Pero no están tarados —explicó Mamá, añadiendo con inocencia—: por lo menos, no como para que les encierren.

—Bueno, pues si los parientes amenazan con invadirnos, no nos queda más que un recurso —dijo Larry resignado.

—¿Cuál? —dijo Mamá, mirándole con expectación por encima de las gafas—. Mudarnos, por supuesto.

—¿Mudarnos? ¿Mudarnos de qué? —preguntó Mamá despistada.

—Mudarnos a una villa más pequeña. Así les podrás escribir a todas esas momias y decirles que no hay sitio.

—Pero no seas estúpido, Larry. No podemos estar siempre mudándonos de casa. Nos vinimos a ésta para alojar a tus amigos.

—Bueno, pues ahora nos vamos a otra para no alojar a los parientes.

—Pero no podemos estar siempre correteando de un lado a otro de la isla… la gente se creerá que nos hemos vuelto locos.

—Nos tomarán por más locos aun si aparece por aquí esa vieja arpía. De veras, Mamá, si viene no la soporto. Soy capaz de agarrar una de las escopetas de Leslie y atravesarle la faja de un tiro.

—¡Larry! Podrías no hablar así delante de Gerry.

—No es más que una advertencia.

Se hizo una pausa mientras Mamá limpiaba febrilmente sus gafas.

—Pero es que me resulta tan… tan… excéntrico eso de cambiar de casa como si tal cosa, querido —dijo por fin.

—No tiene nada de excéntrico —dijo Larry, sorprendido—; es una cosa perfectamente lógica.

—Claro que sí —asintió Leslie—; es un acto de legítima defensa.

—Anda, Mamá, sé razonable —dijo Margo—; al fin y al cabo, de sabios es mudarse.

Y así, teniendo presente aquel nuevo refrán, nos mudamos.

TERCERA PARTE

Tanto vive el hombre alegre (dicen) como el triste, y aún vive un día más.

Udall, *Ralph Roister Doister*

13. La villa blanca

Subida a una colina entre olivos, la nueva villa, blanca como la nieve, tenía por todo uno de sus lados una ancha terraza enmarcada por gruesa cornisa de parra. Delante había un jardincito de bolsillo bien tapiado, densa maraña de flores silvestres, sombreado por el lustroso follaje verde oscuro de un gran magnolio. El camino de tierra, surcado de baches, rodeaba la casa para bajar después entre olivares, viñedos y huertos hasta desembocar en la carretera. Apenas la vimos guiados por Spiro, la villa nos gustó. Decrépita pero inmensamente elegante entre los retorcidos olivos, su aspecto era el de una beldad dieciochesca en medio de un corro de fregonas. Mucho realzó sus encantos, desde mi punto de vista, el hallazgo de un murciélago en una de las habitaciones, colgado cabeza abajo y chirriando con sombría malevolencia. Yo me hice la ilusión de que seguiría pasando sus días en casa, pero tan pronto como nos mudamos decidió que aquello se estaba superpoblando y partió rumbo a algún olivo apacible. Lo lamenté, pero como tenía muchas otras cosas en que ocuparme se me olvidó en seguida.

Fue en la villa blanca donde conocí íntimamente a las mantis: hasta entonces las había visto de vez en cuando merodear por los arrayanes, pero sin prestarles mucha atención. Ahora no tenía más remedio que observarlas, porque en la colina donde se alzaba la villa las había a centenares, y en su mayoría mucho más grandes que las que había yo encontrado anteriormente. Se posaban desdeñosas en los olivos, entre el arrayán, en las bruñidas hojas del magnolio, y de noche convergían sobre las luces de la casa batiendo sus alas verdes como las ruedas de los vapores antiguos. Luego de aterrizar sobre mesas y sillas se ponían a dar zancadas con afectación, girando la cabeza de un lado a otro en busca de presa, mirándonos fijamente con sus ojos bulbosos y rostro sin mentón. Yo no sabía que pudieran alcanzar tan gran tamaño, pero algunas de las mantis que nos visitaban medían hasta once centímetros; aquellos monstruos no le temían a nada, y atacaban sin vacilar cosas tan grandes como ellas o incluso mayores. Debían creer que la casa era de su propiedad, y las paredes y techos, cotos de caza exclusivos suyos. Pero las salamanquesas que vivían en las grietas de la tapia del jardín pensaban lo mismo, por lo que insectos y reptiles se tenían declarada una guerra constante. La mayor parte de los encuentros eran meras escaramuzas entre individuos de ambas especies, en las que el equilibrio de fuerzas impedía que llegase la sangre al río. De cuando en cuando, sin embargo, se registraba una batalla espectacular. Tuve la suerte de presenciar uno de tales combates desde lugar privilegiado, ya que se desarrolló en los alrededores e interior de mi propia cama. Durante las horas diurnas, las salamanquesas residían bajo el yeso suelto de la tapia. Según declinaba el sol y la fresca sombra del magnolio envolvía casa y jardín iban apareciendo, asomando sus cabecitas por las rendijas para contemplar atentamente el

entorno con sus ojos dorados. Poco a poco, arrastraban hasta la superficie sus cuerpos gruesos y aplastados, seguidos de una cola cónica que a la luz del atardecer adquiría un color ceniciento. Cruzando con cautela el muro salpicado de musgo, se acogían a la seguridad de la parra para esperar allí a que oscureciese y se encendieran las lámparas. Entonces elegían su terreno de caza y reptaban hasta él por los muros, dirigiéndose unas a los dormitorios, otras a la cocina, mientras que algunas se quedaban en la misma terraza. Una de aquellas salamanquesas escogió mi alcoba como coto particular. Yo la conocía muy bien y la bauticé con el nombre de Gerónimo, porque sus asaltos contra los insectos eran tan astutos y premeditados como las hazañas del famoso piel roja. Gerónimo parecía ser superior a los demás animales de su especie. En primer lugar, vivía solo, debajo de un pedrusco del macizo de zinnias al pie de mi ventana, y no toleraba que ninguna otra salamanquesa se acercara a su vivienda, ni mucho menos que entrara en mi alcoba. Se despertaba antes que sus congéneres y salía de debajo de su piedra cuando todavía la luz del crepúsculo bañaba el muro y la villa. Trepaba a toda prisa por el encalado precipicio hasta llegar a mi ventana, por cuyo borde se asomaba a fisgar, y sacudía rápidamente la cabeza dos o tres veces, nunca supe si para saludarme o de satisfacción de hallarlo todo tal como lo dejara. Tragando saliva, se sentaba en el alféizar hasta que oscurecía y yo traía una lámpara; al resplandor dorado de la luz cambiaba entonces de color, del gris ceniciento a un pálido rosa perlado que hacía resaltar su bonito diseño de granitos, prestando a su piel un aspecto tan fino y delgado que daban ganas de que fuera transparente para poderle ver los entresijos de su oronda barriga. Con ojos chispeantes de entusiasmo subía contoneándose por la pared hasta su rincón favorito, el rincón exterior izquierdo del techo, y allí se colocaba cabeza abajo en espera de su cena.

La comida no tardaba mucho en aparecer. A la primera oleada de mosquitos y mariquitas, que Gerónimo despreciaba, seguían muy pronto las de típulas, crisopas, polillas pequeñas y robustos escarabajos. Observar la táctica cinegética de Gerónimo era todo un curso de educación. La crisopa o polilla, tras girar en torno a la lámpara hasta atontarse, aleteaba al techo y se posaba dentro del blanco círculo de luz. Colgado de su esquina, Gerónimo se ponía en tensión. Sacudía la cabeza un par de veces y luego empezaba a escurrirse disimuladamente por el techo, milímetro a milímetro, con la brillante mirada fija en el insecto. Poco a poco se deslizaba por el yeso hasta estar a unos quince centímetros de la presa: allí se detenía un instante y se le veía mover sus dedos almohadillados para afianzarse mejor. Los ojos se le abultaban de emoción, una sonrisa que quería ser de ferocidad horripilante se extendía por su rostro, la punta de la cola le temblaba imperceptiblemente, y con la suavidad de una gota de agua se arrojaba a través del techo; oíase un débil crujido, y Gerónimo se volvía radiante de satisfacción, con las patas y alas de su víctima

asomándole entre los labios cual extraño y estremecido bigote de morsa. Meneaba enérgicamente la cola con aire de cachorro contento, y corría presuroso a su rincón para deglutir la comida a gusto. Su increíble agudeza visual le permitía a menudo distinguir una polilla diminuta desde el otro extremo de la habitación, en cuyo caso iba bordeando el techo para capturarla.

Su actitud ante los rivales que pretendieran usurpar su territorio no podía ser más clara. Apenas habían tenido tiempo de izarse sobre el borde del alféizar y pararse a tomar aliento tras la larga escalada por el muro cuando se oía un latigazo, y Gerónimo cruzaba como una exhalación techo y pared para aterrizar en el alféizar con un golpe seco. Antes de que el recién llegado pudiera moverse, Gerónimo saltaba sobre él. Lo curioso era que, a diferencia de las demás salamanquesas, no atacaba al enemigo por el cuerpo ni la cabeza. Se lanzaba derecho por la cola del contrincante, y agarrándola con la boca a cosa de un centímetro de la punta tiraba de ella como un bulldog y la sacudía de lado a lado. El visitante, acobardado por tan insólito y rastrero ataque, recurría de inmediato al tradicional modo de defensa de los lagartos: se desprendía de la cola y escapaba a todo correr muro abajo hasta las zinnias. Gerónimo, un poco jadeante por el esfuerzo, se quedaba victorioso sobre el alféizar, con la cola del contrario colgándole de la boca y agitándose como una culebra. Tras asegurarse de la partida del rival, se instalaba cómodamente y procedía a comerse la cola, costumbre asquerosa que me producía profunda aversión. Pero al parecer era su forma de celebrar la victoria, y no quedaba de veras satisfecho hasta meterse todo el apéndice en su abultado estómago.

Las mantis que entraban volando en mi habitación solían ser bastante pequeñas. Gerónimo siempre quería pelearse con ellas, pero eran demasiado rápidas para él. Al contrario que los otros insectos, las mantis no hacían caso de la luz: en lugar de darle vueltas y vueltas a lo tonto, se colocaban en algún punto conveniente para devorar con toda tranquilidad a los danzantes cada vez que éstos se paraban a recuperar sus fuerzas. Sus ojos bulbosos debían ser tan agudos como los de la salamanquesa, pues siempre le veían venir y se corrían apresuradamente mucho antes de tenerle a distancia de combate. La noche de la gran pelea, sin embargo, Gerónimo se encontró con una mantis que, lejos de alzar el vuelo, salió a su encuentro, poniéndole en un verdadero apuro.

Yo llevaba bastante tiempo interesado por la reproducción de las mantis. Había visto al desgraciado macho encorvado sobre el dorso de una hembra que, con absoluta indiferencia, se lo iba comiendo por encima del hombro. Incluso después de desaparecidas cabeza y tórax por la pulcra boca de la hembra, la parte posterior del macho seguía cumpliendo con su deber. Habiendo contemplado su algo salvaje vida amorosa, yo tenía mucho empeño en presenciar la puesta y eclosión de los huevos. La ocasión surgió un día que, andando por el monte, me topé, por así decirlo, cara a cara

con una mantis hembra y de tamaño desmesurado que caminaba pomposamente por la hierba. Al ver que tenía el vientre dilatado comprendí que esperaba un feliz acontecimiento. Luego de pararse y balancearse sobre sus patas sueltas para observarme con frialdad, siguió su camino sorteando remilgosamente los tallos de hierba. Decidí que lo mejor sería capturarla para que pusiera los huevos en una capa donde yo los pudiese contemplar a placer. En cuanto advirtió que intentaba atraparla, la mantis giró en redondo y se irguió cuan larga era con las pálidas alas color jade extendidas y los dentados brazos curvados hacia arriba, en amenazadora actitud de desafío. Divertido ante su belicosidad frente a un ser inmenso respecto a ella, la cogí descuidadamente por el tórax con el pulgar y el índice. Al momento dobló sobre el dorso los largos y afilados brazos para cerrarlos sobre mi pulgar, y sentí como si me clavaran media docena de agujas. Sorprendido, la solté y me senté a chuparme la herida: tres de las pequeñas punturas eran realmente profundas, y al apretar me salían gotitas de sangre. Con ello aumentó mi respeto hacia la mantis; evidentemente era un insecto al que había que tomar en serio. A la segunda intentona tuve más cuidado y usé ambas manos, cogiéndola con una por el tórax mientras con la otra sujetaba los temibles brazos. En vano se retorció y quiso morderme, estirando su pérfida carita puntiaguda y pellizcándome la piel, pero sus mandíbulas eran demasiado débiles para hacerme ningún efecto. La llevé a casa y la recluí en mi alcoba en una jaula grande cubierta de gasa y artísticamente decorada con helechos, brezo y piedras entre los que se movía con esbelta elegancia. Le puse el nombre de Cicely —no por ninguna razón especial—, y desde entonces pasé largos ratos cazando mariposas para ella, mariposas que comía en grandes cantidades y con apetito al parecer incólume, mientras su vientre seguía engordando y engordando. Cuando ya me parecía que estaba a punto de poner los huevos, no sé cómo encontró un agujero y se escapó de la jaula.

Era de noche. Yo leía sentado en la cama cuando, con gran zumbido de alas, Cicely cruzó volando la habitación y aterrizó pesadamente en la pared, a unos tres metros del lugar donde Gerónimo se atareaba en eliminar los últimos restos de una polilla excepcionalmente velluda. Con los labios llenos de pelusa, se interrumpió y miró con asombro a Cicely. Seguro que jamás había visto una mantis de ese tamaño, porque Cicely medía por lo menos un centímetro más que él. Atónito ante sus dimensiones y pasmado por el descaro con que aquella criatura invadía sus dominios, durante algunos segundos Gerónimo no supo hacer otra cosa que quedársela mirando. Mientras tanto, Cicely giraba a todos lados la cabeza y miraba a su alrededor con aire de severo interés, como una solterona cualquiera en mitad de una galería de arte. Repuesto de la sorpresa, Gerónimo decidió que había que darle una lección a aquel insecto impertinente. Se limpió la boca en el techo, sacudió rápidamente la cabeza y agitó la cola de lado a lado, sin duda para acumular en sí una furia asesina. Cicely ni

se inmutó: siguió contemplando el entorno y balanceándose levemente sobre sus patas largas y delgadas. Gerónimo, atragantándose de ira, bajó despacio por la pared hasta detenerse a un metro de la mantis para comprobar el agarre de sus patas una a una. Cicely, con asombro bien simulado, hizo como si le viera por primera vez. Sin cambiar de postura, giró la cabeza y atisbo por encima del hombro. Gerónimo le lanzó una mirada de odio y tragó con más fuerza. Cicely, tras examinarle fríamente con sus ojos saltones, reanudó su inspección del techo como si no hubiera tal salamanquesa. Gerónimo se aproximó unos cuantos centímetros, restregó los dedos una vez más y estremeció la cola. Luego se lanzó hacia adelante, y ocurrió algo extraño. Cicely, hasta entonces aparentemente absorta en la inspección de una grieta del yeso, saltó al aire de improviso, dio media vuelta y aterrizó en el mismo sitio, pero con las alas abiertas como una capa, erguida sobre sus patas traseras y con ambos brazos curvados en posición de combate. Gerónimo no venía preparado para tan hostil recepción, y a una distancia de siete centímetros frenó y se le quedó mirando. Ella le devolvió la mirada con otras de provocador desprecio. Gerónimo parecía un tanto perplejo por todo el asunto; de acuerdo con su experiencia la mantis debería haber salido huyendo y volado al otro extremo de la habitación, y por el contrario allí estaba de punta, con los brazos dispuestos a acuchillarle y un manto verde de alas que crujía levemente con su balanceo. Pero a esas alturas no era ya lícito volver atrás: reunió energías y saltó al ataque.

Su velocidad y peso surtieron efecto: al dar de lleno en la mantis la hizo tambalearse y la agarró entre sus mandíbulas por la parte inferior del tórax. Cicely respondió cerrando ambas patas delanteras sobre las traseras de Gerónimo. Trabados y haciendo eses cruzaron el techo y la pared, cada uno intentando ganar ventaja sobre el otro. Luego hubo una pausa mientras los combatientes descansaban y se preparaban para un segundo asalto, sin soltarse. Yo me preguntaba si debería intervenir; no quería ver muerto a ninguno de los dos, pero al mismo tiempo la pelea era tan emocionante que no me daban ganas de separarlos. Antes de que lo decidiera se liaron otra vez.

Por alguna razón, Cicely estaba empeñada en arrastrar a Gerónimo por la pared al suelo, y él mostraba igual obstinación en tirar de ella hacia el techo. Así estuvieron cierto tiempo en tira y afloja, unas veces en una dirección y otras en otra, pero sin lograr nada decisivo. Entonces Cicely cometió su error fatal: aprovechando una de las treguas, se arrojó al aire, al parecer con la intención de volar al otro lado del cuarto con Gerónimo colgado de sus garras, cual águila que rapta un corderito. Pero no había contado con el peso de la salamanquesa. El repentino salto le cogió desprevenido y desprendió del techo las ventosas de sus dedos, pero ya en el aire se convirtió en un peso muerto, con el que ni siquiera Cicely podía cargar. En intrincada maraña de cola y patas cayeron sobre la cama.

La caída les sorprendió tanto a los dos, que se soltaron a la vez y se sentaron sobre la manta, contemplándose mutuamente con mirada abrasadora. Pensando que era una buena ocasión para interponerme entre ambos y declarar nulo el encuentro, iba a coger a los contendientes cuando volvieron a enzarzarse. Esta vez Gerónimo fue más listo y sujetó con la boca uno de los cortantes brazos de Cicely. Ella se vengó agarrándole por el cuello con el otro. Ambos luchaban con igual desventaja sobre la manta, porque se les enredaban en ella los dedos y garras y les hacía tropezar. Dando tumbos recorrieron la cama en todos los sentidos, para al fin poner rumbo a la almohada. Al llegar a ese punto uno y otro sufrían ya graves descalabros: Cicely tenía un ala aplastada y rota y una pata doblada e inútil, en tanto que Gerónimo mostraba en lomo y cuello numerosas llagas producidas por las garras delanteras de Cicely. Mi interés por saber quién ganaría era ya tan fuerte que ni pensé en detenerlos, sino que según se acercaban a la almohada desalojé la cama, porque no me seducía la idea de que Cicely me clavara una garra en el pecho.

La mantis daba la impresión de estar cansándose, pero cuando sus patas pisaron la tersa superficie de la sábana pareció recobrar ánimos. Lástima que aplicase sus nuevos arrestos a un objetivo vano. Soltó el cuello de Gerónimo y le agarró en cambio por la cola; ignoro si de ese modo pretendería levantarlo por el aire e inmovilizarlo, pero de hecho produjo el efecto contrario. Tan pronto como sintió las garras, Gerónimo se desprendió de su cola, pero el tremendo tirón que tuvo que dar para ello le hizo sacudir violentamente la cabeza, con el resultado de que se llevó el brazo de Cicely en la boca. Quedaron así Cicely con la trémula cola de Gerónimo apretada en una garra, y Gerónimo, sin cola y ensangrentado, con el brazo izquierdo de Cicely retorcido en la boca. Aún podía Cicely haber ganado la pelea atrapando rápidamente a Gerónimo antes de que él se desembarazara del brazo; pero estaba demasiado entorpecida por los bandazos de la cola, que en mi opinión tomaba por parte vital del adversario, y con su única garra la mantenía bien cogida. Gerónimo escupió el brazo y dio un salto adelante, cerró de golpe las mandíbulas, y la cabeza y el tórax de Cicely desaparecieron en su boca.

Con ello finalizaba la lucha; ya se trataba solamente de que Gerónimo aguantase hasta la muerte de Cicely. Las patas de ella se estremecían, sus alas se abrían como abanicos verdes y crujían al entrechocarse, latía su gran abdomen, y los movimientos de su cuerpo agonizante arrojaron a ambos al fondo de un pliegue de las sábanas. Durante largo rato no pude verlos; solamente se oía el débil aleteo de la mantis, que al fin cesó también. Hubo una pausa, y luego una cabecita arañada y ensangrentada asomó por el borde de la sábana y un par de ojos dorados me contemplaron con aire triunfal mientras Gerónimo se arrastraba cansino hasta la superficie. En un hombro le faltaba un trozo grande de piel, mostrando una llaga roja en carne viva; tenía el lomo moteado de coágulos de sangre, uno por cada punto en que Cicely le había clavado

las garras, y su sanguinolento muñón de cola iba dejando una estela roja por la sábana. Estaba deshecho, desmadejado y exhausto, pero victorioso. Allí se detuvo un rato, tragando aire, mientras yo le limpiaba el lomo con una bolita de algodón sujeta a un fósforo. Luego, a guisa de premio, le cacé cinco moscas gordas y se las di, y él se las comió con gusto. Ya un tanto reparadas sus fuerzas, emprendió lentamente el viaje por la pared hasta el alféizar, y de allí muro abajo a su guarida del macizo de zinnias. Evidentemente, había decidido que después de una lucha tan encarnizada le hacía falta un buen descanso. A la noche siguiente estaba de nuevo en su rincón de costumbre, tan animado como siempre, meneando con placer su muñón de cola a la vista del festín de insectos que se agolpaban en la lámpara.

Pasadas un par de semanas desde su gran batalla una noche apareció Gerónimo sobre el alféizar y, con gran asombro por mi parte, traía consigo otra salamanquesa. El recién llegado era pequeñito, como la mitad que Gerónimo, y de un color rosa perlado muy tenue con ojos grandes y lustrosos. Gerónimo pasó a su rincón, el recién llegado se instaló en el centro del techo y ambos se dedicaron a la caza del insecto con absoluta concentración, totalmente ajenos el uno del otro. Al pronto supuse que la nueva salamanquesa, por su aspecto primoroso, sería la esposa de Gerónimo, pero la investigación del macizo de zinnias me demostró que mantenía aún su piso de soltero. La nueva debía dormir en otro sitio, y sólo aparecía de noche para unirse a Gerónimo en la ascensión del muro hasta la alcoba. Conociendo la belicosa actitud de éste respecto a sus demás congéneres, me resultaba difícil entender su tolerancia en este caso. Imaginé que acaso sería un hijo o hija suyo, pero no parecía probable: yo sabía que las salamanquesas no hacen vida de familia, limitándose en cambio a poner los huevos y dejar que las crías se las apañen como puedan. Todavía no había decidido qué nombre poner a este nuevo habitante de mi alcoba cuando sufrió un final terrible. A la izquierda de la villa se extendía un amplio valle de césped, densamente poblado de retorcidos troncos de olivo. Rodeaban esta hondonada una serie de riscos de grava y arcilla de unos seis metros de alto, a cuya base crecía una espesa banda de arrayán, cubriendo los montones de piedras caídas. Desde mi punto de vista era un fecundo coto de caza, habitado por gran número de animales. Fue allí donde un día encontré un tronco de olivo grande y medio podrido, caído bajo los arbustos. Pensando que quizá cobijaría algo de interés, me puse a tirar de él con denuedo hasta darle la vuelta. En el surco que había abierto su peso se agazapaban dos criaturas cuya vista me dejó estupefacto.

Eran, a mi entender, dos sapos vulgares, pero los mayores de cuantos yo había visto. Cada uno tenía un diámetro mayor que el de un plato mediano. Eran de color verde grisáceo, muy granujientos, cubiertos por unos lados y otros de curiosas manchas blancas donde la piel aparecía brillante y sin pigmento. Allí estaban sentados cual dos budas obesos y leprosos, mirándome y tragando con ese aire tan

culpable de los sapos. Cogí uno en cada mano: era como sostener dos globos fláccidos de cuero. Ellos me guiñaron los bellos ojos dorados y se instalaron más a gusto entre mis dedos mirándome con confianza, mientras las anchas bocas de labios gruesos parecían esbozar sonrisas un tanto azoradas. Tanta era mi emoción ante el descubrimiento, que inmediatamente sentí que debía compartirlo con alguien para no explotar de gozo reprimido. Agarrando un sapo en cada mano corrí a la villa.

Cuando llegué sin aliento, Mamá y Spiro estaban en la despensa pasando revista a los comestibles. Sosteniéndolos en alto, les imploré que mirasen a mis maravillosos anfibios. Yo estaba junto a Spiro, por lo que al volverse se topó de buenas a primeras con una cara de sapo. Palideció su gesto ceñudo, se le saltaron los ojos y su piel adquirió un tinte verdoso; en ese momento su parecido con el sapo era notabilísimo. Tras sacar de un latigazo el pañuelo y llevárselo a la boca, Spiro corrió a la terraza dando traspiés y vomitó violentamente.

—No deberías enseñarle esas cosas a Spiro, hijo —me reprendió Mamá—. Sabes que no anda bien del estómago.

Señalé que el saber que Spiro no andaba bien del estómago no me autorizaba a imaginar que la vista de tan preciosas criaturas le afectara con aquella violencia. ¿Qué tenían de particular?, pregunté muy perplejo.

—No tienen nada de particular, querido; son preciosos —dijo Mamá, observándolos con cierta reserva—. Sólo que no a todo el mundo le gustan.

En esto entró de nuevo Spiro, lívido y secándose la frente con el pañuelo. Rápidamente me escondí los sapos a la espalda.

—Ay, señorito Gerrys —me dijo con voz lastimera—, ¿por qués me enseñas cosas así? Perdone que saliera afueras, señoras Durrells, pero le juros que cuando veo uno de esos bichos tengos que vomitar, y me pareciós mejor vomitar allí fueras que aquí dentros. No me vuelvas a enseñar esas cosas, señorito Gerrys, por favor.

Comprobé con desencanto que el resto de la familia reaccionaba poco más o menos como Spiro ante los sapos gemelos, y en vista de que nadie se aprestaba a compartir mi entusiasmo me los llevé tristemente a mi alcoba y los dejé con cuidado debajo de la cama.

Esa noche, ya encendida las lámparas, los saqué a dar un paseo por el cuarto y me entretuve en lanzarles insectos de los que pululaban por la lámpara. Los sapos caminaban pomposamente de un lado a otro para zamparse aquellos regalos, cerrando sus bocazas con un débil chasquido mientras su lengua pegajosa metía dentro el insecto. Irrumpió entonces en la habitación una polilla excepcionalmente grande e histérica, y pensando que sería un bocado exquisito me puse a perseguirla sin cuartel. Al fin se posó en el techo, fuera de mi alcance y a unos centímetros del compañero de Gerónimo. Como la polilla era casi el doble de grande que ella, la salamanquesa la respetó prudentemente. Pero a mí, empeñado en servírsela a mis sapos, no se me

ocurrió mejor cosa que arrojarle una revista. A la polilla ni la rozó y en cambio a la salamanquesa la cogió de lleno, en el preciso instante en que contemplaba absorta a una crisopa que se le estaba aproximando. La revista fue a estrellarse a un rincón, y con un ruido seco cayó la salamanquesa frente al mayor de los dos sapos. Antes de que el reptil pudiera recobrar el aliento o yo prestarle socorro, el sapo se inclinó hacia él con expresión bondadosa, desplomóse su mandíbula cual puente levadizo, la lengua salió y volvió a entrar portadora de la salamanquesa, y nuevamente se cerró la bocaza para reasumir su expresión de recatado buen humor. Gerónimo, que colgaba de su rincón cabeza abajo, no pareció inmutarse por la suerte de su compañero, pero a mí el incidente aquel me dejó horrorizado y pesaroso de haber sido el culpable. Rápidamente recogí a los sapos y los encerré en su cajón, por temor a que Gerónimo fuera la siguiente víctima de su ferocidad.

Aquellos sapos gigantes me intrigaban por muchos motivos. Primero, porque parecían ser de la especie común, pero mostraban aquellas curiosas manchas blancas en el cuerpo y las patas. Además, todos los sapos comunes que yo había visto medían sólo una cuarta parte del volumen de estos monstruos. Otra cosa chocante era el haberlos encontrado juntos debajo del tronco; dar con uno ya habría sido algo insólito, pero encontrar dos sentados uno al lado del otro era, en mi opinión, un descubrimiento fuera de serie. Hasta me preguntaba si no resultaría algo totalmente ignorado por la ciencia. Con esa esperanza los tuve encerrados debajo de mi cama hasta el jueves siguiente, cuando llegó Teodoro. Entonces me abalancé escaleras arriba y se los bajé para que los viera.

—¡Ajá! —observó Teodoro, examinándolos de cerca y empujando a uno de ellos con el dedo—; sí, desde luego son ejemplares muy grandes.

Sacó uno del cajón y lo depositó en el suelo, donde el animal se le quedó mirando con cara de pena y todo el aspecto de una bola de masa de pan enmohecida.

—Hum… sí —continuó Teodoro—; parecen ser… eh… sapos comunes, aunque, como ya digo, se trata de unos ejemplares realmente espléndidos. Esas curiosas manchas se deben a una falta de pigmentación. Yo diría que son producto de la edad, pero por supuesto… eh… puedo estar equivocado. Deben de ser muy viejos para haber llegado a… eh… haber alcanzado esas dimensiones.

Sus palabras me sorprendieron, pues nunca había sospechado que los sapos fueran animales particularmente longevos. Le pregunté a Teodoro qué edad solían alcanzar.

—Bueno, es difícil calcularlo… hum… empezando porque no hay estadísticas —señaló con ojos brillantes—, pero supongo que los de este tamaño pueden muy bien tener doce o hasta veinte años. Parece ser que aman mucho la vida. En alguna parte he leído casos de sapos emparedados en los muros y demás, que han resistido muchísimo tiempo en ese estado. En uno de los ejemplos creo recordar que era algo

así como veinticinco años.

Sacó del cajón al otro sapo y lo colocó junto a su compañero. Allí quedaron los dos parpadeando y tragando aire, inflándoseles al respirar sus costados fofos. Teodoro los contempló un momento y luego extrajo unas pinzas del bolsillo del chaleco. Salió al jardín y volteó varias piedras hasta encontrar una gruesa y húmeda lombriz de tierra. La cogió delicadamente con las pinzas y volvió a la terraza. Allí se acercó a los sapos y dejó caer la lombriz sobre las losas de piedra. El animal se hizo un nudo, y después empezó a desenroscarse lentamente. El sapo más próximo alzó la cabeza, parpadeó con rapidez y se volvió un poco hacia la lombriz, que seguía retorciéndose como un cabo de lana junto al fuego. El sapo se inclinó a mirarla con expresión de supremo interés.

—¡Ajá! —dijo Teodoro, y sonrió para su barba.

La lombriz efectuó un ocho convulsivo y el sapo se inclinó más, con emoción. Abrióse su bocaza, disparóse de ella la rosada lengua y la parte anterior de la lombriz pasó a las abiertas fauces. El sapo cerró la boca con un chasquido y el resto de la lombriz quedó enroscándose en el aire frenéticamente. Él se sentó y con gran esmero procedió a metérsela toda en la boca con ayuda de sus pulgares. Según iba entrando cada sección de la lombriz, el sapo tragaba hondo, cerrando los ojos con un gesto de dolor agudo. Lenta pero firmemente, trocito a trocito, la lombriz desapareció entre los gruesos labios, hasta que al fin no quedaba más que un centímetro colgante, estremeciéndose aún de un lado a otro.

—Hum —dijo Teodoro complacido—. Siempre me ha gustado verles hacer eso. Me recuerda a esos ilusionistas que se van sacando de la boca metros y metros de cintas de colores… eh… pero al revés, por supuesto.

El sapo parpadeó, tragó desesperadamente apretando los párpados y el último resto de la lombriz desapareció en su boca.

—Me pregunto —dijo Teodoro meditabundo—, me pregunto si se les podría enseñar a las ranas a tragar sables. Sería una experiencia interesante.

Cogió cuidadosamente a los sapos y los reintegró a su cajón.

—Sables que no estuvieran afilados, por supuesto —dijo, enderezándose y balanceándose sobre las puntas de los pies, con cara de regocijo—; con un sable afilado, al final en vez de tener una rana tendrías una ranura.

Y riendo bajito para sí se rascó un lado de la barba con el pulgar.

14. Las flores parlantes

No tuve que esperar mucho tiempo para recibir la desagradable noticia de que me habían encontrado un nuevo preceptor. Esta vez se trataba de cierto individuo llamado Kralefsky, en cuyos antepasados se enredaba un confuso revoltijo de nacionalidades con predominio de la inglesa. Mi familia me comunicó que era un hombre muy simpático y además muy amante de los pájaros, por lo que haríamos buenas migas. A mí este último dato no me impresionó en absoluto; estaba harto de conocer personas que se decían muy amantes de los pájaros y que, sagazmente interrogadas, resultaban no ser más que charlatanes ignorantes del aspecto de una abubilla, o incapaces de distinguir un colirrojo tizón de otro real. Suponía que lo de la afición a las aves del preceptor no sería sino un invento familiar para reconciliarme con la idea de reemprender los estudios. Seguro que su reputación de ornitólogo se fundaba en el hecho de haber poseído un canario a los catorce años. De modo que cuando me encaminé al pueblo para recibir mi primera lección, mi estado de ánimo no podía ser más negro.

Kralefsky vivía en los dos últimos pisos de una vieja mansión cuadrada y mohosa en las afueras de la población. Subí la amplia escalera y, dándomelas de valiente, aporreé con fuerza el llamador que decoraba la puerta principal. Luego esperé con el ceño fruncido y entreteniéndome en clavar perversamente el tacón de un zapato en el felpudo color corinto. Al fin, cuando ya me disponía a volver a llamar, sonaron unas pisadas suaves y la puerta se abrió de par en par, mostrando a mi nuevo preceptor.

Al punto decidí que Kralefsky no era un ser humano sino un gnomo disfrazado de persona mediante el uso de un traje anticuado pero muy elegante. Tenía una cabezota en forma de huevo, de cuyos parietales planos tiraba hacia atrás una joroba muy redondita. Esa circunstancia le daba el curioso aspecto de estar siempre encogiéndose de hombros y mirando al cielo. La cara se le afilaba con una nariz larga y aguileña de anchas aletas, y sus ojos, extraordinariamente grandes, eran acuosos, de un tono jerez claro. Había en ellos una mirada estática y lejana, como si su dueño estuviera despertando de un trance. La boca ancha y fina lograba combinar altivez y humor, y en aquel momento cubría su rostro con una sonrisa de bienvenida, dejando ver unos dientes iguales pero descoloridos.

—¿Gerry Durrell? —preguntó, cabeceando como un gorrión y extendiendo hacia mí las manos grandes y huesudas—. Tú eres Gerry Durrell, ¿verdad? Pasa, querido; pasa, por favor.

A una señal de su largo dedo índice entré tras él a un vestíbulo oscuro, donde el entarimado crujía protestando bajo una alfombra raída.

—Por aquí; aquí es donde vamos a trabajar —dijo Kralefsky con voz aflautada, mientras abría una puerta y me hacía pasar a una habitación pequeña y austeramente

amueblada. Dejé los libros sobre la mesa y tomé asiento donde él me indicó. Kralefsky se inclinó sobre la mesa apoyándose en las puntas de sus dedos cuidados con esmerada manicura, y me dirigió una vaga sonrisa. Contesté con otra, no muy seguro de qué se esperaba de mí.

—¡Amigos! —exclamó con entusiasmo—. Es muy importante que seamos amigos. Yo estoy totalmente, totalmente seguro de que vamos a ser buenos amigos. ¿Tú no?

Asentí seriamente, mordiéndome la lengua para no reír.

—¡La amistad —murmuró, cerrando los ojos extasiado ante la idea—, la amistad! ¡Ésa ha de ser nuestra base!

Quedó entonces en silencio moviendo los labios, y me pregunté si estaría rezando y por quién, si por mí, por él o por los dos. Una mosca le voló alrededor de la cabeza y se instaló confiada en su nariz. Kralefsky dio un respingo, la espantó, abrió los ojos y me miró parpadeando.

—Sí, eso es —insistió con firmeza—; seguro que seremos buenos amigos. Tu madre me ha dicho que te gusta mucho la historia natural. Con eso, ves, tenemos algo en común desde el principio… como si dijéramos un vínculo, ¿eh?

Introduciendo el dedo índice y el pulgar en el bolsillo del chaleco sacó un reloj grande de oro y lo miró con reproche. Suspiró, volvió el reloj a su sitio y se pasó la mano por la calva, que le brillaba como un canto rodado entre sus pelos de liquen.

—Yo hago algo de cría de pájaros, claro que en plan de aficionado —señaló con modestia—. He pensado que quizá te apetezca ver mi colección. De cualquier forma, media hora o así con nuestros amigos alados no nos vendrá mal antes de iniciar nuestras tareas. Además, esta mañana anduve un poco retrasado y a alguno de ellos hay que cambiarle el agua.

Subimos al piso de arriba por una escalera chirriante y nos paramos ante una puerta forrada de verde. Él sacó entonces un inmenso manojo de llaves que repiquetearon musicalmente mientras buscaba la indicada; la metió en la cerradura, le dio una vuelta y empujó la pesada puerta. De la habitación salió un chorro de luz cegadora, y con él un coro ensordecedor de canto de pájaros, como si el miserable pasillo de la casa de Kralefsky desembocara en las puertas mismas del Paraíso. Era aquello un inmenso desván que casi ocupaba todo el piso alto. Estaba sin alfombrar, y la única pieza de su mobiliario era una mesa grande de pino colocada en el centro. Pero las paredes estaban revestidas, desde el suelo hasta el techo, de hileras superpuestas de jaulas grandes y espaciosas llenas de docenas de pájaros que trinaban y revoloteaban. Cubría el suelo una capa delgada de alpiste, que bajo los pies exhalaba un grato crujido, como al andar por una playa de guijarros. Yo, fascinado por la multitud de pájaros, fui recorriendo lentamente el desván, deteniéndome a mirar cada una de las jaulas, mientras Kralefsky, que parecía haberse olvidado de mi

existencia, cogía una gran regadera de la mesa y saltaba ágilmente de jaula en jaula, llenando los bebederos.

Mi primera impresión de que todos los pájaros eran canarios resultó ser errónea; para mi deleite descubrí que había jilgueros pintados como payasos de rojo, amarillo y negro; verderones tan verdes y amarillos como las hojas de limonero en verano; pardillos con su pulcro traje de tweed blanco y chocolate; camachuelos de orondo buche rosado, y otras muchas especies. En una esquina del recinto encontré unas puertas de cristales que daban paso a un mirador. A cada extremo del mismo se había construido un gran aviario; en uno de ellos vivía un mirlo macho, negro y aterciopelado, con un pico chillón color amarillo plátano, y en el de enfrente un pájaro de aspecto semejante al de un tordo y vestido con el más suntuoso plumaje azul, una maravillosa combinación de matices desde el marino al celeste.

—Es un roquero solitario —anunció Kralefsky, asomando de improviso para señalarme el bello ejemplar—; me lo mandaron el año pasado, cuando aún era un polluelo… de Albania, sabes. Desdichadamente, todavía no he podido procurarle una dama.

Le dirigió un gesto amistoso con la regadera y volvió adentro. El roquero me miró con cara de pillo, infló el buche y emitió una serie de cloqueos breves que sonaban a risa entre dientes. Después de contemplarle a placer entré de nuevo en el desván, donde Kralefsky seguía llenando bebederos.

—¿Te apetecería ayudarme? —preguntó, fijando en mí su mirada ausente e inclinando la regadera, de modo que un fino hilillo de agua fue a derramarse sobre la punta de uno de sus relucientes zapatos—. Siempre pienso que todas estas tareas serían mucho más fáciles a cuatro manos. Verás, si tú sujetas la regadera… así… yo mientras voy sacando los bebederos… ¡estupendo! ¡Eso es! Así acabaremos en un periquete.

Y mientras yo llenaba de agua los cacharritos de barro, Kralefsky los cogía cuidadosamente entre dos dedos y los introducía con destreza por las puertas, como si metiera dulces en la boca de un niño. Al mismo tiempo nos hablaba a mí y a los pájaros con absoluta imparcialidad y en idéntico tono, de modo que yo no sabía si la observación iba destinada a mí o a alguno de los alados inquilinos de las jaulas.

—Pues sí, hoy están de muy buen humor; eso es por el sol, sabes… en cuanto empieza a dar por este lado de la casa se ponen a cantar, ¿verdad que sí? La próxima vez tienes que poner más… ¡sólo dos, hijita, sólo dos! Ni con toda la buena voluntad del mundo se le puede llamar a eso una nidada. ¿Te gusta esta nueva semilla? ¿Tú también la gastas? Por aquí hay muchos granívoros muy interesantes… No hagas eso con el agua limpia… Desde luego, la cría de algunos pájaros da mucho trabajo, pero en mi opinión merece la pena, sobre todo si se hacen cruces. Yo suelo tener buena mano para los cruces… excepto cuando no ponen más que dos huevos, claro…

¡pícaro, que eres un pícaro!

Al fin acabamos la operación y Kralefsky permaneció un momento contemplando sus pájaros mientras sonreía para sí y se limpiaba cuidadosamente las manos con una toallita. Luego me fue conduciendo todo alrededor del desván, parándose delante de cada jaula para darme la historia pormenorizada del pájaro correspondiente, sus progenitores y lo que pensaba hacer con él. Examinábamos en silencio complacidos un gordo y sonrosado camachuelo cuando, de improviso, un sonoro timbrazo se elevó sobre la algarabía de las aves. Observé lleno de asombro que aquel sonido parecía emanar de algún punto del estómago de Kralefsky.

—¡Caramba! —exclamó espantado, volviendo hacia mí una mirada de angustia —. ¡Caramba!

Introdujo índice y pulgar en el chaleco y sacó el reloj. Al oprimir un pequeño resorte cesó la alarma. Para mí fue una desilusión ver que el ruido tenía una explicación tan vulgar; disponer de un preceptor cuyo físico sonase a intervalos habría acrecentado en mucho el encanto de las clases. Kralefsky miró atentamente la esfera y su semblante se frunció en un gesto de contrariedad.

—¡Caramba! —repitió débilmente—, si ya son las doce… el tiempo corre que vuela… Y resulta que tú te marchas a y media, ¿verdad?

Reintegró el reloj al bolsillo y se alisó la calva.

—Bueno —dijo por fin—, me temo que en media hora no podremos hacer muchos avances pedagógicos. En vista de eso, y si te agrada por pasar el rato, propongo que bajemos al jardín a coger hierba cana para los pájaros. Les viene muy bien, sabes, sobre todo cuando están poniendo.

Conque bajamos al jardín y estuvimos recogiendo hierba cana hasta que el coche de Spiro bajó la calle dando bocinazos como un pato herido.

—Ése debe ser tu coche —observó cortésmente Kralefsky—. Sí que hemos recogido un buen montón de verde en este ratito. Tu ayuda me ha sido inapreciable. Bueno, mañana estarás aquí a las nueve en punto, ¿de acuerdo? ¡Eso es! Podemos considerar que no hemos perdido la mañana; ha sido una especie de introducción, un primer paso de conocimiento recíproco. Y espero que también de nuestra amistad. ¡Caramba, y eso es muy importante! Bueno, pues entonces, au revoir, hasta mañana.

Al cerrar yo las chirriantes verjas de hierro me saludó amablemente con la mano y luego se alejó a paso lento hacia la casa, dejando un rastro de flores amarillas de hierba cana y meneando su joroba entre los rosales.

Cuando llegué a casa, la familia quiso saber qué me parecía mi nuevo preceptor. Sin entrar en detalles, dije que le encontraba muy simpático y que estaba seguro de que nos haríamos muy amigos. A la pregunta de qué habíamos estudiado en nuestra primera sesión respondí, sin faltar a la verdad, que habíamos dedicado la mañana a la ornitología y la botánica. Eso pareció satisfacer a la familia. Pero yo descubrí muy

pronto que el señor Kralefsky era implacable en materia de trabajo y que estaba empeñado en educarme a pesar de cuantas ideas tuviere yo al respecto. Las lecciones eran pesadísimas, porque empleaba un método pedagógico que debió estar muy de moda allá por mediados del siglo dieciocho. La historia se servía en tajadas grandes e indigestas, con las fechas aprendidas de memoria. Allí sentados, las repetíamos en monótona cantinela, hasta que se convertían en algo así como un ensalmo y las canturreábamos mecánicamente, con la mente ocupada en otras cosas. En geografía tuve el disgusto de verme confinado en las Islas Británicas, y había que dibujar y rellenar innumerables mapas con las legiones de condados y sus capitales correspondientes. Luego había que aprenderse de memoria condados y capitales acompañados de los nombres de los ríos más importantes, principales productos, poblaciones y mucha más información plomífera y absolutamente inútil.

—¿Somerset? —trinaba señalándome con dedo acusador.

Yo fruncía el ceño intentando desesperadamente acordarme de algo de aquel condado. Kralefsky contemplaba mi lucha mental con ojos que se iban agrandando de impaciencia.

—Bueno —decía al cabo, cuando ya era evidente que mis conocimientos sobre Somerset eran nulos—, bueno, dejemos Somerset y pasemos a Warwickshire. Vamos a ver, Warwickshire: ¿capital? ¡Warwick! ¡Eso es! A ver, ¿y qué produce Warwick, eh?

Por lo que a mí tocaba, Warwick no producía cosa alguna, pero a voleo me decidía por el carbón. Había descubierto que si repetía machaconamente un mismo producto (con independencia del condado o ciudad de que se tratase), antes o después resultaría ser la respuesta correcta. La angustia de Kralefsky ante mis errores no era fingida; el día que le dije que Essex producía acero inoxidable se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero aquellos largos períodos de depresión quedaban más que compensados por el gozo y el placer sumos que le invadían cuando, por alguna extraña coincidencia, le contestaba bien a una pregunta.

Una vez a la semana nos torturábamos dedicando la mañana al francés. Kralefsky lo hablaba a la perfección, y oírme fusilar el idioma era superior a sus fuerzas. Pronto comprobó que era inútil tratar de enseñarme con los libros de texto normales, y los descartó en favor de los tres tomos de una obra sobre pájaros; pero aun con éstos se nos hacía la cosa cuesta arriba. De vez en cuando, en medio de la vigésima lectura de una descripción del plumaje del petirrojo, un gesto de severa decisión se adueñaba del rostro de Kralefsky. Cerraba el libro de golpe, se abalanzaba al vestíbulo y al minuto siguiente reaparecía con un airoso jipijapa en la cabeza.

—Creo que nos vendría bien… para desintoxicarnos un poco… salir a dar un pequeño paseo —anunciaba, lanzando una mirada de disgusto sobre *Les petits oiseaux de l’Europe*—. Vamos dando una vuelta y volvemos por la avenida, ¿eh?

¡Estupendo! Pero no debemos perder el tiempo, ¿verdad que no? Será una buena ocasión de practicar nuestro francés hablado, ¿no te parece? Así que nada de inglés, por favor; hay que decirlo todo en francés. Es la manera de irse familiarizando con un idioma.

De modo que callejeábamos por el pueblo en silencio casi total. Lo bueno de aquellos paseos era que, nos marcáramos el rumbo que nos marcáramos, antes o después acabábamos indefectiblemente en el mercado de pájaros. Nos pasaba como a Alicia en el jardín del Espejo: por mucha decisión con que emprendiéramos el camino opuesto, al poco nos encontrábamos en la placita llena de puestos con jaulas de mimbre amontonadas y el aire saturado de trinos. Aquí se olvidaba el francés; iba a perderse en el limbo junto al álgebra, la geometría, las fechas históricas, las capitales de condados y demás disciplinas. Con mirada encendida y emocionado semblante pasábamos de puesto en puesto, examinando detenidamente las aves y regateando ferozmente con los vendedores, y poco a poco los brazos se nos llenaban de jaulas.

De repente nos volvía a tierra el reloj del bolsillo del chaleco de Kralefsky, con su estridente timbre, y en las prisas por sacarlo y pararlo casi se le caía todo su inestable cargamento de jaulas.

—¡Caramba! ¡Las doce! Quién lo habría pensado, ¿eh? Tenme este pardillo, haz el favor, mientras paro el reloj… Gracias… Habrá que darse prisa, ¿eh? Pero así de cargados, dudo mucho que lleguemos a pie. ¡Vaya! Mejor será coger un coche. Es un lujo, desde luego, pero a la fuerza ahorcan, ¿verdad?

Corríamos al otro lado de la plaza, amontonábamos en un coche nuestras gorjeantes y revoloteantes compras y volvíamos a casa de Kralefsky, con el tintineo del arnés y el golpeteo de los cascos mezclándose agradablemente con el piar de nuestro cargamento.

Llevaba varias semanas trabajando con Kralefsky cuando descubrí que no vivía solo. En el transcurso de cada mañana había momentos en los que se detenía imprevistamente, en medio de una suma o de una retahíla de capitales de condado, y ladeaba la cabeza como escuchando.

—Perdóname un momento —decía entonces—. Tengo que ir a ver a mi madre.

Al principio aquello me dejaba perplejo, porque estaba convencido de que Kralefsky era demasiado mayor para tener viva a su madre. Tras mucho darle vueltas llegué a la conclusión de que no era sino su forma delicada de manifestar que tenía necesidad de ir al cuarto de baño, pues yo sabía que no todo el mundo compartía la naturalidad de mi familia al referirse a ese tema. Ni se me ocurrió pensar que, según esa hipótesis, Kralefsky visitaba el excusado con mayor frecuencia que ninguno de mis conocidos. Cierta mañana me había desayunado con una respetable cantidad de nísperos, y en plena lección de historia ejercieron sobre mí molestísimos efectos. En

vista de que Kralefsky era tan melindroso en materia de cuartos de baño, decidí que habría que plantear mi situación con delicadeza, y me pareció que lo mejor sería adoptar su misma terminología. Mirándole a los ojos le dije que me gustaría hacerle una visita a su madre.

—¿A mi madre? —repitió atónito—. ¿Visitar a mi madre? ¿Ahora?

Como yo no veía motivo de extrañeza, me limité a asentir.

—Bueno —dijo un tanto indeciso—, estoy seguro de que le agradará mucho conocerte, claro, pero será mejor que me acerque antes a ver si es oportuno.

Salió de la habitación, todavía ligeramente desconcertado, y regresó a los pocos minutos.

—A mi madre le encantará verte —anunció—, pero dice que si no te importará encontrarla un poco desaliñada.

Me pareció que hablar de un cuarto de baño como si fuera un ser humano era ya excesivo melindre, pero visto que Kralefsky tenía esa pequeña manía por el tema, mejor sería seguirle la corriente. Dije que no me importaba en absoluto que su madre estuviera hecha un desastre, porque la nuestra solía estarlo.

—Ah… eh… sí, sí, es natural —murmuró, dirigiéndome una mirada algo inquieta. Me condujo por un pasillo, abrió una puerta y, para mi total sorpresa, me hizo pasar a una gran alcoba sombría. La habitación era un bosque de flores; por todas partes había jarrones, floreros y tiestos, y en cada uno un manojo de capullos que refulgían en aquella penumbra como piedras preciosas a lo largo de una cueva. Un extremo de la habitación estaba ocupado por una cama enorme, y en ella, recostada sobre un montón de almohadas, yacía una figura diminuta, no mucho mayor que un niño de corta edad. Al acercarme observé que debía de ser muy anciana, porque la piel de sus finas facciones, aterciopelada y blanda, aparecía recubierta de una trama de arrugas. Pero lo sorprendente era el cabello, que en espesa cascada le caía sobre los hombros para extenderse después hasta la mitad del lecho. Era del más profundo y bello color caoba imaginable, intenso y encendido como una llama: me recordaba las hojas del otoño y el brillante pelaje invernal del zorro.

—Madre querida —susurró Kralefsky, cruzando la habitación y tomando asiento en una silla junto al lecho—, madre querida, está aquí Gerry que viene a verte.

La figura diminuta abrió los pálidos y finos párpados y me miró con grandes ojos castaños, vivos e inteligentes como los de un pájaro. De las profundidades de su melena color caoba sacó una mano delgada y muy bella, cargada de anillos, y me la tendió sonriendo con gesto travieso.

—Es para mí muy halagador que hayas querido verme —dijo con voz ronca y apagada—. Hoy en día, la mayoría de la gente se aburre con las personas de mi edad.

Azorado, murmuré no sé qué, y los chispeantes ojos me miraron con agudeza; luego exhaló una risa aflautada de mirlo y dio con la mano en el lecho.

—Siéntate —me invitó—; siéntate aquí a charlar un ratito.

Tomé con cuidado la masa de cabello y la aparté a un lado para poder sentarme sobre la cama. Era suave, sedoso y pesado, como una ola llameante que me chorreaba entre los dedos. La señora Kralefsky me sonrió y cogió entre los suyos un mechón, retorciéndolo suavemente hasta hacerlo brillar.

—La única vanidad que me queda —dijo—; el último resto de mi belleza.

Contempló entonces la riada de cabello como si se tratara de un animal querido o de alguna otra criatura totalmente ajena a su persona, y lo acarició con cariño.

—Es curioso —dijo—, muy curioso. Yo tengo la teoría, sabes, de que algunas cosas bellas se enamoran de sí mismas, como le sucedió a Narciso. Después, ya no necesitan ayuda para vivir; tanto les absorbe su propia hermosura que no viven más que para ella, nutriéndose de sí mismas, por así decirlo. De ese modo, cuanto más hermosas se hacen, más fuertes son, viven una existencia circular. Eso es lo que le ha sucedido a mi cabello. Es autosuficiente, crece sólo para sí, y el hecho de que mi cuerpo anciano haya caído en ruinas no le afecta en absoluto. Cuando me muera podrán rellenar con él todo el ataúd, probablemente seguirá creciendo cuando mi cuerpo no sea ya más que polvo.

—Vamos, vamos, madre, no debes hablar así —le reprendió dulcemente Kralefsky—. No me gustan esos morbosos pensamientos tuyos.

Ella volvió la cabeza y le miró con cariño.

—Pero si no es nada morboso, John; no es más que una teoría que yo tengo —explicó—. Además, imagínate qué sudario más bonito va a ser.

Bajó la mirada a su pelo, sonriendo de gozo. En el silencio sonó estridente el reloj de Kralefsky: su dueño dio un respingo, lo sacó del bolsillo y lo miró.

—¡Caramba! —dijo poniéndose en pie—, ya han debido incubarse esos huevos. ¿Me excusas un momento, madre? No tengo más remedio que ir a ver.

—Vete, vete —dijo ella—. Gerry y yo nos quedaremos charlando hasta que vuelvas… no te preocupes por nosotros.

—¡Eso es! —exclamó Kralefsky, y con su bamboleo característico cruzó rápidamente la habitación por el sendero flanqueado de flores, como un topo cavando en un arco iris. La puerta se cerró tras él con un suspiro, y la señora Kralefsky volvió la cabeza y me sonrió.

—Dicen —comenzó—, dicen que cuando uno se hace viejo, como yo, se reduce el ritmo vital de su organismo. Yo no lo creo. No, me parece una opinión totalmente errónea. Yo tengo la teoría de que no es uno mismo el que frena, sino que es la vida la que va frenando a los ojos de uno. ¿Me comprendes? Todo se hace más pausado, por así decirlo, y al contemplar las cosas a cámara lenta se aprecia mucho más. ¡Qué cosas se ven entonces! ¡Qué cosas tan extraordinarias se nos revelan a nuestro alrededor, que antes ni siquiera habíamos sospechado! ¡Es verdaderamente una

aventura encantadora, deliciosa!

Suspiró satisfecha y paseó la mirada en torno.

—Las flores, por ejemplo —dijo, señalando los capullos que llenaban el cuarto—. ¿Tú has oído hablar a las flores?

Muy intrigado, negué con la cabeza; la idea de que las flores hablasen me era totalmente nueva.

—Pues te aseguro que sí hablan —continuó—. Mantienen largas conversaciones entre sí… yo al menos supongo que serán conversaciones, porque, naturalmente, no comprendo lo que dicen. Cuando seas tan viejo como yo es probable que también las oigas; siempre, claro está, que conserves el espíritu abierto para ese tipo de cosas. La mayoría de la gente dice que según se va envejeciendo uno no cree nada y nada le sorprende, y en consecuencia se es más receptivo para las ideas. ¡Tonterías! Todos los viejos que yo conozco han tenido la mente cerrada como una ostra gris y escamosa desde su primera juventud.

Me miró entonces con severidad.

—¿Te parece que digo cosas raras? Que chocheo, ¿eh? ¿Que es absurdo que las flores conversen entre sí?

Rápida y sinceramente lo negué. Dije que me parecía muy probable que las flores hablasen. Señalé que los murciélagos producían chillidos débiles que yo podía oír, pero que por ser demasiado agudos le resultaban inaudibles a una persona de más edad.

—¡Exactamente, exactamente! —exclamó encantada—. Es una cuestión de distinta longitud de onda. Yo lo atribuyo todo a ese proceso de frenado. Otra cosa que no se aprecia cuando se es joven es que las flores tienen personalidad. Son distintas unas de otras, lo mismo que las personas. Mira, te voy a mostrar un caso. ¿Ves aquella rosa de allí, que está sola en el florero?

Sobre una mesita rinconera, entronizada en un florerito de plata, había una magnífica rosa aterciopelada, de un color granate tan oscuro que diríase casi negro. Era una flor deslumbrante, con pétalos de perfecta curvatura, de piel tan tersa e inmaculada como el ala de una mariposa recién nacida.

—¿Ves qué preciosidad? —me preguntó la señora Kralefsky—. ¿Ves qué maravilla? Pues lleva ahí dos semanas. Casi no lo puedes creer, ¿verdad? Y cuando vino no estaba en capullo. No, no, venía ya bien abierta. ¿Pero sabes que estuvo tan enferma que temí que no saliera adelante? La persona que la cortó tuvo el tremendo descuido de ponerla con un manojo de margaritas. ¡Fatal, absolutamente fatal! No te puedes imaginar lo cruel que es la familia de las margaritas. Son unas flores muy toscas, muy plebeyas, y claro, poner entre ellas una aristócrata como la rosa es simplemente buscarle tres pies al gato. Cuando llegó estaba tan ajada y descolorida que yo ni siquiera la vi entre las margaritas. Pero por suerte las oí. Yo estaba aquí

echando una cabezadita cuando empezaron, sobre todo, según me pareció, las amarillas, que siempre son tan pendencieras. Bueno, naturalmente yo no entendía lo que estaban diciendo, pero sonaba horrible. Al principio no me di cuenta de a quién se dirigían; creí que discutían entre sí. Entonces me levanté a echar un vistazo, y me encontré a esa pobre rosa toda espachurrada en medio de las otras, que no hacían más que ensañarse con ella. La saqué, la puse sola y le di media aspirina. La aspirina es muy buena para las rosas. Monedas de dracma para los crisantemos, aspirina para las rosas, coñac para el guisante de olor, y para las flores carnosas del tipo de las begonias, unas gotitas de zumo de limón. Pues volviendo a nuestra rosa: apartada de la compañía de las margaritas y con el tentempié se reanimó en seguida y ahora está muy agradecida; se nota que está haciendo un esfuerzo por conservarse bella el mayor tiempo posible, en prueba de gratitud.

Al decir esto dirigió una mirada afectuosa a la flor, espléndida en su peana de plata.

—Sí, yo he aprendido muchas cosas sobre las flores. Son como las personas. Si juntas muchas, se incordian unas a otras y empiezan a marchitarse. Si mezclas algunas clases, se produce una forma espantosa de clasismo. Y, claro está, el agua es muy importante. ¿Sabes que algunas personas creen que está bien cambiarles el agua todos los días? ¡Espantoso! Se las oye morirse si se hace eso. Yo les cambio el agua una vez a la semana, le echo un puñado de tierra y se conservan magníficas.

Abrióse la puerta y entró Kralefsky, bamboleándose con sonrisa triunfal.

—¡Han salido todos! —anunció—, los cuatro. Estoy contentísimo. Me tenía muy preocupado: era su primera nidada.

—Qué bien, querido; cuánto me alegro —dijo encantada la señora Kralefsky—. Te lo has merecido. Pues mira, Gerry y yo hemos tenido una conversación muy interesante. A mí, al menos, me lo ha parecido.

Poniéndome en pie, señalé que también a mí me había parecido muy interesante.

—Tienes que venir a verme alguna otra vez, si no te resulta aburrido —me dijo—. Mis ideas las encontrarás quizá un poquito excéntricas, pero no está de más oírlas.

Sumida en el lecho bajo su inmensa cabellera, me sonrió y alzó una mano con elegante gesto de despedida. Yo crucé la habitación detrás de Kralefsky, y al llegar a la puerta me volví para dirigirle una sonrisa. Yacía inmóvil, sumisa bajo el peso de sus cabellos. De nuevo alzó la mano. En la penumbra, me pareció como si las flores se hubieran aproximado a ella, rodeando atentamente su cama en espera de que les contase algo: una reina anciana y consumida, yaciendo en medio de su corte de flores susurrantes.

15. Los bosques de Cyclamen

A unos ochocientos metros de la villa se alzaba un cerro cónico bastante extenso, cubierto de hierba y brezo y coronado por tres minúsculos olivares, separados por anchos macizos de arrayán. Yo los llamaba Bosques de Ciclamen, porque en el buen tiempo la tierra al pie de los árboles se teñía de rojo con las flores de ciclamen, que allí parecían crecer más apretadas y abundantes que en ningún otro punto de la isla. Los bulbos redondos y lustrosos, de piel frágil y quebradiza, brotaban aglomerados como ostras, cada uno con su haz de hojas verde oscuro veteadas de blanco, un manantial de flores como copos de nieve manchados de rojo.

Los Bosques de Ciclamen era un lugar excelente para pasar la tarde. Tumbado a la sombra de los olivos, veía desde allí todo el valle, un mosaico de campos, viñedos y huertos, hasta donde el mar brillaba entre los troncos de los árboles, salpicándose de mil chispas encendidas al apretarse perezoso contra la costa. El cerro parecía tener su brisa propia, aunque modesta, y por mucho calor que hiciera en el valle, en los tres olivares soplaba constantemente un viento leve, susurraban las hojas y los lánguidos ciclámenes cabeceaban en eterno saludo. Era el sitio ideal para descansar después de una implacable cacería de lagartos, cuando la cabeza me latía de calor, se me pegaba al cuerpo la ropa descolorida por el sudor y los tres perros sacaban sus lenguas rosadas para jadear como locomotoras antiguas de juguete. Así estábamos descansando un día cuando se me presentó la ocasión de adquirir dos nuevos animales, desencadenando indirectamente una serie de acontecimientos que afectarían a Larry y al señor Kralefsky.

Con la lengua afuera, los perros se habían tirado entre las flores y yacían tripa abajo, estirando las patas posteriores para cubrir la mayor extensión posible de tierra fresca. Tenían los ojos entornados y la papada oscura de saliva. Yo estaba recostado en un tronco de olivo que llevaba los últimos cien años adquiriendo las características de un respaldo perfecto, y oteaba los campos tratando de identificar a mis amigos campesinos entre las manchitas de color en movimiento. Muy abajo, sobre un cuadrado rubio de maíz crecido, apareció una pequeña forma blanca y negra, como una cruz de Malta, que planeando velozmente sobre los llanos cultivados se dirigía derecho a la cima. Al aproximarse a donde yo estaba, la urraca emitió tres graznidos secos que sonaron con sordina, como si llevara el pico lleno de comida. Recta como una flecha se zambulló en la copa de un olivo no muy lejano; hubo una pausa, y de entre el follaje salió un coro de gritítos agudos que subió en crescendo para luego apagarse lentamente. De nuevo oí graznar a la urraca con voz suave y amonestadora; saltó de las ramas y descendió planeando por la ladera. Esperé hasta verla convertida en un mero puntito, una mota de polvo flotando sobre el encrespado triángulo de viñas en el horizonte; entonces me levanté y rodeé con sigilo el árbol de donde habían

salido los curiosos sonidos. En las ramas altas, semiescondido por las hojas verdes y plateadas, distinguí un amasijo oval de palitos, una especie de gran balón peludo. Lleno de emoción, empecé a trepar tronco arriba, mientras los perros se reunían al pie para observarme con sumo interés; ya cerca del nido, bajé la vista y el estómago me dio un vuelco, porque las cabezas de los perros, que me miraban preocupados, aparecían del tamaño de pimpinelas. Me sudaban las palmas de las manos; con cuidado, fui corriéndome por las ramas hasta acurrucarme junto al nido, entre las hojas rizadas por la brisa. Era una construcción enorme, un gran cesto de palitos entretejidos con esmero, con un tazón hondo de barro y raicillas en el centro. El agujero lateral de entrada era pequeño, y las ramitas que lo rodeaban estaban erizadas de espinas agudas, lo mismo que los costados del nido y el redondo tejado de cestería. Era el tipo de nido pensado para desanimar al ornitólogo más ardiente.

Intentando no mirar hacia abajo, me tumbé sobre una rama e introduciendo la mano cuidadosamente en el espinoso envoltorio rebusqué en su interior. Sentí bajo los dedos la masa blanda y temblorosa de piel y plumón, y un coro estridente de píos salió de dentro del nido. Con mucho tiento cerré los dedos en torno a un bebé gordo y caliente y lo saqué. A pesar de mi entusiasmo, había que reconocer que no era ninguna belleza. El pico chato, con un pliegue amarillo en cada comisura, la cabeza calva y los ojos semicerrados y pitañosos se unían para darle un aspecto borracho y bastante estúpido. Por todas partes le colgaba la piel en bolsas y arrugas, aparentemente sujeta de mala manera a la carne por cañones negros. Entre las patas raquíticas aparecía un enorme estómago fláccido, con la piel tan delgada que a su través se distinguían vagamente los órganos internos. El pollo se asentó sobre mi mano, con la barriga extendida como un globo lleno de agua, y pió esperanzadamente. Hurgando de nuevo en el nido encontré otros tres pollos, cada uno tan repulsivo como el primero. Tras examinarlos atentamente uno a uno y pensarlo un poco, decidí llevarme dos y dejarle los dos restantes a la madre. Me pareció lo más equitativo, y estaba seguro de que ella no tendría nada que objetar. Escogí el mayor (porque crecería rápidamente) y el más pequeño (por su patético aspecto), los envolví tiernamente en mi camisa y bajé con cuidado. Al mostrarles la nueva adición al zoológico, Widdle y Puke decidieron de inmediato que debían de ser comestibles y trataron de comprobarlo. Después de regañarles, se los enseñé a Roger. Él los olisqueó con su gesto habitual y retrocedió prestamente al ver que los pollos estiraban el cuello largo y pellejudo, abriendo de par en par la roja boca y piando con energía.

Durante la vuelta a casa con mis nuevos protegidos fui todo el rato pensando qué nombre ponerles; aún me debatía con ese problema cuando llegué a la villa y encontré a la familia, que venía de compras en el pueblo, saliendo del coche. Acercándoles los polluelos en la mano, Pedí que alguien me sugiriera un buen par de nombres. Todos se volvieron a contemplarlos y cada uno reaccionó a su estilo.

—¡Qué monada! —dijo Margo.

—¿Con qué los vas a alimentar? —preguntó Mamá.

—¡Qué cosa tan repugnante! —dijo Leslie.

—¿Más animales? —exclamó Larry con desagrado.

—Válgame, señorito Gerrys —dijo Spiro con cara de asco—, ¿qué son?

Repliqué con frialdad que eran urracas pequeñas y que yo no le había pedido a nadie su opinión sobre ellas, sino simplemente alguna sugerencia para ponerles nombre. ¿Cómo podían llamarse?

—Pobrecitas criaturas, mira que quitarlas de su madre —dijo Margo.

—Espero que serán ya lo bastante mayores para comer solas, querido —dijo Mamá.

—¡Qué barbaridad! Las cosas que encuentras el señorito Gerrys —dijo Spiro.

—Tendrás que vigilarlas para que no roben —dijo Leslie.

—¿Roban? —preguntó Larry alarmado—. ¿No son las grajillas las que roban?

—Y las urracas —dijo Leslie—; menudas ladronas son las urracas.

Larry sacó del bolsillo un billete de cien dracmas y lo agitó ante los pollos: al punto se irguieron, estiraron el cuello con el pico abierto de par en par y se revolvieron frenéticos. Larry retrocedió rápidamente.

—¡Tienes razón, qué demonios! —exclamó muy excitado—. ¿Habéis visto? ¡Nada más ver el dinero se disponen a desvalijarme!

—No seas ridículo, querido; lo que pasa es que tienen hambre —dijo Mamá.

—Nada de eso, Mamá… ¿no has visto cómo se me tiraban? Es el dinero… ya a esa edad tienen instintos delictivos. No nos podemos quedar con unos bichos así; sería como vivir con Arsenio Lupin. Llévatelos y los dejas donde estaban, Gerry.

Candorosa y falazmente expliqué que no podía hacerlo, porque la madre los abandonaría y perecerían de hambre. Ese argumento surtió el efecto previsto sobre Mamá y Margo.

—No vamos a dejar que las pobres criaturitas se mueran de hambre —protestó Margo.

—Yo no veo ningún inconveniente en quedarnos con ellas —dijo Mamá.

—Te arrepentirás —dijo Larry—; son ganas de buscarse complicaciones. Nos expoliarán toda la casa. Tendremos que enterrar todas las cosas de valor y ponerles un vigilante armado. Es una locura.

—No digas tonterías, querido —dijo Mamá tratando de calmarle—. Podremos tenerlos en una jaula y sacarles sólo a que hagan ejercicio.

—¡Ejercicio! —exclamó Larry—. Le llamarás ejercicio a que revoloteen por todos lados con billetes de cien dracmas en sus cochinos picos.

Yo prometí seriamente que bajo ninguna circunstancia se les permitiría robar. Larry me miró con desconfianza. Señalé que aún estaban sin bautizar, pero a nadie se

le ocurría un nombre apropiado. Todos nos quedamos mirando a los temblorosos pollos, pero no nos soplaba la inspiración.

—¿Y qué van a hacer con esas porquerías? —preguntó Spiro.

Con cierta acritud le respondí que pensaba quedarme con ellas, y que además no eran ninguna porquería, sino unas urracas.

—¿Cómos se llaman? —preguntó Spiro, frunciendo el ceño.

—Urracas, Spiro, urracas —dijo Mamá con pronunciación clara y pausada.

Spiro se quedó rumiando la nueva adición a su vocabulario inglés, repitiéndola entre dientes para aprendérsela bien.

—Gurracas —dijo por fin—; gurracas, ¿no?

—Urracas, Spiro —le corrigió Margo.

—Pues esos es lo que he dichos —replicó Spiro indignado—, *gurracas*.

Desde aquel momento renunciamos a buscarles nombre y pasaron a llamarse simplemente las Gurracas.

Transcurrido el período de voracidad necesario para que adquirieran toda su pluma, Larry estaba ya tan acostumbrado a verlas por casa que se olvidó de sus presuntos hábitos delictivos. Gordas, lustrosas, locuaces, posadas sobre su cesta y batiendo las alas con energía, las Gurracas eran la imagen misma de la inocencia. Todo fue bien hasta que aprendieron a volar. Las primeras etapas consistían en saltar de la mesa de la terraza, aletear con frenesí y planear hasta estrellarse en las losas de piedra, unos cinco metros más abajo. Su valor fue robusteciéndose al tiempo que sus alas, y no hubo que esperar mucho para presenciar su primer vuelo auténtico, una especie de tiovivo alrededor de la villa. Estaban tan bonitas con la larga cola reluciente al sol, las alas silbando al bajar como flechas para pasar por debajo de la parra, que llamé a la familia para que saliera a verlas. Conscientes de su público, las Gurracas se pusieron a volar cada vez más deprisa, persiguiéndose la una a la otra, tirándose contra el muro para esquivarlo a unos pocos centímetros, haciendo juegos de acrobacia en las ramas del magnolio. Hasta que una de ellas, excesivamente fiada de nuestros aplausos, calculó mal la distancia, chocó con la parra, fue a estrellarse en la terraza y, en lugar de un ágil y temerario as de la aviación, me encontré con un desconsolado paquete de plumas que abría la boca para gemir tristemente cuando lo recogí y traté de reanimarlo.

Pronto aprendieron que la cocina era un lugar excelente de visita con tal que permanecieran en el umbral; en el cuarto de estar y el comedor no entraban nunca si había alguien; de las alcobas, sabían que la única donde que se garantizaba una cálida acogida era la mía. En las de Mamá y Margo entraban, pero continuamente se les estaba diciendo que no hicieran esto ni aquello, y se aburrían. Leslie no les permitía pasar más allá del alféizar de su ventana, y dejaron de visitarle a partir del día en que se le disparó accidentalmente una escopeta. Aquello les produjo un ataque de nervios,

y creo que tenían la vaga impresión de que Leslie había atentado contra sus vidas. Pero el cuarto que más les intrigaba y fascinaba era, por supuesto, el de Larry, posiblemente porque nunca lograban echarle un buen vistazo. Antes de tocar siquiera el alféizar recibían tales rugidos de ira, seguidos de rápida lluvia de proyectiles, que no tenían más remedio que aletear velozmente hasta la seguridad del magnolio. Incapaces de comprender la actitud de Larry, dedujeron que si armaba todo aquel alboroto sería porque tenía algo que ocultar, y se impusieron el deber de encontrarlo. Para ello esperaron pacientemente hasta una tarde en que Larry salió a darse un baño y dejó la ventana abierta.

Yo no descubrí a qué actividad se estaban dedicando las Gurracas hasta que volvió Larry; las eché de menos, pero supuse que habrían volado monte abajo a robar uvas. Es obvio que tenían conciencia de estar haciendo una maldad porque, aunque habitualmente locuaces, llevaron a cabo su incursión en silencio y (según Larry) turnándose de centinelas en el alféizar. Allí es donde él, al subir por el monte, vio con horror a una de ellas y le gritó iracundo. El pájaro dio un chillido de alarma, el otro salió de la habitación y ambos volaron al magnolio graznando con voz ronca, como escolares sorprendidos saqueando un huerto. Larry entró corriendo en casa y se abalanzó a su cuarto, agarrándome por el camino. Al abrir la puerta exhaló un alarido de alma en pena.

Las Gurracas habían registrado el cuarto con la minuciosidad de un agente secreto en busca de planos. Como cúmulos de hojas otoñales yacían por el suelo montañas de papeles escritos a mano y a máquina, decorados en su mayoría con primoroso encaje de agujeros. Hay que decir que las Gurracas sentían pasión por el papel. La máquina de escribir aparecía en mitad de la mesa cual caballo destripado en el ruedo, saliéndosele la cinta por todas partes y con las teclas salpicadas de excremento. Una escarcha de brillantes clips recubría alfombra, cama y mesa. Las Gurracas, sin duda llevadas de la sospecha de que Larry fuera traficante de drogas, habían luchado valerosamente con la lata de bicarbonato hasta derramar su contenido sobre una fila de libros, confiriéndoles todo el aspecto de una cordillera nevada. La mesa, el suelo, los manuscritos, la cama, y sobre todo la almohada, aparecían adornados con artística y original cadeneta de pisadas en tintas verde y roja, como si cada una de las aves hubiera vertido su color favorito para pasearse en él. El frasco de tinta azul, que no había resultado tan llamativo, estaba intacto.

—Esto es el colmo —dijo Larry con voz temblorosa—, el verdadero colmo de los colmos. O haces algo con esos animales, o les retuerzo el cuello personalmente.

Yo protesté que no podía culpar a las Gurracas. Les llamaban la atención los objetos, expliqué; no lo podían evitar, estaban hechas así. Todos los miembros de la familia de los córvidos, continué acudiendo con calor a su defensa, eran curiosos por naturaleza. No tenían conciencia de haberse portado mal.

—No pretendo que me des una conferencia sobre la familia de los córvidos —dijo Larry amenazador—, y no me interesa el sentido moral de las urracas, sea heredado o adquirido. Lo único que te digo es que o te deshaces de ellas o las encierras, porque en caso contrario les voy a arrancar las alas de cuajo.

El resto de la familia, ante la imposibilidad de sestear mientras durase la discusión, acudió a averiguar la causa del alboroto.

—¡Dios santo! Pero, querido, ¿qué has hecho? —preguntó Mamá, paseando la vista por la habitación arrasada.

—Mamá, no estoy de humor para contestar preguntas imbéciles.

—Deben haber sido las Gurracas —dijo Leslie, con la satisfacción con que el profeta ve cumplidas sus profecías—. ¿Te falta algo?

—No, no falta nada —dijo Larry con rencor—; ese detalle me lo han perdonado.

—Tus papeles han quedado hechos una pena —observó Margo.

Larry la miró un momento, respirando hondo.

—Qué eufemismo tan magistral —dijo por fin—; siempre encontrarás la estupidez más apropiada para resumir una catástrofe. Cómo envidio tu incapacidad pensante frente a la Fatalidad.

—No hay por qué insultar —dijo Margo.

—Larry no habla en serio, querida —explicó Mamá faltando a la verdad—; es natural que esté disgustado.

—¿Disgustado? ¿Disgustado? Esos buitres tiñosos me asaltan esto como un par de críticos, me destrozan y empuercan el manuscrito cuando ni siquiera estaba aún terminado, ¿y te parece que estoy disgustado?

—Es muy enojoso, querido —dijo Mamá, intentando mostrarse vehemente—, pero estoy segura de que no lo han hecho a propósito. Ten en cuenta que no entienden… no son más que unos pájaros.

—Mira, no empieces —dijo Larry con ferocidad—. Ya he tenido que soportar un discurso sobre el bien y el mal en la familia de los córvidos. Vuestra actitud ante los animales es algo repugnante: tanta cursilería antropomórfica para excusarles, pobrecitos. ¿Por qué no os hacéis todos Adoradores de las Urracas y construís un templo en su honor? No parece sino que soy yo el culpable, y que es culpa mía que mi cuarto esté como si acabara de saquearlo Atila, rey de los hunos. Pues os lo aviso: si no se hace algo con esos bichos de inmediato, yo mismo me encargaré de ellos.

Como Larry parecía dispuesto a realizar sus propósitos asesinos, decidí que sería más prudente poner a las Gurracas a buen recaudo; mientras pensaba qué hacer con ellas, las hice entrar en mi alcoba con ayuda de un huevo crudo y las encerré en su cesto. Era obvio que habría que meterlas en una jaula, pero tendría que ser realmente espaciosa, y no me consideraba capaz de emprender yo solo la construcción de un aviario grande. Sería inútil pedir la colaboración de la familia, y no vi otro recurso

que engatusar al señor Kralefsky. Podía venir a pasar el día con nosotros, y una vez acabada la jaula tendría oportunidad de enseñarme a luchar, cosa que yo venía esperando desde hacía mucho tiempo y para la que esta ocasión parecía ser ideal. La habilidad pugilística del señor Kralefsky no era, según descubrí, más que uno de sus muchos talentos ocultos.

Además de su madre y de sus pájaros, Kralefsky tenía otra gran ilusión en la vida, a saber, un mundo enteramente imaginario que se había creado para sí, un mundo en el que siempre estaban sucediendo aventuras insólitas y apasionantes, protagonizadas por sólo dos personajes: él (en el papel de héroe) y un miembro del sexo opuesto a quien generalmente se aludía con el nombre de La Dama. Al observar que yo parecía dar crédito a las anécdotas que me relataba, fue tomando más confianza, y día a día me permitía entrar un poco más en su paraíso privado. Todo empezó una mañana, mientras hacíamos una pausa para tomar café con galletas. No sé cómo la conversación derivó al tema de los perros, y yo confesé que tenía deseos vehementes de poseer un bulldog, criatura que encontraba de una fealdad irresistible.

—¡Caramba, sí! ¡Los bulldogs! —dijo Kralefsky—. Estupendos animales, fieles y valerosos. Lástima que no se pueda decir lo mismo de los bull-terriers.

Sorbió el café y me miró tímidamente; intuyendo que esperaba que yo se lo sonsacase, pregunté qué le hacía pensar que los bull-terriers fueran particularmente desleales.

—¡Traicioneros! —aclaró, secándose los labios—. Son muy traicioneros.

Se arrellanó en la silla, cerró los ojos y juntó las puntas de los dedos como para orar.

—Recuerdo que hace muchos años —cuando vivía en Inglaterra— le salvé la vida a una dama que se vio atacada por una de esas bestias.

Abrió los ojos para mirarme: viendo que era todo atención, los volvió a cerrar y continuó:

—Era una hermosa mañana de primavera y yo paseaba Por Hyde Park. A esas tempranas horas no había nadie más por allí, y sólo el canto de los pájaros turbaba el silencio del parque. Llevaba caminando largo trecho cuando de pronto fui consciente de unos ladridos fuertes, profundos.

Su voz había descendido a un susurro de suspense. Con los ojos todavía cerrados, inclinó la cabeza como escuchando. Era tan realista que a mí también me parecía oír los ladridos salvajes, insistentes, reverberando entre los narcisos.

—Al principio no le di importancia; supuse que sería algún perro que se divertía persiguiendo ardillas. De repente, oigo gritos de auxilio mezclados con el feroz ladrido.

Se puso rígido en su asiento, frunció el ceño y le temblaron las aletas de la nariz.

—Corro entre los árboles, y súbitamente se abre ante mí un espectáculo terrible.

Se detuvo y se pasó una mano por la frente, como si a pesar del tiempo transcurrido le estremeciese aún el recuerdo de la escena.

—Apoyada de espaldas contra un árbol había una Dama. Tenía la falda rota y desgarrada, las piernas arañadas y cubiertas de sangre, y con una tumbona trataba de defenderse de un bull-terrier rabioso. La bestia, llenas de espuma sus ansiosas fauces, saltaba y rugía buscando una brecha. Se veía que las fuerzas de la Dama empezaban a flaquear. No había un momento que perder.

Con los párpados bien apretados para contemplar mejor la visión, Kralefsky se incorporó en la silla, enderezó los hombros y la expresión de su rostro se transmutó en otra de impávido desafío, de arrojo temerario: la expresión del hombre que está a punto de salvar a una Dama de un bull-terrier.

—Alcé mi pesado bastón y me abalancé hacia ellos, dando un sonoro grito para alentar a la Dama. Inmediatamente el perro, atraído por mi voz, saltó sobre mí en medio de horribles rugidos, y yo le propiné un palo tal en la cabeza que el bastón se partió en dos. Pero el animal, aunque obnubilado por el golpe, conservaba aún toda su fuerza; y al verme indefenso reunió energías y se tiró a mi garganta con las mandíbulas abiertas de par en par.

Durante el relato se había cubierto de sudor la frente de Kralefsky, que se interrumpió para sacar un pañuelo y enjugársela. Pregunté ansiosamente qué había ocurrido entonces. Kralefsky juntó de nuevo los dedos y prosiguió:

—Hice lo único que podía hacer. Era un riesgo de uno entre mil, pero tenía que correrlo. Al lanzárseme la bestia a la cara le metí la mano en la boca, le agarré la lengua y la retorcí con todas mis fuerzas. Se hundieron sus dientes en mi muñeca, me manaba la sangre a raudales, pero seguí apretando, sabiendo que en ello me iba la vida. El perro se sacudió de un lado a otro durante un tiempo que me pareció eterno. Yo estaba exhausto, me parecía que no podría resistir un segundo más. Hasta que de pronto, la bestia dio un tirón convulsivo y cayó exánime. Había muerto asfixiada por su propia lengua.

Suspiré extasiado. Era una historia maravillosa, y quizá incluso verídica. Aunque no lo fuera, era el tipo de cosa que debería ocurrir; y comprendí perfectamente que Kralefsky, si la vida le hubiese negado hasta entonces un bull-terrier que estrangular, se lo inventase. Le dije que su valentía al enfrentarse así al animal había sido extraordinaria. Kralefsky abrió los ojos, se sonrojó de placer ante mi entusiasmo y sonrió modestamente.

—No, no, no tan valiente —corrigió—. La Dama estaba en peligro, comprendes, y un caballero no podía hacer otra cosa. ¡No, qué caramba!

Habiendo hallado en mí a un oyente gustoso y encantado, Kralefsky se fue animando más. Me contaba una aventura tras otra, y cada una era más emocionante que la anterior. Descubrí que si una mañana yo introducía hábilmente una idea en su

cerebro, podía estar seguro de escuchar al día siguiente una aventura en torno a ese tema, cuando ya su imaginación hubiese tenido tiempo de tejer la historia. Oí embobado cómo él y una Dama habían sido los únicos supervivientes de un naufragio durante una travesía hacia Murmansk («yo tenía que resolver allí ciertos asuntos»). Durante dos semanas la Dama y él flotaron sobre un iceberg, con sus ropas congeladas, alimentándose de algún que otro pez o gaviota crudos, hasta que los rescataron. El barco que los vio habría pasado de largo si no llega a ser por la rápida inventiva de Kralefsky, que con el abrigo de pieles de la Dama encendió una fogata de señales.

Me encantó la historia de aquella vez en que le habían atracado unos bandidos en el desierto de Siria («cuando conducía a una Dama a visitar ciertas tumbas») y, cuando aquellos desalmados amenazaron con raptar a su bella compañera para pedir por ella un rescate, él se ofreció a ir en su lugar. Pero a los bandidos les debió parecer que como rehén sería más atractiva la Dama, y se negaron. Kralefsky odiaba la violencia, pero en aquellas circunstancias, ¿qué otra opción le quedaba a un caballero? Los mató a todos con un cuchillo que llevaba escondido en la bota. Durante la Primera Guerra Mundial había estado, naturalmente, en el servicio secreto. Disfrazado con una barba postiza, había caído tras las líneas enemigas para ponerse en contacto con otro espía inglés y obtener ciertos planos. Con escasa sorpresa por mi parte, el otro espía resultó ser una Dama. Su huida (con los planos) del pelotón de ejecución fue una obra maestra de ingenio. ¿A quién si no a Kralefsky se le habría ocurrido introducirse en la armería y cargar todos los fusiles con cartuchos de fogueo, para después fingirse muerto al sonar las descargas?

De tal modo me acostumbré a las extraordinarias historias de Kralefsky, que en las escasas ocasiones en que me narraba una lejanamente posible, yo me la solía creer. Eso fue su perdición. Un día me contó cómo, estando de joven en París, caminaba una tarde solo cuando se encontró con un individuo enorme que maltrataba a una Dama. Ofendidos sus instintos caballerescos, Kralefsky se apresuró a propinarle un bastonazo en la cabeza. El individuo resultó ser el campeón de lucha libre de Francia, e inmediatamente exigió reparar su honor, y Kralefsky accedió a ello. El otro propuso que se enfrentaran en el ring, y Kralefsky accedió a ello. Se fijó fecha y Kralefsky empezó a entrenarse para el combate («dieta vegetariana y mucho ejercicio»), y al llegar el gran día jamás había estado en mejor forma. A su contrincante —que a juzgar por la descripción ostentaba un parecido extraordinario, tanto en tamaño como en mentalidad, con el Hombre de Neandertal— le sorprendió comprobar que Kralefsky podía medirse con él. Durante una hora estuvieron batiéndose por el ring, sin que ninguno consiguiera derribar al otro. De repente, Kralefsky recordó una llave que le había enseñado un japonés amigo suyo. Con un gancho y un tirón lanzó por el aire a su adversario, lo volteó y lo arrojó fuera del ring.

El desdichado quedó tan malherido que tuvo que pasarse tres meses en el hospital. Como Kralefsky señaló acertadamente, no fue más que un justo y apropiado castigo para un bruto tan vil como para alzar la mano contra una Dama.

Impresionado por aquel relato, le pregunté a Kralefsky si querría enseñarme los rudimentos de la lucha libre, porque pensaba que me sería de gran utilidad si alguna vez me encontraba a una Dama en apuros. Kralefsky no pareció muy inclinado a ello; quizá más adelante, cuando tuviéramos más sitio, me podría enseñar algunas llaves, dijo. Él olvidó el incidente, pero yo no, y el día que vino a ayudarme a construir el nuevo hogar de las Gurracas decidí recordarle su promesa. Mientras tomábamos el té esperé a que se hiciera una pausa adecuada en la conversación para mencionar la famosa victoria de Kralefsky sobre el campeón de lucha libre de Francia. Por lo visto, a Kralefsky no le agradó ver comentada su hazaña. Palideció y me hizo callar rápidamente.

—No se debe alardear de esas cosas en público —me susurró con voz ronca.

Yo estaba muy dispuesto a respetar su modestia, con tal que me diera una lección de lucha. Señalé que me contentaba con aprender unos cuantos trucos sencillos.

—Bueno —dijo Kralefsky, humedeciéndose los labios—, supongo que te podré enseñar algunas llaves de las más elementales. Pero se requiere mucho tiempo para ser un luchador experto, sabes.

Encantado, le di a elegir entre luchar en la terraza, a la vista de la familia, o en la intimidad del cuarto de estar. Kralefsky se decidió por lo último, alegando que era importante no tener nada que distrajera la atención. Así, pues, pasamos a la casa, apartamos los muebles y Kralefsky se quitó de mala gana la chaqueta. Me explicó que el principio básico y más importante de la lucha libre era el de hacer perder el equilibrio al contrincante. Una manera de lograrlo era agarrarle por la cintura y dar un rápido giro lateral. Para mostrar lo que quería decir, me cogió y me derribó suavemente sobre el sofá.

—¡Bueno! —dijo levantando un dedo—. ¿Has comprendido la idea?

Respondí que sí, que creía haber comprendido bien la idea.

—¡Eso es! —dijo Kralefsky—. Ahora tírame tú a mí.

Decidido a ser motivo de orgullo para mi instructor, le tiré con el mayor entusiasmo. Abalanzándome sobre él desde el otro extremo de la habitación, le agarré por el pecho, apreté todo lo que pude para que no se me escapara y con un gancho diestro de muñeca le arrojé al sillón más próximo. Pero desdichadamente no le di el suficiente impulso, por lo que sin llegar al sillón se estampó contra el suelo, exhalando un grito que trajo a toda la familia corriendo desde la terraza. Entre todos subimos al sofá al lívido y doliente campeón de lucha libre, y Margo corrió en busca del coñac.

—¿Pero qué le has hecho? —preguntó Mamá.

Dije que no había hecho más que seguir sus instrucciones. Me había animado a que le tirase y yo le tiré. Era perfectamente simple, y no me consideraba culpable de nada.

—No te das cuenta de la fuerza que tienes, querido —dijo Mamá—; deberías tener más cuidado.

—Has hecho una estupidez —dijo Leslie—. Podías haberle matado.

—Yo conocí a un chico que se quedó lisiado para toda la vida por una llave de lucha libre —comentó Larry sin darle importancia.

Kralefsky redobló sus gemidos.

—Es cierto, Gerry, a veces haces cosas muy estúpidas —dijo Mamá desencajada, evidentemente con visiones de Kralefsky confinado en una silla de ruedas para el resto de sus días. Irritado ante lo que me parecían críticas muy injustas, volví a señalar que no era culpa mía. Me habían enseñado a derribar a una persona, e invitado a que lo hiciera. Y eso había hecho.

—Por supuesto que no querrías dejarle así —dijo Larry—; podrías haberle lesionado la columna vertebral. Igual que al sujeto este que digo, que se le abrió la columna como un plátano. Una cosa muy curiosa. Me contó que le salían trocitos del hueso.

Kralefsky abrió los ojos y le dirigió una mirada de angustia.

—¿Me podrían dar un poquito de agua? —dijo débilmente.

En ese instante volvía Margo con el coñac, y le hicimos beber un trago. Afloró de nuevo a sus mejillas algo de color, se tumbó y volvió a cerrar los ojos.

—Bueno, se puede sentar, eso es buena señal —dijo Larry alegremente—; aunque creo que no es una indicación muy de fiar. Yo conocía a un artista que se cayó de una escalera y se rompió la espalda, y estuvo andando como si tal cosa una semana hasta que se dieron cuenta.

—¡Caray! ¿De veras? —preguntó Leslie, muy interesado—. ¿Y qué le pasó?

—Se murió —dijo Larry.

Kralefsky se incorporó hasta sentarse y sonrió con desmayo.

—Me parece que, si son ustedes tan amables de permitir que me lleve Spiro, sería más prudente que fuera al pueblo a que me viera un médico.

—No faltaba más, Spiro le llevará —dijo Mamá—. Mi consejo es que vaya a la consulta de Teodoro y que él le haga una radiografía, aunque no sea más que para quedarse tranquilo.

Así que envolvimos a Kralefsky, pálido pero digno, en cantidad de mantas y lo colocamos tiernamente en el asiento trasero del coche.

—Dígale a Teodoro que nos mande con Spiro una nota para saber cómo le encuentra —dijo Mamá—. Espero que no sea nada. No puede imaginarse cuánto lo lamento; es que este niño es muy inconsciente.

Ése fue el gran momento de Kralefsky. Sonrió con dolorida condescendencia y agitó una mano débilmente.

—No, por favor, por favor, no se preocupe. No le dé mayor importancia —dijo—. El niño no tiene la culpa; no ha sido cosa de él. Es que estoy un poquito desentrenado.

Al cabo de unas horas volvió Spiro de su obra de misericordia, trayendo una nota de Teodoro.

Querida señora Durrell:

Las radiografías que he tomado del pecho del señor Kralefsky parecen indicar que se ha roto dos costillas: una de ellas, dicho sea con gran pesadumbre por mi parte, muy gravemente. Se ha resistido a comunicarme la causa de las lesiones, que sin duda son producto del empleo de una fuerza muy considerable. En mi opinión, sin embargo, bastará con que conserve el vendaje durante una semana o así para curarse totalmente de la lesión.

Con cariñosos saludos para todos,

Suyo,

Teodoro

P. D.: No me habré dejado en su casa una cajita negra cuando estuve el pasado jueves, ¿verdad? Contiene algunos mosquitos Anopheles muy interesantes que había obtenido, y la he debido perder en alguna parte. ¿Querrá usted avisarme si la encuentra?

16. El lago de los linos

A pesar de lo espacioso de su vivienda, las Gurracas se indignaron muchísimo al verse encerradas. Sufriendo por naturaleza una insaciable curiosidad, les resultaba muy frustrante no poder investigar y comentar cuanto sucedía. Su área de visión se limitaba al frente de la casa, por lo que si ocurría algo en la parte trasera se ponían casi histéricas; hechas una furia revoloteaban graznando y cloqueando de un lado a otro de la jaula y asomaban la cabeza entre la tela metálica por ver lo que pasaba. Su estado de reclusión les dejaba mucho tiempo libre para sus estudios, que consistían en adquirir una sólida base de los idiomas griego e inglés y producir hábiles imitaciones de los sonidos naturales. Pronto aprendieron a llamar por su nombre a cada miembro de la familia, y con astucia extremada esperaban a que Spiro se metiese en el coche y lo echara a andar monte abajo para abalanzarse a una esquina de la jaula y chillar «Spiro… Spiro… Spiro…», con lo que le hacían frenar en seco y volver a casa a ver quién le llamaba. También se divertían inocentemente gritando en rápida sucesión «¡Fuera!» y «¡Ven!» en griego y en inglés, para total desconcierto de los perros. Otra gracia que les producía infinito regocijo era la de engañar a la desdichada bandada de gallinas que se pasaban el día rebuscando esperanzadas en el olivar. Periódicamente la criada salía a la puerta de la cocina y emitía una serie de trinos, alternados con extraños hipidos, para anunciar la comida a las gallinas, que al punto se congregaban en la puerta como por ensalmo. En cuanto las Gurracas se aprendieron el pregón del pienso, toda su ilusión se centró en hacerles la vida imposible a las pobres aves. Para ello esperaban a los momentos más inoportunos: hasta que las gallinas, con infinito esfuerzo y mucho clocló, se habían instalado a dormir en los árboles más bajos, o a las horas de más calor, cuando se echaban una grata siesta a la sombra de los arrayanes. Apenas se habían dormido cuando las Gurracas iniciaban el pregón, haciendo una de ellas los hipidos mientras la otra se encargaba de los trinos. Las gallinas miraban en torno con nerviosismo, esperando cada una a que alguna de las otras diera señales de vida. De nuevo las llamaban las Gurracas, esta vez con tonos más seductores y apremiantes. De pronto una gallina con menos autodominio que las demás se ponía en pie cloqueando y corría a la jaula de las Gurracas, y las demás, entre aleteos y cloclós, la seguían a toda prisa. Se abalanzaban contra la tela metálica y allí, empujándose, pisoteándose, picándose y chillando, se agolpaban en multitud jadeante y desordenada con los ojos puestos en las Gurracas, que tersas y elegantes con sus blanquinegros trajes las contemplaban riéndose, como un par de embaucadores de la capital que acabasen de timar a un rebaño de palurdos crédulos. A las Gurracas les gustaban los perros, pero no perdían ocasión de meterse con ellos. A Roger le tenían especial cariño: iba a visitarlas a menudo, y se tumbaba junto a la tela metálica con las orejas tiesas mientras ellas, posadas en el suelo de la jaula a

cinco centímetros de su hocico, le hablaban en tonos dulces y silbantes, mezclados con alguna que otra risotada ronca como si le estuvieran contando chistes verdes. Nunca se burlaban tanto de él como de los otros perros, y nunca le atraían con suaves lisonjas hasta la tela metálica para luego aletear al suelo y tirarle del rabo, como solían hacer con Widdle y Puke. En conjunto, las Gurracas respetaban a los perros, siempre que parecieran y se comportaran como tales; por eso, cuando Dodo hizo su entrada en la familia, las Gurracas se negaron de plano a reconocer en ella a un miembro de la especie canina, y desde el primer momento la trataron con un desprecio descarado y mordaz.

Dodo pertenecía a una raza llamada *dandy dinmont*. Estos perros son algo así como largos y obesos globos cubiertos de pelo, con diminutas patitas torcidas, ojos enormes y protuberantes y largas orejas caídas. Lo curioso es que fue Mamá quien introdujo en la casa esta raza estrafalaria y contrahecha. Un amigo nuestro poseía una pareja de dichos animales que, tras varios años de esterilidad, engendró una carnada de seis cachorros. El pobre hombre estaba desesperado intentando buscarles buenas casas a todas aquellas crías, y Mamá, llevada de su carácter bondadoso e impulsivo, se ofreció a quedarse con uno. Una tarde fue a elegir su cachorro y, sin pararse a pensarlo, escogió una hembra. En aquel momento no consideró lo imprudente que sería meter una perra en una casa poblada exclusivamente por canes muy viriles. Agarrando debajo del brazo aquella especie de salchicha semiconsciente, Mamá subió al coche y regresó triunfalmente a la villa para presentarnos al nuevo inquilino. El cachorro, decidido a hacer de la ocasión una fecha memorable, padeció un mareo violento e ininterrumpido desde el momento de entrar en el coche hasta el momento de salir. La familia, congregada en la terraza, contempló cómo el trofeo de Mamá se arrastraba sendero arriba, con los ojos desorbitados, las orejas pendulando al desgaire, las diminutas patas luchando con denuedo por mantener en movimiento el cuerpo informe, y parándose de trecho en trecho para vomitar sobre las flores.

—Oh, ¿no es encantador? —exclamó Margo.

—¡Santo Dios! ¡Qué horror! —dijo Larry, contemplando a Dodo con repugnancia —. ¿De dónde has sacado ese Frankenstein canino?

—Pero si es un perrito encantador —repitió Margo—. ¿Qué le encuentras de malo?

—No es perrito, es perrita —dijo Mamá, contemplando con orgullo su adquisición—; se llama Dodo.

—Pues peor todavía me lo pones —dijo Larry—. Es un nombre detestable para un animal, y meter una perra en casa con esos tres libidinosos por en medio son ganas de buscarse complicaciones. Pero además, ¡qué espanto! ¡Qué cosa tan informe! ¿Y cómo es que es así? ¿Ha sufrido un accidente, o le viene de nacimiento?

—No seas bobo, querido, es la raza. Tienen que ser así.

—Tonterías, madre, eso es un monstruo. ¿Quién puede haber criado deliberadamente una cosa de esa forma?

Yo señalé que los *dachshunds* tenían una forma muy semejante, obtenida con el fin de que se pudieran meter en las madrigueras de los tejones. Probablemente el *dandy dinmont* había sido criado para algo similar.

—Lo habrán criado para meterse por las cloacas —dijo Larry.

—No seas asqueroso, hijo. Son unos perritos muy simpáticos, y muy leales, según dicen.

—Naturalmente que tendrán que ser leales a cualquiera que se interese por ellos; no creo que puedan contar con muchos admiradores en el mundo.

—No tienes por qué denigrarla de ese modo, y además tú no eres quién para hablar de belleza; al fin y al cabo no es el exterior lo que importa, y antes de tirar piedras contra el tejado ajeno deberías ver la viga en el tuyo —dijo Margo triunfante.

Larry se quedó perplejo.

—¿Eso es un refrán o una cita de la Gaceta del Constructor? —preguntó.

—Creo que se refiere a que en boca cerrada, cuchillo de palo —dijo Leslie.

—Me dais náuseas —dijo Margo con aires de reina ofendida.

—Pues ahí tienes las flores para aliviarte como la pequeña Dodo.

—Vamos, vamos —dijo Mamá—, no os pongáis a discutir. Es mi perrita y a mí me gusta, y no hay más que hablar.

De modo que Dodo se instaló en casa, mostrando casi de inmediato una serie de defectos en su constitución que nos darían más trabajo que los de todos los demás perros juntos. Para empezar, le fallaba una de las patas traseras, y a cualquier hora del día o de la noche se le salía de la articulación de la cadera, sin motivo aparente. Dodo, que no era ninguna estoica, acogía la catástrofe con una serie de taladrantes alaridos que subían en crescendo hasta intensidad tal que no había oído que lo aguantara. Lo extraño era que la pata no parecía molestarle nunca cuando salía de paseo, o cuando en la terraza retozaba con elefantino entusiasmo detrás de una pelota.

Pero por la tarde, cuando toda la familia estaba pacíficamente sentada y absorta en sus tareas de escribir, leer o hacer punto, la pata de Dodo se salía de repente de su sitio, ella se revolcaba tripa arriba y exhalaba un berrido que hacía a todo el mundo saltar hasta el techo y perder el control de lo que estuviera haciendo. Cuando a fuerza de masajes le reintegrábamos la pata a su posición, Dodo ya estaba exhausta de berrear y se sumía inmediatamente en un sueño dulce y apacible, dejándonos a los demás con los nervios tan deshechos que no podíamos concentrarnos en nada durante el resto del día.

Pronto descubrimos que Dodo tenía una inteligencia muy limitada. En el cerebro no le cabía más que una idea cada vez, idea que Dodo retenía tenazmente contra viento y marea. En momento muy temprano de su carrera decidió que Mamá le

pertenecía, pero no extremó su afán de posesión hasta el día en que Mamá se fue al pueblo de compras y la dejó en casa. Convencida de que no volvería a verla, Dodo se abandonó al dolor y se dedicó a renquear por toda la casa entre aullidos lastimeros, sufriendo a veces tales accesos de congoja que la pata se le salía de su sitio. Acogió el regreso de Mamá con incrédulo alborozo, pero se prometió a sí misma que a partir de aquel momento no la perdería de vista, no fuera a ser que volviese a escaparse. Para ello se le pegó con la tenacidad de una lapa, sin apartarse de ella más allá de medio metro como mucho. Si Mamá se sentaba, Dodo se echaba a sus pies; si Mamá tenía que levantarse y cruzar la habitación en busca de un libro o un cigarrillo, Dodo la acompañaba, y luego regresaban juntas y se volvían a sentar, Dodo dando un hondo suspiro de satisfacción porque una vez más había frustrado los intentos de evasión de Mamá. Insistía, incluso, en estar presente en sus baños, y sentada melancólicamente junto a la bañera la contemplaba con incómoda fijeza. Todo intento de dejarla afuera tenía por resultado que se pusiera a aullar como loca y a arrojarse contra la puerta, con lo cual casi indefectiblemente se le salía la pata de su sitio. Parecía estar persuadida de que no era prudente permitir que Mamá entrara sola en el cuarto de baño, ni siquiera montando guardia a la puerta. Debía de pensar que siempre había la posibilidad de que Mamá le diese esquinazo deslizándose por el sumidero.

Al principio, Roger, Widdle y Puke la trataron con despectiva condescendencia; no podían tenerla en mucha estima, porque era demasiado gorda y paticorta para acompañarles en sus caminatas, y si intentaban jugar con ella parecía darle un ataque de manía persecutoria y salía galopando para casa, aullando en busca de protección. En general se inclinaban a considerarla como una mera adición aburrida y superflua a la familia, hasta que descubrieron que tenía una característica superlativa y absolutamente deliciosa: la de ponerse en celo con monótona regularidad. La propia Dodo manifestaba una inocencia un tanto patética de las cosas de la vida. Se la veía no ya perpleja, sino verdaderamente asustada ante sus repentinos estallidos de popularidad, cuando sus admiradores acudían en tal número que Mamá tenía que ir con ella armada de un garrote. Fue esta inocencia victoriana lo que hizo que Dodo sucumbiera fácilmente al encanto de las magníficas cejas rubias de Puke, encontrándose con un destino cien veces peor que la muerte la tarde en que Mamá tuvo el descuido de dejarlos a ambos encerrados en el cuarto de estar mientras supervisaba la preparación del té. La llegada imprevista del cura inglés y su esposa, su paso a la habitación donde la feliz pareja daba rienda suelta a sus ímpetus y los esfuerzos consiguientes por mantener una conversación normal bastaron para dejar a Mamá desmadejada y con un espantoso dolor de cabeza.

Para sorpresa de todo el mundo (Dodo incluida) nació un cachorro de aquella unión, una extraña y lloriqueante plasta de criatura con la figura de su madre y el curioso pelaje marrón y blanco de su padre. Para Dodo, convertirse en madre de la

noche a la mañana fue una experiencia traumática que casi le costó una crisis de nervios, porque se veía desgarrada entre el deseo de permanecer en un sitio con su cachorro y la urgencia de mantenerse pegada a Mamá. Pero nosotros no nos dábamos cuenta de su conflicto interior. Al fin optó por una solución de compromiso, y seguía a Mamá a todas partes con el cachorro en la boca. Llevaba toda una mañana así cuando descubrimos sus pretensiones; el desgraciado perrillo iba colgado de su boca por el cuello, con el cuerpo oscilando de aquí para allá mientras Dodo trotaba detrás de su ama. Visto que ni regaños ni súplicas surtían efecto, Mamá tuvo que recluirse en su alcoba con madre e hijo, y nosotros llevarles la comida de los tres en una bandeja. Pero ni eso eliminó el problema, porque si Mamá se levantaba de su asiento, Dodo, siempre alerta, agarraba a su cachorro y se sentaba a vigilarla ojo avizor, dispuesta a salir andando si fuera preciso.

—Si esto sigue así por mucho tiempo, ese cachorro acabará convirtiéndose en jirafa —observó Leslie.

—Ya lo sé, pobrecito mío —dijo Mamá—; ¿pero qué quieres que haga? No puedo ni encender un cigarrillo sin que lo coja.

—Lo más sencillo sería ahogarlo —dijo Larry—. De todos modos, si llega a adulto va a ser un animal horripilante. No hay más que ver a sus padres.

—¡Ay de ti como lo intentes! —exclamó Mamá indignada.

—No seas horrible —dijo Margo—; pobre criaturita.

—Como queráis, pero esto de dejarse encadenar a una silla por un perro es una situación absolutamente ridícula.

—El perro es mío, y si me apetece estar aquí sentada lo estaré —dijo Mamá con firmeza.

—¿Pero hasta cuándo? La cosa se puede prolongar durante meses enteros.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo Mamá muy digna.

Y al fin se le ocurrió una solución sencilla: contratar los servicios de la hija menor de la criada para llevarle el cachorro a la perra. Este arreglo le pareció muy bien a Dodo, y de nuevo pudo Mamá moverse por la casa. Deambulaba de una habitación a otra como un potentado oriental, con Dodo pisándole los talones y la joven Sofía al final del cortejo, con la lengua afuera y ojos desorbitados del esfuerzo, llevando en sus brazos un enorme almohadón sobre el que reposaba el extraño vástago de Dodo. Cuando Mamá iba a permanecer un ratito en algún sitio, Sofía depositaba reverentemente el almohadón en el suelo, y Dodo trepaba encima y daba un hondo suspiro. En cuanto Mamá se disponía a trasladarse a otra parte de la casa, Dodo se tiraba al suelo, se sacudía y ocupaba su puesto en el desfile, mientras Sofía alzaba el almohadón con tanto cuidado como si de una corona se tratase. Mamá oteaba por encima de sus gafas para comprobar si la columna estaba a punto, y a un gesto suyo todos se ponían en marcha hasta la parada siguiente. Todas las tardes Mamá salía de

paseo con los perros, y la familia se divertía muchísimo viendo su partida monte abajo. Abría el desfile Roger, como perro de más edad, seguido por Widdle y Puke. Luego iba Mamá, tocada con un inmenso sombrero de paja que le confería el aspecto de una seta andante y armada con un desplantador con el que arrancar cualquier planta silvestre interesante que encontrase. Tras ella renqueaba Dodo, con los ojos saliéndosele de las órbitas y la lengua colgante, y Sofía cerraba la marcha a paso solemne, portadora del cachorro imperial en su almohadón. Larry lo llamaba el Circo de Mamá, y le tomaba el pelo vociferando desde la ventana:

—¡Ohé! Señora, ¿a qué hora empieza la función?

Le regaló un frasco de loción capilar para que, según explicó, pudiese experimentar sobre Sofía con vistas a convertirla en mujer barbuda.

—Es lo justo para completar su espectáculo, señora —le aseguró con voz de bajo profundo—, un pequeño toque de distinción, ¿comprende? Nada como una mujer barbuda para prestar un toque de distinción a un espectáculo.

Pero Mamá, imperturbable, siguió sacando su extraña caravana por los olivares todas las tardes a las cinco en punto.

Había al norte de la isla un extenso lago con el simpático y musical nombre de Antiniotissa, que constituía uno de nuestros puntos de excursión favoritos. Era una lámina de agua poco profunda, de cosa de kilómetro y medio de largo, ceñida por un cerco denso de cañas y juncos y separada del mar en uno de sus extremos por la suave curvatura de unas anchas dunas de arena blanca y fina. Teodoro nos acompañaba siempre en nuestras visitas al lago, porque él y yo encontrábamos fecundo campo de exploración en las charcas, zanjas y pozas pantanosas que rodeaban sus orillas. Leslie cargaba indefectiblemente con un montón de escopetas, porque el cañaveral era un hervidero de caza, y Larry se empeñaba en llevarse un enorme arpón para pasarse las horas muertas al borde del canal que marcaba la desembocadura del lago en el mar, con la ilusión de arponear a los peces de gran tamaño que transitaban por allí. Mamá iba provista de cestas llenas de comestibles, otras cestas vacías para plantas y diversos útiles de jardinería para arrancar sus hallazgos. El equipo de Margo era quizá el más sencillo, limitándose a un bañador, una toalla grande y un frasco de loción bronceadora. Con tanto bártulo, nuestras escapadas a Antiniotissa eran auténticas expediciones de alto nivel.

Cuando más atractivo estaba el lugar era en la época de los lirios. La suave pendiente de las dunas que se alzaban entre el lago y la bahía era el único punto de la isla donde crecían aquellos lirios de arenal, extraños bulbos informes enterrados en la arena, que una vez al año echaban gruesas hojas verdes y flores blancas, convirtiendo las dunas en un glaciar de flores. Siempre visitábamos el lago por entonces, porque la experiencia era verdaderamente memorable. Poco después de la maternidad de Dodo, Teodoro nos informó de que la época de los lirios estaba próxima, y emprendimos los

preparativos de nuestra excursión a Antiniotissa. Pronto nos dimos cuenta de que la presencia entre nosotros de una madre lactante iba a complicar no poco las cosas.

—Esta vez habrá que ir en bote —dijo Mamá, con el ceño fruncido ante un jersey complicado, tipo puzzle, que estaba tejiendo.

—Pero si en bote se tarda el doble —dijo Larry.

—No podemos ir en coche, querido: Dodo se mareará, y además no cabemos todos.

—No pensarás llevarte a ese animal, ¿verdad? —preguntó Larry horrorizado.

—No tengo otro remedio, querido… dos del revés, pasar uno… no la puedo dejar sola… tres del revés… ya sabes cómo es.

—Pues en ese caso, alquila un coche especial para ella. Yo no estoy dispuesto a circular por la comarca como si viniera de desvalijar el Asilo de perros de Battersea.

—La perra no puede viajar en coche. Eso es lo que trato de hacerte entender. Ya sabes que se marea… Ahora estate calladito un momento, que estoy contando.

—Es ridículo… —empezó Larry exasperado.

—Diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte —dijo Mamá sonora y agresivamente.

—Es ridículo que tengamos que ir por el camino más largo sólo porque a Dodo le da por vomitar cada vez que ve un coche.

—¡Ya está! —dijo Mamá enojada—, ya me has hecho perder la cuenta. Haz el favor de no discutir conmigo cuando estoy haciendo punto.

—¿Y cómo sabes que no se mareará en el bote? —preguntó Leslie con interés.

—Porque la gente que se marea en coche no se marea nunca en barco —explicó Mamá.

—No me lo creo —dijo Larry—. Eso es un cuento de viejas, ¿verdad, Teodoro?

—Bueno, yo no me atrevería a asegurarlo —dijo Teodoro prudentemente—. Lo he oído algunas veces, pero si hay en eso algo… hum… vamos… algo de verdad o no, no lo sé. Todo lo que puedo decir es que, hasta ahora, yo no me he mareado jamás en coche.

Larry le miró de hito en hito.

—¿Y eso qué prueba? —preguntó, sorprendido.

—Es que yo siempre me mareo en barco —explicó sencillamente Teodoro.

—¡Maravilloso! —dijo Larry—. Si viajamos en coche se mareará Dodo, y si viajamos en bote se mareará Teodoro. Elige.

—No sabía que usted se marease —dijo Mamá.

—Oh, sí, desgraciadamente así es. Es un verdadero fastidio.

—Bueno, pero con el tiempo que hace el mar estará en calma, y ya verá cómo ni lo nota —dijo Margo.

—Por desgracia —dijo Teodoro, balanceándose sobre las puntas de los pies—, eso me da igual. El más leve… eh… movimiento me afecta. Con decir que en varias

ocasiones me ha ocurrido que estando en el cine viendo una película de barcos, al salir escenas de mar picado he tenido que… hum… que abandonar mi asiento.

—Lo más sencillo sería dividirnos —dijo Leslie—; la mitad vamos en barco, y la otra mitad en coche.

—¡Eso sí que es una buena idea! —dijo Mamá—. Ya está resuelto el problema.

Pero no lo estaba, porque nos enteramos de que la carretera a Antiniotissa había quedado bloqueada por un pequeño alud, de modo que llegar allí en coche era imposible. No había otra alternativa que la de ir por mar o quedarse en casa.

Soltamos amarras con un cálido amanecer que presagiaba día caluroso y mar en calma. Para que cupieran los perros, Spiro y Sofía, tuvimos que llevar el Bootle-Bumtrinket además de la Vaca marina. El arrastre de la forma redonda del Bootle-Bumtrinket mermaba bastante la velocidad de la Vaca marina, pero no había otra solución. Por sugerencia de Larry, se embarcó en el Bootle-Bumtrinket a los perros, Sofía, Mamá y Teodoro, mientras los demás nos apretujábamos en la embarcación de cabeza. Pero desdichadamente Larry no contó con un factor importante: el remolino producido por el paso de la Vaca marina. La ola se curvaba como un muro de vidrio azul desde su proa y alcanzaba su mayor altura justamente al chocar contra el ancho costado del Bootle-Bumtrinket, elevándolo en el aire y dejándolo caer de golpe. Hubo de transcurrir bastante tiempo antes de que advirtiéramos el efecto del remolino, porque el ruido del motor ahogaba los frenéticos gritos de auxilio de Mamá. Cuando por fin detuvimos la marcha y dejamos que el Bootle-Bumtrinket se nos aproximara, fue para hallar mareados no sólo a Teodoro y a Dodo, sino también a todos los demás, incluido un marino tan curtido y experto como Roger. Tuvimos que subirlos a la Vaca marina y tenderlos en fila, yendo Spiro, Larry, Margo y yo a ocupar sus puestos a bordo del Bootle-Bumtrinket. Ya a poca distancia de Antiniotissa todo el mundo se sentía mejor a excepción de Teodoro, que todavía se apretaba lo más posible contra el costado del bote, con la vista fija en sus botas y contestando a nuestras preguntas con monosílabos. Bordeamos el último promontorio de rocas doradas y rojas, apiladas en estratos sinuosos como montones de periódicos gigantescos y fosilizados, o como los restos enmohecidos de la biblioteca de un coloso, y la Vaca marina y el Bootle-Bumtrinket surcaron la ancha bahía azul que se extendía a la boca del lago. La curva de arena color perla ascendía hasta las dunas cubiertas de lirios, mil flores blancas que al sol relucían como una multitud de trompetas de marfil, elevando los labios para exhalar, en lugar de música, una fragancia densa que era como la esencia destilada del verano, un dulzor cálido que invitaba a respirar hondo una y otra vez por retenerlo. El motor se apagó con una última trepidación que resonó brevemente en las rocas, ambas embarcaciones enfilaron la orilla en silencio, y el aroma de los lirios cruzó el agua para darnos la bienvenida.

Una vez llevadas las cosas a tierra e instaladas sobre la arena, cada uno se dedicó a lo suyo. Larry y Margo se tumbaron a dormitar en el agua baja, mecidos débilmente por las olas. Mamá, armada de desplantador y cesta, se llevó a su cortejo de paseo. Spiro, que sin más ropa que sus calzoncillos parecía un peludo y cetrino hombre prehistórico, se metió hasta la rodilla en el canal de desembocadura y escudriñando con gesto feroz las aguas transparentes perseguía con un tridente los bancos de peces que le pasaban entre las piernas. Teodoro y yo echamos a suertes con Leslie qué lado del lago nos correspondía, y hecho esto partimos en direcciones opuestas. La señal que marcaba el límite entre ambas mitades de la ribera era un olivo grande y particularmente contrahecho. Al llegar allí volveríamos sobre nuestros pasos, y Leslie haría lo mismo en su orilla. Así se eliminaba la posibilidad de que nos pegase un tiro por error, cosa que bien podía ocurrir en el laberinto de aquellos tupidos cañaverales. Mientras Teodoro y yo vadeábamos las charcas y canalillos como un par de garzas entusiastas, Leslie exploraba a grandes zancadas la maleza del otro lado del lago, y una detonación nos indicaba de vez en cuando su paradero.

Llegada la hora del almuerzo nos reunimos hambrientos en la playa, Leslie con el zurrón bien lleno de liebres ensangrentadas, perdices y codornices, agachadizas y palomas torcaces; Teodoro y yo con nuestros tubos de ensayo cargados de animales diminutos. Encendimos una hoguera, amontonamos la comida en las esteras y rescatamos el vino de la orilla, donde se había dejado a refrescar. Larry tiró de su esquina de estera hasta la duna para poder tumbarse a lo largo entre las blancas trompetas de los lirios. Teodoro, sentado con gran corrección, masticaba lenta y metódicamente la comida entre oscilaciones de su barba. Margo, elegantemente tendida al sol, picoteaba con delicadeza en un montón de fruta. Mamá y Dodo se instalaron al pie de una gran sombrilla. Leslie, sentado en cuclillas en la arena con la escopeta sobre las piernas, se llevaba a la boca un trozo de carne fiambre con una mano mientras con la otra acariciaba, pensativo, los cañones del arma. A unos pasos, Spiro se agachaba junto a la hoguera, con el sudor que le corría por el fruncido rostro cayéndole en gotas relucientes a la mata de pelo negro de su pecho, mientras giraba sobre las llamas un asador de olivo improvisado con siete gruesas agachadizas.

—¡Qué sitio tan paradisíaco! —farfulló Larry con la boca llena de comida y reclinándose lánguidamente entre las flores—. Me siento como si me lo hubieran hecho a la medida. Me gustaría estarme aquí toda la vida, rodeado de dríadas desnudas y voluptuosas que me acercasen a la boca vinos y manjares. Al cabo del tiempo, por supuesto, pasados varios siglos, resultaría que al respirar hondo y con regularidad esta fragancia me habría ido embalsamando, y un buen día mis fieles dríadas se encontrarían con que había desaparecido, dejando solamente el aroma. ¿Alguien me quiere pasar uno de esos higos tan apetitosos?

—Yo leí una vez un libro muy interesante sobre el embalsamamiento —dijo

Teodoro con entusiasmo—. Parece ser que en Egipto preparaban los cuerpos con una minuciosidad realmente extraordinaria. El procedimiento de… eh… extraer el cerebro por la nariz me pareció de lo más ingenioso.

—Lo sacaban por los agujeros de la nariz tirando con una especie de ganchos, ¿no? —preguntó Larry.

—Larry, querido, que estamos comiendo.

Después de comer nos acogimos a la sombra del cercano olivar y nos quedamos amodorrados por el calor, entre el canto agudo y sedante de las cigarras. De vez en cuando uno de nosotros se levantaba, iba hasta el mar y chapoteaba un momento en la orilla para después, ya fresco, reanudar la siesta. Eran las cuatro cuando Spiro, que hasta entonces yacía inerte y despatarrado soltando ronquidos, recobró la conciencia con un rebuzno y bajó a la playa a reencender la hoguera para el té. Los demás nos fuimos desperezando poco a poco y reuniéndonos junto a la tetera humeante. Mientras estábamos allí acurrucados taza en mano, parpadeando y bostezando medio dormidos aún, apareció entre los lirios un petirrojo y se vino hacia nosotros dando saltitos, con la mirada brillante y reluciente el buche. A unos tres metros de distancia se detuvo a contemplarnos con ojo crítico. Decidiendo que nos hacía falta algo de distracción, saltó al punto en que un par de lirios formaban un bonito arco, se colocó debajo con gesto teatral, infló el pecho y ejecutó un canto fluido y ondulante. Al acabar, inclinó de pronto la cabeza en una especie de reverencia grotescamente rebuscada y luego salió volando entre los lirios, asustado por nuestro estallido de risa.

—Qué simpáticos son los petirrojos —dijo Mamá—. En Inglaterra había uno que se pasaba horas enteras haciéndome compañía mientras yo arreglaba el jardín. Me encanta ver cómo inflan el buche.

—Ése se inclinaba exactamente como si estuviera haciendo una reverencia —dijo Teodoro—. Estaba pensando que cuando… eh… ha inflado el buche tenía todo el aspecto de una… hum… una cantante de ópera bien rellenita.

—Sí, cantando algo leve y etéreo… Strauss, diría yo —asintió Larry.

—A propósito de ópera —dijo Teodoro con la mirada encendida—, ¿les he contado alguna vez lo de la última ópera que vimos en Corfú?

Respondimos que no, no nos lo había contado, y nos instalamos para escucharle cómodamente, casi tan divertidos con los gestos con que Teodoro relataba la historia como por la historia misma.

—Era… hum… una de esas compañías de ópera ambulantes, ya saben. Creo que venía de Atenas, o quizá fuese de Italia. Bueno, el caso es que la primera ópera del programa iba a ser Tosca. La cantante que hacía el papel protagonista estaba excepcionalmente… eh… desarrollada, como suele suceder. Bien, pues, como saben, en la última escena de la obra la protagonista se suicida arrojándose desde las almenas de una fortaleza, o, mejor dicho, de un castillo. En la primera representación

la protagonista subió a los muros del castillo, cantó su última aria y seguidamente se… eh… se arrojó contra las peñas de debajo. Por desdicha, parece ser que a los tramoyistas se les había olvidado poner algo para recibirla al pie del muro. El resultado fue que el estrépito de su caída y sus consiguientes… eh… alaridos de dolor desvirtuaron bastante la impresión de que era un cadáver destrozado en el fondo del abismo. El cantante que en ese momento se lamentaba de su muerte tuvo que cantar con mucho… eh… con mucho ímpetu para ahogar los gritos de ella. El incidente, como es lógico, le sentó bastante mal a la protagonista, por lo que a la noche siguiente los tramoyistas no escatimaron esfuerzos por proporcionarle una caída agradable. Ella aún estaba algo contusionada, pero logró tenerse en pie durante toda la ópera hasta llegar a la… eh… escena final. Entonces subió otra vez a las almenas, cantó su última aria y se arrojó a una muerte segura. Lo malo fue que los tramoyistas, que en la primera ocasión hicieron que la caída fuese demasiado dura, habían pasado de ahí al extremo contrario. La enorme pila de colchones y… eh… ya saben, esas cosas de muelles que se ponen en las camas, resultó tan elástica que la protagonista no hizo más que tocarla y volver a salir despedida. Y mientras los demás del reparto se reunían junto a las… eh… ¿cómo se llaman?… ah, sí, las candilejas, comentando entre sí el suicidio, la parte superior de la protagonista reapareció dos o tres veces por encima de las almenas, en medio del asombro del público.

El petirrojo, que en el transcurso del relato se había ido acercando a saltitos, volvió a escapar asustado por nuestras carcajadas.

—De veras, Teodoro, estoy seguro de que se pasa usted sus ratos de ocio inventándose esos cuentos —protestó Larry.

—No, no —dijo Teodoro, sonriendo alegremente para su barba—; si se tratara de algún otro sitio sí que me los tendría que inventar, pero aquí en Corfú la realidad… eh… se anticipa, por así decirlo, al arte.

Finalizado el té, Teodoro y yo volvimos una vez más a la orilla del lago para proseguir nuestras investigaciones hasta que nos faltó la luz; entonces regresamos lentamente a la playa, donde la hoguera crepitaba y refulgía como un enorme crisantemo entre los lirios fantasmales. Spiro, que había arponeado tres peces grandes, los asaba sobre una parrilla con expresión ceñuda y absorta, echando de rato en rato una pizca de ajo, un chorrito de zumo de limón o una rociada de pimienta sobre la delicada carne blanca que asomaba allí donde la piel tostada empezaba a desprenderse. Salió la luna sobre las montañas, plateando los lirios excepto en los lugares en que el resplandor vacilante de las llamas los iluminaba con un tinte rosáceo. Las olas diminutas corrían sobre el mar y suspiraban de alivio al alcanzar por fin la orilla. Los búhos empezaron a ulular entre los árboles y las luciérnagas a iluminar las tenebrosas sombras con el parpadeo de sus luces de un color de jade desvaído.

Al cabo, entre bostezos y desperezos, subimos otra vez nuestras cosas a los botes. Remamos hasta la entrada de la bahía, y allí, mientras Leslie enredaba en el motor, nos volvimos a mirar Antiniotissa. Los lirios eran como un campo de nieve a la luz de la luna, con el negro telón de los olivos taladrado por los destellos de las luciérnagas. La hoguera que habíamos encendido, pisoteada y deshecha antes de marcharnos, refulgía como un puñado de granates al borde de las flores.

—Desde luego, es un… eh… sitio muy hermoso —dijo Teodoro con inmensa satisfacción.

—Es un sitio espléndido —asintió Mamá, para inmediatamente otorgarle su distinción más alta—, me gustaría ser enterrada aquí.

Después de un primer tartamudeo de vacilación, el motor lanzó un rugido profundo; la Vaca marina tomó velocidad y salió disparada a lo largo de la costa, arrastrando al Bootle-Bumtrinket. Detrás se abría nuestra estela, blanca y sutil como una tela de araña sobre el agua oscura, flameante aquí y allá con un momentáneo destello de fosforescencia.

17. Los campos de ajedrez

Más abajo de la villa, entre la línea montuosa en que se alzaba y el mar, estaban los Campos de Ajedrez. El mar entraba en la costa curvándose en una gran bahía casi cerrada, luminosa y poco profunda, y en las tierras bajas que la circundaban se extendía la compleja red de canales estrechos que en la época de dominación veneciana sirvieran de salinas. Cada una de las parcelitas de tierra enmarcadas por los canales se cultivaba y reverdecía de maíz, patatas, higos y uvas. Aquellos campos, pequeños recuadros de color ceñidos de agua brillante, formaban como un ancho y multicolor tablero de ajedrez sobre el que circulaban las figuras variopintas de los campesinos.

Era ésta una de mis zonas de caza favoritas, porque los diminutos canales y la densa maleza albergaban multitud de criaturas. Resultaba fácil perderse: si llevado de la emoción de perseguir a una mariposa cruzaba uno el puentecito de madera equivocado se encontraría vagando sin rumbo, tratando inútilmente de orientarse en medio de un laberinto de higueras, juncos y cortinas de alto maíz. La mayoría de las parcelas eran propiedad de amigos míos, gente del campo que vivía en los montes, y cada vez que me acercaba por allí lo hacía seguro de poder descansar y cotillear saboreando un racimo de uvas con algún conocido, o de recibir noticias interesantes como la de la existencia de un nido de alondras bajo los melonares de Georgio. Cruzando, en cambio, la cuadrícula sin distraerse con los amigos, y sin otra compañía que la de los galápagos que se tiraban al agua desde el fango de la orilla o el zumbido repentino de una libélula que pasaba volando a tu lado, salías finalmente al punto en que todos los canales se ensanchaban hasta desaparecer en una amplia extensión de arena, peinada a ondas pulcras e interminables por las mareas de la noche anterior. Festones ondulantes de desperdicios marcaban la lenta retirada del mar: una sucesión fascinante de algas de colores, peces aguja muertos, corchos de redes de aspecto apetitoso —como pedazos de rico plum-cake—, pedacitos de vidrio que la marea y la arena habían esmerilado y tallado como otras tantas joyas translúcidas, conchas punzantes como erizos y otras lisas, ovales, de un color rosa tenue, que diríanse las uñas de alguna diosa ahogada. Aquél era el dominio de las aves marinas: agachadizas, ostreros, charranes y correlimos sembrados en grupitos a la orilla del mar, donde las largas alas corrían a tierra para romperse en gorgueras sinuosas alrededor de los montecillos de arena. Allí si uno sentía hambre podía vadear por el agua baja y cazar quisquillas gordas y transparentes que, comidas en crudo, sabían dulces como uvas; o escarbar con los dedos de los pies hasta dar con los estriados berberechos. Juntando dos de ellos por la charnela y dándoles un giro rápido en sentidos opuestos, se abrían mutuamente; su contenido, aunque un poco correoso, era lechoso y exquisito.

Una tarde, a falta de otra cosa en que ocuparme, decidí coger a los perros y dar una vuelta por aquellos campos. Intentaría por enésima vez atrapar a *Old Plop*, me acercaría al mar para darme un chapuzón y un tentempié de berberechos, y regresaría a casa por las tierras de Petro, para sentarme a cotillear con él delante de una sandía o de unas cuantas buenas granadas. Old Plop era un galápago grande y anciano que vivía en uno de los canales. Hacía ya un mes o más que yo trataba de capturarlo, pero a pesar de su edad era rápido y astuto, y por más que intentara sorprenderlo mientras dormitaba en la orilla, siempre se despertaba en el momento crucial, agitaba las patas con frenesí y resbalando por la rampa de barro hacía «¡plop!» en el agua, como una corpulenta lancha salvavidas. Yo había cazado muchos galápagos, por supuesto, tanto de los negros salpicados de pintitas doradas como de los esbeltos grises con bandas color crema, pero por Old Plop tenía especial capricho. Era mayor que todos los demás que yo había conocido, y tan viejo que su concha magullada y su arrugada piel se habían ennegrecido totalmente, perdiendo cuantos dibujos pudieran haber tenido en su lejana juventud. Estaba empeñado en hacerme con él, y como llevaba una semana sin intentarlo me pareció que ya era hora de lanzar otra ofensiva.

Con mi bolsa de cajas y frascos, mi manga y un cesto para meter a Old Plop caso de atraparlo, bajé el monte en compañía de los perros. Las Gurracas me chillaron: «¡Gerry!… ¡Gerry!… Gerry…» en tono de súplica, y al ver que no me volvía se pusieron a soltar graznidos, risotadas y otros ruidos insultantes. Sus roncas voces se perdían ya cuando entramos en el olivar, y allí el coro de cigarras que estremecían el aire las ahogaron por completo. Descendimos por la carretera recalentada y blanca, donde nuestras pisadas se hundían como en polvo. Al llegar al pozo de Yani me paré a beber, y luego fui a asomarme por la pocilga tosca de ramas de olivo donde vivían los dos cerdos, revolcándose con sonoro regocijo en un mar de lodo pegajoso. Después de olerlos honda y cariñosamente y darle al mayor unas palmadas en su mugriento y trémulo trasero, reemprendí la marcha. En el recodo siguiente tuve un violento altercado con dos campesinas gordas con sendos cestos de fruta en la cabeza, que volcaban sobre Widdle su ira desatada: se les había acercado cuando más enfrascadas estaban en la conversación y después de olisquearlas había hecho honor a su nombre regándolas por faldas y piernas. La discusión sobre quién había tenido la culpa nos tuvo felizmente ocupados durante diez minutos y prosiguió mientras yo me alejaba camino abajo, hasta que la distancia nos impidió a todos seguir oyendo y saboreando los insultos de la parte contraria.

Atajando por los tres primeros campos me detuve un momento en la parcela de Taki para probar sus uvas. Él no estaba, pero yo sabía que no le importaría. Las uvas eran de las pequeñas y redondas, de un gusto dulce y almizclado. Al apretarlas se disparaba a la boca todo el contenido, blando y sin pipas, dejando en los dedos el hollejo fláccido. Entre los perros y yo nos comimos cuatro racimos, y yo eché otros

dos a la bolsa para futuras consultas, tras de lo cual fuimos bordeando el canal hasta la rampa favorita de Old Plop. Ya próximos a ese punto, iba a alertar a los perros sobre la necesidad de silencio absoluto cuando un gran lagarto verde salió como un rayo del maizal. Los perros, ladrando ferozmente, galoparon en su persecución. Cuando llegué a la rampa de Old Plop, no había más que una serie de ondas concéntricas sobre el agua para indicarme que había estado allí. Me senté a esperar el regreso de los perros, pasando revista mentalmente a los suculentos insultos con que pensaba bombardearlos. Pero, con gran sorpresa por mi parte, no volvieron. Sus gruñidos se perdieron en la distancia, hubo una pausa de silencio, y después se pusieron a ladrar a coro, con ladridos monótonos y regularmente espaciados que significaban que habían encontrado algo. Preguntándome de qué se trataría, corrí tras ellos. Estaban reunidos en semicírculo alrededor de una mata de hierba al borde del agua, y salieron a mi encuentro dando saltos, sacudiendo el rabo y ladrando de emoción, Roger alzando el labio superior con sonrisa de contento al verme venir a examinar su hallazgo. Al principio no distinguía qué era lo que les emocionaba tanto, entonces se movió lo que hasta ese momento había tomado por una raíz, y me encontré frente a un par de gruesas y pardas culebras de agua, que apasionadamente entrelazadas sobre la hierba me contemplaban con mirada gris e impersonal desde sus cabezas triangulares. Era un hallazgo sensacional, que casi me compensaba por la pérdida de Old Plop. Hacía mucho tiempo que quería atrapar una de aquellas culebras, pero eran nadadoras tan hábiles y veloces que jamás había logrado acercarme lo bastante para echarles mano. Y he aquí que los perros habían dado con esta magnífica pareja, tendida al sol, casi podría decirse que en bandeja.

Los perros, una vez cumplida su misión de encontrar aquellos animales y conducirme a ellos, se retiraron a una distancia prudente (porque no se fiaban de los reptiles) y se sentaron a mirarme con atención. Muy despacio, di vuelta al cazamariposas para poder destornillar el mango; hecho esto, disponía de un palo con que efectuar la caza, pero el problema era: ¿cómo atrapar dos culebras con un solo palo? Mientras lo estaba meditando, una de ellas lo resolvió por mí, porque desenroscándose apresuradamente se tiró al agua con la limpieza de un cuchillo. Creyendo haberla perdido contemplé irritado cómo su longitud sinuosa se fundía con el reflejo del agua. Pero cuál no sería mi satisfacción al ver que una columna de lodo subía despacio por el agua y se abría como una rosa al llegar a la superficie; el reptil se había enterrado en el fondo, y permanecería allí hasta que creyese que yo me había marchado. Volviendo mi atención a su compañera, la sujeté contra la hierba con el palo; ella se enroscó en un nudo complicado, y abriendo la boca color de rosa me silbó. Yo la agarré firmemente por el cuello entre índice y pulgar, dejándola inmovilizada mientras le acariciaba el bello vientre blanco y el dorso pardo donde las escamas sobresalían levemente como en la superficie de una piña. La deposité con

cuidado en el cesto y me dispuse a capturar a la otra. Asomándome a la orilla un poco más allá metí el mango del cazamariposas en el canal para calcular la distancia al fondo, y descubrí que había medio metro de agua sobre un metro de cieno blando y movedizo. Como el agua era opaca y la culebra estaba enterrada en el fango, me pareció que el procedimiento más sencillo sería el de ir tanteando con los pies (como hacía para buscar berberechos) y, una vez localizada, arrojarme sobre ella rápidamente.

Me quité las sandalias y me introduje en el agua templada, sintiendo cómo el cieno líquido me corría entre los dedos de los pies y piernas arriba, suave como la seda. Dos nubarrones negros se abrieron a la altura de mis muslos y se alejaron flotando. Me aproximé al punto donde yacía oculta mi presa, moviendo los pies con mucho tiento bajo la cortina móvil de cieno. De repente sentí deslizarse el cuerpo bajo mi pie, y zambullí los brazos hasta el codo. Pero no agarré más que cieno, que rezumándome entre los dedos se deshizo en nubes revueltas a cámara lenta. Empezaba a maldecir mi mala suerte cuando la culebra saltó a la superficie a un metro de mí y se puso a nadar sinuosamente. Con un alarido de victoria me abalancé a por ella cuan largo era.

Hubo un momento de confusión en el que, sumergido bajo el agua negra, se me llenaron de sedimento los ojos, las orejas y la boca, pero con la mano izquierda había agarrado firmemente el cuerpo del reptil, que se revolvía frenético en todas direcciones: lo había logrado. Boqueando jadeante bajo mi capa de cieno, me senté en el canal y sujeté a la culebra por el cuello antes de que pudiera recobrarse del susto y morderme; luego estuve largo rato escupiendo para echar toda la tierra que me cubría labios y dientes. Cuando por fin me puse en pie y me volví para subir a la orilla descubrí con sorpresa que mi público de perros se había visto aumentado por la llegada silenciosa de un hombre, que sentado cómodamente en cuclillas me contemplaba con una mezcla de interés y diversión.

Era un sujeto bajo y fuerte, de rostro moreno rematado por una barba de pelo corto y rubio, del color del tabaco. Tenía grandes ojos muy azules que miraban con un cierto brillo de humor, y patas de gallo en la piel fina junto a los párpados. La nariz pequeña y aguileña se le curvaba sobre una boca ancha y risueña. Llevaba una camisa azul de algodón desteñida por el sol hasta adquirir un color de nomeolvides, y pantalones raídos de franela gris. No le reconocí, y supuse que sería un pescador de alguna aldea de la costa. Me miró con seriedad mientras yo trepaba a la orilla, y luego sonrió.

—Salud —dijo con voz sonora y profunda.

Le devolví cortésmente el saludo, y pasé a ocuparme de la tarea de meter en el cesto a la segunda culebra sin que se me escapara la otra. Esperaba recibir un sermón sobre la peligrosidad mortal de las inofensivas culebras de agua y los riesgos que

corría por tocarlas, pero para mi sorpresa el desconocido permaneció en silencio, observándome con interés mientras encerraba al furioso reptil. Hecho esto me lavé las manos y saqué los racimos que había sisado del viñedo de Taki. El hombre aceptó la mitad de la fruta y nos sentamos, sin hablar, a sorber la pulpa de las uvas con ruidoso deleite. Tirado al canal el último hollejo, el hombre sacó tabaco y lió un cigarrillo entre sus dedos morenos y rechonchos.

—¿Eres forastero? —me preguntó, aspirando hondo y con gesto de enorme satisfacción.

Respondí que era inglés, y que yo y mi familia vivíamos en una villa del monte. Luego esperé las inevitables preguntas en torno al sexo, número y edad de mis familiares, sus actividades y aspiraciones, seguidas de un hábil sondeo para averiguar por qué vivíamos en Corfú. Eso era lo normal entre los campesinos; no lo hacían con mala intención, ni llevados de otro motivo que la pura amistad. Te confiaban sus asuntos privados con naturalidad y franqueza absolutas, y se sentían menospreciados si tú no hacías lo mismo. Pero, con gran sorpresa por mi parte, el hombre pareció darse por satisfecho con mi respuesta y no preguntó nada más, sino que se quedó sentado exhalando delgadas cintas de humo al cielo y mirando en torno con ojos azules y soñadores. Yo grabé con la uña un bonito dibujo en el caparazón de barro gris que se me iba fraguando sobre los muslos, y decidí que tendría que acercarme al mar para lavarme el cuerpo y la ropa antes de volver a casa. Me puse en pie y me eché al hombro la bolsa y las redes; los perros se levantaron, se sacudieron y bostezaron. Más por cortesía que por otra cosa, le pregunté al hombre adonde iba. Al fin y al cabo, la etiqueta campesina exigía hacer preguntas: demostraba un interés por la persona. Hasta ese momento yo no le había preguntado nada.

—Voy hacia el mar —dijo, haciendo un gesto con el cigarrillo—, a mi barca… ¿Tú adónde vas?

Dije que yo también iba al mar, primero a lavarme y luego a buscar unos cuantos berberechos para comer.

—Iré contigo —dijo, levantándose y desperezándose—. Tengo en la barca un cesto de berberechos; puedes coger los que quieras.

Atravesamos los campos en silencio, y según salíamos al arenal me señaló la forma distante de una barca de remos que yacía cómodamente tumbada de costado, con un volante de espumas alrededor de la popa. Al aproximarnos a ella le pregunté si era pescador, y de dónde.

—Yo soy de aquí… de los montes —me contestó—; bueno, la casa la tengo aquí, pero ahora estoy en Vido.

Su respuesta me dejó perplejo, porque Vido era una islita situada frente a la capital de Corfú, y que yo supiera no había en ella más que presos y sus guardianes, porque era el presidio local. Se lo señalé.

—Cierto —asintió, agachándose al paso errabundo de Roger para darle unas palmaditas—, cierto. Yo soy un preso.

Pensé que bromeaba y le lancé una mirada penetrante, pero su expresión era muy seria. Dije entonces que suponía que acababan de soltarle.

—No, no, qué más quisiera —me dijo sonriendo—. Todavía me queda otro par de años. Pero es que soy un buen recluso, sabes. Soy de fiar, no doy nada de guerra. A los que somos así, de confianza, nos dejan hacernos una barca y pasar en casa los fines de semana, si no es muy lejos. Tengo que estar allí de vuelta a primera hora del lunes.

Una vez explicado, desde luego el asunto era muy sencillo. Ni siquiera le encontré nada de raro. Yo sabía que en un penal inglés no le dejaban a uno ir a casa los fines de semana, pero estábamos en Corfú, y en Corfú todo era posible. Reventaba de curiosidad por saber cuál habría sido su delito, y ya tenía pensada la forma de interrogarle con delicadeza cuando llegamos a la barca, y en su interior vi algo que me hizo olvidarme de todo lo demás. En la popa, atado al asiento por una de sus patas amarillas, se acurrucaba un gavión inmenso, que me contempló con ojos también amarillos y despectivos. Me adelanté ansioso y alargué la mano hacia el ancho lomo negro.

—¡Cuidado… mira lo que haces; es una fiera! —me dijo el hombre con urgencia.

Su aviso llegaba tarde, porque ya había yo puesto la mano sobre el lomo del ave y acariciaba tiernamente su plumaje sedoso. El gavión se encogió, abrió un poco el pico y el iris negro de sus ojos se contrajo de sorpresa, pero mi audacia le había cogido tan desprevenido que no me hizo nada.

—¡Spiridion! —exclamó asombrado el hombre—, debe ser que le has caído bien; no deja que nadie le toque sin soltarle un picotazo.

Metí los dedos entre las tiesas plumas blancas del cuello, y al rascarle suavemente el gavión dejó caer la cabeza y puso unos ojos soñadores. Le pregunté al hombre dónde había conseguido capturar un ave tan magnífica.

—Esta primavera fui a Albania para cazar alguna liebre, y lo encontré en un nido. Entonces era pequeño y esponjoso como un corderito. Ahora está hecho un ganso —dijo el hombre, mirándolo con aire pensativo—, un ganso gordo, feo y mordedor, ¿verdad que sí?

Al verse así interpelado, el gavión abrió un ojo y emitió un berrido corto y seco, que tanto podía ser de repulsa como de asentimiento. El hombre se agachó y sacó de debajo del asiento un cesto grande, lleno hasta el borde de gruesos berberechos que rechinaban musicalmente. Nos sentamos en la barca a comérnoslos; mientras, yo no apartaba la vista del ave, fascinado por la cabeza y el pecho blancos como la nieve, el largo pico ganchudo y los ojos fieros, amarillos como los crocos de primavera, el ancho lomo y las poderosas alas negras como de carbón. En mi opinión, era

absolutamente espléndido desde la planta de sus grandes pies palmeados hasta la punta del pico. Tragué un último berberecho, me limpié las manos en el costado de la barca y le pregunté al hombre si a la primavera siguiente me podría conseguir un pollo de gavión.

—¿Quieres uno? —respondió sorprendido—; ¿te gustan?

Decir que me gustaban era poco: habría vendido mi alma por una de aquellas gaviotas.

—Pues quédatelo —dijo el hombre sin darle importancia, señalando hacia el ave con el dedo gordo.

Apenas podía dar crédito a mis oídos. Que alguien que poseyera una criatura tan maravillosa estuviera dispuesto a regalarla así como así era una cosa increíble. *¿Es que no lo quería?*, pregunté.

—Sí que le aprecio —dijo el hombre mirándolo con aire meditabundo—, pero come más de lo que yo puedo pescarle, y es tan malo que muerde a todo el mundo; ninguno de los demás presos ni de los guardianes le quiere. He intentado soltarle, pero no se va… siempre vuelve. Pensaba llevármelo a Albania un fin de semana y dejarle allí. Así que, si estás seguro de quererlo, puedes quedarte con él.

¿Seguro de quererlo? Era como si me ofrecieran un ángel. Un ángel de aspecto ligeramente sardónico, desde luego, pero de alas magníficas. Con la emoción, ni me paré a pensar cómo acogería la familia la llegada de un animal del tamaño de una oca y un pico como unas tenazas. Por si acaso el hombre cambiaba de opinión, me quité la ropa velozmente, le sacudí todo el barro que pude y me di un chapuzón rápido en la orilla. Me vestí otra vez, llamé a los perros y me dispuse a llevarme a casa mi tesoro. El hombre desató la cuerda, levantó el gavión y me lo dio; yo me lo eché debajo del brazo, asombrado de que un ave tan enorme pudiera pesar tan poco. Le agradecí calurosamente al hombre su maravilloso regalo.

—Se sabe su nombre —observó, cogiendo el pico del gavión entre los dedos y tirando de él suavemente—. Yo le llamo Alecko. Cuando le llames, vendrá.

Al oír su nombre, Alecko pataleó vivamente y me miró a la cara con interrogantes ojos amarillos.

—Necesitarás pescado para darle —señaló el hombre—. Yo mañana saldré con la barca a eso de las ocho. Si te apetece venir, podemos conseguirle un buen montón de comida.

Respondí que me parecía excelente idea, y Alecko dio un berrido de complacencia. El hombre se inclinó sobre la proa de la barca para sacarla del agua, y en ese momento me acordé de una cosa. Adoptando la mayor naturalidad posible, le pregunté cómo se llamaba y por qué estaba preso. Él me dirigió una sonrisa muy simpática por encima del hombro.

—Me llamo Kosti —dijo—, Kosti Panopoulos. Maté a mi mujer.

Se inclinó contra la proa y dio un empujón; la embarcación se deslizó con un murmullo hasta el agua, y allí las olas diminutas saltaron a lamerle la proa como cachorros contentos. Kosti subió a bordo y empuñó los remos.

—¡Salud! —gritó—. ¡Hasta mañana!

Chirriaron musicalmente los remos y la barca surcó veloz el agua clara. Yo di media vuelta, con mi ave prodigiosa debajo del brazo, y eché a andar por la arena hacia los Campos de Ajedrez.

Tardé bastante en llegar a casa. Sin duda había calculado mal el peso de Alecko, porque con cada paso que dábamos parecía hacerse más pesado. Era un peso muerto que se me iba escurriendo poco a poco, hasta que otra vez tiraba de él hacia arriba, cosa que le hacía protestar con enérgico graznido. Habíamos atravesado ya la mitad de los campos cuando vi una oportuna higuera que prometía surtirnos de sombra y sustento, y decidí hacer allí un alto. Mientras yo zampaba higos tendido sobre la hierba, Alecko estuvo sentado y quieto como un poste, mirando a los perros sin pestañear. Su único indicio de vida eran las pupilas, que expandía y contraía con nerviosismo cada vez que se movía alguno de los perros.

Al rato, descansado y fresco, sugerí a mi pandilla que emprendiéramos la última etapa del viaje; los perros se levantaron dócilmente, pero Alecko erizó las plumas con crujido de hojas secas y se estremeció de pies a cabeza ante la idea. No le debía de parecer nada bien eso de que yo le acarreara debajo del brazo como un petate, arrugándole las plumas. Ahora que me había persuadido de depositarle en lugar tan grato, no tenía la menor intención de proseguir un viaje en su opinión molesto e innecesario. Cuando me agaché a cogerle, chascó el pico, emitió un grito bronco y estentóreo y alzó las alas sobre el lomo con la postura que suelen adoptar los ángeles de los panteones. Me miró furibundo. ¿Por qué, parecía significar aquella mirada, por qué abandonar aquel sitio? Había sombra, hierba mullida para sentarse y agua cercana; ¿a santo de qué abandonarlo para verse remolcado por la comarca de manera tan incómoda como ignominiosa? Después de exponerle mis razones pareció calmarse, y de nuevo intenté levantarlo. Esta vez quiso dejar bien patentes sus deseos de quedarse donde estaba. Disparó el pico con tal rapidez que no me dio tiempo de apartar la mano y me la atrapó certeramente. Fue como si me atravesaran con un puñal. Me ardían los nudillos desollados, y de un tajo de cinco centímetros me manaba la sangre a chorros. Alecko tenía un aspecto tan satisfecho y regocijado que perdí los estribos. Agarrando el cazamariposas se lo eché por encima y, con gran asombro por su parte, le atrapé en las mallas. Antes de que pudiera recobrarse del desconcierto salté sobre él y le cogí el pico con una mano. Luego saqué el pañuelo y le di vueltas y vueltas alrededor hasta atarlo finalmente con un cabo de cordel, hecho lo cual me quité la camisa y le envolví en ella, sujetándole bien las alas al cuerpo. Quedó así empaquetado como para llevarlo al mercado, mirándome con ojos asesinos

y articulando gritos ahogados de rabia. Recogí de mal humor mis cosas, me lo eché debajo del brazo y emprendí el camino hacia casa. Ya que había conseguido el gavión, no iba a aguantar más ñoñerías para llevarlo a la villa. Durante el resto del trayecto, Alecko siguió emitiendo ininterrumpidamente una serie de alaridos feroces y estrangulados de intensidad taladrante, por lo que cuando llegamos a casa me tenía ya absolutamente furioso.

Entré con malos modos en el cuarto de estar, dejé a Alecko en el suelo y me puse a desempaquetarlo, operación que acompañó con roncos berridos. El ruido trajo corriendo de la cocina a Mamá y a Margo. Alecko, libre ya de mi camisa pero con el pico todavía atado con el pañuelo, trompeteaba furioso en mitad de la habitación.

—¿Qué es eso? —gritó Mamá.

—¡Qué pájaro tan enorme! —exclamó Margo—. ¿Qué es, un águila?

Siempre me molestó mucho la ignorancia de mi familia en materia de ornitología. Expliqué con enojo que no era un águila sino un gavión, y les conté cómo lo había conseguido.

—Pero, querido, ¿cómo nos vamos a arreglar para alimentarlo? —preguntó Mamá—. ¿Come pescado?

Alecko, respondí con optimismo, comía cualquier cosa. Intenté entonces agarrarlo para desatarle el pico, pero evidentemente tenía la impresión de que yo quería atacarle, y se puso a chillar y trompetear ferozmente a través del pañuelo. Esta segunda descarga hizo bajar de sus habitaciones a Larry y a Leslie.

—¿Quién demonios está tocando la gaita? —entró vociferando Larry.

Alecko enmudeció un instante, contempló con frialdad de pies a cabeza al recién llegado y, sacadas sus conclusiones, berreó enérgica y despectivamente.

—¡Dios santo! —dijo Larry retrocediendo con presteza y tropezándose con Leslie —. ¿Eso qué es?

—Es un pájaro nuevo que ha traído Gerry —repuso Margo—; ¿verdad que impone?

—Es una gaviota —dijo Leslie, asomándose por encima del hombro de Larry—; ¡qué cosa tan enormemente grande!

—Qué va —dijo Larry—; es un albatros.

—No, es una gaviota.

—No seas tonto. ¿Dónde se ha visto una gaviota de ese tamaño? Te digo que es un albatros.

Alecko caminó unos pasos hacia Larry y berreó de nuevo.

—Quítalo de ahí —me ordenó Larry—. Gerry, haz el favor de controlar a esa maldita cosa; me está atacando.

—Estate quieto. No te hará nada —le aconsejó Leslie.

—Sí, claro, tú tan tranquilo, ¡con ponerte detrás de mí! Gerry, sujeta a ese bicho

inmediatamente, antes de que haga algo irreparable.

—No grites así, querido; lo vas a asustar.

—¡Hombre, eso está bien! ¡Con una especie de Ave Roc aleteando por el suelo y atacando a todo el mundo, y encima me dices que no la asuste!

Yo conseguí acercarme a Alecko por detrás y echarle mano; en medio de sus protestas ensordecedoras, le quité el pañuelo del pico. Cuando volví a soltarlo se estremeció indignado y chascó el pico dos o tres veces con un ruido como el restallido de un látigo.

—¡Escuchad! —exclamó Larry—. ¡Está rechinando los dientes!

—Las gaviotas no tienen dientes —observó Leslie.

—Pues será otra cosa, pero está rechinando algo. ¿Supongo que no le dejarás que se lo quede, Mamá? Eso es una bestia peligrosa, no hay más que verlo: fíjate cómo mira. Además, trae mala suerte.

—¿Por qué? —preguntó Mamá, a quien le interesaban profundamente todas las supersticiones.

—Es cosa bien sabida. Basta con tener unas plumas en la casa para que todo el mundo coja la peste, o se vuelva loco, o algo así.

—Tú te confundes con los pavos reales, querido.

—No, no, te digo que son los albatros. Es bien sabido.

—No, querido, son los pavos reales los que traen mala suerte.

—Bueno, como quieras, pero no podemos tener esto en casa. Sería una verdadera locura. Mira lo que le pasó al Antiguo Marinero[12]. Tendremos que dormir todos con una ballesta debajo de la almohada.

—Verdaderamente, Larry, qué afán tienes de complicar las cosas —dijo Mamá—. A mí me parece un animal muy mansito.

—Ya verás cuando te despiertes una mañana y te encuentres con que te ha sacado los ojos.

—Qué tonterías dices, hijo. Tiene un aspecto de lo más inofensivo.

En ese momento, Dodo, que siempre tardaba un ratito en comprender por dónde iba el rápido fluir de los acontecimientos, reparó en Alecko por primera vez. Respirando pesadamente y con los ojos desorbitados de interés, se acercó a olerlo. Alecko le disparó un picotazo, y si Dodo no hubiera vuelto la cabeza en el momento justo —atendiendo a mi grito de alarma—, habría perdido limpiamente el hocico; pero no sufrió más que un golpe oblicuo a un lado de la cabeza, que le sorprendió tanto que se le salió la pata de su sitio.

Echó atrás la cabeza y soltó un alarido penetrante. Alecko, pensando al parecer que se trataba de una especie de concurso vocal, empeñó todas sus energías en berrear más alto que Dodo, batiendo las alas con tal vigor que apagó la lámpara más próxima.

—¡Ahí tienes! —dijo Larry triunfante—. ¿Qué te he dicho? No lleva aún cinco minutos en la casa y ya nos mata a la perra.

Los masajes de Mamá y Margo acallaron a Dodo, y Alecko se sentó a contemplar la operación con interés. Chascó enérgicamente el pico, como asombrado de la fragilidad de los cánidos; decoró pródigamente el suelo y meneó la cola con el contoneo de quien ha hecho algo muy agudo.

—¡Qué bonito! —dijo Larry—. Ahora se supone que tendremos que vadear por la casa metidos en guano hasta la cintura.

—¿No sería mejor que lo sacases afuera, querido? —sugirió Mamá—. ¿Dónde lo vas a tener?

Dije que había pensado dividir la jaula de las Gurracas y alojar allí a Alecko. Mamá opinó que era una idea excelente. Mientras preparaba la jaula lo até con una cuerda en la terraza, alertando por turno a cada miembro de la familia sobre su paradero.

—Bueno —observó Larry en la sobremesa—, no me echéis a mí la culpa si la casa es derribada por un ciclón. Yo ya os he avisado; más no puedo hacer.

—¿Por qué un ciclón, querido?

—Porque los albatros siempre traen consigo el mal tiempo.

—Es la primera vez que oigo llamar mal tiempo a un ciclón —observó Leslie.

—Pero si son los pavos reales los que traen mala suerte, querido; cuántas veces te lo tendré que repetir —dijo Mamá en tono plañidero—. Yo lo sé, porque una tía mía llevó a casa unas plumas de la cola y se le murió la cocinera.

—Mi querida madre, el albatros es mundialmente famoso como ave de mal agüero. Hasta los más curtidos lobos de mar palidecen y se desmayan si ven un albatros. Te lo advierto, cualquier noche encontraremos la chimenea cubierta de fuego de San Telmo, y antes de que podamos darnos cuenta y salir de la cama nos habrá tragado un maremoto.

—Antes has dicho un ciclón —señaló Margo.

—Un ciclón y un maremoto —dijo Larry—, probablemente con algún toquecillo de terremoto y un par de erupciones volcánicas para redondear. Tener aquí a esa bestia es tentar a la Providencia.

—Por cierto, ¿de dónde lo has sacado? —me preguntó Leslie.

Expliqué mi encuentro con Kosti (omitiendo toda mención de las culebras de agua, porque toda serpiente era tabú en presencia de Leslie) y cómo él me había regalado el ave.

—Nadie que esté en su sano juicio haría un regalo así —observó Larry—. ¿Y quién es ese tipo?

Sin pensar, respondí que era un preso.

—¿Un preso? —dijo Mamá con voz temblorosa—. ¿Qué quieres decir con eso de

que es un preso?

Expliqué lo de que a Kosti le dejaban ir a casa los fines de semana, por ser un miembro de confianza de la comunidad de Vido. Añadí que él y yo íbamos a ir de pesca a la mañana siguiente.

—No sé si será muy prudente, querido —dijo Mamá dubitativamente—. No me agrada la idea de que vayas por ahí con un preso. Vaya usted a saber lo que habrá hecho.

Indignado, dije que yo sabía perfectamente lo que había hecho: matar a su mujer.

—¿Un asesino? —exclamó Mamá horrorizada—. ¿Pero qué hace ese hombre suelto por la comarca? ¿Por qué no le colgaron?

—Aquí no usan la pena de muerte más que para los bandidos —explicó Leslie—; ¡te echan tres años por homicidio y cinco años si te cogen dinamitando peces!

—¡Qué ridiculez! —dijo Mamá indignada—. ¡En mi vida he oído nada más escandaloso!

—Yo creo que demuestra un agudo sentido de la importancia de las cosas —dijo Larry—. Primero los boquerones; después, las mujeres.

—De cualquier modo, no permitiré que te trates con un asesino —me dijo Mamá —. Es capaz de cortarte el cuello o algo por el estilo.

Al cabo de una hora de ruegos y argumentos logré por fin que Mamá me dejase ir de pesca con Kosti, a condición de que Leslie fuera antes a conocerle. De modo que a la mañana siguiente fuimos de pesca, y cuando volvíamos con comida suficiente para tener a Alecko entretenido un par de días, invité a mi amigo a subir a la villa, con el objeto de que Mamá pudiera examinarle personalmente.

A costa de enormes esfuerzos mentales, Mamá había conseguido memorizar dos o tres palabras griegas. Esa falta de vocabulario tendía a restringir su conversación aun en las circunstancias más propicias, pero al verse enfrentada a la penosa prueba de intercambiar naderías con un asesino, se le olvidó rápidamente el poco griego que sabía. Tuvo que limitarse a estar sentada en la terraza, sonriendo con nerviosismo, mientras Kosti, con su camisa desteñida y sus pantalones rotos, se bebía una cerveza y yo traducía su conversación.

—Parece un hombre muy agradable —dijo Mama cuando Kosti se hubo marchado—; no tiene el menor aspecto de asesino.

—¿Y tú cómo te creías que era un asesino? —preguntó Larry—. ¿Un tipo con el labio partido y patas de cabra, agarrando con la mano una botella que pusiese VENENO?

—No digas bobadas, hijo; cómo iba a pensar eso. Pero creí que tendría un aspecto… bueno, entiéndeme, un poco más sanguinario.

—Es que no se puede juzgar por las apariencias —señalo Larry—; lo único seguro son los hechos. Yo te podría haber dicho que era un asesino desde el primer

momento.

—¿Por qué, querido? —preguntó Mama muy intrigada.

—Elemental —respondió Larry con un suspiro de condescendencia—. ¡Solamente a un asesino se le habría ocurrido regalarle a Gerry ese albatros!

18. Un número de animales

Toda la casa era un hervidero de actividad. Grupos de campesinos, cargados con cestos de hortalizas y racimos de gallinas estridentes, se aglomeraban en la puerta de atrás. Spiro llegaba dos, hasta tres veces al día con el coche abarrotado de cajas de vino, sillas, mesas plegables y paquetes de comestibles. Las Gurracas, contagiadas de la animación reinante, aleteaban de un lado a otro de la jaula, asomando la cabeza por entre la tela metálica y emitiendo roncos y sonoros comentarios al bullicio. Margo yacía en el suelo del comedor, rodeada de enormes pliegues de papel de estraza sobre los cuales iba dibujando grandes murales con tizas de colores; en el cuarto de estar, Leslie, rodeado de montañas de muebles, calculaba matemáticamente el número de sillas y mesas que la casa podría albergar sin hacerse inhabitable; en la cocina, Mama (asistida por dos chillonas muchachas del campo) se movía en una atmósfera semejante al interior de un volcán, entre nubes de vapor, fogones chispeantes y el dulce bufido y borboteo de las ollas; los perros y yo vagábamos de aquí para allá ayudando en lo que pudiéramos, dando consejo y echando una mano en general; arriba, en su alcoba, Larry dormía beatíficamente. La familia, en suma, preparaba una fiesta.

Como era costumbre entre nosotros, lo habíamos decidido de improviso y sin otro motivo que un impulso repentino. Rebosante de sentimientos fraternales, la familia había invitado a todas las personas que recordaba, sin exceptuar a algunas a quienes detestábamos cordialmente. Todos nos lanzamos a los preparativos con entusiasmo. Como era a principios de septiembre, decidimos darle el calificativo de fiesta navideña, y para evitar que la cosa resultara demasiado formal invitamos a los participantes a almorzar, merendar y cenar. Ello suponía la elaboración de cantidades ingentes de comida, y Mamá, armada de una pirámide de recetarios desencuadernados, desapareció en la cocina para pasarse allí las horas muertas. Si por acaso salía, con las gafas empañadas de vapor, era casi imposible mantener con ella una conversación que no versase exclusivamente sobre comida.

En las raras ocasiones en que el deseo de recibir invitados era unánime, lo habitual era que la familia empezara a organizar las cosas con tanta antelación y tales ímpetus que al llegar el día señalado solíamos estar todos exhaustos e irritables. Ni que decir tiene que nuestras fiestas nunca se desarrollaban según lo previsto. Hiciéramos lo que hiciéramos, siempre había algún obstáculo de última hora que cambiaba las agujas de posición y lanzaba nuestros minuciosos planes por una vía totalmente distinta de la esperada. Pero al cabo de los años nos habíamos acostumbrado, y gracias a eso no naufragó nuestra fiesta navideña, casi completamente invadida por los animales. Todo empezó de la manera más inocente, con unos peces rojos.

Yo había capturado hacía poco tiempo, con ayuda de Kosti, al anciano galápago al que llamaba Old Plop. Parecía que la adición de tan distinguido e interesante inquilino a mi reserva de animales merecía ser celebrada con algo especial. Decidí que lo más adecuado sería reorganizar mi tortuguero, que no era más que un simple barreño viejo de hojalata. Una criatura del rango de Old Plop no podía habitar tan mísera vivienda, en vista de lo cual me procuré una gran pila cuadrada de piedra (que en tiempos había servido para almacenar aceite) y procedí a decorarla artísticamente con guijarros, piedras, arena y plantas acuáticas. Una vez terminada resultaba muy naturalista, y ni los galápagos ni las culebras de agua le opusieron el menor reparo. Pero a mí no me acababa de gustar. Era ciertamente un loable esfuerzo, pero parecía faltarle algo. Después de meditarlo mucho llegué a la conclusión de que el toque final que necesitaba eran unos peces rojos. ¿Pero dónde encontrarlos? El lugar de venta más próximo era Atenas, y encargarlos de allí requeriría largo tiempo y muchas complicaciones. Yo quería que mi estanque estuviera completo para el día de la fiesta. Como sabía que la familia estaba demasiado ocupada para ocuparse de la obtención de unos peces rojos, consulté el problema a Spiro. Luego de escuchar mi pormenorizada y gráfica descripción de cómo eran aquellos peces, me dijo que mi petición le parecía irrealizable: jamás había conocido peces de esa clase en Corfú. De todos modos, él vería lo que podía hacer. Hubo un largo compás de espera, durante el cual pensé que habría olvidado el asunto, y al fin, el día antes de la fiesta, me condujo a un rincón apartado y miró en torno para asegurarse de que nadie nos estaba escuchando.

—Señoritos Gerrys, me pareces que le puedos conseguir unos peces rojos —balbució roncamente—. No les digas nada a nadies. Esta tardes, cuando yo lleves a su madres al pueblo para que la peinen, se vienes usted y traes algo para meterlos.

Muy emocionado ante la noticia, porque el gesto conspiratorio de Spiro prestaba un grato sabor de intriga y peligro a la adquisición de peces rojos, pasé la tarde preparando una lata en donde traerlos a casa. Spiro llegó con retraso, y Mamá y yo llevábamos ya un buen rato esperando cuando apareció el coche dando rugidos y bocinazos camino arriba, para pararse en seco con un chirrido delante de la villa.

—Sientos muchos haber llegados tarde, señoras Durrells —se excusó mientras ayudaba a Mamá a entrar en el coche.

—No se preocupe, Spiro. Lo único es que estábamos temiendo que hubiese usted tenido algún accidente.

—¿Accidente? —dijo Spiro con desdén—. Yo nunca tengos accidentes. No, ha sido otra vez la infección.

—¿Infección? —dijo Mamá asombrada.

—Sí, por estas fechas siempre tengos una infección —respondió Spiro con fastidio.

—¿Y por qué no consulta al médico? —sugirió Mamá.

—¿Al médicos? —repitió Spiro, perplejo—. ¿Para qués?

—Pues para saber por qué le ocurre —señaló Mamá—. Una infección puede ser grave.

—¿Graves?

—Claro, si no se corta a tiempo puede ser grave.

Spiro frunció el ceño y meditó un momento.

—Pero es que es la infección del taxi —dijo por fin.

—¿Del taxi?

—Claro, la infección municipal.

—Querrá usted decir inspección.

—¡Pues eso es lo que he dichos, infección! —señaló Spiro indignado.

Era ya anochecido cuando dejamos a Mamá en la peluquería, y Spiro me llevó al otro extremo de la población, aparcando frente a unas enormes verjas de hierro forjado. Bajó del automóvil, miró subrepticiamente a su alrededor, y después se acercó a las verjas y dio un silbido. A esa señal salió de entre los arbustos un individuo ya mayor y patilludo, y ambos conversaron un momento en voz baja. Spiro volvió al automóvil.

—Demes la lata, señoritos Gerrys, y usted quédese aquí —murmuró—. No tardares.

El individuo patilludo abrió las verjas, Spiro se introdujo, y los dos se fueron caminando de puntillas entre los arbustos. Media hora más tarde reapareció Spiro con la lata apretada contra su pecho hercúleo, los zapatos encharcados y las perneras del pantalón chorreando.

—Aquí tienes, señoritos Gerrys —me dijo, al tiempo que me pasaba la lata. Dentro nadaban cinco peces rojos gruesos y relucientes.

Entusiasmado, le di las gracias profusamente.

—Está bien —dijo, poniendo en marcha el motor—; pero no le digas nada a nadies, ¿eh?

Le pregunté de dónde los había cogido: ¿de quién era aquel jardín?

—No le importes —gruñó—; usted téngalos escondidos, y no le digas a nadies una palabras.

Pasadas unas semanas de esto acertamos a pasar Teodoro y yo por delante de las mismas verjas de hierro, y le pregunté qué era aquella finca. Me respondió que era el palacio donde se alojaba el rey de Grecia (o cualquier otro miembro de la casa real) en sus estancias en la isla. Mi admiración por Spiro no tuvo límites: allanar un palacio para llevarse los peces rojos del estanque del rey era una hazaña portentosa. El incidente sirvió además para aumentar el prestigio de los peces a mi vista y añadir un nuevo lustre a sus formas obesas al pasar descuidadamente entre los galápagos.

Cuando verdaderamente empezaron a ocurrir cosas fue en la mañana de la fiesta. En primer lugar, Mamá descubrió que Dodo había elegido nada menos que aquel día para ponerse en celo. Con el fin de que Mamá pudiese guisar ininterrumpidamente hubo que apostar en la puerta de atrás a una de las campesinas armada de una escoba para repeler a los pretendientes, pero a pesar de esta precaución había momentos ocasionales de pánico cada vez que uno de los Romeos más osados lograba introducirse en la cocina por el camino de la entrada principal.

Después del desayuno corrí a visitar a mis peces y descubrí con horror que dos de ellos habían sido matados y parcialmente devorados. La alegría de haberlos conseguido me había hecho olvidar que tanto los galápagos como las culebras de agua gustaban de zamparse un pez gordito de vez en cuando. Me vi, pues, obligado a trasladar a los reptiles a unas latas de petróleo hasta que pensase cómo solucionar el problema. Cuando acabé de limpiar y poner comida a Alecko y las Gurracas seguía sin ocurrírseme la manera de tener juntos a peces y reptiles, y se acercaba la hora del almuerzo. La llegada de los primeros invitados era inminente. Lleno de tristeza, me encaminé a mi primoroso estanque, y cuál no sería mi espanto al ver que alguien había corrido la lata de las culebras a pleno sol. Flotaban en la superficie del agua tan congestionadas y quietas, que en el primer momento las creí muertas; era obvio que sólo un tratamiento de urgencia las salvaría, y agarrando la lata entré corriendo en casa. Mamá estaba en la cocina, agobiada y distraída, intentando dividir su atención entre la comida y los admiradores de Dodo.

Le expliqué la situación desesperada de las culebras, y afirmé que lo único que podría salvarlas era una inmersión fría y prolongada en el baño. ¿Podía dejarlas en la bañera durante una hora?

—Pues sí, querido; no veo ningún inconveniente. Pero antes mira a ver si ha terminado todo el mundo, y cuando las saques no se te olvide desinfectarla, ¿eh? —me respondió.

Llené la bañera de agua fresquita y tiernamente introduje en ella a las culebras; a los pocos minutos empezaron a revivir. Ya más tranquilo, las dejé para que se remojaran bien y subí a cambiarme de ropa. Al bajar salí a la terraza con ánimo de echar una mirada a la mesa del almuerzo, que se había dispuesto bajo la sombra de la parra. En medio de lo que fuera precioso centro de flores estaban posadas las Gurracas, balanceándose de lado a lado. Contemplé consternado la mesa. Los cubiertos aparecían dispersos sin orden ni concierto, los platos embadurnados de mantequilla y el mantel salpicado de pisadas grasientas. La pimienta y la sal habían servido para decorar con gran efectismo los restos derramados de una salsera de chutney. Sobre todo ello había sido vaciada la jarra del agua, para darle ese toque final, inimitable, de las Gurracas.

Noté en seguida que las culpables se comportaban de una manera insólita: en

lugar de salir volando a toda mecha permanecieron allí sentadas entre las flores deshechas, balanceándose rítmicamente con los ojos brillantes y lanzándose entre sí pequeños cloqueos de satisfacción.

Una de ellas, luego de mirarme un momento como en éxtasis, atravesó la mesa con paso inseguro llevando una flor en el pico, al llegar al borde perdió el equilibrio y cayó pesadamente al suelo. La otra dio un ronco graznido de risa, se metió la cabeza debajo del ala y se durmió. Yo no sabía qué pensar de tan extraña conducta, hasta que reparé en un botellín de cerveza hecho añicos sobre el enlosado. Era evidente que las Gurracas habían celebrado su fiestecita particular y estaban borrachas como cubas. Me fue muy fácil atraparlas, aunque la de la mesa trató de esconderse debajo de una servilleta pringada de mantequilla y fingirse ausente. Ya con ellas en la mano, me preguntaba si sería posible devolverlas a su jaula con disimulo y negar todo conocimiento del desaguisado, cuando se presentó Mamá trayendo una salsera. Cogido con las manos en la masa, por así decirlo, habría sido inútil atribuir los destrozos a un huracán repentino, a las ratas o a cualquiera de las mil explicaciones que se me habían ocurrido. Hubo que aguantar la regañina.

—Pero, hijo, deberías tener más cuidado con la puerta de la jaula. Ya sabes cómo son —se lamentó Mamá—. En fin, qué le vamos a hacer: ha sido un accidente. Y supongo que no serán responsables de sus actos si están borrachas.

Al reintegrar a las legañosas y beodas Gurracas a su jaula descubrí, como temía, que Alecko había aprovechado la ocasión para escaparse a su vez. Encerré a las Gurracas en su compartimiento y les eché un buen rapapolvo; habían entrado ya en la fase agresiva y atacaron mi zapato con ferocidad. Disputándose el honor de comerse el cordón, acabaron por atacarse entre sí. Las dejé aleteando en círculos desordenados y lanzándose picotazos perdidos, y partí en busca de Alecko. Rebusqué por todo el jardín y la casa, pero no apareció por ninguna parte. Suponiendo que habría ido al mar a darse un chapuzón, me alegré de no tenerlo por en medio.

Habían llegado los primeros invitados y estaban tomando unos refrescos en la terraza. Me uní a ellos, y pronto me enfrasqué en una conversación con Teodoro; según estábamos hablando, me sorprendió ver venir a Leslie por los olivares con la escopeta debajo del brazo, el zurrón lleno de agachadizas y una liebre de gran tamaño. Se me había olvidado que había ido de caza con la esperanza de cobrar algunas chochas tempranas.

—¡Ajá! —dijo Teodoro con regodeo, mientras Leslie se saltaba el pretil de la terraza para enseñarnos las piezas—. ¿Esa liebre es suya o es… hum… una peluca…[13]?

—¡Teodoro! ¡Eso lo ha plagiado de Lamb! —le acusó Larry.

—Sí… eh… hum… lo reconozco. ¡Pero venía tan a propósito! —explicó Teodoro compungido.

Leslie pasó a casa a cambiarse, y Teodoro y yo reanudamos nuestra charla.

Apareció entonces Mamá y se sentó sobre el pretil, con Dodo echada a sus pies. Su representación del papel de anfitriona distinguida quedaba algo deslucida por el hecho de tener que interrumpir continuamente su conversación para dirigir fieros visajes y blandir un garrote contra el grupo de perros jadeantes que se congregaba en el jardín de delante. De vez en cuando estallaba un altercado entre los amigos de Dodo, y toda la familia se volvía hacia ellos para vociferar «Silencio» en tono amenazador, sobresalto que hacía que los invitados más impresionables derramaran sus bebidas. Después de cada interrupción, Mamá paseaba en torno una sonrisa radiante y pugnaba por volver la charla a su normal desarrollo. Acababa de lograrlo por tercera vez cuando de nuevo se vio cortada en seco por un aullido procedente del interior de la casa. Sonó algo así como el grito que habría dado el minotauro aquejado de dolor de muelas.

—¿Qué le sucede a Leslie? —preguntó Mamá.

No tardaríamos en averiguarlo, porque al punto se presentó en la terraza sin otro indumento que una pequeña toalla.

—¡Gerry! —rugió, rojo de ira—. ¿Dónde está ese niño?

—Cálmate, querido, cálmate —dijo Mamá—. ¿Qué es lo que pasa?

—Culebras —gritó Leslie, gesticulando con las manos para indicar su extrema longitud, y luego llevándoselas rápidamente a la toalla que se le estaba cayendo—, culebras, eso es lo que pasa.

El efecto producido sobre los invitados fue muy interesante. Los que nos conocían seguían la escena con avidez; los no iniciados se preguntaron si Leslie no estaría un poco chiflado, y vacilaban entre hacerse los desentendidos y seguir charlando, o arrojarse sobre él antes de que atacase a alguien.

—¿De qué estás hablando, hijo?

—Ese condenado niño ha llenado el maldito baño de puñeteras culebras —dijo Leslie, para dejar bien claras las cosas.

—¡Qué lenguaje, querido, qué lenguaje! —dijo Mamá de manera automática, añadiendo distraídamente—. Deberías ponerte algo por encima; vas a coger un catarro.

—Unos bicharracos como mangueras de grandes… ¡De milagro no me han mordido!

—No te enfades, querido; soy yo quien tiene la culpa. Yo le dije que las pusiera ahí —me disculpó Mamá, y luego, pensando que los invitados se merecían una explicación, añadió—: sufrían de insolación, las pobrecitas.

—¡Por favor, Mamá! —exclamó Larry—, ¡eso ya es pasarse!

—Querido, tú no empieces —dijo Mamá con firmeza—; es Leslie quien se ha bañado con las culebras.

—No sé por qué Larry tiene siempre que meterse en todo —comentó Margo amargamente.

—¿Meterme? Yo no me estoy metiendo en nada. Pero cuando Mamá conspira con Gerry para llenar de culebras la bañera, creo que mi deber es protestar.

—Oh, callaos —dijo Leslie—. Lo único que yo quiero saber es, ¿cuándo piensa quitar de ahí esas porquerías?

—Creo que estás sacando las cosas de quicio —dijo Margo.

—Si tenemos que llevar a cabo nuestras abluciones en un nido de hamadríadas, me veré obligado a mudarme de casa —advirtió Larry.

—¿Me voy a bañar o no? —preguntó rudamente Leslie.

—¿Es que no puedes sacarlas tú mismo?

—Sólo San Francisco de Asís viviría a gusto aquí…

—¡Oh, por lo que más quieras, cállate!

—Tengo tanto derecho como cualquiera a expresar mis opiniones…

—Quiero bañarme, nada más. Creo que no es mucho pedir…

—Bueno, bueno, queridos, no regañéis —dijo Mamá—. Gerry, será mejor que vayas a sacar las culebras de la bañera. De momento puedes dejarlas en el lavabo o en cualquier sitio.

—¡No! ¡Tienen que ir afuera!

—Está bien, querido; no grites.

Por fin alojé a mis culebras en una cacerola que me prestaron en la cocina. Comprobé con alegría que se habían recuperado por completo, y al sacarlas del baño silbaron enérgicamente. Regresé a la terraza a tiempo de oír cómo Larry se explayaba ante los invitados.

—Les aseguro que esta casa es una trampa mortífera. No hay rendija ni rincón que no esté atestado de fauna maligna dispuesta para el ataque. Yo no comprendo cómo no he quedado aún lisiado para toda la vida. Una acción tan sencilla e inocua como la de encender un cigarrillo está erizada de peligros. No se respeta ni la intimidad de la propia alcoba. Yo primero fui agredido por un escorpión, una bestia inmunda que soltaba veneno y crías por todas partes. Después encontré mi cuarto arrasado por las urracas. Ahora tenemos culebras en la bañera y bandadas de albatros que planean por toda la casa, haciendo ruidos de cañería defectuosa.

—Larry, querido, exageras —dijo Mamá, sonriendo vagamente a los invitados.

—Mi querida madre, si falto a la verdad será más bien por quedarme corto. ¿Qué me dices de la noche que Quasimodo decidió dormir en mi habitación?

—Aquello no fue tan grave, querido.

—Pues no —dijo Larry con dignidad—, es posible que a ti te agrade ser despertada a las tres y media de la mañana por un palomo empeñado en meterte el recto por un ojo…

—Sí, bueno, ya hemos hablado suficiente de animales —dijo Mamá apresuradamente—. Creo que la comida está dispuesta, así que ¿qué les parece que nos vayamos sentando?

—De veras, este niño es un peligro público… —insistió Larry según nos dirigíamos a la mesa—, tiene la cabeza a bichos.

Se indicó sus sitios a los invitados, hubo un coro de chirridos al sacar las sillas y todo el mundo se sentó y sonrió a sus vecinos. Al momento siguiente dos de los invitados soltaron alaridos de agonía y salieron despedidos de sus asientos como sendos cohetes.

—¡Oh, Dios mío!, ¿ahora qué sucede? —preguntó Mamá desencajada.

—Serán otra vez los escorpiones —dijo Larry, abandonando rápidamente su asiento.

—¡Me ha mordido algo… en una pierna!

—¡Ahí tienen! —exclamó Larry, mirando en torno con aire de triunfo—. ¡Exactamente lo que les decía! Seguramente habrá ahí debajo una pandilla de osos.

El único que no se quedó helado de espanto ante la idea de alguna fiera oculta al acecho de sus piernas fue Teodoro, que se inclinó con circunspección, levantó el mantel y metió la cabeza por debajo de la mesa.

—¡Ajá! —dijo muy interesado.

—¿Qué es? —preguntó Mamá.

Teodoro reapareció de debajo del mantel.

—Parece ser alguna clase de… eh… alguna clase de ave. Un ave grande, blanca y negra.

—¡Es el albatros! —dijo Larry excitado.

—No, no —le corrigió Teodoro—; es una especie de gaviota me parece.

—¡Que nadie se mueva… quietos todos, si no quieren que les rebane una pierna por la rodilla! —informó Larry a la concurrencia.

Como afirmación destinada a contener la alarma, aquélla dejaba mucho que desear. Todo el mundo se puso en pie como un solo hombre y evacuó la mesa.

Desde debajo del mantel, Alecko lanzó un graznido largo y amenazador: si de disgusto por perder a sus víctimas o de protesta por el barullo, es cuestión difícil de dilucidar.

—¡Gerry, agarra inmediatamente a ese pájaro! —ordenó Larry desde una prudente distancia.

—Sí, querido —asintió Mamá—. Será mejor que te lo lleves a su jaula. No se puede quedar ahí.

Levanté cuidadosamente el borde del mantel, y Alecko, cómodamente sentado debajo de la mesa, me miró furibundo con sus ojos amarillos. Alargué una mano hacia él, y alzó las alas al tiempo que chascaba el pico con ferocidad. Evidentemente,

no estaba para bromas. Cogí una servilleta y comencé la lenta maniobra de llevársela al pico.

—¿Necesitas ayuda, hijito? —preguntó Kralefsky, sin duda por pensar que su reputación de ornitólogo le exigía ofrecerse en estos trances.

Con evidente alivio por su parte, rechacé su colaboración, explicando que Alecko estaba de mal humor y se tardaría un ratito en atraparlo.

—Pues haz el favor de darte prisa; se nos está enfriando la sopa —gruñó Larry irritado—. ¿No puedes tentarle con algo? ¿Qué comen esos monstruos?

—A todas las gaviotas les encanta el gaviar —observó Teodoro rebosante de satisfacción[14].

—¡Teodoro, por favor! —protestó Larry con gesto dolorido—. ¡Una crisis no es el momento más oportuno para hacer chistes!

—¡Caramba! ¡Qué aspecto tan feroz! —dijo Kralefsky contemplando mi combate con Alecko.

—Probablemente tendrá hambre —dijo Teodoro radiante—, y al ver que nos sentábamos a la mesa sin él no ha podido por menos de sentirse agraviado.

—¡Teodoro!

Por fin logré agarrar a Alecko por el pico y sacarle chillando y aleteando de debajo de la mesa. A costa de enormes sudores, le até las alas y me lo llevé a su jaula. Allí se quedó, lanzándome insultos y amenazas, mientras yo volvía a reanudar mi almuerzo interrumpido.

—Recuerdo que a un amigo mío muy querido le molestó una vez una gaviota grande —comentó Kralefsky, transportándose al pasado mientras sorbía la sopa.

—¿De veras? —dijo Larry—. No sabía yo que fueran aves tan depravadas[15].

—Él iba paseando por los acantilados con una dama —prosiguió Kralefsky sin oír a Larry—, cuando el ave se arrojó sobre ellos para atacarlos. Mi amigo contaba que tuvo grandes dificultades para espantarla con el paraguas. Una experiencia nada envidiable, ¿verdad?

—¡Extraordinario! —dijo Larry.

—Lo que debería haber hecho —señaló gravemente Teodoro— es apuntar el paraguas hacia ella y gritarle: «Atrás o disparo».

—¿Para qué? —preguntó Kralefsky estupefacto.

—La gaviota se lo habría creído y habría salido huyendo aterrorizada —explicó Teodoro con sencillez.

—Pero no acabo de comprender… —empezó Kralefsky, frunciendo el entrecejo.

—Es fácil: ¿no ve que son unas criaturas terriblemente crédulas? —dijo Teodoro triunfante.

—De verdad, Teodoro, es usted como un número antiguo de Punch —gimió Larry.

Tintineaban las copas, rechinaban los cuchillos y tenedores y las botellas de vino gorgoteaban según iba transcurriendo la comida. Se sucedían las exquisiteces, y cada vez que los invitados manifestaban su aprobación unánime del plato de turno, Mamá sonreía con modestia. La conversación, como es natural, giró sobre el tema de los animales.

—Yo recuerdo que cuando éramos pequeños nos enviaron a visitar a una de nuestras numerosas tías ancianas y excéntricas. Aquélla sentía verdadera manía por las abejas; las criaba en cantidades industriales; tenía el jardín atestado de cientos de colmenas que zumbaban como los postes del telégrafo. Una tarde se puso un velo enorme y unos guantes, nos encerró a todos en la casa para mayor seguridad y se fue a sacar miel de una de las colmenas. Por lo visto no debió de impresionarlas lo bastante, o lo que sea que hay que hacer con ellas, y cuando levantó la tapadera salió de allí dentro una especie de géiser de abejas que se le posaron encima. Todo esto lo estábamos observando nosotros por la ventana. Como no sabíamos gran cosa sobre abejas, nos pareció que sería ése el procedimiento correcto, hasta que vimos que se ponía a correr como una loca por el jardín, haciendo esfuerzos desesperados por escapar de las abejas y enredándose el velo en los rosales. Por fin llegó a la casa y se tiró contra la puerta. Nosotros no podíamos abrir porque era ella quien tenía la llave. Intentábamos hacérselo comprender, pero sus alaridos de dolor y el zumbido de las abejas ahogaban nuestras voces. Fue, me parece, Leslie quien tuvo la brillante idea de tirar sobre ella un cubo de agua desde la ventana de la alcoba. Pero llevado de su entusiasmo tiró también el cubo, desdichadamente. Que a uno le den una ducha de agua fría y le estampen un cubo grande de hierro galvanizado en la cabeza es bastante molesto de por sí, pero si además hay que estar al mismo tiempo tratando de espantar a un enjambre de abejas la cosa resulta ya demasiado penosa. Cuando por fin metimos a la tía en casa, estaba tan hinchada que casi no la reconocíamos. —Larry hizo una pausa y suspiró con sentimiento.

—¡Espantoso! —exclamó Kralefsky abriendo los ojos como platos—. Pudo morirse de eso.

—Sí que pudo —asintió Larry—. De todos modos, me echó a perder las vacaciones.

—¿Y se recobró? —preguntó Kralefsky. Era evidente que estaba ya planeando una emocionante Aventura de la Abeja Enfurecida que poder correr con su dama.

—Pues sí, después de pasar unas semanas en el hospital —respondió Larry con descuido—. Pero lo que no se le pasó fue la manía de las abejas. Poco tiempo después todo un enjambre se le instaló en la chimenea, y por intentar ahumarlas prendió fuego a la casa. Cuando llegaron los bomberos no quedaban más que las paredes carbonizadas, rodeadas de abejas.

—Espantoso, espantoso —murmuró Kralefsky.

Teodoro, que minuciosamente untaba de mantequilla un trozo de pan, dio un gruñidito de regocijo. Se disparó el pan a la boca, lo masticó sólidamente durante cosa de un minuto, lo tragó y se limpió la barba con la servilleta.

—A propósito de fuegos —empezó, con un brillo de picardía en los ojos—. ¿Les he contado lo de cuando modernizaron el Cuerpo de Bomberos de Corfú? Pues parece ser que el jefe de la brigada estuvo en Atenas y se quedó muy… eh… impresionado por el material nuevo contra incendios que tenían allí. Pensó que ya era hora de que Corfú se deshiciera del viejo coche de caballos y lo cambiara por otro nuevo… hum… preferiblemente bonito, rojo y reluciente. También se le ocurrieron algunas otras mejoras. Volvió aquí lleno de… hum… de entusiasmo. Lo primero que hizo fue abrir un hueco redondo en el techo del parque de bomberos, para que éstos pudieran bajar deslizándose por una barra según lo correcto. Pero al parecer, con las prisas de la modernización olvidó poner la barra, así que la primera vez que hubo prácticas dos de los bomberos se rompieron las piernas.

—No, Teodoro, me niego a creerlo. Eso no puede ser verdad.

—No, no, les aseguro que es totalmente cierto. Me los trajeron a mi consulta para radiografiarles. Por lo visto, lo que había pasado es que el jefe no les había explicado lo de la barra, y ellos creyeron que había que saltar por el hueco. Eso no fue más que el principio. Con considerable dispendio se adquirió un coche de bomberos extremadamente… eh… grande. El jefe insistió en tener el mayor y mejor. Desgraciadamente resultó ser tan grande que sólo había una manera de conducirlo por el pueblo —ya saben ustedes lo estrechas que son la mayoría de las calles. Era frecuente verlo correr, con la campana repicando como loca, en dirección opuesta a la del incendio. Ya fuera del pueblo, donde las carreteras son un poco más anchas, podían acudir al incendio dando un rodeo. A mí lo que me pareció más curioso fue el asunto de la modernísima alarma de incendios que encargó el jefe: ya saben, una de esas en las que se rompe el cristal y hay una especie de… hum… telefonito dentro. Bien, pues hubo grandes debates sobre dónde sería mejor ponerla. El jefe me dijo que era una cosa muy difícil de decidir, dado que no estaban seguros de dónde se producirían los incendios. Conque, para evitar cualquier confusión, fijaron la alarma de incendios sobre la puerta del parque de bomberos.

Teodoro hizo una pausa, se rascó la barba con el pulgar y tomó un sorbo de vino.

—Apenas habían acabado de organizar las cosas cuando tuvieron el primer fuego. Por suerte, yo estaba en la vecindad y pude presenciarlo todo. El lugar era un garaje, y las llamas habían prendido ya bastante bien cuando el dueño llegó corriendo al parque y rompió el cristal de la alarma. Entonces, según parece, hubo una escena desagradable, porque el jefe se molestó al ver su alarma rota tan pronto. Le dijo al hombre que debería haber llamado a la puerta; que la alarma estaba nueva, y se tardarían semanas en reponer el cristal. Por fin sacaron el coche a la calle y se

reunieron los bomberos. El jefe pronunció un breve discurso, en el que solicitó que cada hombre cumpliera con su… hum… deber. Luego ocuparon sus puestos. Se armó un poco de lío sobre a quién correspondería el honor de tocar la campana, pero al fin el propio jefe se encargó de hacerlo. Debo decir que cuando llegó, el coche hizo un gran efecto. Todos saltaron a tierra y empezaron a ir y venir con aire de mucha eficiencia. Desenrollaron una manguera muy larga, y ahí surgió otra dificultad, porque nadie encontraba la llave que abría la trasera del coche para enchufar la manguera a la bomba. El jefe dijo que se la había dado a Yani, pero Yani libraba esa noche, al parecer. Después de mucho discutir, alguien tuvo que ir corriendo a casa de Yani, que no estaba… eh… demasiado lejos, afortunadamente. Durante la espera, los bomberos contemplaban el incendio, que ya había tomado unas proporciones muy respetables. Volvió el enviado diciendo que Yani no estaba en casa, que decía su mujer que había ido al fuego. Se llevó a cabo un registro entre la multitud y con gran indignación del jefe encontraron a Yani entre los mirones, con la llave en el bolsillo. El jefe se puso hecho una fiera, y señaló que eran ese tipo de cosas las que creaban una mala impresión. Abrieron la trasera, enchufaron la manguera y dieron el agua. Por supuesto, ya para entonces no quedaba prácticamente nada de garaje que… eh… apagar.

Acabada la comida, los invitados estaban demasiado inflados para hacer otra cosa que echarse la siesta en la terraza, y los intentos de Kralefsky de organizar un partido de cricket chocaron con una absoluta falta de entusiasmo. Cuatro o cinco de los más enérgicos convencimos a Spiro de que nos llevara a darnos un baño y estuvimos holgazaneando en el mar hasta la hora del té, otro triunfo gastronómico de Mamá. Montañas vacilantes de magdalenas recién hechas; bizcochos crujientes, finos como papeles; pasteles como cúmulos de nieve, rezumando mermelada; tartas oscuras, jugosas y opulentas, atiborradas de fruta; tejas quebradizas como el coral y rebosantes de miel. La conversación desapareció casi por completo; todo lo que se oía era el leve tintineo de las tazas y el sentido suspiro de alguno de los invitados que, saturada ya su capacidad, aceptaba otro trozo de tarta. Después nos repartimos por la terraza en grupitos, charlando de una manera deshilvanada y soñadora mientras la ola verde del crepúsculo inundaba los olivares e intensificaba la sombra de la parra, oscureciendo los rostros en la penumbra.

Al rato, Spiro, que había salido con el coche en una expedición misteriosa, regresó entre los árboles, atronando el aire de bocinazos para avisar de su llegada a todos y cada uno.

—¿Por qué tiene Spiro que destrozar la paz del ocaso con ese ruido horrible? —preguntó Larry con voz dolorida.

—Exacto, exacto —murmuró Kralefsky soñoliento—; a esta hora del día lo que hay que oír son ruiseñores, no bocinas de automóvil.

—Recuerdo que me quedé muy sorprendido —comentó desde las sombras la voz de Teodoro, con un deje de ironía— en la primera ocasión en que fui en coche con Spiro. No sé exactamente de qué íbamos hablando, pero de repente me dijo: «Sí, doctor; la gentes escasea muchos cuando yo pasos por una aldea». Yo me hice entonces una… hum… curiosa imagen mental de aldeas vacías de gente y montones enormes de cadáveres apilados junto a la carretera. Y Spiro siguió diciéndome: «Sí, cuando pasos por una aldeas tocos la bocina como un demonio y se mueren todos del sustos».

El coche describió un arco hasta situarse frente a la casa, y los faros recorrieron rápidamente la terraza iluminando el fruncido techo de hojas verdes de parra, los grupos desperdigados de invitados charlando y riendo, las dos muchachas del campo que, con sus pañuelos rojos a la cabeza y descalzas, pisaban silenciosamente el enlosado de aquí para allá para poner la mesa. El coche se detuvo, se apagó el ruido del motor y Spiro subió por el sendero con sus andares de pato, abrazado a un paquete enorme y aparentemente pesado envuelto en papel de estraza.

—¡Cielos! ¡Mirad! —exclamó Larry dramáticamente, apuntando con un dedo tembloroso—. ¡Los editores me han devuelto otra vez el manuscrito!

Camino de la casa, Spiro se paró y miró ceñudo por encima del hombro.

—Nada de eso, señoritos Larrys —explicó muy serio—; son tres pavos que mí mujer ha asados para su madres.

—Ah, entonces todavía hay esperanzas —suspiró Larry con alivio exagerado—; la impresión me ha dejado hecho unos zorros. Pasemos todos adentro a tomar unas copas. Dentro se habían encendido las lámparas, y los murales de vivos colores de Margo se estremecían sobre las paredes al plancharlos la brisa de la tarde. Empezaron a tintinear los vasos, los corchos a saltar con sonido de piedra cayendo a un pozo, los sifones a suspirar cual trenes extenuados. Los invitados volvieron en sí; se les reanimó la mirada y la conversación subió en crescendo.

Aburrida de la fiesta y no logrando atraer la atención de Mamá, Dodo decidió hacer una visita privada al jardín. Salió reptando a la luz de la luna y eligió un espacio apropiado al pie del magnolio para comulgar con la naturaleza. De repente, ¡oh espanto!, se encontró frente a una jauría de perros greñudos, agresivos y patibularios que obviamente traían las peores intenciones. Exhalando un chillido de pavor, volvió grupas y corrió a casa a toda la velocidad que le permitían sus patitas gordas y cortas. Pero los ardorosos pretendientes no iban a darse por vencidos así como así. Llevaban toda una tarde calurosa e irritante tratando de conocer a Dodo y no iban a desperdiciar esta oportunidad, que diríase llovida del cielo, de asentar su relación con ella sobre una base más íntima. Dodo entró a galope en el cuarto de estar lleno de gente, pidiendo auxilio a gritos, y pisándole los talones llegó la rugiente, jadeante y arrolladora oleada de perros. Roger, Puke y Widdle, que se habían

marchado a la cocina a comer algo, volvieron prestamente y se quedaron horrorizados ante la escena. En su opinión, si alguien tenía que seducir a Dodo sería uno de ellos, no un paria tiñoso de pueblo. Se arrojaron con gusto sobre los perseguidores de Dodo, y en un instante la habitación se convirtió en una confusa masa de perros luchando y enseñándose los dientes y de invitados histéricos dando saltos para evitar ser mordidos.

—¡Son lobos…! ¡Eso es que el invierno será muy crudo! —gritó Larry, saltando ágilmente a una silla.

—¡Calma, calma! —vociferó Leslie al tiempo que agarraba un almohadón y lo lanzaba contra el amasijo de perros más próximo. El almohadón aterrizó para ser inmediatamente capturado por cinco bocas furiosas y hecho trizas. Un tornado de plumas saltó al aire y quedó flotando sobre la escena.

—¿Dónde está Dodo? —preguntó Mamá con voz temblorosa—. Buscad a Dodo; le van a hacer daño.

—¡Separadlos! ¡Separadlos! ¡Que se están matando! —chilló Margo, y cogiendo un sifón procedió a duchar a invitados y perros con absoluta imparcialidad.

—Tengo entendido que la pimienta es una gran cosa en las peleas de perros —observó Teodoro, con la barba nevada de plumas—; claro que nunca lo he comprobado personalmente.

—¡Cuidado, por Dios! —gritó Kralefsky—, ¡pongan a salvo a las damas!

Y para dar ejemplo ayudó a subir al sofá a la fémina más cercana y se subió junto a ella.

—También se dice que es buena el agua —continuó Teodoro ensimismado, y a guisa de verificación vertió su copa de vino con puntería exacta sobre un perro que pasaba.

Atendiendo al consejo de Teodoro, Spiro se fue volando a la cocina y regresó con una lata de petróleo llena de agua entre sus manos como jamones. Se detuvo en el umbral y la elevó sobre su cabeza.

—¡Apartarse! —rugió—, ¡yo les darés para el pelos!

Los invitados huyeron en todas direcciones, pero era demasiado tarde. La tersa y refulgente masa de agua se curvó en el aire hasta chocar contra el suelo, de donde de nuevo salió despedida para quebrarse como un maremoto sobre toda la habitación. Sus consecuencias para los invitados próximos no pudieron ser más catastróficas, pero sobre los perros surtió un efecto instantáneo y maravilloso. Aterrados por el estampido y bufido del agua, se desenredaron y salieron huyendo en la oscuridad de la noche, dejando tras de sí una escena de devastación sobrecogedora. La habitación parecía un gallinero sacudido por un huracán, nuestros amigos chapoteaban sin rumbo, calados y emplumados; las lámparas, cubiertas de plumas, llenaban el aire de un olor acre a pollo quemado. Mamá, abrazada a Dodo, inspeccionó la ruina.

—Leslie, querido, ve por unas toallas para que podamos secarnos. Esto ha quedado hecho un horror. No importa, saldremos a la terraza, ¿les parece? —dijo, y añadió dulcemente—: Lamento mucho lo ocurrido. Ha sido por Dodo, comprenden; está muy interesante para los perros en este momento.

Al fin quedaron secos los presentes, se les quitaron las plumas de encima, se les llenaron las copas y se les instaló en la terraza, donde la luna proyectaba sobre el enlosado las sombras color tinta de las hojas de parra. Larry, con la boca llena, rasgueaba la guitarra con suavidad y canturreaba indistintamente; por las puertas de cristales se veía a Leslie y Spiro, ambos con el entrecejo fruncido, afanándose en descuartizar hábilmente los grandes pavos; Mamá deambulaba por la penumbra, preocupada por averiguar si a todo el mundo se le había servido bastante; Kralefsky, sentado en el pretil de la terraza con la luna asomándose por encima de su joroba y recortando su silueta en forma de cangrejo, relataba a Margo una historia larga y enrevesada; Teodoro daba una conferencia sobre las estrellas al doctor Androuchelli, señalando las diversas constelaciones con una pata de pavo a medio comer.

Afuera, la isla aparecía estriada de negro y plata por la luz de la luna. Allá abajo, entre los oscuros cipreses, los búhos se llamaban unos a otros con grata voz. El cielo era tan negro y suave como una piel de topo salpicada de tenue rocío de estrellas. El magnolio se erguía inmenso sobre la villa, llenas sus ramas de capullos blancos como mil diminutos reflejos de la luna, que lánguidamente exhalaban sobre la terraza su fragancia: dulce y profundo hechizo que invitaba a adentrarse en la campiña misteriosa.

El regreso

Con una honradez caballeresca que me resultó muy difícil perdonarle, el señor Kralefsky comunicó a Mamá que ya me había enseñado todo lo que sabía; había llegado el momento, según él, de que me enviaran a Inglaterra, Suiza o algún otro lugar por el estilo para completar mi educación. Yo combatí desesperado semejante idea; dije que prefería estar semieducado; siendo ignorante, todas las cosas le sorprendían a uno mucho más. Pero Mamá se mostró inflexible. Volveríamos a Inglaterra, estaríamos allí cosa de un mes para consolidar nuestra posición (dicho en otras palabras, para discutir con el banco), y luego se decidiría dónde habían de continuar mis estudios. Para sofocar los airados brotes de rebelión familiar, nos dijo que no debíamos considerarlo otra cosa que unas vacaciones, un viaje de placer. Pronto estaríamos de vuelta en Corfú.

De modo que llenamos nuestras cajas, maletas y baúles, hicimos jaulas para las aves y los galápagos, y los perros adquirieron un aspecto incómodo y algo culpable con sus collares nuevos. Dados los últimos paseos entre los olivos e intercambiados los últimos adioses llorosos con nuestros muchos amigos del campo, la procesión de coches atiborrados de nuestras pertenencias emprendió su lenta marcha camino abajo, pareciendo más bien, según palabras de Larry, el cortejo fúnebre de un trapero de postín.

Pasamos todos los bártulos al puesto de aduana, y Mamá se quedó junto a ellos dando vueltas a un enorme manojo de llaves. Afuera, bajo el sol brillante, el resto de la familia charlaba con Teodoro y Kralefsky, que habían venido a despedirnos. Hizo su aparición el aduanero, y palideció un tanto a la vista de nuestra montaña de equipaje, coronada por una jaula desde la cual las Gurracas oteaban aviesamente. Mamá sonrió con nerviosismo y sacudió las llaves, con aspecto más culpable que el de un contrabandista de diamantes. El aduanero los contempló a ella y al equipaje, se apretó el cinturón y arrugó el ceño.

—¿Zuio todo? —preguntó, para estar bien seguro.

—Sí, sí, es mío todo —trinó Mamá, interpretando un solo rápido con sus llaves—. ¿Quiere usted que le abra alguna cosa?

El aduanero se paró a pensarlo, frunciendo los labios con gesto meditabundo.

—¿Zeva algo de zopa nueá? —preguntó.

—¿Cómo dice? —dijo Mamá.

—¿Zeva algo de zopa nueá?

Mamá buscó a Spiro con la mirada.

—Perdone. No comprendo…

—¿Zeva algo de zopa nueá… zopa nueá?

Mamá sonrió con dulzura desesperada.

—Perdone, pero no le…

El aduanero le clavó una mirada furibunda.

—Madame —dijo truculentamente, inclinándose sobre el mostrador—, ¿jabla uzté inglés?

—Oh, sí —exclamó Mamá, encantada de haberle entendido—, sí, un poco.

La llegada oportunísima de Spiro la salvó de la cólera del hombre. Entró a la carrera, sudando abundantemente, tranquilizó a Mamá, calmó al aduanero, explicó que hacía años que no comprábamos ropa nueva, y en un abrir y cerrar de ojos hizo sacar al muelle todo el equipaje. Seguidamente le quitó la tiza al aduanero y marcó él mismo todos los bultos, para que no hubiera confusión posible.

—Bueno, no les diré adiós sino au revoir —murmuró Teodoro, estrechando la mano de cada uno con precisión—. Espero que pronto les tengamos de nuevo con nosotros… hum… muy pronto.

—Adiós, adiós —gorjeó Kralefsky, bamboleándose de unos a otros—. ¡Caramba, esperaremos impacientes su regreso! Y pásenlo bien, aprovechen al máximo su estancia en la querida Inglaterra. Que sea una auténtica vacación, eh. ¡Eso es!

Spiro nos fue estrechando la mano en silencio, y luego se quedó mirándonos, con el ceño fruncido como siempre y retorciendo la gorra entre sus manazas.

—Bueno, adiós —empezó, pero se le quebró la voz y los surcos de sus mejillas se cubrieron de gruesos lagrimones—. Ses lo asegures, no quería llorar —sollozó, y la barriga se le agitaba convulsivamente—, pero es como despedirmes de mi propia familias. ¡Ustedes son como cosa mías!

La gabarra tuvo que esperar pacientemente a que le consoláramos. Después, mientras trepidaba el motor y surcábamos el agua azul oscura, nuestros tres amigos se recortaron sobre el fondo multicolor de casitas desperdigadas por la ladera: Teodoro, correcto y elegante, saludando muy serio con el bastón en alto y la barba centelleando al sol; Kralefsky, bamboleándose, gesticulando y haciendo visajes extravagantes; Spiro, rechoncho y ceñudo, que se llevaba el pañuelo a los ojos y lo agitaba alternativamente.

Cuando el barco se hizo a la mar y Corfú se desvaneció en la bruma perlada del horizonte, caímos víctimas de una depresión profunda que nos duraría todo el viaje hasta Inglaterra. Dentro del churretoso tren que trepaba desde Brindisi hacia Suiza nos acurrucamos en silencio, sin ganas de hablar. Arriba, en el portaequipajes, los pinzones cantaban en sus jaulas, las Gurracas graznaban y martilleaban con el pico, y Alecko soltaba de vez en cuando un berrido lamentoso. Los perros roncaban a nuestros pies. Al llegar a la frontera suiza, un funcionario insoportablemente celoso de su deber inspeccionó nuestros pasaportes. Se los devolvió a Mamá junto con una hojita de papel, saludó con hosquedad y nos abandonó de nuevo en brazos de la tristeza. Momentos después Mamá echó una ojeada al impreso que había rellenado el

funcionario, y al leerlo se quedó rígida.

—¡Mirad lo que ha puesto —exclamó indignada—, el muy impertinente!

Larry miró el impreso y soltó un relincho de risa.

—Ves, es el precio que hay que pagar por salir de Corfú —señaló.

Sobre la tarjetita, en la columna titulada Descripción de los pasajeros, aparecía escrito en pulcras letras mayúsculas: UN CIRCO AMBULANTE Y SU COMPAÑÍA.

—Qué ocurrencia —dijo Mamá, todavía echando chispas—, ¡desde luego, hay gente rara por el mundo!

Y el tren siguió traqueteando camino de Inglaterra.

Glosario de algunos nombres de animales citados en el texto

Abanico de mar. Pólipo marino semejante al coral cuyas colonias se ramifican en forma de abanico.

Abeja carpintera. Insecto himenóptero de mayor tamaño que la abeja vulgar, color violáceo y hábitos solitarios Debe su nombre al hecho de que la hembra excava galerías en la madera para depositar allí sus huevos.

Arrendajo. Ave de la familia de los córvidos, con el plumaje color castaño, cola y alas negras y una mancha blanca y otra azul en el borde de las alas.

Autillo. Ave rapaz nocturna, la de menor tamaño de la familia de los búhos, básicamente insectívora.

Camachuelo. Ave de la familia de los fringílidos, granívora, habitante de los bosques y frutales.

Carraleja. Insecto coleóptero semejante a la cantárida, que al tacto despide una secreción oleaginosa.

Cetonia. Insecto coleóptero de aspecto muy brillante, que se alimenta de pétalos o fruta y frecuenta especialmente los rosales.

Charrán. Ave de la familia de las gaviotas, de plumaje blanco y ceniciento Vive en las playas marinas o junto a los nos y la gos, alimentándose de animales acuáticos.

Chotacabras. Ave nocturna de la familia de los caprimulgídos, de plumaje gris pardo e insectívora.

Cíclope. Crustáceo microscópico de la familia de los copépodos.

Colirrojo real. Ave muy semejante al colirrojo tizón (q. v.), del que se diferencia por su colorido más rico y hábitos arborícelas.

Colirrojo tizón. Ave de la familia de los túrdidos, insectívora y de color gris oscuro, que anida en rocas y muros.

Correlimos. Ave acuática de ribera, de la familia de los escolopácidos, de plumaje

gris en invierno y rojizo en verano. Recorre las playas agrupado en bandadas, removiendo la arena en busca de pequeños animales.

Crisopa. Insecto neuróptero de la familia de los crisópidos. Tiene el cuerpo color verde, largas antenas y alas estrechas y alargadas, irisadas, que extiende hacia atrás al posarse.

Frigánea. Insecto tricóptero afín a ciertos tipos de polilla en su estado adulto. La larva, en cambio, es acuática y vive encerrada en un estuche característico, por lo que se la llama también «portamaderos».

Gavión. Gaviota de gran tamaño, de unos 70 cm. de longitud, con el lomo y las alas negros. Es un ave sedentaria que nidifica en las escolleras formando colonias.

Grajilla. Ave de la familia de los córvidos, la más pequeña de ese grupo. Es omnívora, de color negro y gris oscuro y muy común.

Hormiga león. Insecto neuróptero de la familia de los mirmeleónidos, de color pardo con alas transparentes. La larva excava en la arena una trampa en forma de embudo, con la que captura hormigas y otros insectos.

Lavandera. Ave paseriforme de la familia de los motacílidos, de color verde oliva en el dorso y amarillo en la parte inferior del cuerpo. Debe su nombre al hecho de frecuentar las orillas de los ríos, así como a su manera característica de agitar la cola, como si fuera una pala de lavar.

Macaón. Insecto lepidóptero de la familia de los papiliónidos, de gran envergadura alar y provisto, como todas las mariposas de esta familia, de unas prolongaciones o «colas» en cada una de las alas.

Mantis. Insecto mantoideo de aspecto característico: cuerpo muy alargado, cabeza móvil y patas anteriores bien desarrolladas, con capacidad prensora y provistas de espinas. Es muy voraz, y se alimenta de presas vivas.

Mígala. Nombre común de varias especies de arácnidos de cuerpo y patas gruesas. La especie que se cita en el texto es la mediterránea, que vive en galerías forradas de seda y cerradas por una trampilla con charnela.

Ostrero. Ave acuática de ribera, de la familia de los hematopódidos, con la cabeza y alas negras, parte inferior blanca y largo pico rojo y ahusado. Se nutre de moluscos y es común en las costas atlánticas y parte de las mediterráneas.

Pavón menor. Insecto lepidóptero de la familia de los ninfálidos o «vanessas», con las alas de color rojo herrumbroso adornadas por manchas en forma de ocelo.

Peonza de mar. Molusco gasterópodo marino de la familia de los tróquidos, cuya concha vacía suele servir de vivienda a los cangrejos ermitaños.

Pez aguja. Pez de la familia de los singnátidos, de cuerpo muy estrecho y alargado, que habita las aguas poco profundas del Mediterráneo y otros mares.

Rabosa o Raboa. Pez perciforme de la familia de los blénidos, de pequeñas dimensiones y piel viscosa por falta de escamas, habitante de los fondos rocosos o pedregosos del mar.

Reyezuelo. Ave paseriforme de la familia de los sílvidos, insectívora, de plumaje color verde oliva por la parte superior y rojizo por la inferior, con una mancha alargada amarillenta, en forma de cresta, en la cabeza.

Roquero solitario. Ave de la familia de los túrdidos. El macho es de color azul, y la hembra parda. Nidifica en paredes rocosas y edificios ruinosos, y, al igual que el resto de la familia, es excelente cantor.

Salamanquesa. Reptil saurio de la familia de los gecónidos, muy común en los países mediterráneos. La salamanquesa tiene el aspecto de una pequeña lagartija gris o rosada, con los dedos en forma de espátula. Es insectívora y crepuscular, y suele habitar en los muros de las casas.

Sérpula. Anélido poliqueto sedentario, que vive en las costas en el interior de un tubo calcáreo, del que asoma únicamente un haz de tentáculos en forma de filamentos. Se nutre de microorganismos.

Típula. Insecto díptero nematócero de aspecto muy semejante al de un mosquito, pero mucho mayor y dotado de larguísimas patas. Es habitante muy común de los huertos europeos.

El Traductor



GERALD («GERRY») MALCOLM DURRELL. Fue un conocido escritor, zoólogo y presentador de televisión británico. Nació el 7 de enero de 1925 en Jamshedpur, India y falleció en la Isla de Jersey el 30 de enero de 1995. Hermano del célebre novelista Lawrence Durrell, fue un precursor en la creación de zoológicos para preservar especies de animales en extinción.

Sus padres habían nacido en India pero eran de origen británico, y el estatus de su padre le permitió criarse junto a una niñera, que lo acompañó en su primera visita a un zoo en India, evento que le inspiró el amor a los animales. Su familia regresó a Inglaterra tras la muerte de su padre, en 1928, y Durrell se vio obligado a asistir a la Escuela Wickwood, colegio que le desagradaba. Entre 1935 y 1939 la familia se trasladó a Corfú, en cuyos parajes naturales, prácticamente intactos por entonces, el joven aprovechó para familiarizarse con nuevas especies de animales, y que le sirvió de base para su posterior obra *Mi familia y otros animales*, además de las secuelas de ésta.

Forzado a instalarse de nuevo en Londres a causa de la Segunda Guerra Mundial, en 1945 empezó a trabajar como ayudante en el Parque zoológico de Whipsnade, en Bedfordshire. Al año siguiente inició una serie de expediciones para la captura de animales, con destino a zoológicos, museos e instituciones dedicadas a la protección de las especies salvajes; los viajes, que lo llevaron a Camerún, Guinea, Argentina, México, Paraguay, la Guyana, Australia, Nueva Zelanda y Malasia, se prolongaron hasta 1959.

Alentado por su hermano Lawrence a recoger por escrito sus experiencias, en 1953 publicó *El arca sobrecargada* (*The Overloaded Ark*), que se convirtió en un éxito de ventas y al que siguieron *Tres billetes de ida a la aventura* (1954), *Los sabuesos de Bafut* (1954), *El nuevo Noé* (1955), *La selva borracha* (1956), *Mi familia y otros animales* (1956), *Un zoo en mi equipaje* (1958) y *Encuentros con animales* (1958).

Tras la guerra, se casó con Jacqueline («Jacquie») Sonia Wolfenden, pero sus problemas con la bebida y su mal carácter culminaron en su divorcio en 1979. Poco a poco se fue haciendo cada vez más conocido por sus posturas conservacionistas y sus relatos. Durrell escribía para financiar sus expediciones, y la fama que obtenía le llevó a trabajar como presentador para la BBC, y le facilitó la creación de su propio zoo en la isla de Jersey.

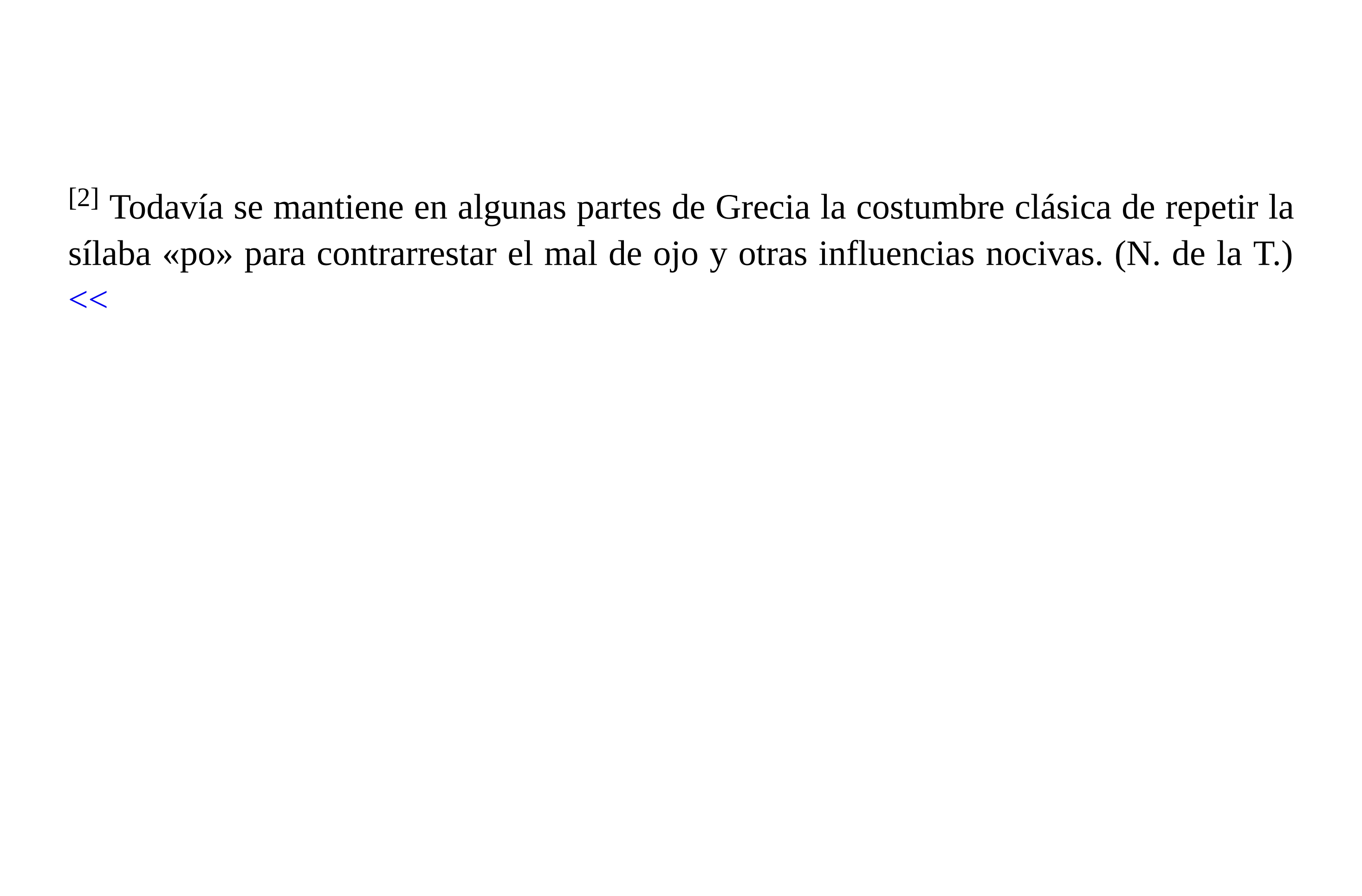
Se casó en segundas nupcias en 1979 con Lee McGeorge Durrell, a la que había conocido en 1977, quien escribiría junto a él obras como *El naturalista amateur*. Durrell falleció por complicaciones post-operatorias tras un trasplante de hígado en 1995.

El estilo ameno, anecdótico e irónico de Durrell, junto al exotismo de los escenarios presentados en sus libros, ganaron para éstos una popularidad inesperada en el caso de una temática como la suya. En 1959, a los beneficios obtenidos con las ventas de sus obras —que habían contribuido ya a financiar sus expediciones— vino a sumarse una herencia que le permitió afrontar el proyecto de fundar un zoológico en la isla de Jersey, convertido en el **Jersey Wildlife Preservation Trust** en 1963 y que, con el tiempo, promovería la creación de otras instituciones, como la **Safe Animals from Extinction** (SAFE) y el **International Training Centre**, edificado junto al zoo en 1976.

«*Los animales constituyen esa gran mayoría sin voz y sin voto que sólo puede sobrevivir con nuestra ayuda*».

Notas

[1] Firma británica de mudanzas. (N. de la T.) <<



[2] Todavía se mantiene en algunas partes de Grecia la costumbre clásica de repetir la sílaba «po» para contrarrestar el mal de ojo y otras influencias nocivas. (N. de la T.) <<

[3] Por el parecido acústico entre «erisipela» y «sífilis». (N. de la T.) <<



[4] Monumento al Príncipe Alberto situado en los jardines londinenses de Kensington, de enormes proporciones y del peor gusto decimonónico (N. de la T). <<



[5] Jolly Roger: nombre que se da en Gran Bretaña a la bandera negra de los piratas. (N. de la T.) <<



[6] Arbuckle era el nombre de un actor de cine norteamericano muy obeso, el llamado «Fatty». (N. de la T.) <<

[7] Bootle, personaje de novela también de gran corpulencia. (N. de la T.) <<



[8] Bumtrinket, derivado de «bum», trasero, hace referencia a la redondez del barco. (N. de la T.) <<

[9] Importantes astilleros de Escocia, a orillas del río Clyde (N. de la T.) <<

[10] Literalmente, «pis» y «vómito». (N de la T.) <<



[11] Nombre de la protagonista en la versión inglesa de *La dama de las camelias* (N. de la T.) <<



[12] Alusión a *The Rime of the Ancient Mariner de Coleridge*, donde el Marinero da muerte al Albatros con un tiro de ballesta. (N. de la T.) <<



[13] Juego de palabras intraducible en inglés *hare* (liebre) se pronuncia igual que *hair* (pelo). (N. de la T.) <<

[14] En esta y las siguientes intervenciones de Teodoro hay tres juegos de palabras intraducibles. En el primero, el original dice: «*All the nice gulls love a sailor*» (a todas las gaviotas les gustan los marinos), donde *gull*, gaviota, alude a la palabra de sonido semejante *girl*, muchacha. En el segundo sucede lo mismo entre *gull* (en el original) y *gall*, mortificación, fastidio. El tercer juego de palabras, que renunciamos a intentar traducir siquiera por aproximación, se basa en la semejanza entre *gull* y *gullible*, crédulo. (N. de la T.) <<



[15] Juego de palabras: en inglés *molest* (molestar) significa eufemísticamente «abordar a alguien con intenciones deshonestas». (N. de la T.) <<